Bernardo Valderrama Andrade

EL GRAN JAGUAR



VII CONCURSO NACIONAL DE NOVELA

OBRA GANADORA

BERNARDO VALDERRAMA ANDRADE

EL GRAN JAGUAR

Obra Ganadora
VII Concurso Nacional de Novela



Primera edición: junio de 1991

Dirección de producción: Germán Leal
Fotografía carátula: Bernardo Valderrama Andrade.
Amanecer sobre un templo kogi
en la Sierra Nevada de Santa Marta.
Mapas: Pilar Parra.

ISBN: 958-14-0215-2

Preparación editorial: Divulgar Editores Ltda.
Impreso por Editorial Presencia Ltda.
Printed in Colombia.

A Lucy, mi esposa.

A los Mamas Manuel Lasana e
Inocencio Lasana,
del Centro Ceremonial de Moraca,
en su camino a Nean-Biró,
La Gran Puerta de Ir

I

"En los tiempos antiguos vino Kashindukua. El era un Hermano Mayor y provenía de la sangre menstrual de La Madre y se convirtió en Jaguar. Eso contaron los Padres…".

Testimonio del Mama Miguel Nolavita.
Die Kágaba. Konrad Theodor Preuss.

LOS UBATASHI

Según los relatos de los kogi, actual grupo indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta, considerados los descendientes más directos de los antiguos taironas, en los "tiempos míticos" arribó a las costas de la Vertiente Norte, en inmediaciones de la desembocadura del Hukumeiji-Tukue (hoy Río Palomino), la "gente de los ojos azules", llamados ubatashi (de uba = ojo; y tashi = azul o verde), con los cuales se libró una guerra de exterminio. El origen de estos visitantes no se conoce, y el dado por el autor en la novela ***El gran jaguar****, es de su libre interpretación.*

LOS CARIBES

Llegaron a las costas de América del Sur, y según los investigadores, penetraron en sus territorios, provenientes de las Antillas. Los kogi de la Sierra Nevada los citan en sus relatos etnohistóricos y etnográficos, ya en lo considerado como "tiempos históricos", posteriores a los "míticos" y anteriores al arribo de los europeos. A ellos se hace referencia en esta novela, como los duanabuká (la gente del pelícano); los kashingui; los gulamena (de gula = brazo; y mena = arrancar); y los sangaramena (de sankalda = cabeza; y mena = arrancar).

VOCABULARIO INDIGENA

El vocabulario indígena presentado en esta novela como tairona, en realidad pertenece a la actual lengua de los kogi, cuyos ***mamas****, o sacerdotes,*

utilizan en ciertas ocasiones un idioma ceremonial que ellos dicen era el hablado por sus antepasados, los tairona. A este respecto se considera importante consignar aquí lo expresado por el profesor Gerardo Reichel Dolmatoff en su libro **Los kogi** *(tomo II-17- El Idioma Ceremonial. Pág. 149). "... Los kogi usan en muchas de sus canciones ceremoniales un idioma que ellos llaman Téijua, y del cual aseguran que fue la lengua de sus antepasados y de los tairona. Al recopilar una lista de palabras de este idioma ceremonial, que verifiqué luego con un gran número de informadores, pude observar que hay un evidente parentesco entre el Téijua y el idioma kogi actual.. "*

EL "PAIS DE LOS TAIRONA"

El concepto "país de los tairona" adoptado en esta novela, considerado como una **unidad** *política, socioeconómica y religiosa, que al parecer rigió para algunos de los grupos indígenas de la Sierra Nevada, tales como los tairo (tairona), kogi, aldu-guiji, matunas, bondas, chairamas, posigüeycas, etc., no debe tomarse con los mismos elementos de comparación de nuestra perspectiva "occidental"; sin embargo, por la experiencia en la región durante varios años del autor, estudiando el* **urbanismo de los tairona**, *y luego de analizar las diversas técnicas, sistemas, bases y normas relacionados con la arquitectura, la ingeniería y el urbanismo, se puede concluir que todo ese conjunto de expresiones sólo pudieron darse mediante la existencia de una* **unidad** *cultural, más que de una heterogeneidad. En consecuencia, en la novela* **El gran jaguar** *se adopta el concepto de "país de los tairona" o país de la Montaña Blanca (Keka-Bunkua), con la seguridad de estar interpretando mejor la verdad y la realidad de estos antepasados precolombinos.*

INDICE DE PERSONAJES

TAIRONAS

NAOMAS

Naoma-Kavi	Muru nakubi o Sacerdote Mayor
Naoma-Doa	Naoma de Ponkeica
Cotocique	Naoma de Buritaca
Mama Ubalangui	Naoma del Mal del Cerro Buritaca
Mama Teyuna	Naoma de Teyuna (La Ciudad Perdida)
Mamanosensio	Naoma de Moraca

CACIQUES

Seoname-maku	Cacique de Ponkeica y Tayronaca
Nomaregüey	Cacique de Tayronaca
Toronomala	Cacique de Posigüeyca
Gitamaku	Cacique de Buritaca
Gama	Cacique de Bonda
Hando	Cacique de Betoma
Guregüey	Cacique de Cincorona
Buihona	Cacique de Ulueiji
Gitogare	Cacique de Chairama (Pueblito)

OTROS

Nyuba-Aluna	Espíritu de Oro de los Taironas (Nyuba-yang)
Bama	Esposa de Naoma-Kavi
Ula-yang	Esposa de Seoname-maku
Meli-ang	Mujer de Ubatashi-thor y hermana de Seoname-maku
Haba-nay	Madre de Ula-yang
Sa-ang	Mujer del ubatashi Od
Segi-ang	Mujer del ubatashi Tori
Nemi-yang	Mujer de Kashín
Kankui-maku	Jefe antiguo de Savijaka
Nivemacu	Biznieto de Kankui-maku y hermano de Sa-ang
Lazama	Cacique Mayor de los kogi (en Mamaice)
Malabú	Cacique Mayor de los aldu-guiji (en Bongá)

CARIBES

Avincuo	Cacique Mayor de los duanabuká (La Gente del Pelícano)
Chole	Emisario de Avincuo
Kashín	Cacique de los kashingui en Palanoa (líder oficial)
Ulaban	Líder natural de los kashingui en Palanoa
Gula	Líder de los gulamena (Arranca-brazos)
Sangama	Líder de los sangaramena (Arranca-cabezas)

UBATASHIS
(Gente de los ojos azules)

Ubatashi-thor	Líder de los ubatashi
Conoh	Guerrero ubatashi
Od	Guerrero ubatashi
Walla	Guerrero ubatashi
Tori	Guerrero ubatashi

I

—A-kinga ma-a-a: así dijeron los Antiguos: está próximo el tiempo de Kavi-Tama.

Murmura para sí Naoma-Kavi. Sale de la nunhuañkala, casa ceremonial, y se dirige a pasos lentos por la amplia terraza enlosada, donde en sus cuatro puntos cardinales resaltan las figuras talladas en piedra de extraños animales con cabezas, cuerpos y extremidades en curiosa mezcla de jaguares, aves y reptiles.

Es el atardecer. Dominante sobre los contornos, el lugar es bien significativo: un cono escalonado y trunco de dimensiones ciclópeas, que al servir de plataforma a la nunhuañkala, emerge sobre las copas enmarañadas de los árboles, a esa hora sonoras por el rugido de los monos de viento al despedir el día con sus voces huracanadas.

Pese a su avanzada edad, los pasos de Naoma-Kavi son seguros, conservan todavía mucha de la agilidad de otros tiempos. Con los ojos puestos en las estrellas, no necesita mirar dónde pone los pies: desde su juventud y casi a diario, ha recorrido en una y otra dirección toda la superficie de la terraza-observatorio. Llega hasta una tarima de piedra elevada en el extremo oriental, sube las tres altas gradas y se sienta en la kalauka, antigua banca ceremonial, cuyos decorados y tallas muestran algo de la magnificencia artística que hace tan célebres a los taironas.

En su rostro afilado y cobrizo, en la piel apergaminada, en los ojos hundidos de pupilas hipnóticas de carbón, Naoma-Kavi refleja la persistencia de sus vigilias para mirar el cielo y consultar las

estrellas. Le son tan familiares todas ellas, con su parpadeo ininterrumpido, con sus puntos luminosos que al ser unidos en la imaginación forman las míticas figuras de las constelaciones: ¡Uxa... Suvalyi. Nebbshiya... Seku... Huso.. Ahu! O con sus movimientos, imperceptibles para quien no sea astrónomo como él. Son tantos los misterios del universo descubiertos al estudiar estos cuerpos celestes, y tantas las predicciones hechas al interpretar el mensaje de los astros, que ello le permite ser conocido en la Sierra Nevada como el Naoma muru nakubi, el sacerdote mayor de los taironas.

Esta noche sus ojos no siguen el esplendor solitario de Enduksama, el hijo del Sol; ni la dirección hacia Mu, el Oriente, señalada por el Jaguar Largo Neb-Siji; hoy, tampoco quiere adivinar los peligros que pueden sobrevenir al Mundo cuando la cola de Seikuchi-Nugi, el Alacrán, intensifica su brillo. No: esta noche evitará augurar las veleidosas intenciones de las mujeres de Surli, el Sol, y por un tiempo sólo tendrá ojos, sabiduría y pensamiento para buscar al Gran Jaguar, a Kavi-Tama, del cual deriva su nombre jerárquico y es razón de todas las acciones de su vida.

Sentado en la kalauka, muy erguido, Naoma-Kavi sostiene entre sus manos el bastón-calendario de sa-xavalda, labrado en fina y pulida madera negra, rematado por feroz cabeza de felino con los colmillos cruzados, obra magnífica de los orfebres taironas, de antigüedad remontada a tiempos de leyenda. Sobre la delgada caña pulida de este bastón, y lo recuerda como si acabara de ocurrir, vio hacer a su antecesor esa pequeña muesca que, exacta como las otras allí grabadas, además de testificar la gran anterioridad del bastón-calendario, señalan una y otra vez el paso periódico por el cielo de la estrella del Gran Jaguar, después del transcurso de ciento cincuenta y dos solsticios más. Entonces él era muy joven, apenas un kuivi, aprendiz de naoma; y por ello recibió de su maestro, además del nombre que hoy lo distingue y enorgullece, el encargo de registrar la próxima aparición de Kavi-Tama, para predecir los grandes sucesos que suelen ocurrir en el Mundo, a su paso por el firmamento.

Sin dejar de atisbar a lo alto, Naoma-Kavi busca entre esa miríada de estrellas, cuerpo luminoso de la inmensa Avenida de los Cielos: en algún punto de ella, agazapado, al acecho, escondido todavía, debe estar Kavi-Tama; y mientras se esfuerza por descubrirlo, él, el sacerdote mayor, el Naoma muru nakubi, pasa una y otra vez las

yemas de los dedos por el negro y fino bastón-calendario, y al hacerlo siente una fruición especial, una conciencia que lo libera de su realidad presente y corporal, y lo transporta a una dimensión en el tiempo, sin límites hacia el pasado y el futuro, y le infunde poderes de sorprendente sabiduría.

Para la medianoche, con los miembros ateridos por el frío que baja de los nevados, se incorpora y vuelve sus pasos a la nunhuañkala. Levanta la cortina de piel de danta y entra al bohío acompañado de la brisa helada, proveniente de las lejanas cumbres: se avivan de incandescencia las brasas de los cuatro fogones sagrados, símbolos de los primeros hijos de Haba Séinekan, la Madre Universal; de la oscuridad emergen en medio de rojos resplandores los enormes e inclinados postes de laurel, estructura principal del templo tairona, abrazados por círculos de majagüito, representación de los cuatro Mundos míticos superiores. Naoma-Kavi da un vistazo al interior de la nunhuañkala, se dirige sin vacilar al montón de vasijas ceremoniales, toma una de ellas, bebe con ansiedad su contenido: cierra los ojos… le estallan luces en la cabeza; y como otras veces sucede al escanciar ese líquido virtuoso y mágico, salado y tibio, con sabor y consistencia de savia o de sangre, lo asaltan visiones…

Estoy rompiendo el tiempo: retrocedo a un pasado sin fronteras de dioses y fuerzas creadoras: veo relámpagos y truenos cósmicos: surgen y adquieren contornos definidos: multitud de seres debatiéndose entre avalanchas de rocas ígneas, convertidas luego en cascadas de agua, fragorosas, en desbordamientos de semillas y frutos, en estampidas de animales, en nubes ululantes de aves, en ciclones de estrellas apretujadas en el firmamento, para formar la inconmensurable Avenida de la Luz. Y, sobre todo ello, entre cantos y danzas, voces y conmociones telúricas, distingo a Haba Séinekan, La Madre, la Gran Creadora, con su cuerpo desnudo y vital, que se yergue gigantesca como la misma Sierra Nevada, con sus formas generosas y el rostro plácido, de párpados semicerrados y sonrisa enigmática. Y de ella, a manera de ropajes, miro cómo se desprenden las vertientes de las montañas, y los ríos, y los valles.

Algún tiempo después Naoma-Kavi torna a salir de la nunhuañkala, regresa a la kalauka y a sus observaciones astronómicas. Cuando Munseishi, el Amanecer, comienza a insinuarse por Mu, la rigidez momentánea en la postura del sacerdote parece romperse: salta una

y otra vez, levanta y agita los brazos descarnados, sus facciones hieráticas adquieren iluminada expresión, de sus labios escapa un grito: las mismas uauhú, las lechuzas, se sobresaltan: es que en las alturas infinitas, casi en aluna-kaka, el cenit, entre sus parpadeantes constelaciones.. allá, cruzando por medio de Uxa, las Pléyades, ha creído divisar el resplandor alargado distintivo de Kavi-Tama, la Estrella del Gran Jaguar.

* * *

Cuando nyuiji, el murciélago, visita esa noche a Ula-yang y le chupa la primera sangre, la muchacha tairona comprende que desde ese momento su vida ya no será la misma: ahora es mujer de verdad y entrará a formar parte del ciclo vital de la naturaleza; ahora ella será como una imagen pequeña de Haba Séinekan, Creadora del Universo, principio del Mundo y de la Sierra Nevada. En el fondo de su alma, al saberse con poder hacedor de nuevas vidas, Ula-yang siente una grata sensación, una fuerza naciente acompañada de ilusiones y expectativas.

Y llega Munseishi, el Amanecer: aquí y allá se escucha el estridente griterío de kua, la guacamaya roja, habitante en los bosques de contorno al pueblo tairona de Ponkeica. Ula-yang, orgullosa por sentir esa presión dolorosa en su vientre, se incorpora del camastro de esteras y pieles, con movimientos silentes se desplaza por el recinto circular de la nunhúe, sale y se deleita al respirar el aire mañanero: brisas salobres y tibias del mar, mezcladas con vientos fríos bajando de las cumbres nevadas.

Las gentes de Ponkeica aún duermen. En sus linderos, escondidos entre las espesuras que cubren las colinas de los alrededores, forman un cerco estratégico los centinelas del cacique de la comarca, Seoname-maku: día y noche, sin descanso, protegen al pueblo contra los ataques sorpresivos de los enemigos de los taironas, venidos de tierras y mares lejanos, ahora establecidos en algunos parajes de la franja litoraleña, cerca de las bocanas de los ríos, para disputarles su territorio y la libre salida al mar, además de robarles sus mujeres.

Desde la llegada de estos intrusos, entre quienes están los combativos ubatashi, de curioso aspecto por su cabello rubio, piel blanca

y raros ojos azules; o los intrépidos y sanguinarios sangaramena, también conocidos como arranca-cabezas; o los aguerridos y antropófagos gulamena, apodados arranca-brazos, ambos temidos por las torturas a que suelen someter a sus prisioneros; o los audaces e inteligentes kashingui, con sus portapenes de caracol de mar y penachos de plumas, la paz antes reinante en las regiones de la Sierra Nevada y en cercanías a Nyi, el Mar, se ha visto alterada como en ninguna otra ocasión. Debido a ello los naomas consultaron las estrellas, invocaron a los Padres y Dueños, todopoderosos hijos de La Madre, dieron encargo a los caciques de levantarse en armas, vigilar las fronteras y prepararse a la guerra.

Con pasos ágiles, Ula-yang baja hasta la tukua: sigue la ancha y pendiente gradería que viene de las grandes terrazas, donde se efectúan reuniones públicas: la escalera remata con sus losas talladas al borde mismo del curso de agua, sitio donde hay una poceta para las abluciones presididas por el Naoma-Doa. Allí, la joven se despoja de la túnica de algodón con incrustaciones de pedrería, de los collares de cornalina y jadeíta, de las pulseras y ajorcas de oro y cuarzo, e imprime a sus ademanes sentimientos ineluctables de novedosa admiración hacia sí misma: se frota fugazmente los senos y el vientre, se sumerge en las aguas a esa hora tibias, permanece como en éxtasis, los ojos fijos en las distantes cumbres nevadas, respira profundo, sus pechos erectos apuntando a La Madre, las manos bajo el agua y sobre su cuerpo concientizando sus nuevas formas; y las facciones hasta ayer signadas por gestos infantiles, con un aire nuevo, especial, de mujer completa, atractiva, exuberante: imagina en los arreboles que pintan el amanecer, una concordancia con el reciente estado de su ser integrado a la divinidad creadora y procreadora. Y desde ya empieza a soñar con Nyuiji-Hube, la Casa del Murciélago, donde será desflorada.

Cuando Surli principia a correr su luz sobre las copas de los árboles, sale de la quebrada, cubre su cuerpo con la túnica blanca y se coloca otra vez las alhajas. Para entonces la asalta la impresión de ser observada: se vuelve y descubre al viejo naoma de Ponkeica, contemplándola con rostro sereno e inmutable, desde su trono de enormes sillares; pero no es el anciano quien aviva su interés: es su acompañante, de tiempo atrás centro de sus secretos deseos, joven, admiración de doncellas no sólo del pueblo, sino de las regiones

circunvecinas: es Seoname-maku, el Jaguar Negro, aguerrido y nuevo cacique de Ponkeica, convertido por su valor en las luchas contra los enemigos de su raza, en héroe de esta región, ahora acuclillado al lado del Naoma-Doa y de su trono: también la mira con fijeza, en actitud quieta, los músculos tensos, blanqueándole los dientes; ve en él una semejanza con la postura de los jaguares antes de arrojarse sobre sus presas en la selva.

Los ardientes y hambrientos ojos de Seoname-maku se cruzan con los provocativos y sensuales de Ula-yang: se atraen con intensas miradas y el naoma de Ponkeica las sabe elucidar: ve al poderoso jaguar negro de Keka-Bunkua, la Montaña Blanca, saltando sobre los finos y nerviosos flancos de segi, el venado. Con ademán significativo y trascendental, el viejo sacerdote levanta los brazos, los agita, hace sonar sus pulseras de cuentas de cuarzo y figuritas de oro, su mirada está fija en los picos nevados cuando pronuncia sentencioso:

—Haba Séinekan ha expresado su deseo: Seoname-maku y Ula-yang intercambiarán kaggaba-kuitsi; y arlunyi Nyuiji-Hube: se amarán en la Casa del Murciélago.

Desde ese momento Ula-yang es gaya, prometida del Jaguar Negro.

Por la noche, con gran ceremonia y en presencia de los habitantes de Ponkeica, Ula-yang recibe del Naoma-Doa, como sewá o amuletos de la iniciación, un volante de huso en piedra de basalto negro decorado, una afilada aguja de oro, y la ebbi-kuitsi, roja piedra de cornalina sin perforar, símbolo de la primera menstruación. Por su parte, Seoname-maku guarda en una mochila de algodón atada al cuello, la piedra-akatu, el sewá del acto sexual: con ella, en el momento debido, hará ofrendas a Takan-kukui, Padre del Semen, y a Arldaul-due, Padre de la Piedra-Coito.

II

Las cuatro naves de alta y esbelta proa rematada en espiral, semejan grandes y adormilados pajarracos flotando en la inmensidad del

océano, ahora con apariencia de espejo por la prolongada quietud de las aguas a través de toda la última fase de la luna.

Rodeados de una bruma asfixiante, cálida y pegajosa, que en el día limita toda vista sobre el horizonte, y en la noche impide contemplar el mapa de las estrellas, los viajeros permanecen somnolientos, estáticos como sus embarcaciones, a la espera de la voz del viento: ella será la señal para recobrar su incansable actividad y continuar la travesía, unos empuñando los cuarenta remos dispuestos a babor y a estribor, otros aparejando la gran vela de forma e insignia ya reconocida en los mares del Norte, como de la expedición de Ubatashi-thor.

Un cielo plomizo, de nubes bajas, impropio de aquellas latitudes, hurta su atractivo color azul a las aguas del océano: parece con sus tonos grises, más propio de las lejanas regiones de donde son originarios estos navegantes de ojos azules, ahora, y quizás por primera vez, visitantes del Mar Caribe.

Comienza a oscurecer y el cielo continúa encapotado. Se aprestan a otra noche de inmovilidad y sofoco en ese mar vuelto un raro espejo líquido. Sólo los capitanes de cada navío permanecen en vigilia, atentos y con la esperanza de un poco de viento que corra las nubes y les permita ver las estrellas; así podrán ubicarse dentro de esta inmensidad oceánica. ¿Acaso alguna desconocida corriente marina los habrá desviado de curso, desde cuando los encerró la bruma y quedaron prisioneros en esta interminable calma?

En su larga espera, fundido como una escultura de bronce a la banca empotrada con espigos de arce al puente de mando, Ubatashi-thor distrae su mente con los recuerdos…

Desde cuando partí de mi país, he tocado tierra en muchas costas. Sobre estas apartadas comarcas del Poniente, ya tenía noticias escuchadas a algunos audaces aventureros, así fueran referencias desdibujadas por la exageración de las fábulas y las leyendas; debido a ello, poseído de incontenibles deseos por desentrañar la verdad a este lado del mar, reuní y aparejé cuatro barcos, me aseguré de su capacidad de carga y flotación, con cuarenta remeros cada uno, crucé el océano y llegué hasta donde ya otros adelantados habían puesto pie en Tierra Firme. Con todo, no me sentí satisfecho de admirar los paisajes o conocer a las gentes del Norte: quería seguir adelante: hacer lo que ninguno se había atrevido: y bordeé costas

antes nunca visitadas, siempre hacia el Sur, hasta encontrar climas cada vez más cálidos, vegetaciones exuberantes, fauna de una variedad pasmosa... ¡Era el prodigio del Trópico! ¿Un nuevo mundo?

El bamboleo repentino del barco lo arranca de sus pensamientos y lo pone en alerta: siente el soplo de la brisa en el rostro, y en la lejanía un rumor apagado, sordo, en aumento. Se incorpora. Conocedor de los caprichos del mar ya sabe de las tormentas siguientes a las grandes calmas oceánicas.

Apenas tiene tiempo de aprestar a la tripulación para el combate con la naturaleza, cuando ya está sobre ellos la tempestad: viento huracanado y horrísono, relámpagos iluminándolo todo de blanco, lluvia copiosa, escándalo de truenos desencadenados en una oscuridad compacta y sucesiva. Y ese oleaje, monstruo en libertad, que los trae y los lleva, que los levanta y los sumerge.

Como una pesadilla entre el rugir de la borrasca, aferrado con desespero a la caña del timón, escucha las voces de sus hombres, de sus compañeros. iracundas, esforzadas, y al final clamando con desespero. De pronto, ante sus ojos, los relámpagos le descubren la cercanía peligrosa de otra embarcación: los remos se entrelazan como dedos, se quiebran, se rompe la madera con el choque... los envuelven surtidores de agua, astillas que vuelan, gritos de náufragos, olas, cataratas de espuma, simas, montículos líquidos... todo lo sacuden y producen vértigo. Es el fenómeno embravecido del mar, en medio de ininterrumpidos resplandores.

Con el amanecer viene la calma. Acá y allá, flotan dispersos los restos del naufragio: trozos de madera, velámenes aún con los cordeles amarrados, paletas de remos, arcones de abeto forrados de cuero, cabezas de sobrevivientes perdidos en la inmensidad acuática.

Se reagrupan... reúnen restos de navíos posibles de serles útiles, improvisan balsas y trepan a ellas; unos a otros, doblegados por el impacto de la tragedia, se reconocen: más de un centenar fueron devorados por las aguas.

Sale el sol. Les calienta y reconforta los miembros ateridos. El cielo está otra vez limpio y las aguas de un hermoso color azul. Cuando levantan la vista hacia el Sur, la línea imperturbable del horizonte marino se ve recortada por un espléndido paisaje de tierra firme. La congoja se transforma en esperanza... y por primera vez

divisan las cimas de Keka-Bunkua, la Montaña Blanca, destellante de claridad como si estuviera coronada de diamantes.

* * *

Ubatashi-thor recorre la playa con mirada rabiosa y desesperada. La arena gruesa, revuelta con hojuelas de mica, corales y conchas, cruje al paso de sus impacientes zancadas de prisionero, en una tierra convertida en la cárcel más inconcebible: no tiene paredes, ni rejas, los horizontes pueden ser infinitos, pero les ha sido imposible escapar.

La cabellera rojiza y la barba tupida se le llenan de reflejos de sol y hacen ver más bronceada y velluda su piel. Tiene el ceño fruncido, los labios apretados, los ojos azules iracundos cuando mira hacia el Noreste, al lejano horizonte marino curvado: por allá, llegó acompañado de dos centenas de hombres y ahora apenas si pasan de cincuenta.

Como jefe de la expedición y avezado navegante, es tal vez el único de los sobrevivientes con posibilidades de encontrar la ruta del retorno, si algún día pueden disponer de un barco para cruzar el océano. Pero con el curso del tiempo y de los acontecimientos, esta eventualidad se está volviendo remota. Con la llegada de la noche, abrumado por la realidad, el solitario líder de los ubatashi se encamina pensativo al grupo de chozas levantadas a un centenar de brazas de la orilla marina, a la vista de la desembocadura de un caudaloso río llamado Hukumeiji por los nativos de estas costas. Allí mismo, al pie de las rústicas edificaciones, para no dejar perder la esperanza de regresar algún día a su país de origen, ordenó iniciar la construcción de una nueva nave. Pero esta empresa sólo sirvió para romper en poco tiempo la armonía con los taironas; y como si acabara de pasar, recuerda el primer encuentro con los naturales…

Los vimos aparecer en el lindero del bosque, recelosos primero, curiosos después, portando sus largas lanzas de madera negra casi tan dura como el metal, y esos potentísimos arcos que requerían gran fuerza y destreza para usarlos. De menor estatura, musculosos, piel cobriza-amarilla, el distintivo característico eran sus cabellos y ojos color de carbón. De eso ya pasó mucho tiempo: habíamos

hecho amistad con los indígenas y pudimos visitar dos de sus poblados más cercanos: Aldagüiji y Savijaka, situados adentro de la bocana; allí conseguimos hachas, así fueran de piedra, y otras herramientas para derribar árboles y sacar las primeras piezas de madera; también adquirimos telas para los velámenes e hilo indispensable en la fabricación de cordelería. Los aborígenes eran hospitalarios y generosos. Lo que no estuvo dentro de nuestros propósitos fue cómo reaccionaríamos a la vista de las nativas, hermosas, de piel canela, ligeras de ropas y adornadas con abundancia de alhajas. Ese día, de regreso a la soledad obligada de nuestras chozas, la tentación por volver a probar goces carnales con las mujeres se convirtió en apremiante obsesión: yo mismo no quería resistirme.. así, al actuar con precipitud, temiera cambiar en rechazo la aceptación hasta ahora brindada por los taironas. Esto lo argumenté en forma vehemente en reunión convocada por los más excitados: no quisieron oírme: —¡Necesitamos mujeres! —contestaron a mis consideraciones: las razones no valieron: se desconoció la autoridad, se violaron las normas acordadas para sobrevivir en esta tierra extraña, se forjó un precipitado plan de asalto a las aldeas cercanas... Así yo me negara a ser parte de la expedición, ésta se ejecutó al amparo de la noche: armados con lanzas, cuchillos de macana y hachas de piedra facilitadas por los mismos naturales, se realizó con éxito: ellos no esperaban tal traición de nosotros: fueron secuestradas cerca de medio centenar de mujeres y se dio muerte a los hombres que intentaron oponerse y defenderlas.

Ya de regreso al campamento las sortearon en improvisado y bullicioso festín. Sólo yo, por mi condición de caudillo principal, gocé el privilegio de escoger a gusto entre las prisioneras. Desde entonces y a partir de este hecho, la supervivencia se tornó azarosa en extremo: la construcción de la nave quedó estancada, porque se hizo necesario consagrar tiempo y energía a la erección de un cercado para brindar la indispensable protección al lugar. Por eso ahora gran parte de nuestra gente permanece en guardia, alerta contra los continuos ataques de los indígenas. Las expediciones de caza, recolección, pesca en el mar o en el río, se volvieron riesgosas. Algunos de mis hombres han caído asaeteados, y el futuro lo veo cada vez más incierto.

Ubatashi-thor se detiene ante la abandonada armazón del navío

en proceso: se alza y blanquea como gigantesco esqueleto arrojado allí por un insólito mar de leva. Ahora, en su soledad y deterioro, recuerda la existencia lejana de su país, de sus aguas frías, de los cielos grises pintados de auroras boreales, de su vegetación oscura que, tal vez, jamás volverá a ver.

El día está en su final. Los últimos rayos del sol espejean con tonos dorados en el ruidoso y revuelto oleaje, al embatir contra los playones. Su fragor le evoca el fatídico naufragio en el Mar de las Escolleras. Ubatashi-thor suelta una imprecación, colérico mira el alto cerco de protección a las chozas de su aldea, rudimentaria arquitectura rectangular tan diferente a los nunhúes, bohíos circulares de los habitantes de Keka-Bunkua. En las cuatro esquinas de la fortificación, ensartadas en lanzas de macana, lucen las cabezas descarnadas de los enemigos capturados o dados de baja en las continuas refriegas.

—¡Esta es una despiadada guerra a muerte! —murmura entre dientes y tiene para sí y su gente un reproche por haber cedido a la tentación de robar las mujeres. Fue un daño sin reparo.

Desde entonces, los aborígenes no pierden oportunidad de acosarlos y hacerles la vida difícil y precaria.

Cuando la noche comienza a envolverlo todo, cree distinguir los movimientos sigilosos de sus adversarios: se corren a la sombra de los almendros y los trupillos. Para evitar ser sorprendido, Ubatashi-thor acelera la marcha, entra al ámbito cercado del campamento, los guardias cierran presurosos la puerta, apenas con el tiempo justo para evitar lo alcancen las flechas envenenadas: acompañadas de gritos guerreros, se clavan vibrantes en los maderos.

Sopla la brisa, trae rumores del mar. En el recinto de los ubatashi alumbran las fogatas y se ven cruzar ante ellas las siluetas atemorizadas de las mujeres: llevan a los niños al interior de las chozas para evitar la lluvia silbante de las saetas, con su olor nauseabundo por el mortal veneno. Los hombres, con las rodelas sobre las cabezas, se agazapan sobre las plataformas defensivas, desde donde repelen los ataques. Desafiantes alaridos rubrican otro día de ataques y sobresaltos.

Ubatashi-thor corre y entra a su vivienda. Desde un rincón lo observa su mujer nativa. Por su rostro pasan sentimientos encontrados. En los brazos sostiene un chiquillo de cabello liso y castaño,

ojos grises y hermosa piel satinada; sin saberlo, el pequeño tiende un puente de comprensión entre dos seres, pertenecientes a mundos distintos.

III

Seoname-maku, jefe Jaguar Negro, y su prometida o gaya, Ula-yang, libres, risueños, entusiastas, avanzan sin prisa por el sombreado y ancho camino, que al seguir el filo tendido de la montaña habrá de llevarlos hasta Haggi-Ateima, la cima mayor, la piedra grande y negra, dominante sobre todos los contornos: el picacho es uno de los lugares donde en determinadas épocas del año fija su residencia Naoma-Kavi, el sacerdote mayor de los taironas, con mando sobre todos los otros naomas del país. Ante él deben presentarse Seoname-maku como cacique de Ponkeica, y Ula-yang, su prometida, para recibir el beneplácito que les permita realizar los coitos ceremoniales en Nyuiji-Hube, la Casa del Murciélago.

Esa mañana, tan pronto aclara, Seoname-maku se presenta a la puerta del nunhué de Ula-yang; ella ya lo espera y no se sorprende de verlo sin sus imponentes atavíos de cacique: reconoce satisfecha que así, casi desnudo, apenas con un taparrabo como vestido, se ve más joven y apuesto, más cercano a ella, más acorde con sus mutuos sentimientos.

—Vamos, el Naoma-Kavi nos espera.

Se miran uno a otro, con afecto y aprobación, hirviéndoles la sangre en deseos. Le tiende Seoname-maku las manos, Ula-yang le entrega las suyas.

—Sí... vamos.

Sonríen. También ella se ha despojado de sus alhajas. Para dedicarse a los coitos ceremoniales sólo requieren de la capacidad de amarse, de la vitalidad de sus cuerpos y de la aquiescencia de Haba Séinekan, la Madre Universal. Así, ligeros de ropas, con agilidad y alegría de juventud, a la vista de las gentes de la ciudad, echan a andar por el camino-gradería que habrá de llevarlos hasta las afueras de Ponkeica, donde cruza una ruta a la Serranía, con sus

lomas cubiertas de espesa selva y rematada en la descomunal y negra Haggi-Ateima. El sendero se desarrolla en tramos largos y rectos de suave pendiente, alternados por otros cortos de brusco ascenso, donde la calzada se transforma en zigzagueante escalera, todo el tiempo bajo el palio fresco y tupido de los árboles que protegen de los ardores de Surli, el Sol.

En el lindero de la selva los dos prometidos se detienen: de las mochilitas de mulda sacan dos kalgua-kuitsi, cuentas tubulares rojas veteadas de negro, sewás, que servirán para hacer ofrendas a Kaninpana, Padre de los Arboles, y a Kaldyikukui, Madre de las Plantas, por cuyos dominios deben pasar para llegar hasta Haggi-Ateima. Con los amuletos en las manos miran a su alrededor en busca del gigante mitabvi, el caracolí, o de la corpulenta seijua, la ceiba; cuando los descubren, van a ellos, se hincan, cavan entre sus protuberantes raíces, dejan allí las rojas y brillantes cuentas. En esta labor ritual sus manos se entrecruzan, sus rostros se aproximan, las pupilas los hipnotizan, se les encienden los deseos: Seoname-maku se recrea al enredar los dedos en el largo y sedoso cabello de Ula-yang, o en correr las manos sobre su piel caliente y tersa.

Cuando el deber los hace sobreponerse al llamado que los incita a la posesión, buscan el nacimiento de tukua, la quebrada, y en sus aguas dejan caer una pequeña cuenta de cristal de roca, ofrenda a Kaxshikuama, Madre de los Arroyuelos; y abrigados por una sensación no conocida hasta ahora, se internan a través de los parajes umbrosos. La marcha es lenta, sin prisa, recreados con la explosiva vitalidad de la vegetación, incentivo al calor que abrasa sus corazones y hormiguea con estímulos de delicia por toda la piel. Cuando ven al kauxau, bejuco ojo de venado, de bellas flores rojas, estrechando y queriendo asfixiar el tronco de taiji, el guayacán, ellos a su vez se contagian, se enlazan, se acarician, se descubren secretos del cuerpo y se olvidan en el tiempo.

—¡Nagluñi, Ula-yang! ¡Te quiero!

Ya no les importa la distancia por recorrer para llegar donde el naoma.

—¡Y yo a ti, Seoname!

Otras veces se detienen, apenas tocándose con la punta de los dedos, y se extasían con el revoloteo iridiscente de los sindulyi, los colibríes, entre el prodigio multicolor de las flores; con las acrobacias

de las picarescas hibaxa, ardillas de empenachada cola anaranjada; o con las grandes mariposas azules. Cuando la penumbra de la espesura comienza a ser menos densa, advierten la cercanía de Haggi-Ateima. Se miran excitados, se dan un último y prolongado beso, se prodigan fugaces caricias, sin soltarse de las manos, aceleran la marcha. Entre las ramas, como una alegre y policroma despedida, castañuelea con su enorme pico uassal-dei, el yátaro, o repiquetea bin, el pájaro carpintero-penacho rojo. Aquel día y como nunca antes, la vida ha sido para los jóvenes enamorados un portento de sensaciones. Agradecidos dan una mirada final a la selva, coronan las últimas eminencias de la Serranía y salen a un claro, donde sin impedimentos calienta Surli con todo su intenso esplendor de trópico. Ahora, frente a ellos y como la mayor altura de la montaña, se alza Haggi-Ateima, la piedra grande y negra de flancos escarpados, que deberán escalar para cumplir su cita con el Naoma-Kavi.

Sin pensar en detenerse más, por una senda tallada en la roca, inician el ascenso aferrados a las rugosidades de la piedra para no caer en el abismo. Cuando alcanzan la cima, se abre a sus ojos el panorama de los contornos patinados con rayos dorados de atardecer. Nunca antes habían estado allí y se pasman con la vista del horizonte marino dilatado en incendios por Mamashkaxa, la Boca de Fuego, el lugar donde se acuesta Surli, nace la noche y se quema el agua sobrante del Mundo. Luego se vuelven a mirar hacia el Sur, hacia Noa-Nashika, de donde viene el calor sexual, y quedan todavía más admirados: allá en las alturas, bajo un cielo pintado con tonos violetas, están los picos de hielo, morada sagrada de Haba Séinekan. Entonces, en forma espontánea, reflejado en los ojos el amor, Seoname-maku y Ula-yang se hincan de rodillas y ponen la frente sobre la piedra del piso, en gesto de veneración hacia la Madre Universal.

* * *

Así los encuentra el poderoso Naoma-Kavi, quien a la llegada del atardecer abandona su refugio entre los peñascos de Haggi-Ateima, donde dormita durante las horas del día, porque en las noches es imperiosa la vigilia, la meditación y la mirada a las estrellas.

—Los esperaba: Naoma-Doa de Ponkeica me avisó su llegada.

Seoname-maku y Ula-yang se incorporan, lo miran con respeto, no extrañan que, aun sin visitarse personalmente, los naomas puedan comunicarse cuanto deseen y necesiten: tales sus poderes mentales y de telepatía.

—Hánchika —saludan a un tiempo los jóvenes y se inclinan reverentes.

Los ojos del viejo, pese a su penetrante mirada, tienen una expresión afectuosa, no concordante con el resto de sus facciones hieráticas y rígidas, ni con sus ademanes solemnes e intimidantes.

—Uá, uá —contesta, y esboza por fin una sonrisa.

Con su andar estudiado echa a caminar en dirección al refugio rocoso, compuesto por un saliente adaptado a recinto triangular, abierto en uno de sus vértices para permitir el acceso. En la penumbra de su interior, acurrucada frente a una fogata, está Saxa, la mujer del Naoma-Kavi, tan vieja como él, ocupada en la preparación de alimentos y brebajes mágicos; se vuelve a mirarlos, hace un gesto de bienvenida, y en las pupilas chispea una luz que sólo Ula-yang, como mujer, sabe entender.

Por invitación del sacerdote, Seoname-maku toma asiento en una de las banquitas de madera tallada, que con unos cueros son el único mobiliario; el viejo hace otro tanto y se queda mirando fijo a Saxa, su mujer de toda la vida, a quien ya no necesita hablarle para que capte sus pensamientos. Ula-yang muestra simpatía y atención para con la anciana, se apresta a colaborarle, y entre las dos sirven a los hombres porciones de hongos, caracoles, jiju secos o pescaditos de río, y tubi fritos o larvas de cucarroncitos, en platos de cerámica negra muy pulida y decorada, distintiva de los utensilios ceremoniales de los naomas.

En silencio, mirándose unos a otros, saborean la frugal comida. Cuando terminan, Saxa y Ula-yang ofrecen en sendas copas un líquido espirituoso: lo beben en cortos sorbos y otro tanto hacen ellas. Tan pronto consumen el licor, ya la noche está afuera, acompañada por la fosforescencia de las luciérnagas, el croar millonario de las ranas, los gritos intermitentes de las uauhú, las lechuzas, y los cantos sugerentes de los guacaó, pájaros negros de la oscuridad: con estas voces nocturnas se cuela por la estrecha entrada del abrigo una brisa tibia y salobre: aviva las brasas y en ellas se concentran las miradas de los presentes; sienten los efectos de la bebida igual

a un calor repartido con celeridad por el cuerpo; y se transportan a otra dimensión, no física sino mental: ninguno despega los labios... no lo necesitan para iniciar esa curiosa conversación telepática promovida por el Naoma-Kavi. Seoname-maku y Ula-yang hacen confesión y reciben consejo para su vida, a partir de los coitos ceremoniales en Nyuiji-Hube. Luego, llevados por los extraordinarios poderes mentales del sacerdote, emprenden un vertiginoso e inconcebible viaje a los primigenios tiempos de la humanidad, a las regiones legendarias de las Lagunas Sagradas en el pie mismo de los nevados, donde en el primer horizonte todo comenzó: ¡Todo!... Cuando sólo había agua: agua y mucha agua. Y todo era noche porque no existían Surli, el Sol, ni Saxa-ti, la Luna; ni gente, ni animales, ni plantas. ¡Nada!... Pero el agua ya estaba allí, en todas partes, en el aire, en las nubes y después en el mar, en los ríos, en las lagunas. En ese entonces el mar era La Madre. Ella era pensamiento: Ella era memoria: Ella era espíritu de lo que iba a venir. Y tomó cuerpo. Y era una mujer. Y su mirada fue día. Y su aliento fue viento. Y su saliva, y su sudor, y sus lágrimas, fueron ríos. Y su menstruación fertilizó la tierra... Y tomó en sus manos a doana, el palillo del poporo, y con él se fecundó, una, dos, tres, cuatro, muchas veces. Y así nació Sintana, Señor del Fuego y Dueño de los Animales; y así nació Seijankua, Señor de los Temblores y Dueño de la Tierra y de las Plantas; y así nació Sehukukui, Señor de la Noche y Dueño de las Sombras; y luego nació Kunchavita-ueya, Señor del Trueno y Dueño del Agua.. Y posteriormente concibió a sus hijas Jalyubang, Mulkuavandyang, Mulkuaneyumang y Kulchavisang, para que cohabitaran con ellos y poblaran la Sierra Nevada. Y a todo el mundo.. a todo.

Para medianoche Seoname-maku y Ula-yang tornan a la realidad. Y mientras en un rincón del refugio Saxa instruye a la muchacha sobre el comportamiento a seguir en sus relaciones con el cacique de Ponkeica, éste sale en pos de Naoma-Kavi hacia la cúspide de Haggi-Ateima, a donde se accede por unos peldaños tallados en la roca. Allí, como curioso remate, resalta a manera de escultura la kalauka, banca de piedra con adornos laterales de cabezas emplumadas de paujil con fauces de jaguar. Sentado en ella es donde el sacerdote, noche a noche, hace sus observaciones astronómicas, analiza las conjunciones estelares, y ahora sigue atento, con pasión

y deleite, la aparición y los movimientos de Kavi-Tama, la estrella del Gran Jaguar.

Con ademanes pausados y seguros, expresión suma de satisfacción, Naoma-Kavi toma asiento en la banca e invita al cacique a situarse a su lado; levanta la vista a las estrellas, a un punto determinado, extiende uno de sus descarnados brazos y explica:

—Allá está… allá viene… ¡Kavi-Tama!

Seoname-maku sigue con ojos ávidos la dirección señalada por el sacerdote: entre la miríada de puntos luminosos advierte uno diferente, alargado, una pincelada de luz, resplandeciente en tonos blanco-azules. Sí que es una estrella distinta… y su cauda la convierte en el cuerpo celeste más hermoso de la noche.

IV

Porque Meli-ang y las otras mujeres raptadas sabían qué deseaban de ellas los ubatashi.. les entregaron sus cuerpos. Estos invasores, de pronto actuaban como los sangaramena o los gulamena, quienes trataban bien a las mujeres taironas, en comparación con el destino cruel deparado a los hombres: de ahí su apelativo de arranca-cabezas o arranca-brazos.

Así fueran tan distintos en su físico y con unos hábitos diferentes a los suyos, las mujeres se dieron por satisfechas con el comportamiento de los extranjeros de cabellos rubios, quienes solían ser en sus actividades diarias unos seres taciturnos y con frecuencia agresivos, en especial si miraban al mar en dirección a Mu, por donde nace el sol; en cambio, cuando estaban en intimidad con ellas, se tornaban sonrientes, juguetones, y en el amor eran de nunca acabar, con formas sorprendentes para seducirlas y complacerlas. Ello contribuyó a que las cautivas dejaran de extrañar su vida anterior entre los de su raza.

Esta disposición favorable de las taironas hacia los ubatashi, vino desde cuando se presentaron de visita en los poblados de Aldagüiji y Savijaka, y se sintieron atraídas por sus esbeltas figuras de piel clara y cabello gauksé, color de fuego, o por esas miradas azules,

curiosas con cuanto los rodeaba, hambrientas cuando se posaron en ellas.

Después, una noche irrumpieron en sus pueblos con la fiereza silente de los kaxshigugulu, los jaguares rojos de la selva: no tuvieron contemplación hacia los hombres, y en acción traicionera e injustificable no aprobada por ellas, dieron muerte a quienes se les opusieron. Con todo, sintieron una secreta complacencia: el rapto implicaba ser poseídas por los enviados del Padre Sintana, Dueño de la Luz y del Día, según la creencia enseñada por los naomas.

* * *

Es la noche. Recostada en el pecho de Ubatashi-thor, Meli-ang acaricia su piel velluda de kaxshigugulu. Con interés y curiosidad le oye narrar historias de su país, descritas con lujo de detalles, así él, al hacerlo, no pueda impedir la tristeza y la nostalgia ahogándole la voz. Por suerte ama a su mujer tairona, lo único grato en su nueva y precaria vida; y como ella ha aprendido su idioma, siente gusto de contarle sobre el mundo de donde vino; y también, porque al hacerlo y así sea mentalmente, vuelve a visitar su tierra de origen, a sus familiares, a sus amigos. Luego vendrá la compensación: en la medida en que Meli-ang perciba su congoja, se la ahuyentará volviéndose atrevida e ingeniosa en sus caricias; y él podrá devolvérselas con creces, recorrerá con manos y besos toda su piel nativa, descubrirá sus intimidades, la sentirá incendiarse, palpitar, gemir por los deseos de la entrega, la poseerá en secuencias interminables.. y en el éxtasis alocado del amor, podrá tirar por la borda, como lo hace todas las noches, su vida pasada. Así, en el tibio silencio de la madrugada, con el rumor de las olas llegando en la distancia, Ubatashi-thor reconoce que la felicidad sólo está dada para él en este presente placentero.

En otras ocasiones los relatos están a cargo de Meli-ang, para informar a Ubatashi-thor sobre el País de los Taironas: le cuenta de las vastas regiones que dominan en la Sierra Nevada, de Tayronaca, de Posigüeyca, los dos principales centros gubernamentales, tan populosos como para en caso de emergencia poner sobre las armas a veinte mil guerreros cada uno, y de la ordenada organización

social, con el Naoma-Kavi muru nakubi, sacerdote mayor sabio y justiciero, acatado por todos. Esto lo narra Meli-ang, porque dentro de su corazón quisiera conciliar dos sentimientos: el amor a su país, a su gente y a su cultura, y el nuevo cariño por el ubatashi, ahora comprometido con la presencia de Suku-thor, el hijo recién nacido. Y para completar la información, le revela la reciente presencia de los gulamena y los sangaramena, violentos invasores con quienes ya se libran encarnizadas batallas, diferentes a los kashingui, inteligentes y pacíficos.

Otras veces los relatos de Meli-ang se relacionan con su vida antes de la captura. Así él se entera del linaje de su mujer, uno de los más altos en la sociedad tairona, y del parentesco con Seoname-maku, uno de los principales jefes de Keka-Bunkua, la Montaña Blanca. Esta circunstancia, a su vez, es motivo de temores por parte de la muchacha: el día menos pensado vendrán los suyos a rescatarla.

Afuera clarea la luna, resalta contrastes de luz y sombra en el cercado ubatashi, mantiene despiertos a los encargados de vigilar desde las plataformas. Por encima de las rústicas techumbres de palma revolotean y emiten prolongados chillidos los uánkawo, aves nocturnas de aquellas regiones del trópico. Apretujada contra Ubatashi-thor, somnolienta, Meli-ang sonríe satisfecha y agradecida: pese a ser él un enemigo de su raza, al escogerla como su mujer y por su condición de jefe de la gente de los ojos azules, evitó fuera mancillado su linaje.

* * *

Después del anochecer, en el campo de los ubatashi se organizan grupos para una actividad diaria: ella consiste en salir a intervalos, furtivos, en misión de pesca, caza o recolección de frutos. Quienes deben conseguir alimentos en el mar, y cuando el oleaje lo permite, se internan a nado hasta los bajos, donde sumergidos recogen caracoles grandes para obtener de su interior abundante y nutritiva carne; si el mar está revuelto, sólo deben contentarse con perseguir cangrejos azules en la playa. A veces, por temporada, la labor reviste especial suspenso: son las noches de luna, cuando bulu-kuna, la tortuga grande, llega montada sobre las olas a desovar en los arenales.

En las misiones de pesca a la bocana del río Hukumeiji deben cargar unas ligeras canoas robadas a los taironas, mantenidas dentro del cercado; sólo las emplean en estas ocasiones que revisten muchos riesgos: si lo hacen muy cerca del mar es preciso cuidarse de maunsa, el tiburón, insaciable y al acecho entre las turbias aguas del estuario; y si se adentran por el río, la amenaza está en ser descubiertos por los naturales, también pescadores en la oscuridad. La caza en la selva, tierra adentro y ya sobre las primeras estribaciones de la Serranía, les atrae, así implique otra clase de peligros: en algo recuerdan las partidas por los bosques umbríos de su lejano país. Quienes tienen por encargo la recolección de frutos, cumplen dos objetivos: unos se internan entre los laberintos de las palmeras, trepan a ellas y se proveen de cocos; otros lo hacen en la primera franja montuosa para llenar las mochilas con piñuelas y vainas de trupillos y guamachos, o nísperos, marañones y guamos de delicioso sabor.

Los componentes de las partidas de recolección, caza y pesca, cuando abandonan la seguridad del cercado, sólo cuentan para cumplir su labor con la complicidad de la noche: por experiencias poco gratas, saben que tan pronto comience a aclarar se reiniciará el hostigamiento de los taironas.

Esta noche, Ubatashi-thor no forma parte de ninguno de los grupos que dejan el refugio en procura de provisiones. Por los relatos de Meli-ang ha creído conveniente observar con propios ojos cuanto ella afirma sobre la realidad de los habitantes de la Sierra Nevada; y en audaz misión, acompañado de dos escogidos voluntarios, partió desde la medianoche a reconocer los parajes del Valle de Tairona, al interior de la Serranía.

* * *

Cuando las aguas del río Hukumeiji se vuelven sonoras y rápidas, porque hasta allí no llega el represamiento ocasionado por el flujo del mar, Ubatashi-thor y sus compañeros Conoh y Od, confirman haber cruzado con éxito las líneas avanzadas de los taironas y estar dentro de su territorio.

Desde la amplia bocana del río, unas veces caminando por los

playones, siempre los pies en el agua para no dejar huella de su paso, otras a nado para no ser descubiertos desde los puestos de vigilancia, silentes como los animales de presa, logran llegar al primer gran meandro del Hukumeiji: el valle selvático es angosto, se recoda entre las montañas entrecruzadas como nudillos. Para entonces ya comienza a clarear, salen del agua, se internan por el bosque, buscan uno de los árboles más corpulentos y sin vacilar trepan a él, ayudados de lianas que a manera de cortinajes festonados con parásitas florecidas, cuelgan de las extendidas ramazones.

No acaban de acomodarse en una de las horquetas, ante la protesta y estampida de los monos de viento, cuando abajo escuchan el movimiento de una patrulla taírona, en su temprano y habitual recorrido por las márgenes del río. Agazapados, ocultos entre las frondas, divisan al grupo de nativos armados de largas y aguzadas lanzas de macana, en el cinto las hachas de piedra, y en la espalda aljabas donde portan flechas emponzoñadas. El jefe de la partida es un espigado rabón, cubierto el pecho, rostro, antebrazos y pantorrillas con aderezos dorados, símbolo de sus actos de valor; el cabello muy largo, en forma de cola pretinada, le imprime un aspecto feroz. Quienes lo siguen, vestidos con taparrabos de algodón o piel de jaguar, muestran en la mayor o menor cantidad de alhajas de oro, su veteranía en las batallas.

Como si un sexto sentido les advirtiera de la presencia de extraños, los indígenas se detienen recelosos al pie de las bambas del higuerón, cuchichean entre sí, miran a los contornos; a una orden del jefe algunos inspeccionan los alrededores. Ubatashi-thor y sus compañeros permanecen inmóviles, casi sin respirar, escondidos tras las gruesas ramas cubiertas de musgos y parásitas. De ser descubiertos, su arriesgada misión al País de los Taironas concluirá allí mismo, ante el poderío de sus enemigos.

La suerte está de su parte: los exploradores regresan sin ningún resultado; el rabón da una última mirada en contorno, levanta los ojos y permanece observando por largo tiempo las altas ramazones. Desde su escondite, Ubatashi-thor adivina los pensamientos del guerrero de largo cabello, amarrado a manera de cola pretinada con cintas de oro y cuentecillas en piedra de colores. El comandante tairona considera la corpulencia del higuerón como un escondite

apropiado; al final desecha la posibilidad y da orden de partir por la orilla del río, hacia abajo.

Ubatashi-thor, Conoh y Od se miran con expresión alegre y de momentánea tranquilidad. Atenidos a las advertencias de Meli-ang de desplazarse en las horas de la noche o las siguientes a la media tarde, permanecen en el árbol, así el hambre y la inmovilidad empiecen a urgirlos. Instalados sobre las horquetas del higuerón, dejan pasar el tiempo en medio del ambiente cada vez más cálido de la selva y del suplicio provocado por hordas de moscos y zancudos. Las aves tornan a posarse en las ramas a prudente distancia, e igual hacen las ardillas y los monos; se diría que todo ha vuelto a la normalidad y así lo ve y siente la patrulla aborigen cuando, después del mediodía, regresa de su recorrido, camino al poblado de Aldagüiji, ya conocido de los ubatashi por haber robado allí algunas de sus mujeres.

Cuando pasa un tiempo prudencial y calculan lejanos a los nativos, Ubatashi-thor ordena descolgarse por las lianas, bajan a tierra y emprenden el ascenso a las laderas orientales de las Lomas de Maroma, para en rápida travesía evitar los otros dos meandros del río y buscar una alta cuchilla desde donde, según Meli-ang, podrán tener una primera visión del Valle de Tairona.

Al atardecer, cansados y hambrientos, pero satisfechos por no haber tenido más encuentros con patrullas, coronan los escarpados filos de la Cuchilla Nusukua. En efecto, desde allí tienen una panorámica de lo que es, en esta parte, el inmenso País de los Taironas, confinado entre la gran montaña cubierta de nieve, y la serranía y la llanura litoraleña.

En silencio, maravillados, pese a ser aquella la tierra de sus enemigos, contemplan la majestad de los nevados patinados de oro, donde según sus mujeres viven los dioses y se llega a Noabi-due, el Más Allá. Por asociación, esas cumbres los vuelven nostálgicos y los transportan en pensamiento a su país de origen: la congoja les hierve en el pecho, es una rabia incontenible por estar allí capturados, en la cárcel de Keka-Bunkua, sin paredes, barrotes, fosos ni cadenas.

—¿Volveremos algún día? —pregunta Od, el más joven de los exploradores, casi un muchacho, y su mirada refleja angustia por conocer la verdad. Ubatashi-thor cruza la vista con Conoh, el más veterano de los tres, un gigante de piel velluda y rojiza, sobreviviente

de muchas aventuras. Se les endurece el rostro, se entienden sin hablar.

—Lo intentaremos, Od... lo intentaremos. Pero antes debemos conocer bien en dónde estamos y cómo son en realidad estas gentes. —Y después de una pausa—. Y también es preciso saber de los kashingui, y de los gulamena y los sangaramena. Para ser fuertes quizás debamos aliarnos a algunos de ellos, gozar de un tiempo de paz y acabar de construir el navío para el regreso.

* * *

La noche sorprende a Ubatashi-thor encaramado en el más alto peñasco de la Cuchilla Nusukua: profundas cavilaciones le tensionan los músculos de la cara y le vuelven dura la mirada.

Cuando una a una se prenden las constelaciones, por corto tiempo puede recrearse con la visión deslumbrante del carro y los caballos de la Osa Mayor, apenas asomados sobre el horizonte...

Ahora añoro cuando desde el puente de mando de mi embarcación me orientaba con los cuerpos celestes. En esos días lejanos y por aquellas latitudes del Hemisferio Norte, hasta el mapa de las estrellas era diferente: una prueba del distanciamiento de mi país lo confirmé al ver en el cielo la aparición de nuevas constelaciones; así, algunas de las figuras con las cuales aprendí a navegar, se desplazaron y gran parte de ellas se perdieron de vista, mientras otras, tal el caso de la Osa Mayor, ya apenas si puedo divisarlas por un corto período de tiempo en el comienzo del anochecer; es como si estos puntos de luz del firmamento, todavía siguieran mostrándome el camino de retorno.

Tras el horizonte desciende la última estrella que pinta en las inmensidades el carro y los caballos mitológicos: Ubatashi-thor deja de mirar el cielo, se le escapa un rugido atragantado, baja la vista a las vertiginosas vertientes de la Sierra Nevada, donde parpadean otras diferentes constelaciones: las fogatas de los taironas indicando por centenares los poblados asentados en los filos y laderas de este país.

—Sí: Meli-ang tenía razón. El poderío de estas gentes es muy grande —murmura para sí al recordar a su bella, ardiente y a veces

misteriosa mujer; y evoca esa expresión que transformó su rostro apacible, cuando le confió sus intenciones de hacer esta correría.

A partir de entonces ella se tornó pensativa en extremo y hasta enigmática. Ubatashi-thor se sintió espiado en todos sus movimientos dentro de la aldea, reparó cómo Meli-ang procuraba escuchar sus conversaciones cuando se reunía con Od y Conoh, ya escogidos por compañeros en su futura expedición al interior. Así mismo advirtió una costumbre nueva en ella: todas las noches salía de la choza y por un tiempo se quedaba mirando las estrellas; o al atardecer y al amanecer, estaba pronta para establecer por qué puntos del horizonte se ocultaba y salía Surli, como ella llamaba al sol. Desde entonces presintió: Meli-ang conoce muchos secretos de la naturaleza.. y se lo comentó. La joven se quedó mirándolo, seria, y se limitó a responder:

—Todavía no es tiempo.

Cuando un día lo encontró a media mañana dentro de la choza, inspeccionando sus armas, repitió:

—¡Aún no!

—¿Cuándo?

No contestó de inmediato.

A la noche, en la intimidad del lecho y ante sus preguntas insistentes, le previno:

—Si deseas tener éxito, debes cumplir mis recomendaciones; no hacerlo, significará la muerte irremediable para ti y tus compañeros. Confía en mí.

Por los informes de su mujer, el jefe ubatashi supo que sólo dispondría de tres días con sus noches para recorrer el Valle de Tairona en la parte comprendida en los ríos Hukumeiji y Sekaimaka; en este corto lapso, en especial en las tardes y en las noches, la gran mayoría de los hombres estarían concentrados en los pueblos mayores, cumpliendo determinados ritos y celebraciones, y ellos podrían desplazarse sin tanto peligro.

Una tarde, después de confirmar la caída del sol por un punto determinado del horizonte, Meli-ang anunció:

—Esta noche es la indicada... es tiempo de Uxa.

De inmediato Ubatashi-thor puso sobre aviso a Od y Conoh, alistaron armas y provisiones, luego se encerraron en sus chozas para despedirse de sus mujeres, poseyéndolas con inusitado ardor,

porque podría ser la última vez; así lo hacían en su país cuando partían para la guerra, o antes de esas largas y arriesgadas expediciones.

Trepado en el alto peñasco de la Cuchilla Nusukua, Ubatashi-thor da una postrera mirada a las fogatas de los taironas, parpadeantes como estrellas rojizas caídas del cielo sobre las montañas y valles de la Sierra Nevada. La mayoría se ven muy distantes, otras lo están cerca, tanto, que cuando soplan fuerte los vientos del nevado, alcanzan a traer rumores de muchas voces dedicadas al canto.

Sobre las cumbres orientales de Keka-Bunkua, más allá del río Hukumeiji, asoma la Luna Llena y todo lo aclara con su luz blanca. Ubatashi-thor rebulle a Conoh y Od adormilados a sus pies, les da orden de levantarse y seguir adelante: si quieren triunfar en su misión y regresar otra vez a la aldea, deben emprender la travesía hacia el Oeste, en busca del río Sekaimaka. Ya de una cosa están convencidos: del poderío taironа, manifestado en sus grandes extensiones cultivadas, y la multitud de poblados dispersos por todo el territorio.

V

Aquella noche de estrellas, Naoma-Kavi muestra a Seoname-maku algunos de sus conocimientos sobre los astros, y le da una lección en el tablero del firmamento. Con amplios ademanes de los brazos parece abarcar toda la inmensidad de los cielos. Su voz es grave, en ciertos pasajes chillona, esa su forma de expresar la vehemencia.

—Seoname-maku, Cacique de Ponkeica: allá se ve todo... todo: los Antiguos, los animales, la gente. Allá entre Mu, donde nacen el día y el color blanco, y Se, donde nacen la noche y el color negro; allá entre Noana-Mashika, de donde viene la humedad del mar y se origina el color azul, y Noa-Nashika, de donde vienen el color rojo y el agua fría del nevado. Sí, allá está todo, todo: en Mu se encuentran la guarida y los cotos de caza de Nebbi, el Jaguar, en pos de Tayassu, el Cerdo Salvaje, que es como su mujer y por eso le sirve de alimento; en Se, hace vigilia, grita y cuida la noche Toubu, el Búho, mientras acecha a su predilecta Takbi, la Culebra;

allá en Noana-Mashika, la astuta Maktu, la Zarigüeya, acosa sin cesar a Nuui, el Armadillo, cuando sale de su cueva; en Noa-Nashika, Kaxshigugulu, el hambriento Jaguar Rojo, ruge, salta y se come a Segi, el Venado; y en Aluna-kaká, el cenit, cuando es de día, ese mujeriego de Surli, el Sol, se sienta a descansar, a mascar hojas tostadas de coca, a comer bollos de maíz preparados por sus esposas las estrellas; o si es de noche, como ahora, se acuesta con ellas, con una y otra en una orgía de nunca acabar, en especial con Saxa-ti, la Luna, la más bella de sus amantes, quien a veces sale y nos mira de frente con su cara redonda, manchada con la ceniza arrojada por Seldabauku, primera y celosa mujer de Surli; en otras ocasiones, como Saxa-ti es veleidosa, nos mira de lado, o se esconde y oculta del todo su faz.

Naoma-Kavi calla, mira con atención a Seoname-maku para asegurarse del efecto de sus palabras; luego prosigue:

—Surli, como Sintana, son hijos de Haba Séinekan. El primero siempre usa una máscara de oro, despide rayos sobre la tierra para calentarla, así hace germinar las semillas y crecer las plantas. Y pese a que Seldabauku lo sigue a todas partes, ello no impide sus amoríos con Saxa-ti, la Luna, ni con Mukui, el Sapo, o Takbi, la Culebra; y también con Neb-Tashi, el Jaguar Azul, y con Neb-Siji, el Jaguar Largo; y por equivocación con su hijo Enduksama, convertido en mujer por sus poderosos enemigos. Así, con todas las estrellas ha procreado, y muchos de los puntos luminosos del manto celeste son sus hijos e hijas, mientras él sigue mascando coca en su inmensa Nunhañkala, y cuando asoma a su puerta es de día, y si no lo hace, como ahora, es de noche, porque cerró la puerta y está adentro, en arlunyi, cohabitando con alguna de sus amantes.

Naoma-Kavi hace otra pausa, mira de reojo a Seoname-maku, dedicado a seguir sus indicaciones en el espacio estelar. Continúa:

—Sí, esta es noche de aprender. De saber dónde están las dos puertas grandes del firmamento, la de Mu y la de Se, por donde sale y se oculta Surli, visitando unas veces a Uxa y otras a Ahu…

El viejo naoma señala ahora otros conjuntos de estrellas: sus movimientos, conjunciones, apariciones y ausencias, le permiten predecir acontecimientos o determinar los tiempos que rigen los ciclos vitales de todos los seres de la naturaleza. Así, Seoname-maku aprende a reconocer cuáles puntos luminosos componen a Uxa, las

Pléyades, figura estelar encargada de señalar a los taironas la llegada del solsticio estival, cuando ocupa un lugar determinado en el firmamento, comienzo del nuevo viaje de Surli por el gran País de las Estrellas; luego, el brazo descarnado por las vigilias y los ayunos, indica unos tras de otros, cuerpos luminosos en distintos lugares, mientras su voz gangosa pronuncia nombres de animales: sai.. nukui.. tejaku... kamaualdyi, culebras todas ellas de la Sierra Nevada; o seku, el alacrán, y siseke, el águila, reunidos en Ahu, donde pasado un tiempo concluyen el viaje y la inclinación de Surli, y con ello se anuncia la llegada del solsticio invernal.

Entre Uxa y las Pléyades, y Ahu o Escorpión, dos importantes constelaciones para los astrónomos de la Montaña Blanca, Naoma-Kavi se recrea en identificar otras con especial significado en las actividades y creencias de su pueblo: son para él como amigas, o hermanas; con ellas se encuentra, dialoga todas las noches cuando el cielo está despejado: allá ve a Mulda, el Cangrejo Blanco; a Suvalyi y Auika, en cuyo honor se efectúan bailes con máscaras; a Seiku, el Escorpión; a Tami, el calabacito para el ambil; a Muluna, el Molendero; a Djí, el Gusano; a Maktu, la Zorra.

Naoma-Kavi hace una pausa más, y con movimientos que conllevan una estudiada solemnidad, vuelve a la kalauka: sus gestos lo muestran satisfecho con sus enseñanzas. Ya para su exposición no necesita pasearse de un lado a otro de la cúspide de Haggi-Ateima: sentado en la banca ceremonial, echa atrás cabeza y espalda, apoya sus manos en los paujil-jaguares, fija la vista en otro sector del espacio lleno de luces.

—¡Seoname-maku!: ha llegado el momento de conocer la gran Constelación de los Jaguares: donde están Neb-siji, el Jaguar Largo; Neb-tashi, el Jaguar Azul; Nebbshija-Abushi-tema, el Jaguar Blanco; Nebbi-atseshi, el Jaguar Rojo; y Seiname, el Jaguar Negro... —Y los va localizando con el brazo y el índice extendidos.

—Nuestros nombres, nuestras acciones, nuestras vidas y destinos, pertenecen a la Constelación de los Jaguares. ¡Yo, Kavi!... ¡Tú, Seoname! También somos jaguares. Lo somos desde cuando así lo dispusieron Haba Séinekan y sus hijos nuestros Padres. Así sucedió con los antepasados en todos los tiempos, así será con nosotros cuando sea conveniente para la nación y la gente tairona. Así está

dispuesto en las alturas... así. Y esta noche, tú, Seoname-maku, Cacique de Ponkeica aquí presente, recibirás de mí el encargo más importante de tu vida. Será misión imposible de ceder a otro. La ejecutarás en persona, y al realizarla, cumplirás los designios revelados en los astros.

Naoma-Kavi cambia la dirección de su mirada y de su brazo, gira a la derecha e indica la vecina constelación de Uxa:

—Allá, por Uxa, está entrando a la Casa de los Jaguares, en otra de sus periódicas visitas, la estrella del Gran Jaguar, Kavi-Tama, de quien yo, Naoma-Kavi, soy su mensajero y revelador

Embuido de orgullo, con entusiasmo delirante, el sabio sacerdote muestra al cacique el cuerpo luminoso, alargado. Su presencia la descubrió no hace muchas noches, entre la miríada de estrellas parpadeantes. Para esta visita estelar consagró su vida desde niño. Para la llegada de Kavi-Tama debió esperar paciente, noche a noche, estudiando los movimientos de los astros y su ubicación exacta. Así, al presentarse la estrella del Gran Jaguar, no ha tenido la menor vacilación en identificarla. Se hizo viejo en esta espera, tranquilo, convencido de lo trascendental de su misión; y ahora, al cumplirse su destino, se siente poseído de inmensa felicidad y paz.

También embelesado con la visión de la estrella del Gran Jaguar, Seoname-maku escucha reverente las predicciones y encargos transmitidos por Naoma-Kavi: ahora su voz suena monótona, hipnótica: se ha sumido en profundo trance para interpretar el mensaje estelar. El cacique a su vez se siente embargado de sentimientos heroicos. Según el mandato de los dioses y las estrellas, deberá levantar un poderoso ejército, como nunca antes ha existido en Keka-Bunkua, hará respetar las fronteras y librará batallas hasta expulsar a los invasores.

Naoma-Kavi calla. Su misión está cumplida en la muesca hecha al bastón-calendario, y en sus vaticinios y encargos impartidos a Seoname-maku. Como si fuera de piedra, se inmoviliza en la kalauka. Por el lado de Mu el cielo comienza a llenarse de claridad y las estrellas a apagarse. De entre las sombras emergen los filos y las arrugadas vertientes de la Sierra Nevada precipitándose al mar. El predestinado cacique se pone en pie frente al muru nakubi, levanta los brazos en dirección a la Constelación de los Jaguares y hacia el

alargado y esplendoroso Kavi-Tama. Después se vuelve a mirar los picos nevados…

Entre las arboledas ya cantan los primeros pájaros.

VI

Cuando sobre la franja de arena y las cintas de espuma principian a volar ondulantes filas de duanabuká, los pelícanos, en busca de ramas altas para pasar la noche, en la cima mayor de Haggi-Ateima inicia el Naoma-Kavi los preparativos del rito antecedente a los coitos ceremoniales de Seoname-maku y Ula-yang.

Saxa ya ha instruido a la muchacha en cuanto deba saber y hacer; y también la acompañó a las abluciones en el nacimiento de la quebrada Palanoa; ahora la anciana permanece en el interior del refugio, acurrucada cerca de la entrada, inmóvil todo su cuerpo, semejante a una momia flexada; sólo muestra rasgos de vida en el chispeo de sus ojos: denuncian el interés y la curiosidad femenina por estos actos; no quiere perderse ni un detalle de la celebración; tal vez recuerda con satisfecha nostalgia cuando en su juventud ella fue protagonista de un hecho similar

Con movimientos revestidos de solemnidad, Naoma-Kavi convoca a los futuros esposos frente al abrigo rocoso, en un espacio que también sirve de mirador. En el centro de esta terraza ha dispuesto un recipiente de cerámica negra decorado con cabezas de nyuiji, murciélagos, y dentro de él un puñado de kuitsis de colores, colgantes de hueso, pitos de cerámica y un cacique de oro. El luce ornamentos distintivos a su alto cargo: cinta de oro laminado alrededor de la frente para sostener un espectacular tocado, representación del animal sagrado de la noche con las alas extendidas; completan sus arreos las abultadas orejeras de medialuna en tumbaga, nariguera en forma de mariposa, tembeta en el labio inferior, pectoral de espirales sobre el pecho y colgante antropozoomorfo, collares y ajorcas de cuentas semipreciosas combinadas con figuritas y cascabeles de oro, todo ello con el motivo principal de las cabecitas de nyuiji; el toque final a su atuendo son la capa de piel de jaguar con

abotonaduras de cuarzo, las sandalias y perneras, y en las manos sendos bastones de mando, uno en piedra, otro en macana, con remates dorados y plumas policromas.

Si la presencia del Naoma-Kavi basta para inspirar respeto, ahora, cubierto de alhajas e insignias de gran sacerdote, lo convierten en un personaje admirable. Seoname-maku y Ula-yang se sitúan en el lugar indicado y el anciano inicia la ceremonia: muy erguido, de cara a Noa-Nashika, el Sur, y hacia los picos nevados, entona un canto alto y nasal, en el lenguaje de los sacerdotes: presenta a la Madre Séinekan a los dos jóvenes, y pide aquiescencia a su desposorio; complementa el rito con una danza rítmica, de movimientos discontinuos, acompañados por el sonido argentino de los shiminku, cascabeles de oro atados a su ropaje, y las notas de la kuidzi, flauta de carrizo hembra, tocada por Saxa con singular maestría. Al terminar el baile, Naoma-Kavi hace una reverencia a las cumbres nevadas, patinadas de visos anaranjados, reflejo de Mamashkaxa, la boca de fuego del Poniente. Luego, de la copa de cerámica toma el cacique de oro y algunas cuentas-kuitsi de ágata y jadeíta, se encamina a Ñuiyashkue, el Nororiente, envuelve todo en una hoja fresca de maíz y los deposita en una bandeja de cerámica; en forma simultánea alza la voz gangosa en un canto a Sintana, primer Padre del Mundo, y a Sei-nake su mujer, representación de la tierra negra, la buena, la fértil: así la fuerza y vitalidad del primero, y la fecundidad de la segunda, se posesionarán de los cuerpos de Seoname-maku y Ula-yang. A continuación, Naoma-Kavi vuelve al centro de la terraza, toma los silbatos y otras cuentecillas, los lleva en dirección a Ñuibaje, el Suroriente, donde pronuncia otro de sus cantos, esta vez en invocación a Haba Teyuna, Madre de los Taironas, y pide protección para quienes a partir de ese momento serán llamados a cumplir importantes servicios a la nación. Con su andar solemne y estudiado, en el rostro una mueca de tensa concentración, regresa Naoma-Kavi al punto central, e imprime a los brazos movimientos levitatorios: quiere parecerse a nambo, el cóndor, cuando bate las alas y busca las mayores alturas de la Montaña Blanca. Pero lo más notable y atractivo en Naoma-Kavi son sus ojos, de mirada profunda, dominadora: ante ellos nadie puede resistirse; y ahora, durante esta ceremonia, al avistar hacia el frente, en la distancia, pareciera traspasar las montañas y la dimensión temporal. Toma una tercera porción

de cuentas y se encamina a Iagakenka, el Suroccidente, donde a gritos llama a Axaldanshisubeya, el Dueño del Pene, y ante su presencia invisible gesticula con viveza, conversa, deposita como ofrenda las kuitsi de cornalina en nombre del cacique de Ponkeica, al tiempo de pulverizarlas con una mano cilíndrica de granito: y pide vitalidad y poder para muchos años de su vida. La quinta ofrenda es en dirección a Jadlakahoisha, el Noroccidente, con cantos y danzas a Naboba, Madre de la Vagina, y a Seatakan, Madre del Coito: ellas deberán inspirar a Ula-yang a partir de esa noche, cuando ingrese con Seoname-maku a la Casa del Murciélago, donde será desflorada y poseída en el primer coito ceremonial. En esta última ofrenda y acto, lo secunda en el baile Saxa, acompañada del ritmo cadencioso de su flauta hembra de carrizo. Para entonces, en Mamashkaxa relampaguean los últimos fuegos del atardecer, y por Mu, el Oriente, el cielo se pinta de tonos violáceos: comienzan a prenderse las primeras estrellas, anuncio para el sacerdote de otra noche de vigilia y observaciones astronómicas.

La ceremonia de las ofrendas concluye. Sólo falta a los desposados intercambiar las kaggaba-kuitsi, piedras amuletos que por el resto de sus días llevarán consigo. En forma simultánea, sacan de las mochilitas, él una cuenta perforada, ella otra no taladrada, las truecan, y tomados de las manos, sin dejar de mirarse, las pupilas llameantes, se encaminan a Nyuiji-Hube, la Casa del Murciélago.

* * *

Cuatro placenteras noches y días han pasado en Nyuiji-Hube, desde cuando Naoma-Kavi los guió por el angosto y retorcido sendero en dirección a este escondido lugar, más que gruta profunda, nicho abierto en los paredones de roca. Allí Saxa, con anticipación, los proveyó de un tendido de esteras, provisiones y bebidas.

Con las kaggaba-kuitsi guardadas en mochilas de algodón, Seoname-maku y Ula-yang pasan la mayor parte del tiempo dando complacencia a sus cuerpos, poseyéndose una y otra vez; para ello se cuidan de colocar cerca a las caderas la gaul-kuitsi, redonda cuentecilla roja, ofrenda a Seatakan, Madre del Coito. En otras ocasiones, entre risas, bromas y retozos, se dedican a probar la

comida ritual afrodisíaca, proveída por Saxa con preconcebida abundancia: gusanos dji, cangrejos verdes y azules, carne de pava ulí, y bebidas espirituosas. También aprovechan el tiempo en conversaciones íntimas: hasta ahora nunca lo habían hecho y es una forma de conocerse.

—Desde cuando eras niña me gustabas. ¿Te diste cuenta?

Los ojos de Ula-yang chispean sonrientes al contestar:

—Y tú también... Sí, lo noté: por eso, cuando estabas en Ponkeica, procuraba rondar los lugares frecuentados por ti. Haba-nay, mi madre, a veces me reprendía: No tienes edad, y estas elecciones las hacen los naomas. Sólo entonces se debe aprender a amar —decía—. Pero yo no le hice caso y te amé en secreto.

—Y yo...

Ríen entonces, halagados por la mutua atracción, y Seonamemaku corre sus manos por la piel de Ula-yang, y se vuelven a encender en deseos. Otras veces los temas son trascendentales:

—El Naoma-Kavi me lo dijo: hace mucho, mucho tiempo, antes que lo imagináramos, nuestros destinos estaban marcados en las estrellas: yo para ti. . tú para mí. Y también esta misión de comandar los ejércitos contra los invasores. Por eso ahora pienso con más frecuencia en Meli-ang. ¿La recuerdas? Por ella, por rescatarla cuanto antes, siento apremio de iniciar los preparativos de la guerra. Y por vengar a mi padre: en sueños, con frecuencia, vuelvo a verlo colgado de los pies, sin brazos, desangrándose. ¡Lo vengaré!

En estas ocasiones, Ula-yang lo observa con una mezcla de admiración y curiosidad: le cuesta armonizar como una misma persona, a su tierno y joven enamorado, y al Jaguar Negro, temerario e implacable guerrero.

VII

Los cultivos de maíz y algodón, vistos desde las Lomas de Maroma, son para Ubatashi-thor motivo de reflexión:

—Ahora comienzo a entender... —comenta pensativo al recorrer con la vista, de Oriente a Occidente, las vastas y fértiles plantaciones de los taironas.

—¿Entender qué? —urgen a una Od y Conoh, escondidos también entre los matorrales.

—... Que a la existencia de estos cultivos deben los nativos mucho de su poderío. —Y extiende el brazo hacia el Poniente, por donde se prolonga el Valle de Tairona sin mostrar confines.

—Campos y más campos. aldeas y más aldeas. Ya lo estoy creyendo: la única manera de sobrevivir será buscando otra vez la amistad de estas gentes.

Conoh y Od asienten con la cabeza; también para ellos es indiscutible la realidad de los habitantes de Keka-Bunkua. Y a los tres los asalta en forma simultánea el recuerdo del rapto de las mujeres en las aldeas de Savijaka y Aldagüiji: comprenden que en esa acción determinaron su destino. Como consecuencia, Ubatashi-thor expresa con incertidumbre:

—Si lo hubiéramos imaginado, no habríamos actuado así.

Dan un amplio rodeo para evitar otra de las aldeas mayores, donde por esos días se hallan concentrados los naturales en la celebración del solsticio de verano, con cantos acompañados de instrumentos musicales de viento y de percusión. La curiosidad y una audaz decisión los mueven a arriesgarse y bajar hasta el propio Valle de Tairona: quieren ver de cerca las plantaciones; para ello se mimetizan entre los matorrales, salen al borde de los apretados maizales, y aprovechan para llenar las mochilas de mazorcas tiernas. En otro campo cercano tienen la oportunidad de palpar las motas blancas de algodón, y en los alrededores de una aldea solitaria descubren plantas desconocidas para ellos, cargadas con frutos de agradable sabor

Para el atardecer del segundo día escuchan un rumor ya aprendido a distinguir: el fragor de los ríos mayores de la Sierra Nevada.

—¿Será el Sekaimaka? —pregunta inquieto Od.

A este ubatashi la juventud aún no le permite ser tranquilo como su gigantesco compañero Conoh, quien en las actuales circunstancias reduce sus requerimientos a mantener el estómago lleno y estar presto a responder un ataque sorpresivo. Mientras avanzan, el coloso ubatashi no deja de meter la mano en la mochila para sacar de ella frutas hurtadas en los huertos; con el ají ya se llevó una sorpresa: su carne roja y picante lo obligó a buscar con desesperación el agua de los arroyos, ante las risas y burlas de sus compañeros. A la

pregunta de Od, Ubatashi-thor responde entusiasta, con un pensamiento agradecido hacia su mujer:

—Sí… debe ser el Sekaimaka: las indicaciones de Meli-ang se cumplen con exactitud. Ahora debemos apresurarnos y aprovechar la última claridad para llegar esta noche a su orilla.

Aceleran la marcha.

Por un estrecho y pintoresco valle, prolongación lateral del de Tairona, enrumban hacia el río Sekaimaka. Su rumor cada vez más intenso hace presumir la proximidad. Para no dejar huellas, siguen otra vez el lecho de una quebrada, arteria de este paraje cultivado en forma intensiva, y donde la densidad poblacional se aprecia en la cantidad de viviendas construidas a lado y lado en las riberas. Así estén solitarias, avanzan sigilosos, alertas: los únicos signos de vida son algunos cerdos encerrados en corrales; o libres y correteando por un lado y otro, unos perros de cuerpo alargado y pelambre rojizo, sumidos en raro silencio, con todo y haber descubierto su presencia.

—¡No ladran! —comenta Conoh extrañado.

—¡Parecen mudos! —concluye Od.

Más adelante, el humo filtrándose por el ápice de uno de los bohíos, y un provocativo aroma a comida, atraen su atención.

—¿Averiguamos? —pregunta Conoh a Od, con un chispeo infantil en los ojos. Y acompañando la palabra con la acción, espía a través de los muros de estantillos de la vivienda y descubre a una anciana frente al fogón, atenta a la preparación de un asado. Los dos ubatashi se miran con el apetito desbocado de repente: su pensamiento es el mismo: pueden entrar por sorpresa, cubrir a la vieja con unos cueros que han visto cerca de ella, y robar la carne sin alcanzar a ser identificados. Las manos de Ubatashi-thor apretadas sobre sus hombros como unas garras, y su mirada iracunda y centelleante, los interrumpe en sus imprudentes propósitos.

—¡Sigamos! —susurra y rechina los dientes. Od y Conoh, resignados, dan una última mirada a la carne sobre las brasas, cuando:

—¡Hánchika! —saluda alguien a sus espaldas. Se vuelven sorprendidos y quedan enfrentados a otra anciana de cabello largo y grisoso, tan desconcertada como ellos. Los ubatashi se miran entre sí: su presencia ha sido descubierta y las consecuencias pueden ser imprevisibles: aprietan nerviosos las lanzas: piensan: lo prudente sería…

—¡No!… ¡No! —se apresura a decir Od. Ubatashi-thor y Conoh están de acuerdo. Sería vergonzoso. Y sincronizados en una venia, responden:

—¡Hánchika! —en la característica forma de saludo tairona.

El tiempo parece detenerse. Los ubatashi y la anciana se miran sin atinar a hacer nada más. De su perplejidad los saca la otra vieja, al ofrecerles sendas porciones de carne desde la puerta del nunhúe; Conoh se apresura a tomar la suya. Ubatashi-thor y Od lo imitan, se inclinan como muestra de agradecimiento y parten a la carrera, saltando sobre los perros mudos. Las ancianas se miran y sonríen, sin ninguna muestra de temor.

Adelante, la confluencia de la quebrada con el río Sekaimaka se transforma en otro espectacular paraje selvático poblado de aves y de monos. Como en ocasiones anteriores, buscan un árbol grande, esta vez un caracolí, y se ocultan entre sus ramas.

* * *

Las horas que pasan trepados en el árbol vuelven a servir a los ubatashi para meditar sobre su futuro en estas tierras de Keka-Bunkua. Acaballados sobre las horquetas del caracolí, cada uno con sus propios pensamientos, esperan la salida de la luna, momento cuando reemprenderán la marcha río Sekaimaka abajo, en busca de su unión con el Ulueiji, uno de los cursos de agua más importantes del País de los Taironas.

Obsesionado con el episodio de las ancianas, Od comenta de pronto, convirtiendo en alta voz su razonamiento:

—No puedo dejar de pensar en ellas: se sorprendieron pero no mostraron miedo; y su generosidad… aún no la entiendo.

Ubatashi-thor comparte estas apreciaciones con un movimiento afirmativo de cabeza; en cambio Conoh se encoge de hombros y hace con los labios un gesto despreocupado:

—Todavía no me inquieto por ellas: contamos con una noche y un día para volver a nuestra aldea antes del regreso de los taironas a su poblado: sólo hasta entonces será revelada la visita que hemos hecho a este lugar.

—También lo creo así —confirma Ubatashi-thor haciendo cálculos.

Conoh se muestra satisfecho con la corroboración de su jefe; chasquea la lengua y asume un aire paternal cuando se dirige a Od:

—Quizás, por inmediata seguridad, hubiéramos debido matarlas y simular un ataque de las fieras: pero nos habríamos sentido mal.. no acostumbramos asesinar mujeres. Así que... a dejar atrás el pasado y a preocuparnos por el presente: éste, con la vida, es lo único seguro y cierto para nosotros en estas tierras. Ahora, por ejemplo, de nada te sirve pensar en esas ancianas y romperte la cabeza por lo que se hizo o no. Come más bien algo de tus provisiones, descansa, pero antes... —y mira con atención las ramas del árbol— es preciso evitar nos sorprenda un tigre de esos que, como nosotros, les gusta subir a esconderse... —y suelta una risita contenida.

Tranquilo con su reconocimiento, se dedica a deshojar con sus dedazos el capacho de las mazorcas e hincar los dientes en los tiernos y lechosos granos. Cuando calma su apetito, busca mejor acomodo entre las horquetas del caracolí y se sumerge en un estado simultáneo de sueño y alerta; así recupera las energías sin perder la noción del peligro. Ubatashi-thor lo mira con aire de aprecio: él no comparte en su totalidad la forma de pensar de Conoh, pero siempre lo escoge como compañero en las misiones de más riesgo.

Od es diferente: apasionado desde niño por escuchar relatos a viajeros y marinos en su arribo a los puertos de su país, portadores de exóticos botines, recibió permiso de sus padres para acompañar a Ubatashi-thor. De esto ya han pasado varios años, se ha hecho fuerte en los trajines marineros y en los recorridos por las costas de un continente nuevo. Esta noche, trepado en el caracolí, acompañado de Ubatashi-thor y de Conoh, pero en realidad solitario, debido a su temperamento introvertido, se siente también invadido de nostalgias y sentimientos encontrados: conserva de su tierra y de su gente un bello e idealizado recuerdo, donde sobresale la visión de su madre, silenciosa, triste pero a la vez llena de orgullo, haciéndole los aprontes del viaje... Es una imagen cariñosa, protectora, de facciones finas, ojos dulces, piel blanquísima y cabellos dorados, visitante en sus sueños, desde cuando emprendieran esta peregrinación por suelos y mares extraños; ahora, tal fantasía empieza a

desdibujarse, a sustituirse por otra: Sa-ang, la chica indígena con quien aprendió los secretos del amor; ella, cuando está lejos, a su vez le hace visitas mentales. Por eso, desde su sitio en la horqueta del caracolí, Od quisiera haber terminado esta expedición y estar de vuelta en la aldea, para descansar de nuevo en los brazos de su niña-mujer. Es entonces cuando evita mirar de frente a Ubatashi-thor, y en silencio lo reprocha por elegirlo como compañero y alejarlo de ella.

Las cavilaciones de Ubatashi-thor tienen por centro las recientes imágenes del Valle de Tairona; y trepado en el caracolí, compara la vida de los taironas, organizada y próspera, con la precaria de ellos, acosados en la aldea. Mira a Conoh: dormita imperturbable, un ojo cerrado y otro abierto, alerta como las fieras en la selva. Od en cambio luce pensativo, soñador en el día y en la noche. Sí... ellos, como él, como todos los ubatashi, tal vez sean unos condenados a muerte en este país de la Montaña Blanca.

VIII

Es Tayronaca el centro habitacional y de gobierno más importante de la vertiente norte de la Sierra Nevada, donde por tiempo de Uxa, o del solsticio de verano, y estar presididas por el Naoma-Kavi, las conmemoraciones suelen ser las más solemnes y concurridas. En estas circunstancias temporales de los solsticios de invierno y verano, tiempos de Ahu y Uxa, y también debido a convocaciones especiales hechas por el sacerdote mayor, el muru nakubi, allí se congregan naomas y caciques de todas las otras poblaciones del País de los Taironas.

En esta ocasión los festejos revisten significativa importancia y solemnidad, por su coincidencia con otro gran acontecimiento: la aparición periódica en los cielos nocturnos de Kavi-Tama, la estrella del Gran Jaguar, presente cada ciento cincuenta y dos solsticios, hecho que determina cambios decisivos en el rumbo de la nación. En épocas pasadas su aparición fue recibida con entusiasmo y gratitud unas veces, otras con recelo y hasta verdadero espanto. Para estas

noches, Kavi-Tama ya ocupa su lugar preferencial dentro de la gran Constelación de los Jaguares: allí se destaca por su brillantez y larga cauda, y atrae, admira y sobrecoge indistintamente a quienes la descubren en las insondables alturas del firmamento.

Según se ha corrido la voz por toda la Sierra Nevada, con motivo de la visita de la estrella del Gran Jaguar, el sacerdote mayor hará trascendentales revelaciones; ello despierta expectativas y moviliza a las gentes de Keka-Bunkua, tanto de la vertiente norte como de la occidental: el pueblo entero interrumpe por un tiempo el ritmo normal de vida, deja solitarias las poblaciones, en multitudes acuden de todos los rincones de la Sierra hacia Tayronaca, la capital, emplazada sobre las riberas del río Ulueiji, desde donde controla al gran Valle de Tairona y gobierna un sector muy vasto del País de la Montaña Blanca. En las poblaciones y aldeas quedan los impedidos físicos, los muy ancianos, o las patrullas encargadas de los puestos fronterizos.

Tayronaca, asentada sobre parajes de ladera a lado y lado del río, comunicada en su interior con un puente colgante que resalta su desarrollo urbano, en estos días está congestionada por la afluencia de tantos visitantes. Entre los espacios dejados por los nunhúes, bohíos de altos conos de palma, algunos tan amplios como para alojar a más de trescientas personas cada uno; o por los camellones empedrados, sobre las terrazas escalonadas, en las grandes plazoletas, una de ellas triangulada, donde suelen efectuarse concentraciones humanas en días de mercado, o sirven para celebraciones o ritos, y hasta en las afueras, discurren los taironas venidos de todas partes: pasean por la ciudad, forman grupos, conversan sobre temas de interés, se distraen en juegos y competencias de fuerza o tiro al blanco, algunos aprovechan la oportunidad para ofrecer mercaderías y proponer trueques, otros simplemente descansan y esperan los anuncios del Naoma-Kavi. En tanto los chiquillos corretean, retozan, meten bulla, se distraen con pet, juguetes fabricados de palitos y semillas.

La mayoría de los recién llegados congestionan los espacios aledaños a las nunhuañkalas, templos de la ciudad, donde en forma permanente se hallan reunidos los naomas en la práctica de vigilias y ayunos, acompañados de bailes y cantos, vestidos con máscaras

y atuendos ceremoniales, actividades que a veces hacen públicas y forman parte del espectáculo en los festejos del tiempo de Uxa.

Aquí y allá se reúnen los hombres con sus trajes blancos, decorados a rayas pintadas o bordadas en vivos colores; estos ropajes hacen contraste con su piel cobriza, sirven con los gorros de variadas formas para identificarlos según los linajes. Ceremoniosos, intercambian unos y otros la fórmula habitual de saludo:

—Saki shivaldau, hayu-hai. ¿Cómo estás? Aquí está coca.

A lo cual la respuesta siempre es:

—Uá, uá... bien, bien.

Y se ofrecen hojas tostadas de hayo portadas en sus mochilas, se las llevan a la boca para masticarlas gustosos, revueltas con la cal extraída de los poporos, mediante palillos labrados en diferentes maderas, blancas, negras, rojas, amarillas,según el lugar de procedencia.

Ante la admiración de los hombres y sus comentarios sugestivos, pasan las mujeres jóvenes en permanente ir y venir, hermosas, alegres, risueñas. Las hay serranas de piel clara, y cobrizas de las tierras cálidas, tímidas o desparpajadas, ya provengan de las montañas o del litoral. Las unas visten túnicas y mantas de algodón pintadas y bordadas con pedrería, mientras las otras apenas se cubren con insinuantes faldillas. En las joyas todas compiten: diademas de oro y plumas, collares de cristal de roca, pulseras y ajorcas, que por su riqueza artística despiertan exclamaciones, elogios y comparaciones.

Los caciques suscitan diferentes grados de admiración: rodeados por el halo de la fama, miden ésta en la cantidad de adornos de oro sobre el cuerpo; cada acto heroico les dio derecho a colocarse un collar más, otra vuelta de pulsera, o un pendiente adicional, tintineando en las narigueras, orejeras, diademas o pectorales. Rodeados de escoltas, también van tras ellos las comitivas de sus mujeres, los consejeros, los asistentes y los servidores; a su paso por Tayronaca levantan rumores y comentarios acordes con sus proezas; en ocasiones detienen la marcha para atender el saludo de un admirador, las palabras de un conocido, escuchar una solicitud o recibir un obsequio. Entre ellos está Toronomala, principal cacique de Posigüeyca, sabio y anciano gobernante del otro centro de la Sierra Nevada, ya sobre la vertiente occidental; él comparte con Nomaragüey de Tay-

ronaca, los honores y la responsabilidad del manejo de la nación; su séquito, el más numeroso de todos, se acompaña de soldados, músicos, bailarines y cantores. Otro es Gama, reconocido guerrero y cacique de Bonda, región dependiente de Posigüeyca, estratégica por su ubicación alta, dominante sobre el mar, de fronteras comunes con Betoma, donde gobierna el indomable Hando, ya en la esquina noroeste de Keka-Bunkua. También atrae la atención el cacique de Cincorona, Guregüey similar al de Bonda, pero bajo la jurisdicción de Tayronaca: él, con su gente, aliado a Gitamaku de Buritaca, controla la entrada por el Oeste al Valle de Tairona. El más popular por aquellos días es el cacique de Ponkeica, Seoname-maku, el Jaguar Negro, seguido de su bella esposa Ula-yang; lo acompaña una impresionante escolta de rabones, capitanes de sus victoriosos ejércitos en los enfrentamientos contra los gulamena, más conocidos como los arranca-brazos. También visitan a Tayronaca otros caciques menores, a su vez sujetos a la gran autoridad del Naoma-Kavi muru nakubi.

Los rabones, profesionales de la guerra, despiertan especial admiración entre las doncellas y los chiquillos: jóvenes, semidesnudos, luciendo envidiable fortaleza, enjoyados por los actos de valor realizados, su mayor atractivo son las colas de cabello pretinadas con cintas de oro y pedrería: a cualquier movimiento de la cabeza, estos rabos parecen adquirir vitalidad propia, igual al meneo de las colas de los jaguares, cuando agazapados acechan a sus presas.

Llaman la atención los comerciantes kashingui, nunca vistos antes por muchos de los visitantes a Tayronaca: pertenecen a otra raza; altos, de piel quemada por Surli, musculosos, desnudos, sobre la cabeza lucen penachos de plumas de paujil y guacamaya, y portapenes sostenidos con cinturones enjoyados. Venidos a las costas de la Sierra Nevada hace algún tiempo, de más allá del mar, conforman con los duanabuká, los únicos grupos extranjeros relacionados en forma amistosa con los taironas. Por ello les permitieron establecerse entre las bocanas de los ríos Ulueiji y Mutaiji; desde entonces, estos navegantes y pescadores surten a las gentes del Valle de Tairona de sal y pescado, y a los naomas de artísticas máscaras y bancas ceremoniales de madera tallada.

En otros puntos de la ciudad los espectáculos son diferentes según las actividades: en lugares altos cercanos a las quebradas están los

talleres de los alfareros, admirados por su habilidad creativa; allí se pueden obtener piezas utilitarias o ceremoniales; se destacan las vasijas de contornos redondeados y sensuales, los voluminosos tinajones decorados, las enormes urnas funerarias adornadas con caras, brazos y sexos prominentes, las bandejas y los platos, los asadores, las copas y los vasos, los cilindros, las pintaderas y los ofrendatarios, resultado de la maestría de estos trabajadores de la arcilla.

Otro lugar de la urbe reúne a los orfebres con sus centros de fundición: allí se dominan las técnicas de la metalurgia del oro y la tumbaga. Muy visitados por sacerdotes, caciques, guerreros, y también por las mujeres, en estos talleres adquieren las joyas los de altos linajes para adornarse con opulencia; y en menor escala y cantidad, las gentes de los estratos intermedios e inferiores de la sociedad tairona. Para unos las alhajas sirven de símbolos jerárquicos: religioso, militar, civil; en las mujeres es de imprescindible adorno; y para todos, sin excepción, las piezas de orfebrería son elementos que habrán de acompañarlos en sus tumbas y posteriores viajes ultraterrenos.

También están las industrias donde se trabaja la piedra: granito, esteatita, basalto, materiales empleados en la fabricación de instrumentos de uso diario en los hogares: hachas, cinceles, metates, manos de moler, pulidores, cucharas; o aquellos que cumplen funciones en las ceremonias religiosas: bastones de mando, placas sonajeras, máscaras, hachas rojas y verdes. Ocupan lugar preponderante dentro de estos artífices de la piedra, los encargados de la fabricación, horadación y pulimento de las cuentas-kuitsi, para adornos, collares, sewá, ofrendas y ritos. Entrenados en estas técnicas en la legendaria Teyuna, allí se tallan ágatas, cornalinas, jadeítas y cuarzos, en piedras amuletos. Estos artesanos, dirigidos por naomas, son muy numerosos en Keka-Bunkua ante la gran demanda de sus productos.

En sitios de las afueras de Tayronaca, sobre las orillas del río Ulueiji, o de los riachuelos, resaltan las grandes cicatrices de las canteras, donde se rompen peñascos enormes con ingeniosos sistemas: recalentamiento con fuego y enfriamiento inmediato con agua para provocar fracturamientos; percusión; cuñas hinchadas; pulido y raspado; todo ello para obtener lajas y bloques, con destino a la construcción de enlosados, graderías, caminos, o muros de filtro-

contención, característicos de las obras de arquitectura e ingeniería de los taironas.

En un sector determinado de la ciudad están los textileros con telares para la fabricación de mantas y vestidos, ayudados por agujas de oro, hueso o macana; alternan con las tejedoras de fajas, mochilas, gorros y hamacas, actividades propias de uno y otro sexo; y los encargados de la cestería, del trabajo en cuero, los armeros, los constructores con piedra o madera, y ya en las afueras, los dedicados a labores agropecuarias, como los apicultores y los labriegos.

Todos ellos, en Tayronaca, muestran el cuadro completo de los diferentes oficios, artesanías e industrias, propios no sólo de esta gran urbe, sino representativos de las profesiones especializadas de una nación en proceso de desarrollo.

* * *

Las festividades del tiempo de Uxa se prolongan por tres días con sus noches, con cantos, bailes de uakaiki, máscaras y ofrendas a Mamagakve, Padre del Algodón; a Kualdanehumang, Madre del Maíz; a Duginavi, Padre de la Auyama; y a Nani-Surli y Seijaveya, Dueño, y Madre del Verano; a Monsaui y Misevalyue, Padre, y Madre de la Lluvia; y a Malkua-Kukue, Padre del Sol. La tercera noche culminan con espectacular y multitudinaria marcha de antorchas que hacen de los caminos de Tayronaca, ríos ascendentes de fuego hacia Nahua-xalda, el cerro donde está la Casa Ceremonial, la Nunhuañkala Mayor, sobre una gran terraza encinturada con murallas de piedra, lugar donde oficia el Naoma-Kavi en ocasiones especiales.

Cerca de la medianoche todo el gentío está reunido en torno al templo. Para entonces las teas son apagadas, la brisa limpia el humo del aire, en el cielo se intensifica el brillo de las estrellas. Los taironas callan: sólo hay miradas y atención hacia la puerta de la gran Nunhuañkala, donde a contraluz se recorta la silueta del Naoma-Kavi, revestido con ornamentos de piel de jaguar, abanico de plumas de colores en la san-kalda, gorro cónico, y en torno a la cintura la ancha bulukua o faja ceremonial; los adornos de oro y piedras semipreciosas en collares y brazaletes, y las maxaldas, placas sonoras

pendientes de los codos, tintinean al compás de sus movimientos; pectoral, orejeras, nariguera, tembeta y demás pendientes metálicos de fina orfebrería, completan y resaltan su figura, despiden destellos, hacen espectaculares los estudiados ademanes del viejo naoma.

Esta es la gran noche de Kavi-Tama... Esta es la noche de las revelaciones del Naoma-Kavi.

Con pasos lentos, ritmo a su canción ceremonial, el sacerdote avanza hasta el borde de la terraza y desde allí tiende la vista sobre el gentío: en la oscuridad de la noche apenas si lo puede distinguir: pero lo sabe agrupado a sus pies, mar humano anhelante, confiado en él, único en Keka-Bunkua con poder de comunicarse con la Madre Universal. Para la multitud, esta noche, el Naoma-Kavi es mitad humano y mitad sobrenatural: es una silueta movible despidiendo destellos, que canta en el extraño lenguaje de los Antiguos. Hipnotizados lo ven señalar hacia las alturas... siguen sus indicaciones y así pueden descubrir entre la miríada de puntos luminosos del firmamento la Constelación de los Jaguares, y dentro de su ámbito, semejante a una pincelada de luz, a Kavi-Tama, brillante, con su cauda magnífica, nunca antes vista por esta generación de taironas.

Del gentío se levanta un murmullo de admiración: por unos instantes parece el rumor lejano del mar: hace vibrar al sacerdote con sentimientos de emocionada plenitud. En ese momento, por la gradería principal irrumpe el desfile de los naomas llegados de todos los lugares de la Montaña Blanca con las cabezas cubiertas de uli-tankue, penachos multicolores de plumas de las más bellas aves. Unos en pos de otros forman una larga fila, portan ofrendatarios con cuentas-kuitsi, obsequios a Kavi-Tama, y otros llevan bandejas de cerámica negra donde arde guxtse, el fuego mítico.

La procesión de los naomas asciende por la gradería entre un coro de cantos y exclamaciones de la multitud: no parecen voces humanas, sino el trepidar de la tierra cuando por ella echa a caminar Seijankua, el Señor de los Temblores. Así llegan hasta la terraza mayor donde se levanta la gran Nunhuañkala envuelta en resplandores de guxtse, símbolo de Kama, fuerza que imparte el inmenso poder al templo.

Alrededor de la kalauka donde ahora se halla sentado el Naoma-Kavi, los otros sacerdotes colocan los ofrendatarios con las piedras kuitsi, y en un círculo más amplio las bandejas con el fuego mítico,

avivado con abanicos en secuencias rítmicas, marcadas por los tonos altos del canto, entonado al unísono por los naomas y el gentío a manera de impresionante oleaje: y según se suceden los compases de la canción, se incrementan los resplandores.

A un ademán del Naoma-Kavi el canto se interrumpe: hay unos instantes de silencio, hasta cuando irrumpen en el escenario, dentro del círculo de las bandejas llameantes, un grupo de bailarines con las cabezas y caras cubiertas por máscaras del jaguar Namaku, los cuerpos envueltos en pieles de kavi el jaguar, nebbi el tigre, seiname el jaguar negro, nuhuijabe el tigrillo, y kaxshigugulu el puma o jaguar rojo; en sus movimientos elásticos imitan a la perfección los de estos animales en la selva, e inician el baile sagrado de los felinos al ritmo sugerente y nostálgico de las kuidzi, flautas de hueso. La danza se intensifica, se vuelve frenética en la medida en que las nung-subalda, trompetas de calabazo, y las de caracol grande de mar, llenan los espacios de sones y reverberancias. A otro grito del naoma la música se torna más rápida, retumban los tambores, se oye el chicheo-chicheo de las tani, maracas, el campaneo argentino de los shiminku, cascabelitos de oro, y la aguda estridencia de los gaugi, silbatos de hueso pulido.

Para entonces, otros personajes intervienen en la danza: se trata de hermosas y ágiles doncellas, sin más atuendo que el brillo de sus alhajas; el adorno en las cabezas son anchas cintas con pendientes de oro y pedrería, sostén a las astas ramificadas de segi, el venado, al cual ellas representan. Dentro del simbolismo del acto, del frenesí del baile, y ante la mirada fascinada de la multitud, las danzarinas son perseguidas por los hombres-jaguares en un intento desaforado por alcanzarlas, hasta derribarlas y con rugidos posar sus zarpas sobre las palpitantes caderas y los lomos de las mujeres-venados. Un gran clamor estalla entre la multitud, gritería tempestuosa sólo acallada cuando el Naoma-Kavi se levanta de la kalauka y agita los brazos; con este ademán pone fin al baile sagrado, los ejecutantes se retiran presurosos del escenario, y otro tanto hacen los naomas menores a manera de sombras silenciosas.

El Naoma-Kavi vuelve a quedar solitario frente a la Nunhuañkala, ahora, en un efecto óptico, emergiendo entre las refulgencias del guxtse: ha llegado el momento esperado después del transcurso de los ciento cincuenta y dos solsticios: es la hora de las revelaciones

del muru nakubi. Sin dejar de mirar y señalar la estrella del Gran Jaguar anuncia con su voz aguda y nasal:

—Está apuntado en el firmamento. Ahí… en las estrellas de la Constelación de los Jaguares: así lo quiere Haba Séinekan: así lo piden Sintana, Seihukukui, Seijankua, Kunchavita-ueya, y todos sus hijos y hermanos, Padres, Madres, Señores, Dueños. ¡Todos!. Así lo anunciaron: para esta época, cuando Kavi-Tama aparece en el cielo y llega a su casa a reunirse con sus otros hermanos Jaguares, será también el tiempo de la guerra… de la lucha por recuperar los territorios usurpados a orillas del mar por los ubatashi… el de reconquistar las llanuras invadidas por los arranca-brazos y los arranca-cabezas.

Hace una pausa: la tensión se acrecienta entre la multitud; el viejo toma aire y exclama con toda la potencia de su voz:

—¡Hijos de Haba Séinekan! ¡Hermanos Mayores!. ¡Taironas habitantes de Keka-Bunkua! Volveremos a ser dueños de las llanuras del litoral. Volveremos a dominar las bocanas de los ríos. Rescataremos a nuestras mujeres. Vengaremos a los muertos. Así está señalado en las estrellas. ¡Así será! Ahora que Kavi-Tama llegó a ocupar su lugar en la Constelación de los Jaguares.

El viejo sacerdote hace otra pausa, levanta en alto el sa-xavalda, bastón-calendario, donde ya registró con otra muesca el paso del Gran Jaguar; lo agita en amplios círculos, primero con la mano derecha para invocar buenos sucesos, luego con la mano izquierda para alejar malos acontecimientos. Y con su voz peculiar continúa sentencioso:

—… grandes días están por venir: de gloria para nuestra nación. Pero antes, la sangre de muchos guerreros teñirá las aguas de los ríos en su curso hacia el mar; éste será el precio de la victoria, de la futura felicidad, de la prosperidad para nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos. Así está marcado en el firmamento. Así.

Se aparta de la kalauka, toma un largo bastón de mando, elaborado en macana con anillos y cabeza felínica de oro, da varios pasos por el borde de la terraza, mira entre la multitud, hace una señal y llama en alta voz:

—¡Seoname-maku!… ¡Jaguar Negro!… ¡Cacique de Ponkeica! Así lo ordena Haba Séinekan: desde este momento, por voluntad

de ella y de sus hijos, y ante la presencia de Kavi-Tama, le entrego el bastón de mando de la guerra.

Al llamado perentorio del sacerdote, el joven cacique asciende a la terraza, recibe la insignia guerrera, se vuelve y la presenta a la multitud. Su ademán obtiene por respuesta un grito unísono: se sacude el aire a manera de tempestad, como si el Señor del Trueno, Kunchavita-ueya, dejara oír su potente voz sobre los picos de las montañas.

Sólo una persona se aflige por estos honores y responsabilidades asignados a Seoname-maku: Ula-yang, espectadora desde un lugar preferencial; hasta ahora, la felicidad la acompaña en los días y en las noches; hasta ahora, su joven esposo no se separa de su lado y la llena de alegría; y cuando ya el acto de la pasión es una experiencia plena y placentera, deberá apartarse y, revestido con las insignias, partir a la guerra. Los hermosos ojos negros de Ula-yang se llenan de tristeza: le duelen el corazón y sus entrañas de mujer enamorada, así sienta orgullo por el destino asignado por las estrellas a su hombre.

IX

Para Kashín y Ulaban los primeros recuerdos infantiles los situaban juntos, uno al lado del otro, dentro del vientre congestionado de las embarcaciones, respirando el aire caliente y ese olor salobre, a pescado, impregnándolo todo entre el chapoteo de agua de mar, filtrada por los resquicios abiertos en los cascos carcomidos de tanto bregar con las olas; ellos, con los otros chicos, tenían por encargo evacuarla sin descanso, con las totumas o los caparazones de tortuga, mientras a su lado se desarrollaban el trajín y el grito estentóreo de los hombres en las faenas marineras.

Entre esa confusión de cuerdas, varas, velámenes, arpones, armas, utensilios, remos, pescados y crustáceos capturados, algunos vivos, que todo lo volvían estrecho y desordenado debajo de las bancas, era de donde a veces los rescataban las manos de sus madres, obligadas compañeras de los caribes, valientes pasajeras de estas

naves, destinadas a surcar los mares del trópico y cortar distancias entre una y otra de sus cientos de islas.

De aquella vida impuesta por la naturaleza de sus padres, audaces navegantes y temidos guerreros, les quedaron grabadas en las mentes las visiones del horizonte ilímite, unas veces de sólo cielo y agua, otras salpicado de pequeñas islas, o también de porciones de tierra mayores, con su silueta inconfundible por la cerrada vegetación, donde se intuía el discurrir fresco de los arroyuelos; en aquellos tiempos fue una constante, en el día los ardores del sol, en la noche el brillo parpadeante de las estrellas; y, añadido a ellos, los recuerdos sangrientos de batallas para tomar posesión de una punta de playa, o la medialuna de una ensenada donde pasar algunos días explorando sus alrededores, para aprovisionarse de frutas, carne de monte, de los bosques extraer madera para reconstruir alguna parte averiada de los barcos, remendar velámenes, rehacer cordelerías, o descansar de tantas fatigas y sentir bajo los pies la estabilidad física de la tierra.

Sin ser hermanos, Kashín y Ulaban crecieron como tales, viajeros con otros chicos en los navíos caribes. Los ajetreados vientres, costillares y bancas, fueron sus estrechos hogares; en las esbeltas piraguas aprendieron de la vida y de la muerte, de la alegría y el miedo, de la abundancia y la escasez, del triunfo y la derrota, de la paz de los hombres y de la naturaleza en los días de navegación en calma, cuando era un regocijo la abundante pesca en las aguas transparentes de los bajos de coral, acompañada de los cantos de los hombres y las risas y exclamaciones entusiastas de las mujeres; o también, de la furia ciega desatada por los seres humanos en la guerra, el llanto de los inocentes, nunca comparable con esa otra ira, la aterradora, y pese a ello grandiosa de los elementos naturales desbocados, así una y otra ocasionaran dolor y muerte. En las naves caribes aprendieron las reglas de la marinería, a interpretar el rumbo en el manto nocturno de las estrellas, a conocer la dirección de los vientos en la forma de las nubes y sus desplazamientos; a dilucidar por el color de las aguas su profundidad y sentido de las corrientes; a ser hermanos del sol y del viento, a saltar las embarcaciones sobre los lomos de las olas, a ir de uno a otro lado en esos mares de nunca acabar.

Porque ese fue su destino, desde niños debieron presenciar mil combates, escuchar los gritos de guerra y el silbido de las flechas

al rasgar el aire y cantar la muerte; y pese a su corta edad, participaron en sangrientas batallas, donde unas veces se alcanzaba la victoria, y con ella apreciado botín, mujeres para perpetuarse como raza, o un territorio donde establecerse por un tiempo, cultivar, esperar las cosechas, reaprovisionarse y volver a su inacabable peregrinaje.. La victoria no fue siempre su compañera: diezmados, con el sabor amargo de la derrota, también regresaron a sus naves para escapar por la única vía libre: el mar.

Los dos chicos vieron morir a sus padres en medio de feroces combates; así perdió Kashín a su madre, dentro de su propio hogar-embarcación, asaeteada cuando protegió con su cuerpo la vida de otro chiquillo; y Ulaban perdió la suya, raptada, porque para otros fue el triunfo y el botín en aquella ocasión. De esa tragedia le quedan vívidos recuerdos: él, con sus escasas fuerzas, aferrado al cuello de su madre en un intento sobrehumano por defenderla y evitar ser separado de ella. Vana y heroica intención: se la arrancaron de sus manos de niño: le quedó la imagen llorosa y despavorida de su rostro, y esa piedra, nube-cielo, llevada ahora en su garganta como remembranza y amuleto.

Hasta cuando llegaron un día a las costas de la Montaña Blanca, visión maravillosa, emergente en la lejanía del horizonte con el resplandor níveo de sus cumbres. Aquella aparición de la Sierra fue algo nunca imaginado por los caribes, acostumbrados a los paisajes insulares. Para entonces ya conformaban una flotilla de embarcaciones con las bordas acorazadas con caparazones de tortuga carey, eficientes escudos donde se estrellan y resbalan las lanzas y flechas de los enemigos.

Para ese tiempo Kashín era un guerrero con temperamento de líder: se distinguía en las batallas por la audacia y el valor de sus actos. Ulaban, por su parte, se peculiarizaba por su ingenio excepcional y las condiciones de estratega, hábil en la construcción de navíos, armas, o cuanto implemento requirieran los caribes en sus aventuras de mar y tierra.

* * *

El tiempo transcurrido en bordear las costas, y en especial la aparición sobre el horizonte de la colosal montaña blanca, imponente

detrás de las llanuras y colinas próximas al litoral, convencieron a Kashín, Ulaban, y demás expedicionarios caribes, de hallarse ante unas tierras diferentes a las islas de donde provenían; aquello no era la geografía simple de los playones y las eminencias cubiertas de palmeras: esto era un complejo montañoso de grandes proporciones. Ulaban guardaba en la memoria relatos de los mayores, y recordó lo escuchado sobre un país grande y poblado, de tierras extendidas en las faldas de una altísima cima nevada, habitado por gentes distintas a ellos, donde por la forma de explotar la tierra se podía permanecer en un mismo sitio todo el tiempo, facilitando la construcción de centros poblados, algunos de gran tamaño.

La vista de la Sierra Nevada y los relatos de Ulaban acrecentaron en Kashín y sus compañeros la curiosidad por conocer tales lugares. En un mar apenas rizado por los vientos del Noreste, los expedicionarios aproximaron sus embarcaciones unas a otras para comunicarse con facilidad según su costumbre: la vista de esa tierra nueva hacía imperioso deliberar sobre el futuro. En esta toma de decisiones también era práctica, además de escuchar a los capitanes de los navíos, atender los razonamientos de aquel a quien consideraban el más sabio, al poderoso sin serlo, al que no buscaba jefaturas porque su autoridad era distinta y no rivalizaba. Por ello, como ya se estaba volviendo hábito de un tiempo para acá, pidieron a Ulaban, el líder natural, su opinión y consejo.

Atentos a su voz pausada, sin apartar la vista de esas dilatadas y al parecer promisorias costas, los caribes sintieron la urgencia de probar suerte en las tierras de la Montaña Blanca.

—¡Vamos allá! —gritaron entusiastas, y cada cual aventuró, según su imaginación, las sorpresas y hasta los peligros que allí podrían encontrar

De inmediato decidieron poner rumbo a las costas de la Montaña Blanca y nombrar como jefe único para el desembarco a Kashín. Sin vacilar, éste organizó la formación de la flotilla de quienes, a partir de este momento y según la tradición caribe, se denominarían kashinguis, o gente de Kashín.

—¡A tierra! —clamó con su voz potente, la mirada fija en la gran montaña. El trajín con los aparejos llenó de viento las velas, las proas enfilaron a tierra en pos de la nave capitana, donde Kashín

compartía el puente de mando con Ulaban, su hermano de vida en el mar.

Mientras unos atendían labores marineras, la mayoría de los caribes aprestaron las armas. Asomados sobre las bordas acorazadas con caparazones de tortugas, los vigías observaban cualquier movimiento sospechoso en tierra firme. Bajo el sol ardiente del mediodía, a toda vela, acelerados aún más los navíos con el impulso sincronizado de los remeros, se aproximaron a la costa.

* * *

El recuerdo de estos hechos revive a Kashín el pasado. Después de una trajinada mañana de pesca en el mar, apunta su canoa hacia la playa, con sus arenales blancos extendidos entre las bocanas de los ríos Mutaiji y Ulueiji, donde con el consentimiento de los taironas se han establecido en forma pacífica. .

La bondad de los nativos y de la naturaleza, debo reconocerlo, nos volvió la vida amable, tranquila y productiva, sin las vicisitudes y los riesgos propios de la existencia en el mar. Esta es una realidad que ahora gozamos.

Con un envión final del canalete, la canoa salta las últimas olas y su quilla abre un surco en la arena. El jefe kashingui, tostado de sol, luciendo todavía como un trofeo las cicatrices de combates donde se ganó fama de héroe, salta sobre la borda y comienza a arrastrar la embarcación hacia un lugar alto de la playa. Arriba, desde la aldea, lo divisan algunos chiquillos y de inmediato acuden a ayudarlo entre el bullicio de sus gritos: son hijos de caribes y mujeres taironas, conocedores por boca de sus padres de las hazañas realizadas por Kashín en otros tiempos: debido a ello lo admiran y respetan como a un gran jefe, así la vida ahora sea de pacíficos pescadores, agricultores y artesanos, organizados bajo un gobierno compartido con Ulaban, el sabio y el artista. La hermandad entre estos dos jefes ha permitido trocar sin traumatismos las costumbres: mazas, flechas y lanzas han sido reemplazadas por herramientas e instrumentos de trabajo en los campos, o para fabricar utensilios, máscaras, bancas ceremoniales y otros elementos muy apreciados por los taironas, en especial de los sacerdotes.

Kashín deja a los niños la tarea de sacar del fondo de la canoa el fruto abundante de la pesca, se encamina hacia la aldea enterrando con fruición los pies en la arena suave y tibia. Con aire satisfecho contempla la perspectiva del lugar donde es líder y cacique: allí todo es adelanto, paz, seguridad, condiciones disfrutadas a conciencia por su gente. Esto, tal vez, lo soñaron sus antiguas mujeres, quizás su misma madre... Que lo recuerde, nunca vio en ellas la expresión alegre y despreocupada de quienes ahora son sus compañeras. ¡Y los niños!... Con todo, a veces, no puede sobreponerse a los ímpetus de su sangre caribe corriéndole por las venas, exigiéndole las emociones de los combates y las aventuras en el mar. Cuando la nostalgia le vuelve un imposible la vida sosegada de la aldea, se levanta antes del amanecer, arrastra la canoa por la playa, se enfrenta al mar, se lanza solitario a desafiarlo, a luchar contra la furia de las olas, hasta cuando el sol asome sobre el horizonte y lo descubra lejos de la tierra, en medio de la inmensidad del océano, allí donde tuvo su primera razón, donde creció y se hizo hombre entre el fragor de las batallas y los gritos de guerra de sus mayores, voces que quisiera oír de nuevo entre el bramar del viento y la agitación de las maretas.

Cuando la fatiga se apodera de sus músculos y siente desfogados los impulsos, enrumba otra vez la embarcación hacia la costa y la aldea kashingui, de la cual y como una paradoja, su otro yo tampoco quisiera alejarse. Estos sentimientos encontrados, esta ambivalencia de su personalidad, unas veces lo identifica con su padre, el guerrero-navegante a quien vio morir combatiendo, y otras con su madre, desarraigada de su tierra y de su gente, convertida en botín en alguna expedición, sacrificada luego en medio de un combate. Ambivalencia quizá repetida en la forma como ejerce su gobierno y al tiempo lo comparte con Ulaban.

* * *

Desde cuando llegaron a las costas de la Montaña Blanca han pasado para los kashingui muchas lunas: de esa primera aldea construida a orillas del mar, en inmediaciones de la quebrada Palanoa, habitada por hombres solitarios y recelosos, a ésta de ahora cambiada en

próspero poblado, con mujeres y niños por virtud del entendimiento con los taironas, hay una diferencia sustancial. Gran parte de la prosperidad se debe a una circunstancia singular, protagonizada por Ulaban, aficionado al arte manual practicado sobre maderos a la deriva, rescatados y labrados cuando su presencia no era indispensable en otras actividades. Y de la habilidad de sus manos surgieron cantidad de instrumentos y objetos fáciles de recuperar en las contingencias de los naufragios, entre ellas las bancas de mando de los navíos, labradas con perfecta simetría y motivos faunísticos como adornos: quedaba así resaltado el lugar desde donde Kashín y los otros comandantes de las piraguas dirigían a las tripulaciones.

A las bancas talladas por Ulaban, a la forma oportuna y sagaz como actuó, a la actitud prudente y racional del líder oficial Kashín, se debió el logro del primer encuentro de este grupo caribe con los taironas.

Para atracar los barcos, Kashín escogió un playón al Oriente de la bocana del río Mutaiji, cerca de un pintoresco poblado compuesto por bohíos alineados frente al mar; dentro de la perspectiva del lugar se destacaba una construcción de mayores proporciones, con alto cono de palma y finas paredes de esterilla tejida; a su puerta Ulaban distinguió, colocadas a lado y lado, unas toscas banquitas de madera, una de ellas ocupada por un anciano de porte severo. La cantidad de canoas varadas en la arena y los aparejos extendidos al sol, atestiguaban las costumbres pescadoras de la aldea, con sus habitantes amontonados, curiosos por la presencia de las naves kashinguis, espectaculares con sus costados acorazados, las velas desplegadas, enormes si las comparaban con sus pequeñas embarcaciones.

Para los nativos eran una incógnita las intenciones de los caribes; y para éstos, acostumbrados a los recibimientos violentos, los desconcertaba la apariencia sosegada del caserío tairona. Agazapados tras las bordas, prestos al asalto, sólo esperaban la orden de Kashín. A su voz arriaron las velas, avanzaron a remo hasta pocas brazas de la orilla, los tripulantes hundieron los canaletes en el agua y frenaron las piraguas. Desde el puente de mando Kashín y Ulaban recorrieron otra vez con la mirada el panorama del pueblo y sus contornos: todo seguía tranquilo y normal, el anciano continuaba impasible en su banquito de madera, al parecer sin extrañarse por la presencia de la flotilla caribe; y de las chozas salían más mujeres

y niños a curiosear a los recién llegados: con desparpajo, bulliciosos, los señalaban con los brazos extendidos y un idioma desconocido.

—Sólo veo mujeres y niños... —comentó Kashín confuso con este recibimiento. Ulaban tampoco podía ocultar su sorpresa: por su experiencia, muy pocas veces su llegada a tierras extrañas ocurría en paz. Y comentó clavando los ojos primero en las canoas, luego en los penachos de las palmeras, tupido cortinaje detrás del villorrio:

—Si la cantidad de embarcaciones corresponde a los hombres de este lugar pueden ser tantos como nosotros, o más —y con gesto elocuente y receloso—: Deben estar escondidos en alguna parte. acechándonos. Y no entiendo este comportamiento despreocupado de las mujeres y los niños. ¿Acaso no saben de nosotros?

Kashín, guerrero nato, sintiendo por todo el cuerpo ese hormigueo inconfundible cuando de la proximidad de un combate se trataba, tenía listo en la garganta el grito para lanzar a su gente al ataque. Pero... ¿contra quién? ¿Asaltarían a ese grupo indefenso de mujeres y niños? Y se resistía, así él y sus guerreros ya se regodearan con ese botín humano, al parecer tan fácil de capturar. Su indecisión aumentó a la vista serena del anciano: no alcanzaba a detallar todavía su rostro, pero su actitud no mostraba ninguna prevención. Miró de reojo a Ulaban:

—¿A qué tierras extrañas hemos llegado, donde no parecen temernos?

Ulaban nada contestó: pensaba: y esto le sirvió para proponer:

Tengo una idea para dilucidar el proceder de estas gentes: que nadie abandone los navíos. Bajaré a tierra, solo. Si actuamos en forma pacífica, quizás sean hospitalarios.

Ante la mirada todavía vacilante de Kashín, Ulaban se dirigió a la banca de mando tallada por él, arrancó las cuñas que la aseguraban al puente, con ella sobre los hombros saltó al mar. Poco después emergió ya en la orilla, con su carga en los brazos, y en actitud confiada, muestra de sus intenciones, se dirigió al grupo de mujeres y niños. De inmediato se apartaron y le permitieron avanzar hacia el bohío grande, desde donde lo miraba el anciano con penetrante fijeza, como si quisiera leerle la mente.

Con su figura alta y cenceña, obligándose a irradiar serenidad en todos sus movimientos, Ulaban se detuvo ante Cotocique, naoma de Buritaca, y con ademanes expresivos depositó el banco a sus

pies, a manera de obsequio. El sacerdote miró, ya a Ulaban, ya al banco: comparado con el suyo, éste era una obra de arte excepcional. Sin poder contener la curiosidad, lo recorrió con sus manos afiladas, de dedos sensitivos, comprobó la fina calidad de las tallas y la madera, el expresionismo de las dos cabezas de dragones de mar, para él, indudables representaciones de kavi, el jaguar, animal sagrado de los taironas.

* * *

A partir de ese momento, Ulaban y el anciano se comunicaron por medio de señales: ello sirvió al primero para pedir, y al segundo para conceder, permiso a los kashinguis de bajar a tierra y establecer un campamento en la playa, a distancia prudencial del poblado. La banca tallada por Ulaban pasó de su sitio preferencial en la nave de Kashín, a banca ceremonial del naoma Cotocique de Buritaca, y fue, a fin de cuentas, la clave que permitió a estos caribes establecerse en el País de los Taironas.

Para ese momento y de todos los alrededores principiaron a hacer su aparición los hombres, armados de largas lanzas de macana, arcos, flechas, hachas y cuchillos de piedra pulida. A su vista y desde las piraguas, los kashinguis entendieron la razón de Ulaban para actuar como lo hizo: vencerlos hubiera sido imposible ante su superioridad numérica.

Satisfecho con su acierto y observador por naturaleza, Ulaban permaneció en el caserío de Buritaca el tiempo suficiente para detallar el desarrollo cultural de aquellas gentes. Y por la actitud alerta de los hombres cuando posó su mirada en alguna de las mujeres, dedujo que por ahora no habría botín. De regreso al barco, Kashín lo esperaba impaciente y convocó a inmediata reunión: necesitaban conocer sus impresiones; y dada la urgencia de reabastecerse de agua y alimentos, acordaron aceptar las condiciones del naoma Cotocique.

Lejos del pueblo a fin de evitar cualquier enfrentamiento, y a orillas de un riachuelo llamado Palanoa, Cotocique en persona señaló a Kashín y Ulaban el lugar donde podían instalarse con su gente por un tiempo. Los kashinguis atracaron sus navíos en el pequeño

estuario, a su orilla dispuso Kashín la construcción de algunos rústicos bohíos, el resto de sus hombres se dedicó a patrullar los contornos: ante el poderío armado de los taironas, no quería dejarse sorprender.

—No acabo de comprender a estas gentes —solía comentar a Ulaban, al paso del tiempo. Y éste guardaba prudente silencio, al recordar la concesión del naoma de sólo permitirles a ellos dos visitar y recorrer a Buritaca; si cualquier otro caribe lo intentaba, de inmediato era obligado a regresar a los linderos circunscritos al riachuelo de Palanoa.

A Ulaban, desde el primer momento, lo movió el afán de investigar sobre el País de la Montaña Blanca: se aplicó a estudiar y entender a los taironas, y entre más los conocía, mayor fue su entusiasmo por la ordenada conducta social que los regía. La simpatía expresada por Cotocique y el deseo de aprender el idioma de Keka-Bunkua, le permitieron visitar con frecuencia a Buritaca: así se percató del intenso intercambio comercial entre la aldea costera y los centros poblados del interior: vio llegar caravanas humanas portadoras de mantas de algodón, vestidos, joyas de oro y pedrería, armas y artísticas piezas de cerámica, para retornar cargadas de algodón en borra, sal, aceite, pescado ahumado y seco, maíz, conchas, caracoles y urnas funerarias de gran tamaño.

En el campo kashingui, sin descuidar la vigilancia y los ejercicios de adiestramiento a sus guerreros, Kashín se ocupaba en la reparación de sus navíos y al reaprovisionamiento de víveres con partidas de caza y recolección: era necesario conseguir abundante carne de monte en las selvas vecinas, y pescado seco para almacenarlo en las bodegas de los barcos, junto con coco y otras semillas alimenticias y frutos desecados. A la noche Kashín y Ulaban solían reunirse para hacer inventario de los alimentos, y comentar los sucesos del día.

—Sigo sin entender a estos taironas —repetía Kashín—. Me desconciertan su generosidad para dejarnos abastecer, y su prohibición de visitar el pueblo y tener relación con sus mujeres. Ellos saben que las necesitamos. .Y nuestra gente ya se impacienta: tenerlas cerca incita los deseos a poseerlas. Dime, Ulaban: ¿Has logrado algo al respecto?... No podemos esperar indefinidamente.

A estas inquietudes, Ulaban respondía pensativo:

—Por ahora, la paciencia es nuestra única alternativa. El compor-

tamiento de los taironas tampoco lo entiendo del todo. De haberlo querido, nos habrían impedido desembarcar; o nos hubieran dejado hacerlo para luego exterminarnos.

Ellos, ya no lo dudo, gozan de gran poderío.. Buritaca es apenas uno de sus muchos poblados: en el litoral y en el interior los hay más grandes y populosos. De requerirlo pueden levantar en armas un ejército como nunca hemos visto. La razón para permitirnos permanecer aquí se debe, o al espíritu amistoso, o por motivos todavía desconocidos para nosotros. . Y ese sacerdote.. que parece adivinarlo todo: como si leyera los pensamientos.

A la noche, mientras los kashinguis soñaban inquietos y desesperados por la falta de mujeres, Ulaban comprendió la urgencia de ingeniarse una forma para convencer a Cotocique.

X

Como lo hace todas la mañanas desde cuando llegaron a Keka-Bunkua, Ulaban se encamina al caserío de Buritaca siguiendo la franja húmeda de la playa, donde revientan las olas. Va pensativo, bajo la limpia inmensidad del cielo, confundido en el lejano horizonte con el azul del mar

A sus espaidas, frente al campamento kashingui y a la vista inconmensurable del océano, se ha quedado Kashín, como siempre sometiendo a sus hombres a prácticas marciales; con éstas, les distrae de la soledad, descansan de los trabajos rutinarios de pesca, de cacería y de recolección, mantienen el espíritu combativo y la destreza en el manejo de las armas.

Por la hora temprana, el mar está todavía en calma, apenas rizado con espaciados y murmujeantes oleajes. Al Occidente se extiende la gran planicie litoraleña y más allá, próximos al río Mutaiji, resaltan entre las frondas los conos de palma de las viviendas del poblado, a esa hora bullicioso con el griterío de las mujeres y los niños, al recibir las canoas de los pescadores.

En las cercanías a Buritaca, Ulaban vio por primera vez a Nyubayang: de cara al mar, con los párpados cerrados, se mantenía rígida

como una estatua, la barbilla levantada, la cabeza hacia atrás y en los labios y las aletas de la nariz un imperceptible temblor: se ocupaba de captar, con sensibilidad extrema, la variación en la velocidad y dirección del viento, su temperatura y humedad; así mantuviera los ojos cerrados, la posición de los brazos a lado y lado de las caderas, con las palmas de las manos al frente, le servía para analizar las condiciones atmosféricas.

Joven, esbelta, con estatura un poco mayor al común de las mujeres taironas, era una escultura de bronce, solitaria, allí en medio de la playa. Ulaban, con su caminar sosegado, silencioso sin proponérselo, se acercó a la muchacha atraído por su quieta belleza... y algo en su figura, en el porte, en la tranquila serenidad, le hizo recordar a su desventurada madre. Estaba ya a pocos pasos de ella, sin verla variar de posición, cuando oyó su voz dirigiéndosele sin mirarlo:

—Hánchika, jaldji... Te saludo, extranjero.

Ulaban se detuvo en seco, sin poder ocultar la sorpresa. ¿Cómo lo había reconocido sin siquiera mirarlo? Ella continuó: —Na kusa, yo te vi.. a mi manera. Y en sus labios vagó una enigmática sonrisa—. Eres Ulaban, el fabricante de las bancas ceremoniales.

Y... ¿tú quién eres que todo pareces saberlo? ¿Acaso te había visto antes?

La muchacha se volvió. Seguía con los párpados cerrados. Era bien hermosa, con una dignidad inmanente, resaltada aún más por las alhajas de oro cubriendo con opulencia su cuerpo.

—Soy Nyuba-yang. también me llaman Nyuba-Aluna, el Espíritu de Oro.

El kashingui recordó haberla visto en forma fugaz a la puerta de la nunhuañkala femenina, a donde no podían entrar los hombres, rodeada de un séquito de mujeres y chiquillos, en actitud distante, superior como si fuera una sacerdotisa. Y también que había sentido atrevidos deseos por poseerla, así este impulso bastara para convertirlo en quebrantador de las normas estrictas de los taironas. Y ahora. la tenía cerca, al alcance de sus manos...

Se refrenó: contuvo con esfuerzo la respiración agitada para evitar denunciarse. Nyuba-yang, sin embargo, lo advirtió, levantó su mano derecha, la extendió, rozó sus labios y le hizo sentir un estremecimiento por todo el cuerpo; arriesgándose a cometer la profanación,

a su vez llevó sus manos a la cara de la joven, la acarició fugaz, para al final posar los índices sobre sus párpados cerrados.

—Dime… ¿Nunca los abres? .. ¿Cómo supiste que venía?

Nyuba-yang sonrió, el rostro se le embelleció aún más, retiró su mano de la boca de Ulaban y contestó con misterioso orgullo:

—Soy hija de Misevalyue, Madre de la Lluvia y del Viento… y de Taiku, Padre del Oro. Por eso soy Nyuba-Aluna… —y después de una pausa breve— Pero no te detengas, jaldji: debes seguir tu camino: Cotocique el naoma te espera. Vete: que aluna te acompañe.

Y se volvió otra vez de cara al mar y adoptó su actitud hierática, con las palmas de las manos al frente y la barbilla levantada. Vacilante, como si hubiera recibido un golpe de viento, el kashingui continuó su marcha por la playa, mirándola una y otra vez.. Y su corazón se llenó al mismo tiempo de alegría, de deseos, y de nostalgia.

* * *

La idea le vino de pronto: con seguridad su subconsciente la estaba fraguando de mucho tiempo atrás, desde cuando conociera a Nyuba-yang, el Espíritu de Oro… Para él las noches eran solitarias y áridas; y en sueños y como fantasmas venían a visitarlo mujeres de su pasado, algunas ahogadas durante tempestades, otras muertas en absurdas batallas, y también Nyuba-yang con su cuerpo esbelto y enjoyado, la piel tersa, los labios carnosos y ardientes, y ese rostro sereno, siempre con los párpados escondiendo sus pupilas; y a veces, en noches de frustrada lujuria, de soledad agobiante, hasta otras jóvenes taironas de Buritaca, curiosas y risueñas, quienes salían a mirarlo a las puertas de sus bohíos cuando él llegaba a entrevistarse con el naoma Cotocique.

Con entusiasmo desusado Ulaban expuso el proyecto a Kashín; y éste, al oírlo, no pudo evitar mirarlo con extrañeza: parecía concebido por una imaginación alocada, y no por su cabeza sensata y calculadora. Y se quedó pensativo cuando trajo a la memoria los éxitos alcanzados en muchas de las empresas acometidas por ellos, debido a las originales ideas de su compañero.

Ante la vehemencia de Ulaban, Kashín aceptó colaborarle. Con-

vencer al resto de los kashingui fue labor más difícil: ellos hubieran preferido para conseguir mujeres, tomar las armas, caer por sorpresa en Buritaca, raptarlas y con ellas hacerse otra vez a la mar; la consideración de morir en el intento no era un obstáculo: en su ley y destino de caribes, esto no era factor que atenuara o cambiara las decisiones. En esta ocasión pesaron la autoridad de Kashín y los razonamientos de Ulaban; a partir de ese momento y con excepción de los encargados de la vigilancia, la actividad de los kashingui fue bien diferente a sus habituales ocupaciones.

Cuando varios días después todo estuvo preparado, Ulaban se presentó ante Cotocique y empleando palabras del idioma tairona, ya comenzado a dominar, lo invitó con los principales personajes del pueblo a una gran ceremonia en su aldea; ¿el motivo?: la llegada de Saxa-ti a la fase de Luna Llena. El sacerdote aceptó de buen agrado:

—Nas seinjarlde, na peibu: te lo agradezco, mi amigo: Saxa-ti sentirá agrado porque taironas y kashinguis le rindan tributo cuando nos mira de frente.

La delegación tairona al festejo kashingui llegó al atardecer a la bocana de la quebrada Palanoa, después de recorrer en imponente desfile la distancia que por la playa separaba al poblado de Buritaca de la aldea caribe. Se componía el cortejo de dos largas filas de guerreros empuñando lanzas, enormes arcos de macana, hachas y cuchillos de piedra, y engalanados con adornos de oro destellantes a los rayos del sol. En medio de tan espectacular escolta, con andar pausado y solemne, iban los principales del pueblo: naoma Cotocique y Gitamaku, al lado del Naoma-Kavi muru nakubi, venido de Tayronaca para conocer a los kashingui; tras ellos, entre mujeres y chiquillos, bailarines y músicos, cerraba el desfile Nyuba-Aluna, el Espíritu de Oro, esplendorosa en su belleza física y en las alhajas formándole tocado de la cabeza a los pies.

Kashín y Ulaban acudieron a presentar saludos de bienvenida, contrastando la opulencia de los atuendos taironas con la desnudez de los caribes, apenas cubiertos con portapenes de caracol y penachos de plumas en la cabeza. Los visitantes fueron guiados hasta el sitio preparado, una franja ancha de playa, donde formando semicírculos estaban ya prendidas las fogatas: allí se asaba carne de monte en abundancia, pescado, y se cocinaban diversas viandas; frente a estos

fuegos y sobre un montículo artificial de arena se había dispuesto el lugar para los invitados, con las bancas de madera trasladadas desde los puentes de mando de los barcos. El efecto que ellas hicieron sobre los taironas fue el previsto: incluido el Naoma-Kavi, todos se sintieron atraídos e impresionados con las cabezas-dragones, adorno sobresaliente interpretado por ellos como representaciones del jaguar.

Actuando de principal anfitrión, Kashín invitó a Naoma-Kavi, Cotocique y Gitamaku a ocupar las bancas talladas. A Nyuba-Aluna, Ulaban le tenía otro asiento especial, trabajado en esos días con singular esmero y creatividad: los motivos de adorno laterales, eran reproducciones del rostro de la muchacha, que ella recorrió con sus dedos como reconociéndose. En ningún momento levantó los párpados, pero la sonrisa en sus labios era testimonio de su agrado. Para entonces había anochecido y las fogatas impartían a los contornos rojos resplandores. Ulaban, muy atareado, daba órdenes y organizaba repartos de comida y bebida. Cuando el lomo brillante de Saxa-ti rieló a manera de oro líquido en el horizonte marino, los caracoles grandes tocados a manera de trompetas llenaron el ambiente con sus penetrantes sonidos; frente al montículo de arena saltaron los bailarines caribes en una danza frenética. Se oyó un murmullo de exclamaciones entre los espectadores.

Desnudos, untado el cuerpo con aceite de pescado para resaltar su musculatura, el único atuendo de los bailarines eran los grotescos y erguidos portapenes de caracol de mar, y las máscaras de jaguares con tocados de plumas, dándoles aspecto de hombres-felinos. La abundante y fuerte bebida en ese momento cumplía su propósito, y el espectáculo adquirió la dimensión preconcebida por Ulaban: a un toque final de las trompetas, los danzantes corrieron hasta el sitio ocupado por Naoma-Kavi y los otros personajes, se prosternaron ante ellos y, como obsequio, les ofrecieron las emplumadas máscaras, semejantes ahora, a los pies de los taironas, a extrañas cabezas de monstruos míticos decapitados.

Miraban fascinados los invitados aquellas caretas de hombres-jaguares, poco antes poseídas de prodigiosa vitalidad al servir de cabezas a los bailarines kashinguis, cuando a otra orden de Ulaban callaron en seco las trompetas y el suspenso contuvo el aliento de todos sin excepción: el aire trepidó ahora con el batir de muchos

tambores, tocados bajo el sombrío de las palmeras, como si de pronto allí se hubiera originado una tempestad.

Los taironas voltearon a mirar hacia el lugar de donde provenía el estruendo: cada vez más sorprendidos con el espectáculo brindado por los kashinguis, vieron emerger de la oscuridad, e irrumpir dentro del semicírculo iluminado por las fogatas, un inconcebible cortejo compuesto por rígidas mujeres fabricadas en palo de balso, cargadas en alto por hombres desnudos. De inmediato se dio inicio a un nuevo baile, esta vez con los movimientos sugerentes del galanteo, danza que fue adquiriendo enardecida vitalidad, pareja a la intensidad en aumento de la música, ahora acompañada por flautas de hueso, trompetas de caracol y racimos de semillas. Culminación al baile, fue la posesión dramática y delirante de aquellas mujeres de palo, yacentes en la arena, entre los brazos apasionados de los bailarines kashinguis.

Cuando el silencio volvió al escenario, los danzarines se retiraron y allí quedaron tendidas, rígidas como cadáveres, las hembras de madera con su sexo violado. Ulaban y Kashín miraron expectantes a sus invitados: sin excepción, todos estaban consternados, los ojos puestos en aquellas mujeres de balso, única y obligada posesión de los caribes.

El acuerdo con los taironas no demoró: días después llegaron al campamento kashingui un grupo de doncellas: serían sus mujeres por el tiempo de permanencia en las costas de Keka-Bunkua, a condición de no ser llevadas a otras tierras, ni ellas ni los hijos de su unión; en reciprocidad, los caribes se comprometieron a suministrar pescado de mar sal, bancas ceremoniales para los naomas, y máscaras con destino a los bailes rituales.

* * *

Kashín se encamina al bohío que le sirve de hogar, donde lo espera Nemi-yang, su joven mujer: risueña, sostiene en sus brazos a una hermosa chiquilla de sangre mezclada como los otros niños del pueblo: caribe y tairona.

A su paso por una construcción cerrada, se detiene y mira a través de los estantillos de chonta; allí, amontonadas en la penumbra, en

promiscua y grotesca quietud, yacen las hembras de palo que sirvieron para mostrarle a los taironas su necesidad de tener mujeres. Kashín no puede evitar una sonrisa al recordar esta exitosa ocurrencia de Ulaban. Satisfecho, da una mirada al conjunto de chozas de los contornos, algunas ya edificadas con el tipo de los nunhúes; se siente realizado por la presencia de este poblado, donde la vida es placentera y organizada.

También en la casa de las mujeres de balso, están guardadas las lanzas y mazas de piedra, ahora utilizadas en ocasiones especiales, cuando conmemoran con actos simbólicos su vida pasada. Ver las armas allí arrumadas y sin uso, le produce sentimientos contradictorios de amor a la paz y añoranza por la guerra. ¿Hasta cuándo? se pregunta. Y entonces se ve precisado a enfrentarse solitario al mar, a la fuerza de los vientos, a revivir un poco las pasadas correrías por sus antiguos mundos insulares.

Pensativo, titubeante, allí lo encuentra Ulaban recién llegado de Tayronaca, a donde viajó con un cargamento de bancas ceremoniales y máscaras, requeridas por los naomas para las festividades del solsticio estival y el paso por el cielo de la estrella del Gran Jaguar. Mientras caminan por la aldea, Ulaban lo pone al tanto sobre los proyectos de los taironas, para emprender la guerra de reconquista de los territorios invadidos por los ubatashi, los sangaramena y los gulamena.

—Por las descripciones de estos últimos y de sus naves, deben ser caribes, igual que nosotros. Sobre los demás, dicen es gente muy extraña, de piel blanca, cabello color de fuego y ojos azules; por eso los llaman así: los ubatashi.

Para entonces han vuelto frente al bohío de las mujeres de palo y las armas. Kashín lo escucha atento, con los ojos puestos en los arrumes de lanzas, arcos, flechas y mazas; mira luego hacia el horizonte marino, donde las nubes forman gigantescas figuras, en su imaginación, semejantes a ciclópeos guerreros enlazados en mortales combates. Su voz suena premonitoria al comentar:

—Mañana la gente volverá a los adiestramientos marciales. Presiento que el tiempo de la paz llegó a su fin y deberemos prepararnos para la guerra.

A la puerta de su casa, con la pequeña hija abrazada a sus piernas, Kashín se despide de Ulaban: lo ve alejarse con su andar parsimo-

nioso por la playa, en dirección a los conos agrupados de Buritaca. Nemi-yang ha salido de la choza y en una copa le ofrece bebida de frutas frescas. En tanto Kashín sacia la sed, ella le comenta:

—Qué extraño es Ulaban... Para mí, lo agobia un secreto.

—Tampoco yo lo entiendo: no aceptó compañera para su vida y... antes nunca había sido así. Y la idea fue de él... eso de las mujeres de palo.

* * *

Con el rostro levantado y en los ojos una expresión decidida, Ulaban se aleja de la aldea kashingui, no por la ruta convencional de la playa sino sorteando un espinoso bosquecillo de trupillos y guamachos, donde es fácil esconderse a la vista de quienes recorren los arenales inmediatos al mar, o de los ocupantes de las canoas dedicados a la pesca cerca de la orilla. Lleva una ruta fija, diagonal a las primeras serranías; en sus laderas, por la época, resaltan las florescencias amarillas de los guayacanes a manera de ramilletes. Cuando del mar no queda sino el murmullo espaciado de las olas, Ulaban aminora la marcha, avanza silente, observa atento los alrededores, y, como siempre le sucede, lo sorprende esa voz ya inconfundible:

—Ulaban. aquí estoy.

Se detiene en seco, mira a su derecha:

—¡Nyuba-yang!

Y sin mediar otra palabra se acerca a la muchacha, la toma por la cintura, siente bajo sus manos la primera insinuación de las caderas, la estrecha apasionado, apoya su rostro en el de ella.

—Nunca te descubro... siempre lo haces primero. ¿Cómo puede ser?

Nyuba-yang sonríe con divertida superioridad, levanta los brazos enjoyados, sacude juguetona los shimunku, pequeños cascabelitos de oro, mimosa recorre con sus manos las facciones de Ulaban y le aproxima sus labios carnosos. El murmura a su oído:

—¿Cuándo serás mía del todo?... Ya no resisto.

Corre las manos bajo las cintas enjoyadas colgantes por las caderas, aparta el faldellín de algodón, se recrea con su piel tersa.

Nyuba-yang se cuelga de su cuello, para no desfallecer ante la sabia profundidad de esas caricias llenándole de fuego las entrañas. Uno a otro se beben el aliento, con acalorados besos. En torno revienta el concierto de las cigarras, el tiempo se detiene, sólo la altura de Surli la vuelve al presente. Con esfuerzo se desprende de los brazos de Ulaban, su voz se escucha ahogada cuando le reclama:

Ya lo sabes: soy Nyuba-Aluna y poseerme a plenitud no será posible aún. Sigues siendo un extranjero. Todo dependerá de tus futuras acciones. Sólo entonces. Y poniéndose trascendental—: El tiempo está próximo: Kuishbangui, Dueño del Trueno y del Rayo, me lo ha revelado.

Se aparta de Ulaban, se compone el vestido y las alhajas en desorden, adquiere otra vez su aire misterioso, lo deja, se va por entre el bosque espinoso. a sus pies florecen rosadas las rastreras y en los espacios arenosos quedan marcadas sus plantas. Pensativo, hincada una rodilla en tierra, Ulaban mira las huellas de su amada y piensa en sus últimas palabras; por rara asociación recuerda lo escuchado al Naoma-Kavi en Tayronaca. ¿Tendrá que ver la prueba exigida por Nyuba-Aluna con los propósitos guerreros del gran naoma?

XI

La presencia de dos flotillas de barcos con las bordas acorazadas, navegando más allá de las costas del País de los Taironas y muy al Oriente del río Hukumeiji, frente a los territorios de los duanabuká, la Gente del Pelícano, no despierta ninguna alarma entre estos pacíficos habitantes, agrupados en poblaciones con grandes ramadas a manera de aleros, construidos frente a sus chozas de tronco y palma, donde suelen reunirse a descansar terminadas las labores pesqueras y agrícolas.

Como tienen noticia del proceder amistoso de los kashinguis, y de los intercambios comerciales con sus vecinos los taironas, los duanabuká se disponen a recibirlos con demostraciones de hospitalidad; grande es su sorpresa cuando a una orden lanzada por los

capitanes de las flotillas, los hermanos Gula y Sangama, los ven saltar sobre las bordas de los navíos ya anclados, y con gritos de guerra arremeter contra ellos como fieras.

La masacre rompe la armonía del litoral: desarmados e indefensos, en una lucha violenta y desigual, caen los hombres duanabuká atravesados por las lanzas o aplastados por las mazas de piedra; en medio del delirio triunfal de los invasores, son decapitados y desmembrados, incendiadas y destruidas las aldeas, perseguidas y violadas las mujeres, ante la vista inocente y despavorida de los niños. Unos pocos logran escapar para dar aviso de la tragedia a las gentes del interior, donde de inmediato se aprestan a la defensa contra la horda caribe que no sólo invade las llanuras de la Gente del Pelícano, sino cruza las fronteras del País de los Taironas e inicia el saqueo y devastación de sus sitios habitacionales.

Por los senderos corren desalados los correos a Tayronaca; y otros relevos a su vez parten por todos los caminos que comunican con el resto del país: van a poner sobre alerta a las gentes del Valle de Tairona y más allá de sus fronteras; la noticia también es llevada al Naoma-Kavi, por esos días, concentrado en observaciones astronómicas y adivinaciones en un lugar muy escondido de las montañas: en Moraca, centro ceremonial, emplazado cerca de los páramos y las Lagunas Sagradas, el sitio religioso más importante de Keka-Bunkua, sobre las cabeceras del Nyuba-Nyna, el Río del Oro. Allí está y se venera la Haggi-Koktuma, la Piedra-Asiento de Haba Séinekan, el gran trono rectangular con tres espaldares, usado por la Madre Universal en los primeros tiempos de la creación; por eso en torno a Moraca, se alzan montañas de significado grandioso para los taironas: el Cerro Nukasa: morada de todos los animales de la Montaña Blanca; Yantú: donde en sus escarpadas laderas, Kaldyi-Kukui, Madre de las Plantas, guarda todas las semillas del Mundo; Tukumena: el Cerro de los Manantiales, espejo de Surli, quien en las primeras horas de la mañana se mira en sus aristas congeladas antes de derretirlas; Sekuigaka: la cima donde Taiku, Padre del Oro, fabrica las hachas; Sénetejan: el Cerro Padre de todos los hombres.

El anciano sacerdote, sentado en la kalauka frente a la plazoleta de la Haggi-Koktuma, en sus manos el niguiguí, bastón-calendario de sa-xavalda, escucha las noticias con rostro adusto y ojos centelleantes: él ya lo había adivinado en las estrellas: todas estas desven-

turas acontecerían con ocasión de la visita de la estrella del Gran Jaguar. Era el momento de preparar los ejércitos e iniciar la guerra de exterminio contra los intrusos.

Sus ojos levantados al cielo, iracundos, se clavan en Aui-atseshi, la estrella roja de la guerra... y en la de la muerte: la estrella Heisei.

* * *

Igual a como sucede en otras poblaciones taironas, en Ponkeica se alistan los hombres en edad de combatir: ellos marcharán a la concentración de tropas al Valle Interior, región central de gran valor táctico para hacer la guerra, en la parte del país que mira hacia Noana-mashika, el Norte. Además de la presencia ya molesta de los ubatashi, la situación se ha tornado alarmante por los continuos asaltos de los gulamena y los sangaramena. La estrategia general de la guerra, acordada con Nomaragüey y Toronomala, caciques de Tayronaca y Posigüeyca, y el Naoma-Kavi muru nakubi, es encomendada en la dirección total de los ejércitos a Seoname-maku. Consultas astronómicas, adivinaciones, bailes con máscaras a la luz de las estrellas y a la vista de Kavi-Tama, ya desplazándose para salir de su casa en la Constelación de los Jaguares, preceden a la aprobación de las maniobras para la guerra.

De regreso en Ponkeica, Seoname-maku apenas si ha tenido tiempo de dedicar atenciones a Ula-yang, ocupado como está en preparar a quienes habrán de seguirlo al Valle Interior. La defensa de los poblados quedará a cargo de los naumas, hombres mayores, en posibilidad de manejar armas, mientras los más ancianos, las mujeres y hasta los niños, dedicarán su tiempo a las labranzas, a la fabricación de flechas, hachas, jáculos, mazas y arcos de gran potencia, algunos con capacidad de disparar cuatro saetas a la vez; también hay intensa actividad en la preparación de atuendos y tinturas, vendas, medicinas, o sustancias venenosas, a fin de impregnar las puntas aguzadas de las armas.

Sudoroso, cansado pese a su fortaleza, con el hacha en una mano y la lanza en la otra, Seoname-maku sube la escalera de piedra que conduce a la terraza donde se levanta su bohío. A la puerta del nunhúe ya lo espera Ula-yang: amorosa sostiene en sus manos un munku, calabazo decorado, rebosante de fresca y deliciosa chibil-

djía, chicha de maíz, para calmarle la sed. Ella lo ha observado todos estos días desde el borde enlosado de su terraza habitacional, sentada a intervalos en un banquito de madera, porque los primeros malestares del embarazo ya le producen vahídos. La joven esposa no oculta el orgullo en su rostro cuando mira con ojos enamorados a Seoname-maku, entregado con ardor a sus responsabilidades de cacique y jefe: su aspecto físico, la vitalidad de sus movimientos cuando dirige y participa en los simulacros de combate cuerpo a cuerpo, producen en Ula-yang intensa satisfacción, así, en el fondo de su corazón, tema por los grandes riesgos que deberá enfrentar Ya los días hermosos de la Casa del Murciélago quedaron atrás, convertidos en su más maravilloso recuerdo; ahora, en sus entrañas, bulle una nueva vida: a ese hijo deberá entregarle todos sus cuidados, mientras Seoname-maku, con similar consagración, se dedicará en cuerpo y alma a la defensa de su país.

En cualquier instante esperan en Ponkeica al emisario del Naoma-Kavi: éste traerá la orden que pondrá en movimiento a los rabones y sus escuadras de guerreros, en dirección al Valle de Tairona. En tanto, Ula-yang hace placenteros e inolvidables los últimos momentos de vida hogareña que aún le restan al joven cacique.

Dejando de lado las tensiones de esta actividad prebélica, Seoname-maku bebe sin prisa la totumada de chibil-djía y se recrea con su esposa: desde que está gama-ateuki, embarazada, parece revestida de una deslumbrante y a la vez serena belleza; ello lo hace pensar en Haba Séinekan, la Gran Creadora. Sentado a su lado, pasándole el brazo por el talle, le acaricia la redondez de los senos y la tibieza del vientre próximo a hincharse con el prodigio de la maternidad; disfrutan cada uno de los instantes, de las palabras, de las sensaciones en los dedos y sobre la piel... aunque lo callen, temen puedan ser los últimos: así es la guerra. Sus ojos se extasían con el incendio en Mamashkaxa, la boca de fuego del Poniente, insinuado como un resplandor sangriento, asomado sobre el horizonte cerrado de la selva. Como lo hicieran en Haggi-Ateima, esperan en el cielo la aparición de las estrellas.

—Te extrañaré, Ula-yang... te extrañaré. Nagluñi: te quiero.

—Y yo esperaré tu regreso... con nuestro hijo. Haré ofrendas a La Madre todos los días, para que te proteja y salves nuestra nación.

También ellos han seguido atentos los movimientos de Kavi-Tama

en su viaje por las fronteras de la Constelación de los Jaguares. Cuando cruce este lindero estelar, deberán separarse: los grandes tambores retumbarán por todo el Valle de Tairona, se anunciará el inicio de la guerra: todos los hombres en edad hábil empuñarán las armas y sus pies ligeros hollarán los caminos de piedra que bajan al mar. En las nunhuañkalas se encenderán fuegos a Heisei, Señor de la Muerte, se le harán ofrendas y bailes con máscaras.

* * *

Cuando los sobrevivientes de los poblados de Buya y Tapiraguana relatan al poderoso Avincuo, cacique del principal centro duanabuká en las laderas de la Montaña Blanca, sobre el saqueo, destrucción y crueldades cometidos contra su gente por los invasores venidos del mar, éste monta en cólera e indignación: sus hábitos de vida pacíficos no son prueba de debilidad: por el contrario: en las costas y laderas de la Sierra Nevada, la Gente del Pelícano ha dado muchas muestras de valentía. De inmediato, Avincuo convoca a otros jefes duanabuká para organizar la resistencia y cobrar venganza contra los caribes; y envía al País de los Taironas a Chole, uno de sus viejos consejeros y principal emisario, a fin de concertar alianza con sus poderosos vecinos.

* * *

Sobre las ruinas de Buya, Sangama, jefe de los arranca-cabezas, ordena la construcción de un gran campamento para sus victoriosos expedicionarios. La combatividad de que hacen gala está a tono con su aspecto intimidante de cráneos rapados y sometidos a deformaciones: de piel cobriza, apenas vestidos con taparrabos, su fama y orgullo se sustentan en la eficiencia mortal de sus escuadras al mando de manicatos. Obedecen sin vacilar las órdenes de Sangama, siempre al frente de ellos durante los combates, en los puntos de mayor riesgo. Su ejemplo y temeridad los enardece y conduce a la victoria. De corpachón marcado por cicatrices de heridas recibidas en batallas, y pinceladas o tatuajes rojos y negros, el líder sangaramena, esté donde esté, se destaca entre los suyos y comparte todas y cada una de sus actividades: se mezcla con sus guerreros, participa en com-

petencias con ellos, convive. Su lugar como jefe caribe de los arranca-cabezas es bien ganado: por eso puede imponer su férrea e implacable disciplina. Amedrentarse, no acatar sus órdenes, se paga con la vida.

Bajo una ramada abierta a las cuatro direcciones, Sangama goza de la vida al comienzo del atardecer Rodeado de las atenciones y el bullicio de sus mujeres, botín de guerra en distintas expediciones, se complace con anterioridad en observar las formas y los ademanes de quien habrá de acompañarlo esa noche en la hamaca. Unas pocas son caribes, venidas con él desde las islas; la mayoría son duanabuká, y otras alduguiji y kogis, recién capturadas. Todas comparten los gustos del líder caribe y se dan por satisfechas de haber sido seleccionadas en los repartos posteriores a la victoria. Propio de sus nuevos dueños es el buen trato hacia las mujeres, siendo las más afortunadas las pertenecientes a los de mayor jerarquía.

Entre ellas camina Sangama, las consiente, las acaricia para estimular los deseos. Pero también hay otra clase de lujuria en sus pupilas, y es cuando mira hacia las vertientes mayores de Keka-Bunkua...

Son fértiles, provocativas como mis hembras, estas tierras donde quiero establecerme y organizar una gran nación para mi gente. Y lo haré en valles y montañas, en esas cumbres y detrás de ellas: así lo intuyo. Pero antes debo arrebatárselas a estos nativos. ¡Como sea!... Vencerlos y obligarlos a compartir su riqueza con nosotros. Y mi hermano Gula y sus arranca-brazos me ayudarán. Y del mar vendrán más caribes acudiendo a nuestro llamado.. ¡Que aquí hay tierra para todos!

Una joven duanabuká se interpone en su camino. Como un animal de presa estira los brazos, la levanta, la contempla en su espléndida desnudez, con sensualidad y ternura le mordisquea la punta de los senos, con pasos triunfales la lleva hacia su hamaca. Las otras mujeres cuchichean risueñas.

Frente a los campamentos de los sangaramena erigidos sobre franjas de litoral, entre las tiznadas ruinas de Buya y Tapiraguana, anclados a pocas brazas de la orilla, bornean las naves caribes llegadas a las costas de la Montaña Blanca; día a día arriban nuevas flotillas cargadas de guerreros... acuden al llamado de Sangama. En tanto Gula y sus arranca-brazos han cruzado el ancho río Gua-

moea, ya dentro de los territorios taironas, y como una avanzada buscan posiciones estratégicas dónde hacerse fuertes, para preparar la invasión caribe en estas fértiles llanuras y prometedoras laderas.

XII

Dentro de la relativa seguridad de la empalizada, Ubatashi-thor pasa mucho tiempo sumido en cavilaciones: después de su regreso de la expedición por el Valle de Tairona, está ocupado en preparar una estrategia, con el fin de resolver el futuro de su gente. Ahora, más que nunca, los mantiene alerta, y él recorre la plataforma alta del cercado, desde donde domina los contornos, los marinos, los del estuario del río Hukumeiji, y los de las primeras montañas de la Sierra Nevada: detrás de ellas, ya lo comprobó, se desarrolla de Este a Oeste, ese gran valle interior llamado de Tairona, y en su mente sigue viendo los poblados y campos de cultivos. En otra parte de ese viaje, ya de regreso al mar, pudieron conocer de lejos a otros invasores como ellos: los kashingui. Ocultos entre las ramas de un árbol esperaban el momento propicio para seguir la marcha, cuando presenciaron su paso y los reconocieron por su aspecto físico y el idioma diferente al de los taironas. Casi desnudos, sin otro atuendo que los portapenes de caracol, algunos con penachos de plumas sobre la cabeza, avanzaban despreocupados por el sendero de bajada al mar.

—¿Y éstos. . quienes serán? —preguntó Od curioso, en un cuchicheo.

—Por la forma de comportarse deben ser amigos de los taironas. Luego… —dedujo Conoh al recordar las descripciones hechas de ellos por sus mujeres.

Desde allí, en el sitio de confluencia de los ríos Sekaimaka y Ulueiji, debieron movilizarse con máximo de precauciones por la frecuencia de patrullas.

Salían por el último boquerón de la serranía y su olfato volvía a percibir el aire salobre del mar, cuando dieron con otro poblado, éste sí concurrido por servir de campamento a las partidas de vigilancia; el lugar, estratégico, permitía controlar las riberas del Ulueiji

en su llegada al mar, y desde el sitio escogido por los ubatashi para observar, constataron la acertada deducción de Conoh: en ese pueblo-frontera departían taironas y kashingui.

En adelante dejaron a un lado los senderos y se internaron por la selva que bajaba hasta las mismas orillas del mar cubriendo peñascos casi inaccesibles: reemplazaban el peligro a ser descubiertos, por las torturantes hordas de moscos y zancudos, o la inquietante presencia de los jaguares. Aquí, por lo exuberante de la vegetación, reinaba en el día la penumbra y no observaron el cielo hasta emerger al borde de un alto farallón, con vista a la desembocadura del río Hukumeiji.

Fatigados, con la piel destrozada y llena de hinchazones por las picaduras de los insectos, sintieron alivio: la aldea y los brazos de sus mujeres eran otra vez una realidad próxima. Entusiasmados se descolgaron por los peñascos, aferrados a las grietas y salientes, o ayudados por la maraña recursiva de los bejucos, hasta sentar pie en la tibieza fina de los playones. Se encontraban en una pequeña ensenada enmarcada por ciclópeos riscos azotados con las olas, donde aquí y allá, incrustados entre grietas y covachas, se advertían restos de anteriores naufragios: trozos de mástiles, costillares, quillas... algunos de apariencia conocida. ¿Acaso habían pertenecido a sus malogradas embarcaciones? El hallazgo de restos humanos y algunos utensilios, pertenecientes a su bagaje expedicionario, confirmó sus presunciones; los ubatashi se miraron entre sí: los recuerdos de sus compañeros surgieron como una evocación trágica y hasta al inconmovible Conoh se le enrojecieron los ojos: la inmensidad de su desventura, el peso de la soledad en estas tierras, la verdad de su mundo perdido tal vez para siempre, los abatió. Como sonámbulos vagaron por los soleados arenales, batidos con el rumor implacable de las maretas; silenciosos, sin volver a mirarse entre sí para no flaquear, tristes y a la vez rabiosos, buscaron aquí y allá. El encuentro de un arcón forrado en cuero, con incrustaciones y manijas de bronce, les volvió un tanto el ánimo: permanecía cerrado y era de aquellos donde acostumbraban guardar las armas durante los viajes. Lo abrieron y al hallarlo repleto de espadones, hachas y cuchillos, con los cuales conquistaron tantas victorias en el pasado, su tristeza se trocó en otra clase de emoción: se armaron, se sintieron de nuevo con arrestos, buscaron y dieron con más hachones y espadas... ¡Ah! Ahora tenían nuevo valor para encarar el presente.

Cargando las armas como un tesoro, emprendieron la marcha hacia su campamento. Para el atardecer cruzaron la empalizada entre los vítores de sus compañeros y el saludo alegre de las mujeres taironas, quienes a su manera habían aprendido a amarlos.

XIII

Con las facciones demacradas, desfalleciente por el esfuerzo realizado, el emisario de Naoma-Kavi se prosterna ante Seoname-maku y le entrega la flecha de macana ornada de plumas de kua, la guacamaya roja; su significado ya todos lo conocen: Kavi-Tama, la Estrella del Gran Jaguar, abandonó la Constelación de los Jaguares y la hora de la guerra ha llegado.

Testigos de este acto simbólico son los habitantes de Ponkeica, reunidos en la gran plazoleta ovalada. De inmediato, revestido con sus ornamentos y alhajas de oro y pedrería, Naoma-Doa sale de la Nunhuañkala e inicia un baile circular, primero en torno al templo, luego alrededor del joven cacique: invoca para él y sus guerreros, suerte en la futura empresa bélica.

Desde la entrada en penumbra de su nunhúe, Ula-yang presencia la ceremonia: tiene el rostro petrificado para disimular la angustia por la llegada del mensajero del muru nakubi; debe dar ejemplo de entereza por la magna misión encomendada a su hombre; sin embargo, sus ojos no pueden esconder esa tristeza infinita de mujer enamorada, y en sus manos, en el pecho, en los labios, en su fina quijada, hay un temblor imposible de controlar

Terminado el ritual del Naoma-Doa, Seoname-maku alza la flecha a la vista de todos. Al instante se levantan sobre los conos de palma de los nunhúes, las reverberaciones sonoras y lúgubres de las nungsubalda, enormes y curvas trompetas de calabazo, acompañadas del grito delirante de los presentes. El cacique dirige la mirada al lugar donde permanece Ula-yang, se queda observándola por instantes que parecen eternos, no permite a los músculos de su cara expresar ningún sentimiento: así debe ser, dada su alta dignidad. Con arreos de oro y plumajes sobre la vestimenta de piel de jaguar negro, el

carcaj repleto de flechas, arco y lanza de macana en cada una de las manos, Seoname-maku emite un rugido semejante al de los felinos, su voz se impone sobre el griterío de la gente. Con agilidad de tigre se lanza graderías abajo seguido de un centenar de sus escogidos guerreros, en dirección a la salida de Ponkeica, acompañadas ahora sus pisadas marciales por el retumbar sonoro de los tambores de dos membranas.

Cuando el último de la larga fila de la tropa abandona la población, los tambores y las trompetas callan, vuelve Ponkeica a quedar sumida en su habitual ambiente tranquilo, apenas alterado por el vendaval rugiente de los monos de viento, o el parloteo de los shauxalda, pájaros chao-chao, en su remedo de las voces humanas y de los animales de la selva.

Igual a como sucede en Ponkeica, en todas las otras poblaciones dependientes de Tayronaca, los caciques y sus cuerpos armados emprenden la marcha hacia un lugar determinado del Valle de Tairona, en medio de la confluencia del río Mutaiji y el arroyo sagrado de Surli, en cuyas arenas blancas chispean trocitos de nyuba, el material precioso de los orfebres.

Superada la tristeza que oprimió su pecho ante la última visión de Ula-yang, pero sin poder evitar sentirse nostálgico, Seoname-maku marcha pensativo al frente de sus guerreros…

Ahora sólo debo preocuparme por cuanto obligue al éxito de la misión que se me ha encomendado: ¡Vencer a los enemigos de los taironas! Y si voy a evocar los recuerdos gratos de mi infancia, del aprendizaje bajo la amable tutela de los ancianos naumas, conocedores de la tradición, de los juegos, de las labores en los campos, de la cacería por la selva, o mis días felices al lado de Ula-yang, será como una razón para llenarme de más valor y así recobrar la antigua paz reinante, cuando mi padre vivía y era un cacique amado y respetado por todos. Por ello seguiré poniendo en práctica cuanto aprendí en los adiestramientos marciales, coincidentes con las primeras noticias sobre la llegada de los invasores, esos ubatashi de piel clara, ojos azules y cabello de fuego, que nos traicionaron y robaron mujeres en Aldagüiji y Savijaka, una de ellas mi hermana; o los sangaramena y los gulamena, destructores de los poblados duanabuká, y ya dentro de las fronteras taironas, los de los aldu-guiji y los kogi; desde entonces, estos intrusos se han hecho fuertes en los

territorios de Keka-Bunkua, han organizado incursiones guerreras y se atrevieron a subir por el curso cerrado de los ríos. Así llegaron a las vecindades de Ponkeica e incitaron a mi padre a salir en defensa de la población, y entablarles batalla.

Saltando sobre las piedras del camino, Seoname-maku revive en la mente cuanto sucedió en aquella ocasión: las primeras escaramuzas que favorecieron a los taironas: subestimaron al enemigo, lo persiguieron hasta las mismas orillas del mar: allí los esperaba Gula con todo su poderío: desplegó una estrategia envolvente, rodeó a los nativos y los obligó a deponer las armas; luego, en demostración de superioridad y acorde con sus prácticas, ordenó colgar a los vencidos de las ramas de los árboles, por los pies, se procedió a cortarles los brazos y les dio muerte lenta por el desangre. Uno de los sacrificados fue el propio cacique de Ponkeica. La noticia del desastre bélico produjo consternación en Keka-Bunkua: se organizaron partidas de defensa y contraataque, Seoname-maku empuñó las armas y marchó a los frentes de combate del litoral.

En estas expediciones lograron reconquistar la franja litoraleña donde fuera vencido y muerto el cacique de Ponkeica, sus restos y los de sus guerreros los encontraron todavía suspendidos de las ramas, secándose al viento y al sol, luego de servir de alimento a los buitres y las fieras. La vista del macabro espectáculo impactó a Seoname-maku: juró venganza total, su alma se llenó de odio, se convirtió en el guerrero más temerario entre los suyos; desde entonces infligió significativas derrotas a los gulamenas y la leyenda del Jaguar Negro tomó cuerpo hasta entre los mismos caribes. Por ello se ganó el derecho a suceder a su padre como cacique de Ponkeica, y más tarde, ser escogido por el Naoma-Kavi para comandante supremo de los ejércitos.

* * *

Las grandes planadas entre los ríos Nakulin y Mutaiji, en el Valle de Tairona, se llenan de visos rojos cuando el sol del atardecer forma abanicos de luz sobre las cumbres de los cerros Guachaca y Buritaca, labrados desde inmemoriales tiempos por las aguas de los ríos en su paso incontenible hacia el mar En estas sabanas se

concentran ahora miles de guerreros a la espera de la orden para lanzarse a la guerra; agrupados en torno a las fogatas se dan un último descanso, cuecen alimentos y se reparten chibil-djía, la chicha de maíz.

Circulando entre los soldados, con miradas altivas y ademanes imperiosos, se ve a los rabones con sus largas colas de cabello pretinadas de oro: conversan entre sí, se dan importancia con el relato de sus acciones bélicas. Todos, sin excepción, lucen la piel pintada de bija, tintura de achiote, semejan una raza de hombres colorados.

Sobre los playones de arena blanca chispeante de mica y oro de Surli-tukua, la Quebrada del Sol, se ha construido una gran nunhuañkala para sitio de reunión de los caciques. Allí están en lugar preeminente, Nomaragüey de Tayronaca y el viejo Toronomala de Posigüeyca, quien con Seoname-maku dan los toques finales a la estrategia de guerra: son asesores los caciques Gama, Guregüey, Gitogare y Gitamaku, de Bonda, Cincorona, Chairama y Buritaca; y atentos escuchas, otro medio centenar de caciques menores.

A la noche, en medio de gran pompa, se presenta en el campo armado Naoma-Kavi muru nakubi, seguido de un séquito integrado por los principales sacerdotes de Keka-Bunkua. Con ellos, a la luz de las estrellas, inician un complicado ceremonial de ofrendas, adivinaciones y danzas guerreras, interpretadas por los rabones. El viejo y supremo naoma realiza las últimas observaciones en el firmamento, y muestra la posición de Kavi-Tama en la frontera de la Constelación de los Jaguares: la Estrella del Gran Jaguar comienza a apagar su cauda, a confundir su apariencia con los otros cuerpos luminosos, y a emprender un largo viaje por otros ciento cincuenta y dos solsticios.

En medio de la tempestad de gritos de los guerreros, Seoname-maku recibe de las manos del Naoma-Kavi la flecha ornada de plumas negras y blancas de nambo, el cóndor, ave rey de la Montaña Blanca, insignia que lo ratifica como gran jefe de los ejércitos, y a la vez, es orden para intentar la consolidación de las fronteras y el exterminio de los invasores.

Se apagan una a una las estrellas. Munseishi, el Amanecer, se insinúa tras de los horizontes montañosos, el viento transporta nebli-

nas de lo profundo de los cañones del Nakulin y el Mutaiji, teje celajes sobre las lomas azules de Guachaca y Buritaca.

* * *

Solitario, de incógnito, Seoname-maku abandona silente el campamento donde desde hace dos lunas se concentran los guerreros. Sei, la Noche, es su cómplice y compañera en esta misión, más que secreta, trascendental y misteriosa. Sólo Naoma-Kavi muru nakubi está enterado de su cometido.

Para no dejar huella de su paso ni ser detectado por sus propios centinelas, se aleja del campamento siguiendo el curso tranquilo de Surli-tukua. Camina con los pies dentro del agua, tibia por el arroyo caliente, fluyendo a ella después de brotar entre humaradas y resoplidos, atribuidos a Karldikukui, Madre del Agua, como una forma de requerir ofrendas desde las profundidades de la tierra. Cuando llega al río Mutaiji, sonoro y caudaloso, se detiene por unos instantes y mira al frente, hacia Sei-Ashkuan, el Occidente, donde nacen la noche y el color negro: quiere distinguir bajo el cielo estrellado la mole oscura y monumental del Cerro Buritaca, con los tres picos de Seinku, Padre de la Maldad, donde Mama Ubalangui construyó otras tantas nunhuañkalas y oficia con los poderes de Noanase, la Ley del Mal. Pese a la oscuridad, Seoname-maku distingue la montaña. La valentía, compañera en todos sus actos, en esta ocasión no lo libra de sentir una extraña sensación: es un frío corriéndole por todo el cuerpo, la piel erizada y temblores imposibles de controlar Igual sentía de chiquillo cuando se atemorizaba, y, con excepción de esas veces, el miedo nunca lo ha inquietado, ni siquiera en los momentos de tensión precedentes a las batallas. Esta noche, cuando debe subir a una de las tres cimas de Seinku a entrevistarse con el Mama Ubalangui, con dificultad domina estos sentimientos.

Según el Naoma-Kavi, al otro lado del río debe esperarlo quien será su compañera en la misión: Nyuba-Aluna, el Espíritu de Oro de los Taironas; ante su pureza y bondad, quizás el Mama Ubalangui refrene sus deseos por desatar la maldad y permita a Seoname-maku presentar las ofrendas a Seinku; así los peligros y desgracias de la guerra caerán sobre los invasores, y no sobre los taironas.

Se echa al río Mutaiji y en la lucha por dominar sus impetuosas aguas, vuelve a conquistar la confianza en sí mismo; cuando emerge en la otra orilla, con los músculos tensos por el esfuerzo realizado, ya no siente vacilaciones: ahuyentó el miedo, ahora camina por la ribera alta y pedregosa, busca entre las sombras a la mujer sagrada. Como lo advirtiera Naoma-Kavi, la encuentra cerca de allí, de cara a Iagakenka, el Suroccidente. A sus espaldas ya se insinúa la aparición de Saxa-ti aclarando la noche. Seoname-maku ha oído hablar de Nyuba-Aluna, de su belleza corporal, de sus poderes adivinatorios, de su desconcertante capacidad para verlo todo sin levantar los párpados. Nadie le conoce el color de las pupilas, porque ninguno la ha visto con los ojos abiertos... Tal vez sólo el muru nakubi. Y allí está, solitaria, el cuerpo desnudo, sin otra prenda que las joyas cubriéndole la piel.

—Te esperaba, Seoname-maku... Ya es tiempo de subir al Cerro Buritaca: antes de la llegada de Mukulda, el Viento Malo.

El cacique se queda mirándola, admirado con su presencia enjoyada: en sus alhajas parecen chispear las estrellas del cielo.. toda ella, de la cabeza a los pies, es una mujer de oro. Y siente orgullo de tenerla por compañera en esta misión. Nyuba-Aluna, símbolo del Bien, inspira la confianza necesaria para neutralizar los poderes malignos del Mama Ubalangui.

—Te saludo, Nyuba-Aluna. Me complace tu compañía. Dime: ¿Conoces el camino?

La joven se vuelve: halagada, esboza una ligera sonrisa; su rostro sereno, con los párpados cerrados, la reviste de un halo propio de los dioses. Su voz es de acentos suaves cuando responde:

—Sí. Debemos seguir el camino ancho de piedra: nadie lo frecuenta; todos temen subir a las casas ceremoniales de Mama Ubalangui. Lo encontraremos cerca.

Con pasos seguros Nyuba-Aluna guía al cacique ribera arriba del Mutaiji, hasta un lugar donde blanquea la ancha cinta empedrada, apuntando como un trazo hacia las primeras laderas del Cerro Buritaca.

—Aquí está —confirma cuando siente bajo sus pies las losas del camino. Levanta el brazo hacia los picos de Seinku y señala la larga calzada que conduce a la Montaña del Mal. Seoname-maku sigue con la vista el gesto de la muchacha y no puede evitar volver a

sentir un vago temor: tanto es el poder sobrenatural atribuido al sacerdote oficiante en los templos de la montaña.

—Nyuba-Aluna: debemos tener éxito. No podemos fracasar —dice preocupado y la mira esperanzado por ver en su rostro un aire optimista. La joven permanece serena, sin la menor señal de indecisión. Seoname-maku se admira de la propiedad de su compañera para desplazarse con los ojos cerrados. La curiosidad se impone:

—Dime: ¿Cómo lo haces?... ¿Acaso nunca necesitas abrir los ojos?

Ella sonríe, con su aire distante ahora un tanto burlón. Y para demostrar sus raros poderes, lo toma de la mano y lo obliga a seguirla.

—Vamos: de esta misión dependen el futuro y la vida de nuestros hermanos. Será imperioso llegar a uno de los tres picos de Seinku. ¿Trajiste las ofrendas?

Seoname-maku asiente y aprieta entre sus dedos la mochilita de algodón colgada del cuello, donde lleva las kuitsi de cristal de roca negra. Y sin soltarse de las manos aceleran la marcha y se internan por el camino ancho de piedra, a la vista de Saxa-ti, alumbrándolo todo con su luz blanca. Ya próximos a las faldas del Cerro Buritaca, el sendero se abre en tres ramales que apuntan a cada uno de los picos de Seinku. Se detienen: Seoname-maku vacilante, Nyuba-Aluna pensativa: al final de uno de estos caminos espera Mama Ubalangui, acechándolos, dispuesto a desatar las fuerzas del mal para impedirles entregar las ofrendas.

—No atino por cuál seguir. Me acojo a tus conocimientos —reconoce Seoname-maku. Nyuba-Aluna se sitúa en el lugar de convergencia de los ramales, voltea las palmas de las manos al frente, levanta la barbilla, se queda quieta, como si percibiera algo en el aire.

—Se acerca Mukulda... ¡El Viento Malo! Ya lo oigo. Debemos darnos prisa.

Con movimientos impulsivos toma la mano del cacique, le transmite su vehemencia, lo arrastra por el camino del medio, escogido según su esotérica sabiduría. Un poco adelante la ancha calzada de lajas se convierte en gradería. A esta parte, las labranzas de eibi, maíz, mulda, algodón, y seina, yuca, han quedado atrás. Sólo los rodea la espesura inextricable de la selva con sus mil voces misteriosas, acompañadas por el aleteo creciente de las hojas en las ramas de los árboles, agitadas por una brisa cada vez más intensa.

—¡Mukulda! —confirma Seoname-maku, atento al murmullo del viento, rugiente como un jaguar gigante sobre las cumbres del Cerro Buritaca.

—No podremos escapar a él: en un momento lo tendremos encima. Mama Ubalangui ya descubrió nuestra presencia.

La brisa arrecia y se convierte en viento.. en vendaval... en fortísimo huracán: los árboles se sacuden, gimen, algunos son arrancados de cuajo con gran estrépito: se astillan las ramazones: hay lluvia de hojas: se agitan los bejucos a manera de látigos, deben esquivar la inexplicable precisión de estos azotes y el derrumbe fragoroso de los colosos vegetales sobre el sendero de piedra. Vapuleados por este cataclismo, reconocen los tremendos poderes del Mama Ubalangui empeñado en hacerles imposible el acceso a la montaña. En medio de relámpagos, Nyuba-Aluna y Seoname-maku avanzan con esfuerzo. Ruge el viento con intensidad rayana en lo inconcebible, zigzaguean los rayos, parpadean los relámpagos, estallan los truenos en una tempestad seca.

Cuando después de sortear los peligros del huracán, coronan los lomos aplanados de la montaña, el ventarrón se interrumpe en forma instantánea: todo queda en calma, cesa el clamor horrísono de la naturaleza, de nuevo es posible mirar el cuadro luminoso de las estrellas.

Seoname-maku se detiene desconcertado: él, como la muchacha, están sofocados.

—¿Y ahora? —pregunta convencido de enfrentar fuerzas sobrenaturales.

—No perdamos tiempo. Sigamos... antes que Mama Ubalangui vuelva a atacar.

—¿Fue él?

Frente a ellos, emergiendo del horizonte boscoso y plano del lomo del Cerro Buritaca, se alza uno de los tres escarpados picos de Seinku. Pese a la fatiga, sin soltarse de las manos, echan a correr por el camino enlosado, allí otra vez llano, apenas con ligeras curvas determinadas por el filo de la montaña. De reojo Seoname-maku mira a su compañera, admira su agilidad y velocidad para correr, sus pies no parecen tocar el suelo... y sus párpados siguen cerrados.

—¿Acaso vuelas? —le pregunta sobre la carrera. Nyuba-Aluna suelta una carcajada. Es la primera vez que le aprecia una actitud

expansiva y no su habitual sonrisa misteriosa: ahora ríe de verdad, sin limitaciones.

Un repentino cambio en la pendiente del camino indica la llegada a la base del pico: se detienen, él con la respiración agitada, ella ya sin la menor muestra de fatiga, como si en realidad hubiera volado.

—En verdad... ¡Tú eres el Espíritu de Oro de los Taironas! —confiesa admirándola. Nyuba-Aluna torna a su habitual actitud, y advierte:

—Hasta aquí te acompañaré. Ahora debes seguir sólo.. y así veas y encuentres obstáculos y enemigos, avanza sin detenerte, hasta coronar la cima y depositar en el templo las kako, ofrendas para Seinku. Así la suerte se pondrá de tu parte. Y ahora, ten.. —la muchacha se suelta un cinturón de cabello con pretinas de oro y se lo entrega—, con esto te defenderás. Será suficiente.

—¿Esperarás mi regreso?

Nuyba-Aluna sonríe con su aire distante.

—No será necesario.

—¿Volveré a verte?

—Haba Séinekan lo decidirá. Tu vida y la mía están ligadas a la suerte de nuestro pueblo. Cumple tu misión: hankua seiji: sé fuerte.

Se separan, cada cual caminando hacia atrás, conmovido el joven cacique con ese raro poder que emana de la muchacha. Cuando se vuelve para continuar la marcha, encuentra el camino cerrado por un enorme jaguar negro, agazapado, con las fauces abiertas, amenazante, los ojos fosforescentes en destellos rojos y verdes. Nunca ha visto uno de tal tamaño.

—¡Seiname!. ¡El Jaguar Negro! —murmura entre dientes y vacila en proseguir. Pero Nyuba-Aluna le dijo: Sigue adelante, sin detenerte, no importan los obstáculos. Y... ¿Por qué va a interponerse en su camino un jaguar negro? ¿Acaso él mismo no es un seiname?... Levanta el látigo-cinturón de cabello y oro, lo hace girar sobre su cabeza, embiste simultáneo con el jaguar, le lanza un fuetazo y cuando va a dar en el blanco el animal se deshace: como por encanto el camino queda libre.

—¡Oh!.. Y parecía tan real.

Se vuelve a mirar atrás. Distante divisa a Nyuba-Aluna: es una silueta dorada resplandeciendo en la oscuridad. Así esté lejos cree

divisar sus rasgos sonrientes, satisfecha por su conducta, y comprende: el jaguar negro era la visión de sí mismo, su peor enemigo de haberse atemorizado.

Decidido, casi con alegría, triunfante sobre el miedo, hace girar varias veces el látigo-cinturón en señal de despedida a la muchacha. Y emprende a saltos el ascenso al pico de Seinku. Nuevos obstáculos aparecen en su camino: cubriendo la gradería, en forma de tapiz, se retuercen nudos de serpientes tejaku, venenosas cascabel agitando sus colas sonoras como bastones de brujo: ante su presencia levantan las cabezas dispuestas al ataque. Seoname-maku no se detiene, salta sobre ellas y al hacerlo desaparecen. Un poco más arriba el camino se cierra con otro tropiezo: las geométricas malkua-shisa, telas de las arañas gigantes de hilos plateados a la luz de Saxa-ti. ¿Serán imaginarias?... Lo cree y se lanza sobre ellas: queda atrapado entre la pegajosa maraña. Sus movimientos desesperados por recobrar la libertad alertan a los peludos y rojizos arácnidos: de inmediato se arrojan sobre él. Con supremo esfuerzo rompe la resistencia de los telares y escapa de ser inoculado con veneno paralizante.

Ante una nueva trampa de Mama Ubalangui se confunde: interpuestos en el camino hay tres corpulentos guerreros de piel blanca, cabello de fuego, armados con bruñidos espadones de metal, con ojos brillantes como kuitsis azules: ¡Los ubatashi!, alcanza a pensar y ya los tiene encima atacándolo a fondo con la punta afilada de sus armas. Amaga con el látigo en desigual batalla, salta a un lado y otro para evitar los mandobles. Está pensando cómo habrá hecho Mama Ubalangui para aliarse con estos invasores, cuando descubre que ya no empuñan espadas, sino las pesadas y mortíferas hachas de piedra de los caribes; les mira a la cara y los ve transformados en gulamenas o sangaramenas, de cuerpo desnudo y cráneo deformado. ¡Ah! Es otra treta del poseedor de Noanase, la Ley del Mal. Deja de combatir y esquivar a sus enemigos, salta al frente echando fuetazos, pasa entre ellos, los ve deshacerse al contacto centelleante del prodigioso cinturón de Nyuba-Aluna.

Ya está próximo a la cima del pico de Seinku: tiene forma de torreón, con paredes forradas en piedra, un escalonamiento intermedio a manera de contrafuerte, y como acceso una amplia rampa enlosada.

—¡La Terraza del Mal! —pronuncia entre dientes, sobrecogido

con la imponencia del lugar y sus implicaciones mágico-religiosas. Sin soltar el cinturón de cabello y oro, aprieta en la otra mano la mochilita donde guarda las kako, por la rampa inicia la subida, los sentidos alertas para no dejarse sorprender; de una cosa está seguro: el maligno sacerdote será su última barrera. Así sucede: ya divisa la mole cónica de la nunhuañkala, cuando interponiéndose aparece un viejo alto, fuerte, de piel tan oscura que podría confundirse con la noche de no ser por los ropajes blancos pintados con signos cabalísticos. Su voz es ronca, iracunda, con resonancias:

—¡Dikuijiname!... ¡Hombre-león-negro! —grita y le centellean los ojos. Seoname-maku responde también a los gritos, sin mostrar temor:

—¡Así es!... Traigo kako para Seinku. Tributos para que Noanase, la Ley del Mal, no caiga sobre los taironas en la guerra por emprender.

* * *

Cuando vuelve a tener conciencia de sí, Seoname-maku se halla de nuevo en las orillas del río Mutaiji.

Es el amanecer y la gran mole del Cerro Buritaca se eleva al frente, azulada, cubierta de celajes. Desconcertado, el cacique no sabe si cuanto acaba de vivir fue realidad o apenas un sueño. Está por creer esto último, cuando se lleva la mano al cuello y aprieta entre los dedos la mochilita donde guarda las kuitsi de cristal de roca negra: está vacía.

Lo dominan sentimientos encontrados: un interrogante le taladra el cerebro: ¿Cumplió su cometido y estuvo allá arriba enfrentado al Mama Ubalangui? Piensa en Nyuba-Aluna con intensidad frenética: si la viera otra vez... ella debe tener la respuesta. Pero no está a su lado ni en los contornos, en sus manos tampoco conserva el cinturón de cabello y pretinas de oro.

Abrumado por la incertidumbre, Seoname-maku enfila sus pasos hacia el campamento donde lo esperan sus guerreros. Y si no entregó las ofrendas a Seinku, ¿cuál será el destino de sus ejércitos? Le angustia no tener contestación. ¿Habrá triunfado Mama Ubalangui con su Ley del Mal?

No advierte Seoname-maku que a sus espaldas, con la agilidad silente de los animales de su especie, lo sigue un enorme seiname… el jaguar negro.

XIV

El paso de la flotilla caribe a regular distancia de la playa y frente a las costas de Buritaca y la aldea kashingui, confirma a Kashín y Ulaban la llegada de otras gentes de su raza, en busca de Tierra Firme. De inmediato una pregunta los inquieta: ¿Tendrán estos visitantes relación con los gulamena y los sangaramena? Un emisario se presenta y los urge a comparecer ante el Naoma Cotocique.

Conocedor de los aprestos bélicos de los taironas y de los actos que pueden esperarse de los caribes, y preparándose para cualquier eventualidad, Kashín ordena aparejar sus navíos frente al estuario de Palanoa: así pone en alerta a los kashingui, dedicados a mirar los barcos de sus hermanos de raza, inconfundibles con sus bordas acorazadas con caparazones de tortuga carey. Ya a todos inquieta un mismo interrogante: ¿Vendrán en son de guerra o de paz?… De común acuerdo, Kashín toma puesto en el puente de mando de su nave y se apresta a cualquier contingencia; Ulaban, en tanto, sale para Buritaca en plan de comisionado.

En el poblado tairona y dentro de la nunhuañkala, lo esperan Naoma Cotocique y Gitamaku el cacique, éste recién llegado de Tayronaca al frente de un numeroso cuerpo armado.

—Saki shivaldau, Naoma Cotocique —saluda de entrada Ulaban y hace una reverencia ante el sacerdote; luego se vuelve a Gitamaku y con una leve inclinación de cabeza, añade—: —Hánchika, mako tama. Te saludo, gran jefe.

Cotocique y Gitamaku, con rostros hieráticos, a su vez inclinan las cabezas y responden en coro:

—Uá, uá: bien, bien.

Esto es sólo la formula de respuesta acostumbrada, porque su actitud, con los brazos cruzados y la frente arrugada, muestra gran preocupación. Ceremonioso, Cotocique toma su lugar en la banca, y con voz grave anuncia:

—Seingabe itei, hangui: estoy sentado, pensando.

Con ello indica estar dispuesto para hablar de asuntos importantes.

Gitamaku y Ulaban ocupan otras bancas y de inmediato Cotocique pregunta:

—¿Ha visto las embarcaciones?

Sus ojos se clavan profundos en el rostro de Ulaban: no quiere perderse ninguna de sus reacciones: así podrá leerle el pensamiento.

—Las he visto.. son caribes: gente de mi raza: he reconocido sus piraguas.

El naoma y el cacique cruzan significativas miradas; el sacerdote prosigue dejando ver su inquietud:

—De todos son conocidas las atrocidades cometidas por gulamenas y sangaramenas entre nuestros vecinos los duanabuká; y también, ya entre mis hermanos los kogi y los aldu-guiji. ¿Qué piensa de estos que ahora llegan?

Ulaban comprende la actitud de los taironas: ya hasta desconfían de ellos y con razón; su única opción es ganar tiempo.

—Sí. he sabido: por lo dicho por usted, Naoma Cotocique, y por lo escuchado en Tayronaca. Habrá guerra. Por ello, con todo respeto, invoco su sabiduría y poder; nosotros los kashingui hemos cumplido lo prometido a los taironas y no los hemos ofendido. Para mi gente pido amistad y comprensión. De los otros —y señala en dirección al mar—, así sean de mi raza, ni Kashín ni yo conocemos sus intenciones. No podemos adivinar ni responder por sus actos.

Por segunda vez Cotocique y Gitamaku intercambian miradas. La franqueza de Ulaban los convence y para ellos es suficiente. Se lo hacen saber, lo interrogan sobre las costumbres guerreras de los caribes, luego dan por terminada la entrevista. Sale el kashingui de la nunhuañkala con aire preocupado, le cuesta trabajo atender a los chiquillos taironas agrupados a su alrededor como suelen hacerlo siempre que viene al pueblo, debido a su costumbre de enseñarles juegos, participar en ellos, o contarles historias sobre sus aventuras. Ahora, ensimismado, mira a los niños sin verlos. Tiende la vista hacia el horizonte marino, descubre las manchas alargadas de los navíos. Entiende por qué los de su raza buscan las tierras fértiles de Keka-Bunkua para establecerse y progresar, pero no comparte sus sistemas violentos. Y en forma fugaz recuerda un pasaje de su vida: el rapto de su madre. ¿Dónde estará ella?.. ¿Vivirá aún? Y

de ser así, ¿cuál será su suerte? Preguntas dolorosas que desde niño lo han atormentado y sólo tienen consuelo en la piedra nube-cielo, amuleto cuya superficie pulida acaricia cuando la rememora. Angustiado, mirando el mar y rodeado de los chicos taironas, siente un dolor anticipado por una guerra imposible de evitar

La actitud inocente de los pequeños enfrentada al desastre en ciernes, le produce desazón: es un sentimiento de tristeza adelantada, por cuanto pueda ocurrirles a ellos y a todos los demás habitantes sin capacidad de combatir: víctimas sin albedrío. Con esfuerzo echa a un lado los presagios, cede ante la insistencia de los chiquillos y participa con ellos en el juego. El aire se llena de un alegre bullicio, obliga a Cotocique y Gitamaku a asomarse a la puerta de la nunhuañkala.

* * *

Por entre el bosque de trupillos, almendros y marañones, Ulaban regresa a la aldea kashingui. De cuando en cuando mira hacia el mar para evidenciar la posición de los barcos. Su andar es firme, de grandes zancadas, y en su faz se refleja la determinación. Como suele suceder, la voz de Nyuba-Aluna lo sorprende:

—¡Ulaban!

El se detiene, transformado el rostro por una expresión de alegría.

—¡Nyuba-yang!

Mira en contorno, cauteloso, pero ella se le adelanta:

—-Nada hay que temer: estamos solos. Todos miran hacia el mar

Sonríe confiada, extiende los brazos y cuando el kashingui está frente a ella, con las manos le palpa el semblante.

—Narldunye, me gusta. Has tomado tu decisión. —Baja las manos hasta el cuello, toma la piedra amuleto nube-cielo, la sujeta entre los dedos y con expresión de quien presiente su significado, musita—: Yo, y esta kuitsi, siempre te acompañaremos.

Ulaban la abraza, la estrecha en una combinación de ternura y pasión, besa una y otra vez sus párpados cerrados y tranquilos, observa admirado su belleza, enmarcada por el largo cabello negro y las diademas colgantes de oro; se recrea con anticipación en el ardor incitante de sus labios curvados en gesto provocativo. Ella se

deja acariciar, se muestra complaciente al contacto de sus manos, descubriendo sus intimidades y secretos. Cuando la locura del amor comienza a convertirse en urgencia, lo contiene:

—Basta, Ulaban. Recuerda: soy Nyuba-Aluna. Más bien… cuéntame: ¿Cuál es tu decisión? Lo palpé en tu cara:

—¿Debo revelártelo?… Cotocique y Gitamaku no me confiaron sus intenciones, y no se los reprocho.

—Puedes no hacerlo. Pero si confías en mí, podré ayudarte.

Ulaban no se sorprende: ya conoce los poderes mentales de su amada; y porque confía en ella, decide contarle lo acordado con Kashín. Nyuba-Aluna se lo impide sellándole los labios con una de sus manos. Sonríe enigmática y a continuación, adivina cuanto ellos han pensado hacer. Lo ha leído en el pensamiento.

—Dime, Nyuba-yang: ¿Cómo sabes todo?… ¿Hasta mis pensamientos? Y sobre el futuro, ¿qué pasará?… ¿Qué será de nosotros?

El Espíritu de Oro vuelve el rostro al mar, con sus largas y negras pestañas haciendo sombra sobre sus pómulos. Le tiemblan los labios y las aletas de la nariz. Ya no sonríe. Una seriedad extrema marca sus bellas facciones.

—El futuro está en tu corazón. La muerte, ahora o después, no importa. Haré ofrendas a Heisei… no puedes desviar tu camino. Yo estaré acompañándote. Ahora vete: el tiempo apremia.

Impresionado como nunca con los poderes de Nyuba-Aluna, amándola con todas sus fuerzas, Ulaban prosigue su camino. Para entonces Surli enrojece, desciende hacia Mamashkaxa, la Boca de Fuego.

* * *

Con los velámenes recogidos y las tripulaciones adormiladas, las naves abarloadas de los kashingui cabecean por la marea alta. En la piragua capitana, Kashín y Ulaban ultiman detalles:

—Cotocique y Gitamaku querían saber nuestra actitud. Los desmanes de los caribes han desbordado su indignación. Les dije lo acordado, pero no sé si logremos ganar el tiempo necesario.

Kashín, recostado sobre la borda, luce poderoso y temible con sus arreos guerreros. Quisiera penetrar con la mirada la oscuridad,

acentuada por la ausencia de luna y estrellas. Se ve impaciente, deseoso de entrar en acción. La voz le sale en un cuchicheo:

—La última visión que tuve de la flotilla, la mostraba en posición de ataque. Se aproximan al amparo de la noche. Cuando amanezca, estarán frente a Buritaca.

Ulaban concuerda con estas apreciaciones:

—Los taironas preparan la defensa y no esperan contar con nosotros como aliados. Su recelo es justificado por las experiencias con ubatashis y caribes. Por ello debemos actuar con prontitud. No queda otra alternativa.

Kashín, con un ademán, indica ahora a tierra firme, a espaldas de la aldea kashingui:

—Los taironas ya nos tienen rodeados: en este enfrentamiento no podremos ser neutrales.

Envueltos en la noche, los dos amigos se despiden.

Ulaban se descuelga por la borda hasta una pequeña embarcación aparejada, suelta las amarras, orienta la vela, la tesa, solitario se hace a la mar en dirección a la flotilla caribe. Kashín reúne a los habitantes de Palanoa en la playa, les revela lo convenido con Ulaban y su arriesgada misión, les pide expresar su voluntad.

XV

Es el amanecer.

Desde la bocana del Mutaiji y a través del boquerón de la serranía, se divisan como diamantes blanco-azules los picos de Keka-Bunkua. En el mar, a esa hora con inmovilidad de espejo, se destacan a regular distancia las formaciones de las piraguas caribes, semejantes a extraños y enormes insectos posados en el agua. Arriados los velámenes, con sus bordas acorazadas y erizadas de lanzas, avanzan al impulso sincronizado de los remos.

En el puente de la nave capitana y tras una mampara, Gula atisba hacia tierra y el poblado de Buritaca. Sobre su cabeza, prendidos del mástil, macabros trofeos de combate, se balancean racimos de brazos secos con las manos agarrotadas, pertenecientes a rivales

vencidos. Por la expresión del rostro se adivina su ánimo resuelto, impulsivo cuando de combatir se trata; Buritaca será su próxima conquista y ya lo posee la acostumbrada exaltación hormigueándole por todo el cuerpo. Ese día, sin embargo, un nuevo ingrediente contribuye a aumentar su agresividad: la causa es Ulaban y sus insólitas propuestas.

Clareaba la Luna Llena y sacaba brillo a los caparazones de tortuga de sus barcos, cuando uno de los vigías anunció la presencia del kashingui. El, igual a todos, curioseó sobre las bordas y vio acercarse silenciosa la pequeña canoa tripulada por un hombre solitario, a quien no tardó en reconocer como caribe. Esto se confirmó cuando al estar ya próximo, preguntó en su mismo idioma:

—¿Quién comanda esta expedición?... Necesito hablarle.

Gula subió de un salto al puente de mando y contestó con voz tronante:

—¡Yo!.. ¡Gula!.. Puede aproximarse.

Bajo la luz de la luna, el kashingui y el arranca-brazos tuvieron su primer encuentro, se analizaron uno a otro con malicia y curiosidad. Ulaban expresó a manera de saludo:

—Por todas las costas de este poderoso País de los Taironas, ya se tiene noticia de Gula y de Sangama, hermanos caribes cuya fama de guerreros nadie pone en duda.

Gula, de rostro duro e inexpresivo, no se impresionó con estas palabras, así el chispeo de sus ojos indujera de inmediato al kashingui a exponer en cortas palabras las experiencias pacíficas y prósperas del grupo de Kashín; y para sustentar sus argumentos, informó sobre los inmensos territorios existentes en torno a la Montaña Blanca, donde, si lo querían, podrían establecerse sin recurrir a acciones guerreras. Gula escuchó sin despegar los labios, sorprendido con este nuevo lenguaje; acorde con su temperamento, comenzó a sentir fastidio. ¿Cómo se atrevía este caribe renegado a exponer tan extravagantes razones? ¿Acaso el poderío de otras gentes había sido alguna vez motivo para inducirlos a cambiar de conducta?.. Con mueca despectiva rechazó las propuestas de Ulaban, así fueran ellos un puñado, comparado con los taironas. Pero algo en el kashingui, quizás el brillo de su mirada o la tenacidad para sostener los argumentos, le contuvo el deseo de levantar la maza y hundirle el cráneo; este hombre, era innegable, detentaba una verdad diferente a la

suya, y ello lo imbuía de un raro valor Gula nunca había probado la impotencia al discutir con otro hombre, y se sintió iracundo... Si al menos Ulaban hubiera venido armado, no habría dudado en desafiarlo a muerte; pero no: este kashingui, ni dándole una lanza lucharía contra él en ese momento. Así lo comprendió y en su lógica violenta dictaminó que no merecía morir en sus manos.

Despreciándolo, lo hizo llevar a la nave donde se amontonaban las mujeres y los niños, detrás de la formación de combate. Este era el lugar apropiado para Ulaban, y una forma de humillarlo. Para entonces amanecía y el jefe arranca-brazos ordenó tesar las velas y enfilar las proas de las embarcaciones hacia el poblado de Buritaca.

* * *

Desde su puesto de mando en la piragua, receloso, atento a la menor señal, Gula observa todo con mirada de águila: frente a él se despliega el litoral de amplios playones, bosques espinosos, coqueras, el pueblo tairona y, en el extremo oriental, la aldea kashingui. Ya ha descubierto la flota de Kashín a pocas brazas de Palanoa, pero su participación en la batalla es una incógnita. Comparada con la suya, la de los kashingui es bastante menor, pero espera; por tratarse de gente de su misma raza, lo apoyen en el ataque contra los nativos. De obtener este respaldo las posibilidades de victoria se acrecentarán. Sólo duda cuando recuerda los razonamientos de Ulaban, ahora atado y prisionero en la nave de las mujeres y los niños: si los kashingui no lo apoyan, cuando concluya la contienda, dará con él un aterrador escarmiento.

En el pueblo tairona y la aldea kashingui todo es silencio y quietud: el factor sorpresa no estará en esta ocasión a favor de los caribes, como sí sucedió en los otros sitios del litoral, donde ya han impuesto su dominio. Sin embargo, Gula confía en las proverbiales dotes guerreras de su gente. Cuando su proximidad a la costa le permite observar mínimos detalles de la población, descubre por fin una presencia humana: se trata de un viejo, solitario, de pie a la entrada del bohío de mayor tamaño, engalanado con alhajas de oro y pedrería, concentrado al parecer en un curioso ritual: mueve los brazos colmados de pulseras, agita unos largos bastones ornados de plumas

de colores, rematados en abultadas semillas, su chicheo-chicheo lo alcanza a escuchar. Si avanzan un poco más, el anciano quedará a tiro de arco y ordenará a sus flecheros que lo asaeteen.

Gula no sólo mira al frente: por el rabillo del ojo también sigue atento a los movimientos de los barcos de Kashín, advierte cuando sus tripulantes maniobran con los aparejos, tesan los velámenes y se lanzan a todo viento para salirles al encuentro. Este accionar de los kashingui le hace aplazar la orden de flechar a Cotocique, ahora entregado a un agitado baile. Es más importante, por ahora, concentrar la atención en el avance de los navíos repletos de guerreros, con las lanzas en alto y un griterío que rompe la calma del aire.

* * *

Hinchadas de viento las velas, inclinándose y cortando los oleajes, saltan raudas las embarcaciones de Kashín: salen al paso de la flota de Gula, rompen su formación, con hábiles maniobras giran sobre sí mismas, desde las bordas acorazadas se levantan los arqueros y disparan mortales lluvias de flechas, se causa un primer y efectivo desconcierto entre los gulamena. En medio del griterío ensordecedor las piraguas entrechocan y se amontonan, ocurre el abordaje y la lucha cuerpo a cuerpo, giran las mazas de piedra y las acompaña el sonido seco de los cráneos aplastados; por todos lados hay voces iracundas mezcladas con gemidos. Kashín es otra vez el valeroso y temerario jefe, alentando con el ejemplo a sus hombres; Gula, en tanto, repuesto de la sorpresa, trata de organizar a los suyos.

La actuación de los kashingui fue el momento esperado por los taironas: Cotocique interrumpe el agitado bailoteo y lanza el grito convenido: como un huracán le responde el vocerío de los guerreros atrincherados detrás del pueblo. Comandados por Seoname-maku en persona, y por Gitamaku como segundo, cargan canoas sobre los hombros, emergen cual río desbordado por entre los espacios libres de las viviendas: son una horda ululante, emplumada, pintarrajeada de bija; avanzan hacia la orilla en vertiginosa carrera, los flecheros y los lanceros agitan con ardentía las armas. Su frenético griterío opaca ahora el fragor de la batalla entre kashinguis y gulamenas. La hasta hace unos pocos instantes blanca y tranquila playa,

se convierte en movible y ruidoso enjambre humano. Las largas y livianas barcas son echadas al agua, los guerreros las ocupan y en pos de Seoname-maku y Gitamaku, figuras emplumadas como extraños pajarracos, se lanzan al combate en apoyo de los kashingui, ahora en peligro de ser doblegados por la superioridad numérica de los gulamenas.

Reverberea el aire con los gritos de los combatientes: semeja un vendaval desgarrando su voz entre los acantilados. Gula ha logrado abordar la nave de Kashín y está empeñado con él en feroz combate. Cuando escucha a sus espaldas el estruendoso vocerío de los taironas, demoníacos con sus cuerpos embadurnados de rojo, tiene un momento de vacilación; ya los primeros empiezan a trepar por las bordas acorazadas y caen en montonera sobre los gulamenas. Pese a la intensidad de la lucha, el jefe arranca-brazos analiza la situación: la arremetida de los nativos desequilibra ahora su posición; y cuando reconoce entre los combatientes nativos a Seoname-maku, su ya conocido y feroz adversario, no duda en ordenar la retirada: no es ésta la ocasión para enfrentarse con posibilidades de éxito al cacique tairona.

Kashín advierte la actitud titubeante de Gula y contraataca con mayor vigor: con la punta de su jácula le atraviesa el antebrazo, levanta la maza de piedra y se apresta a descargar el golpe definitivo. Otros gulamenas acuden en ayuda de su jefe, evitan la acción del kashingüi y permiten al arranca-brazos escabullirse y retornar a su navío. Desde él ordena tocar a retirada con la gran trompeta de caracol. Kashinguis y gulamenas suspenden al instante las acciones bélicas: dejando heridos y muertos, las gentes de Gula se repliegan atropelladamente; los taironas sí continúan combatiendo y entorpecen la huida a los caribes. De nuevo se forman las dos flotillas de piraguas: una en retirada, perseguida por las canoas de los indígenas y su lluvia de flechas envenenadas; la otra, la kashingui, también rodeada de embarcaciones taironas con rumbo a la playa. El aire vuelve a sacudirse, esta vez con los gritos unísonos y triunfales de los aliados celebrando la victoria. Y desde sus puestos de mando, satisfechos, Seoname-maku y Kashín cruzan por primera vez sus miradas.

Por primera vez, también, los caribes han sufrido una derrota de importancia en Keba-Bunkua. Con las naves maltrechas: amontona-

dos los heridos en el vientre de los barcos y retorciéndose de dolor: con el amargo sabor del fracaso, intensificado al considerar la actuación de los kashingui como una traición: herido su mismo jefe: los gulamena ponen proa hacia el Oriente; regresan hacia donde la suerte no les ha sido tan adversa. Y para completar, temen haber sido objeto de la más inconcebible humillación: el navío con las mujeres y los niños se ha perdido; no saben si naufragó en medio de la batalla, o lo que es peor, si taironas o kashingui se lo robaron con su preciosa carga. Y Ulaban también ha desaparecido...

Con el brazo inflamado y sangrante, sumido en terco silencio, Gula no deja de pensar en el kashingui: le trajo mala suerte desde el mismo momento en que puso los pies en su piragua.

—¡Maldito caribe!... ¡Traidor!

* * *

La incertidumbre reflejada en el rostro de las mujeres apretujadas dentro de la embarcación asignada a ellas mientras durara la contienda, conmovió a Ulaban, maniatado y también obligado ocupante de esa nave; y los ojos de los niños expresando un miedo cerval, le revivieron tiempos pasados, cuando con Kashín debieron enfrentar atemorizados iguales situaciones. La ira, la indignación, el deseo imperioso de cambiar la suerte de esas mujeres y niños, poseyeron al kashingui: aprovechó la distracción de los tripulantes, apenas con ojos y oídos para seguir el desarrollo del combate, se dirigió al grupo de mujeres cercanas, se identificó como caribe y explicó su presencia en el barco; también pronosticó el curso de los acontecimientos y cuando todo sucedió según sus palabras, vio llegado el momento de proponer una de sus ocurrencias:

—Libérenme de estas ataduras y ayúdenme a tomar el control del navío; así podré llevarlas con sus hijos a tierra, y a mi aldea caribe. Allí, se los prometo, tendrán una vida tranquila y feliz.

Las mujeres le creyeron, lo pusieron en libertad, y con ellas, armados de canaletes, atacaron a los tripulantes y los arrojaron al mar; luego, bajo las órdenes precisas de Ulaban, izaron la vela, ocuparon puestos de remeros y apuntaron la proa a las costas de Palanoa.

XVI

Mezclada con la fosforescencia de los nóctilus riela la luz clara de Saxa-ti. Al ritmo sonoro de los oleajes se mecen las piraguas caribes y las canoas taironas ancladas a pocas brazas de la orilla.

En los playones, vasto triángulo de arena frente al mar y la ribera del caudaloso Mutaiji, festejan la victoria cientos de bulliciosos guerreros y habitantes de Buritaca.

En los nunhúe a donde llega apagada la celebración, las mujeres atienden a los heridos; en las afueras del pueblo, los enterradores sepultan con golpes de odio los cadáveres de los gulamena en una fosa común; en otro lugar, escogido por Cotocique, los despojos de taironas y kashinguis, acompañados de sus alhajas y armas, son cubiertos con la tierra cálida que su heroísmo defendió. Allí hay coros de plañideras, cantos de alabanzas y súplicas a Gaulkuché, Dueño y Señor de los Muertos: le piden conduzca los espíritus de los guerreros por el camino de Shikua-xalda, sólo permitido a los valientes; por él llegarán hasta Nean-Biró, la gran Puerta de Ir, entrada a la región del Más Allá.

En la Nunhuañkala mayor la festividad es diferente: Naoma Cotocique, dedicado a las adivinaciones, entra en éxtasis, se desdobla, viaja sobre las serranías y los valles, se adelanta a los emisarios enviados a Tayronaca para llevar el parte de victoria al Naoma-Kavi.

Tan pronto se apaga en el horizonte la última explosión de colores del atardecer, y antes de asistir a la convocación de jefes en la Nunhuañkala de Buritaca, Kashín y Ulaban recorren su aldea, aumentada en población con las mujeres y los niños rescatados a los gulamena. Las gentes les demuestran entusiasmo y agradecimiento, así en algunos bohíos haya duelo por los caídos durante la batalla. Pero a la nostalgia de su recuerdo se impone la alegría de la fiesta.

El amanecer encuentra a Ulaban deambulando solitario por el bosque de trupillos cercano a la playa, donde en pasadas ocasiones ocurrieron sus encuentros con Nyuba-Aluna.

Cuando en la Nunhuañkala terminó la reunión con el naoma y los caciques, Ulaban dejó marchar a Kashín hacia Palanoa y buscó disculpa para quedarse recorriendo el poblado de Buritaca. Con aire

distraído circuló entre los nunhúes, afinó el oído, intentó mirar con disimulo a través de los estantillos de muros y puertas. ¿Estaría ella en alguno de esos bohíos?... Las mujeres y los niños refugiados en las afueras del pueblo habían regresado y a Nyuba-Aluna no se la veía. El kashingui visitó el nunhúe de las tejedoras de mochilas, donde solía frecuentar el Espíritu de Oro; y el taller de fabricación de lanzas, arcos y hachas, de mucha actividad por aquellos días, a cargo de ancianos y mujeres; y hasta en ese lugar solitario, apartado del pueblo, inconfundible por las nauseabundas emanaciones, delatoras de la labor allí ejecutada: preparación de mortales venenos para impregnar las puntas de macana de las armas arrojadizas. No había rastro de ella. También se acercó a la Nahua, el templo femenino, y tuvo el atrevimiento de atisbar por su puerta: nada. Sólo penumbra vacilante y la silueta encogida de una anciana frente a las brasas, cuidando en ritual silencioso el fuego sagrado.

Ante ese fracaso emprendió la marcha hacia la aldea: sentía envidia de Kashín y de los otros hombres, a esa hora concluyendo las celebraciones de la victoria entre los brazos y la ternura de sus mujeres. En cambio, su soledad podía compararse con la de los hogares a donde no regresaron los hombres, muertos en la contienda.

* * *

Ruge la pleamar: estalla con grandes oleajes; y en el cielo estrellado se marca con una inmensa franja la Avenida de la Luz.

Piensa recorrer la distancia a la aldea kashingui por la playa, siguiendo la cinta donde la arena está húmeda y apretada por el último empuje de las marejadas; atraído por una fuerza superior, se aparta de la orilla y se interna en el bosque descarralado de los almendros y los mereyes.

Saborea distraído los frutillos, cuando...

—¡Ulaban!

—¡Oh...! ¡Nyuba-yang! Te he estado buscando.

Ella con voz risueña:

—Y yo te esperaba. ¿Por qué llegas hasta ahora?

—Estaba en la Nunhuañkala; y luego... buscándote por todo Buritaca.

Nyuba-Aluna comenta pensativa:

—Sí… Sí —y sin mediar otra palabra se arroja a sus brazos. Se estrechan como desesperados por haber aplazado tanto este encuentro, se besan, se acarician enloquecidos de pasión: se revuelcan en los arenales…

—¡Ulaban!

—¡Nyuba-yang!

Y Munseishi, el Amanecer, conspira contra ellos.

—No puede ser todavía, Ulaban… ¡Basta!

Rabioso con su destino, Ulaban se incorpora un tanto: rechina los dientes, iracundo mira la claridad creciente por Mu. El momento de separarse otra vez se aproxima. Surli es su rival y torna a robarle a su amada.

Aprovechan los últimos instantes, Ulaban de espaldas en la arena, Nyuba-Aluna recostada en su pecho, desplegando sus poderes extrasensoriales:

—Aluna arseshi. Estás triste. Lo sé —comenta con voz apagada. Corre sus labios carnosos sobre el pecho de Ulaban, lo hace estremecer.

—Sí: por dejarte. Sí: porque odio la guerra. Siempre la he aborrecido y una y otra vez mi destino es empuñar las armas y matar.

La muchacha, con los párpados cerrados, con sus grandes pestañas haciendo sombra sobre los pómulos decorados con polvo de oro, apoya su rostro en el del kashingui, le cuchichea al oído:

—Así deberá ser, hasta cuando derrotemos y expulsemos a los invasores de nuestro país. Para entonces serás famoso… —y suelta una risita, actitud rara en ella. Ulaban aprovecha de inmediato: la rodea apasionado con los brazos, corre las manos por su piel, por sus senos apretados, por sus muslos y caderas, por su vientre, desliza los dedos en sabias caricias a través de gelda, el vello suave y tupido, se acerca sensitivo a humshi, su sexo sorprendido, con ronroneo de jaguar aproximándose al venado. Nyuba-Aluna se retuerce en la arena y le aprisiona las manos, se las contiene. Se le ahoga la respiración. Desfallece ante la ternura de las caricias.

—¡Narl-dunye!… ¡Narl-dunye!… ¡Me gusta, me gusta!, pero basta. Sólo hasta cuando vuelvas triunfante de la guerra podrás arlunyi conmigo. Antes no.

—¿Por qué?

—Lo sabrás a tu tiempo. Ahora márchate. Ya suenan las nung-subalda y debes partir.

Detrás de Buritaca y en lo recóndito del bosque, retumban con sonido largo y profundo las grandes trompetas de calabazo, llamando a los guerreros de Seoname-maku. Y ahora, Ulaban es uno de ellos.

XVII

En Buritaca y Palanoa, pueblos hermanos desde la batalla contra los gulamena, permanecen Cotocique y Kashín, el primero naoma y suma autoridad, el segundo cacique al mando de los guerreros, dispuestos a resistir un nuevo ataque. Fiel a su disciplina, Kashín somete a caribes y taironas a intensos entrenamientos en tierra y mar, simulacros de batallas observados por mujeres y niños, aprensivas ellas, entusiastas y fascinados los segundos.

El grueso del ejército al mando de Seoname-maku regresa al Valle de Tairona, siguiendo el retorcido cauce del Mutaiji. Con ellos, en calidad de asesor, va Ulaban. La meta es volver a Tayronaca, de donde partirán a cumplir su encargo exterminador contra los ubatashi.

Sin pérdida de tiempo Seoname-maku se entrevista con Naoma-Kavi. Debe adivinar el muru nakubi la conveniencia de tener al kashingui como consejero: el resultado en las burbujas de las cuentaskuitsi es aprobatorio. Beben el contenido mágico de las copas ceremoniales y el sacerdote, cubierta la cabeza con la Máscara de los Cinco Jaguares, sale a la Nahua-xalda, la plazoleta sagrada, e inicia un baile al tiempo que pronuncia palabras, mirando a lo alto, y en el cuadro de las estrellas encuentra la conjunción esperada: los ubatashi deben ser atacados de inmediato. En su siguiente actuación, el Naoma-Kavi toma a Seoname-maku de la mano, lo lleva hasta el sitio preferencial donde tiene instalada la kalauka, lo hace ojear el firmamento, con el brazo extendido le señala un espacio negro en medio de la Constelación de los Jaguares, donde no brilla ningún cuerpo estelar; su voz suena aguda, gutural, cuando explica:

—Allá. allá está: ¡Seiname!... ¡El Jaguar Negro! La estrella que

no se ve pero está ahí —y mirando al cacique con pupilas taladrantes e hipnóticas—: Seoname-maku debe actuar igual a Seiname, y suya será la victoria.

Calla el Naoma-Kavi, se petrifica en la kalauka, parece parte de ella. Los caciques y demás espectadores lo observan, queriendo entender el significado de sus últimas palabras; también Seoname-maku: comprenden: allí está la clave. Permanecen pensativos, en meditación, todos.

Ulaban camina sobre la terraza enlosada y mira al cielo en un esfuerzo por descifrar el mensaje del muru-nakubi. Para él y la gente de su raza, el manto de las estrellas es la clave de los rumbos y distancias, orientación de cómo surcar los mares. No así para los habitantes de Keka-Bunkua, hijos y hermanos de la inmensa luminosidad de los cielos.

* * *

Cuando Enduksama, Venus, alcanza su mayor esplendor, Naoma-Kavi llama a Seoname-maku a la Nunhuañkala y le entrega la Sesa, flecha emplumada de la guerra. Ha llegado la hora de la venganza, la de rescatar a sus mujeres, la de cobrar a los ubatashi su traición. Por todos los ámbitos de Tayronaca, sobre los conos de palma de los nunhúe y las copas circundantes de los árboles, resuenan como un trueno prolongado las trompetas de caracol grande de mar y las nung-subalda de calabazo, sopladas a todo pulmón desde las plazoletas y sitios altos de la ciudad. Es un sonido lúgubre, de profundas repercusiones: hace callar las voces nocturnas de los animales en la selva y encoge el ánimo de las mujeres con sentimientos y tristezas premonitorias, conscientes del peligro que acechará a sus hombres allá abajo, en las arenas del mar, al otro lado del horizonte montañoso de Tairona-gaka y de Maroma-gaka. A su estruendo reverberante, los niños pequeños sin excepción, se apretujan contra sus madres y abuelas, o corren hacia los rincones oscuros de los nunhúes, donde se refugian temblorosos. Sólo los mayorcitos, con capacidad de admirar a caciques y rabones, acuden a las plazas a refundirse con la multitud para presenciar el desfile de los guerreros. Por la calzada central de Tayronaca va Seoname-maku con todos sus arreos de

cacique y comandante: lo siguen su Estado Mayor y el estrépito de los músicos. Y con ellos, despertando curiosidad por su aire tranquilo, escaso de vestido y sin adornos de oro, alto, casi delgado, Ulaban el kashingui, ya conocido entre las gentes de Keka-Bunkua por su ingenio de artista y estratega. Tras él, soberbios como siempre, con sus ademanes desafiantes, atractivos a las miradas femeninas, los musculosos rabones agitando las colas de pelo pretinadas de oro. Cierran el desfile, en alto las teas encendidas, los escuadrones de guerreros, enardecidos con el ritmo de sus pasos y sus gritos.

* * *

Seiaskua... La noche ha nacido.

Por el pendiente camino de Ponkeica, ya en las afueras, avanza Ula-yang entrabada por el peso creciente de la maternidad. En un continuado rezongo la acompaña Haba-nay, su madre: se opuso airada a este capricho de su hija, pero nada la hizo desistir.

—En tu estado... ocurrírsete subir a estas cumbres.

Las dos mujeres no pueden evitar sentirse además de fatigadas, amedrentadas con las dificultades del camino, con la cerrada oscuridad, con los gritos ululantes de las huang-xauda, lechuzas negras, empotradas como estatuillas en las horquetas de los árboles; sus aleteos intempestivos, su voz disonante, el brillo fosforescente de sus enormes pupilas tumbaga, las sorprenden y espantan una y otra vez, pese a saber de su presencia. Cuando coronan la cumbre, el viento penetrante del nevado les azota el rostro, desordena sus cabellos, las obliga a sostenerse una con otra. Aún así sienten alivio por haber dejado atrás la ominosa espesura de la selva. Ahora tienen sobre sus cabezas la luminosidad del cielo, acentuada en la ancha franja de la Avenida de la Luz; su brillo, en apariencia cercano, baña de suave claridad las cimas de Keka-Bunkua, destaca fantasmales sus picos blancos. A partir de ellos y en dirección al mar, los filos de las diferentes vertientes son majestuosas cascadas negras, salpicadas aquí y allá con el parpadeo de muchos puntos luminosos, como si las estrellas fugaces luego de sus raudos desplazamientos, se apagaran, cayeran y luego tornaran a encenderse, ya incrustadas e inmóviles entre los recovecos, laderas y cañones de la Montaña Blanca.

—¡Qué terquedad te trajo hasta aquí! —la reprende una vez más Haba-nay.

—Quiero verlos así sea desde acá —responde con firmeza Ula-yang. Esta noche ellos partirán a la guerra. Lo sé, Haba... lo sé, madre —y luego de un silencio—: Estoy tan orgullosa de él, de su amor; siempre me acompaña así esté lejos. En cambio... temo tanto por Meli-ang. ¿Cuál habrá sido su suerte entre los ubatashi? Cuando vivió en Ponkeica fue como mi hermana. ¿La recuerdas?

Los ojos de Haba-nay brillan como carbones encendidos y el rostro se le contrae.

—Hija, bundji: el destino de las mujeres siempre es el mismo. Ya lo entenderás con el tiempo. Ahora no; ahora sólo arlunyi, amas, como lo manda La Madre.

Por un instante callan las dos mujeres. Bajan la mirada hacia donde intuyen está Tayronaca y dejan escapar una exclamación.

—Mira, Haba... ¡Mira!

—Los veo, Ula-yang... tenías razón.

En las lejanas profundidades del Valle de Tairona divisan algo mágico y hermoso: contraste con la negrura de la noche, lento y sinuoso, resalta el movimiento de una serpiente de fuego.

—¡Allá van!

XVIII

La larga flecha ornada de plumas azules de guacamayo, con un pequeño jaguar de oro a manera de colgante, aparece esa mañana clavada en la arena, en mitad de la plazoleta, en el campo de los ubatashi. Ha sido arrojada allí por un hábil arquero tairona durante la noche.

Quien primero la ve es una de las mujeres: al comprender su significado lanza un alarido y pone en alerta a todos dentro del cercado. Ubatashi-thor desde muy temprano ha sido otro vigilante recorriendo la plataforma alta, de contorno y con vista a los alrededores. Al escuchar la voz de alarma acude al sitio señalado y desentierra la saeta, la observa con detenimiento: es un arma esbelta,

mortífera, balanceada a la perfección su afilada punta con el cuerpo de caña pulida, donde resalta el color azul de las plumas y el jaguarcito de oro, una de esas hermosas piezas de la orfebrería tairona.

Otras mujeres, al ver a Ubatashi-thor con la flecha entre las manos prorrumpen en gritos, e histéricas corren de un lado para otro y estrechan a los pequeños hijos, primera generación de ubatashis y nativas; expresan así la inmensa calamidad a punto de cernirse sobre todos. Sin entenderlas bien, Ubatashi-thor se dirige sin pérdida de tiempo a su choza y llama a voces a Meli-ang: ella asoma a la puerta con Suku-thor en brazos: el rollizo y hermoso chico manotea a la vista de su padre; ante la concurrencia que lo sigue, el líder ubatashi simula no advertir las entusiastas manifestaciones del pequeño; con mirada interrogante levanta la saeta y se la muestra a su mujer. Al verla, la expresión de Meli-ang coincide con la de las otras mujeres.

—¿Qué pasa? ¿Qué significa?

La joven madre recuerda cuando ha visto flechas adornadas con plumas de nakalda, el papagayo azul.

—Esas plumas... ese color simboliza a Heisei, el Dueño de la Muerte. Y puestas ahí son mensaje de guerra, de exterminio total. Algo malo va a suceder.

Ubatashi-thor, inquieto, hace caso omiso de las demostraciones de Suku-thor, aparta las plumas y muestra el jaguarcito de oro. Las pupilas de su mujer se destacan por su negrura en los ojos muy abiertos. Reconoce haber visto esa pieza colgada al cuello de su hermano Seoname-maku. Con gravedad musita:

—Cüia, mi hermano mayor... ¡El cacique!

Da media vuelta, corre y se mete a la casa.

Ubatashi-thor la sigue, la encuentra acurrucada frente al fogón, estrechando compulsiva a Suku-thor.

—¡Heisei!. . ¡La muerte para todos! —pronuncia con voz ronca.

El chiquillo, ajeno a la angustia de su madre, bracea, forcejea con la cabeza vuelta a Ubatashi-thor, sonríe y emite apremiantes gorjeos. El, luego de entregar la flecha a su mujer para que pueda examinarla mejor, lo encarama a uno de sus hombros, se coloca donde no pueda ser visto desde el exterior y le corresponde a sus retozos.

Media mañana: sobre ellos el ardiente sol y el vuelo de los alcatraces y gaviotas. Ubatashi-thor preside la reunión con los hombres.

La mayoría, por voz corrida entre las mujeres, están enterados del mensaje de muerte enviado por los taironas y no muestran sorpresa; por el contrario, en actitud desafiante, limpian y afilan sus antiguas armas rescatadas de las escolleras, primero por la expedición de Ubatashi-thor, luego en otra exitosa misión, cuyo fin fue hacer una búsqueda exhaustiva entre los acantilados. De nuevo en posesión de sus armas de metal, lanzas, espadas y hachones, no imaginan ser vencidos por los nativos.

Ni la vehemencia de Ubatashi-thor, ni las afirmaciones y juramentos de Od y Conoh, ni las revelaciones de las mujeres sobre el poderío militar del enemigo, son argumentos suficientes para convencerlos del peligro. Como en ocasión anterior, cuando impusieron sobre Ubatashi-thor su mayoría de voces para aprobar el robo de las mujeres, esta vez tampoco quieren aceptar sus propuestas de enviar una delegación pacífica encabezada por Meli-ang a pactar la paz.

—¡No tememos a nadie! —vociferan—: De nuevo somos fuertes. —Y agitan como energúmenos los pesados espadones, contagiándose de disparatado optimismo.

—¡Nadie podrá con nosotros!... ¡Los venceremos! —gritan iracundos.

Al día siguiente la partida encargada de conseguir carne de monte en los bosques cercanos no regresa al campamento. En cambio, al subsiguiente y al pie de la entrada del cercado, aparecen algunas prendas como prueba de su captura o muerte. Cuando las sucesivas expediciones de caza, pesca o recolección tampoco regresan, los ubatashi comprenden la evidencia de la flecha con plumas azules y se preguntan intranquilos: ¿Acaso quienes abogan por la delegación pacífica con mujeres taironas, tienen la razón? Pero... ¿y no podrán aprovecharse ellas de esa coyuntura para recobrar la libertad y dejar despejado el camino a los nativos para atacarnos? La incertidumbre se torna en realidad anonadadora cuando las provisiones comienzan a escasear, y no pueden salir a conseguirlas. Dos comisiones, una al mando de Conoh, y otra de Od, considerados con Ubatashi-thor los más experimentados en burlar y cruzar las líneas de los taironas, también fracasan en sus intentos por proveerse de carne de monte y recolección de frutos; a su vez, comprueban los movimientos del

enemigo, avanzando sobre el cercado ubatashi en forma de una gran pinza de cangrejo, apenas abierta por el mar.

Tan alarmante noticia provoca la formación de corrillos: cunde la alarma general y la urgencia por actuar de inmediato los lleva a congregarse frente a la choza de Ubatashi-thor, y, como a su jefe, pedirle una estrategia a seguir. Mirándolos severo, casi con rencor, pues a su pasada decisión se debe la enemistad con los taironas, acepta el nuevo encargo con una condición: no tolerará de nadie, ni siquiera de la mayoría, un cambio o discusión a sus órdenes; exige obediencia ciega, así ello implique la muerte .

Aceptan y Ubatashi-thor no pierde un instante: entra a su choza y se enfrenta a Meli-ang. Pensativo, con el ceño fruncido, da varios pasos por el interior de la vivienda antes de preguntar:

—¿Habrá todavía alguna posibilidad, si encabezas la comisión ante tu hermano y le expones nuestros deseos de pactar amistad?

—¿Quiénes irían? —inquiere sin vacilar.

—Tú, con otras mujeres y un grupo de los nuestros.

La hermana del cacique demora la respuesta. Lo hace reflexiva, indecisa:

—Después del envío de la Flecha de Heisei nada se puede asegurar. La autoridad sobre la guerra o la paz está en manos del Naoma-Kavi, y sólo él puede cambiar el curso de los acontecimientos. Temo que el tiempo se haya terminado para los ubatashi.

—Pero, dime: ¿Irías?

Meli-ang lo mira a los ojos con ternura:

—Sólo si tú vas... quiero compartir el destino contigo.

Ubatashi-thor vuelve a caminar nervioso por el recinto de la choza, seguido de la mirada y los manoteos de su hijo; la voz le sale ronca cuando razona:

—Yo debo quedarme. Pero... ¿No crees que vale la pena intentarlo?

—No creo: la Flecha de Heisei tiene una sola dirección.

El líder ubatashi, rabioso, parece un jaguar encerrado: no quiere creer la irrevocabilidad de esas afirmaciones. Y la actitud simpática de Suku-thor, tratando en vano de librarse de los brazos de su madre para lanzarse a los de él, le revuelve los sentimientos en una mezcla de impotencia e indignación.

—¿Entonces tu gente tampoco tendrá consideración con las mujeres?

Meli-ang le devuelve la mirada, trascendental, angustiada. Piensa por sobre todo en Suku-thor y los otros chiquillos nacidos en el cercado.

—No, si somos un obstáculo para que ellos puedan vencer. Así vengarán la traición y nuestro rapto; así recuperarán los territorios invadidos en la salida al mar. Te lo repito: el significado de la Flecha de Heisei es la guerra a muerte y tiene prelación sobre lo demás. Su curso no se puede desviar.

Los ojos de Meli-ang se entornan, se vuelven duros y resueltos ante el destino imposible de cambiar. Ubatashi-thor no espera más. Es cuanto necesita saber. Desecha la esperanza del acuerdo pacífico, sale presuroso, llama a gritos a Conoh y Od, con ellos hace conciliábulo en una esquina del cercado, trepados sobre la plataforma. Convencidos de que la solución será armada, el resto de los ubatashi se dedican a limpiar y afilar al máximo sus espadones, lanzas y pesados hachones de medialuna, así como a templar los arcos y reforzar rodelas y petos. Todos coinciden en los rostros taciturnos, las miradas torvas, los ademanes violentos; por los gestos de Ubatashi-thor y la actitud expresiva de Conoh y Od, comprenden: la suerte está echada.

Acordada la estrategia convoca a la gente cuando el sol está en el cenit. Les habla con voz firme, en acentos épicos:

—El tiempo se agotó. Para mañana, tal vez, muchos hayamos emprendido el camino hacia Thor. Pero antes, dejaremos en estas tierras prueba de nuestro valor. No puedo prometerles la victoria... ni un futuro pacífico a los sobrevivientes: nosotros, al traicionar a los taironas, marcamos un destino al parecer imposible de cambiar. ¡Daremos la batalla final! Vamos a intentar romper el cerco y escapar; si lo logramos, la suerte estará dada luego por la voluntad de los dioses. No es ésta la primera vez que afrontamos tan grandes peligros, pero yo, como ustedes, guardo la esperanza de retornar al lugar de donde vinimos.

Los rostros de los ubatashi se velan con una sombra de nostalgia con las referencias de Ubatashi-thor sobre su país; y como reacción, los torna más decididos: mientras tengan un hálito de vida, no

desmayarán en buscar el camino de regreso. Su jefe lo sabe, lo ve aflorar en las miradas cuando concluye:

—Sí... daremos la batalla final. Por lo pronto, a excepción de los centinelas, cada cual puede encerrarse con su mujer: despídanse de ellas como sabemos hacerlo los ubatashi; luego, al atardecer, las dejaremos en libertad con los chiquillos. No podemos arrastrarlos a un fin cruel. Quizás para ellas y nuestros hijos haya un lugar acogedor en este País de la Montaña Blanca.

Los ve partir, cada cual en busca de su choza, a cumplir según la tradición con sus obligaciones de hombres. Algunos, como Conoh, marchan despreocupados, sin atormentarse con el pasado o el porvenir; otros, como Od, llevan marcada en el rostro la tristeza y la inconformidad.

Consciente de tener sobre sí muchas miradas, Ubatashi-thor esconde las emociones, permanece impasible. Cuando al fin queda solo, lanza un profundo suspiro y penetra en su casa. Allí dentro, en la penumbra, Meli-ang lo espera desnuda.

* * *

Pinceladas de oro líquido espejean en el mar, inmensa fragua del atardecer en el trópico. Sopla la brisa, produce sonidos de pico de tucán en las hojas de las palmeras. Con su vaivén lineal, unos en pos de otros, viajan los alcatraces en busca de ramas altas donde pernoctar. Chillan las gaviotas; son raudos los últimos vuelos de las golondrinas; las tijeretas se suspenden en las alturas y cortan el aire con el movimiento de sus colas. En el cenit y contra las montañas, el cielo se torna violáceo. Temprano como siempre, chispea Enduksama, el lucero del atardecer.

Desde los bordes puntudos del cercado, agazapados, rabiosos, los ubatashi ven partir a las mujeres y a sus hijos: a contraluz, siluetas en desplazamiento muy pausado, avanzan sobre la franja ceniza de la playa: imprimen a sus pasos un ritmo de procesión fúnebre, las cabezas inclinadas, vencidas por el peso del destino; hasta los chiquillos parecen contagiados de la tristeza de sus madres; sobre la piel tostada, o en las entrañas aún ardientes, las mujeres de los ubatashi llevan el recuerdo gozoso de las últimas caricias y

el amor apasionado de esos hombres de cabellera de fuego. Han recobrado la libertad, han salvado a sus hijos, pero entierran los sentimientos despertados por los juegos cariñosos de la gente de los ojos azules.

Siguiendo instrucciones de Ubatashi-thor se dirigen a donde el mar hace esquina con la desembocadura del río Hukumeiji, en una fila espaciada: así no habrá duda de su única presencia y la de los niños. Los taironas, como es de esperarse, están atentos y les salen al encuentro con manifestaciones de gozo. Desde el cercado los ubatashi presencian el encuentro de Meli-ang y Seoname-maku, la ven prosternarse suplicante. Nada lo conmueve. La Flecha de Heisei nunca puede volar de retorno al arco.

Cae la noche. El cercado de los ubatashi queda envuelto en total oscuridad. Apenas en el horizonte marino, mortecinos y opacos, destellan los resplandores cada vez más espaciados del ocaso. Se escuchan aleteos y chillidos de nyuiji, el murciélago, volando a ras del suelo y del mar. Hacia el Sur, por la ribera del río, un desfile de antorchas marca el desplazamiento de las mujeres y los niños, escoltados por bulliciosos guerreros. Y de pronto, en secuencia que define la curva de la tenaza tairona próxima a cerrarse sobre el campamento invasor, resuenan los trompetazos de los caracoles y las nung-subalda.

Desde su puesto en la plataforma, Ubatashi-thor escucha atento y trata de establecer la curvatura y la distancia de la pinza enemiga; en relación con ella, el cercado está más próximo a la punta de la tenaza que controla la orilla del río Hukumeiji en su desembocadura; de cerrarse un poco más, les cortarán la posibilidad de salir por esa vía. Con la sangre hirviéndole en las venas, piensa en las costumbres guerreras de los taironas, siempre activos durante el día, en las noches quietos y dedicados a las adivinaciones de sus naomas. Estos hábitos le permitirán disponer de toda la noche para poner en práctica su estrategia. Tan pronto oscurece del todo, ordena a Conoh, encargado del primer grupo, abandonar el cercado y dirigirse con celeridad y silencio hacia el mar. Escucha atento: ni vocerío ni refriega: no han sido detectados por el enemigo. Espera otro espacio de tiempo y cuando ya los imagina metidos en el agua, urge a Od a seguirlos. De acuerdo con sus planes, deben avanzar hacia Occidente, por entre las olas para no dejar huellas en la arena, hasta llegar al sitio

donde las montañas de la Sierra se precipitan en acantilados al océano; por ellos treparán y se ocultarán en la selva intrincada e inhóspita, conocida en su pasada expedición, ya de regreso del Valle de Tairona. Además, Ubatashi-thor prevé que si son descubiertos, entre esos peñascos y por la espesura del bosque, les será muy difícil a los taironas atacarlos multitudinariamente; y controlada la superioridad numérica, ellos sacarán ventaja de sus armas de metal. Cuando calcula que Od también ha alcanzado el mar, parte al frente del último tercio de sus compañeros. El silencio reinante es indicio del éxito en la operación. Ya llevan buen trayecto por el agua, en lucha con el fragoroso oleaje, cuando escuchan a sus espaldas un griterío ensordecedor. Ubatashi-thor se vuelve: en la distancia divisa algo semejante a una ululante serpiente de fuego rodeando el cercado. ¡Atacan! ¡El amanecer está próximo!, piensa, y se alegra de haber aprovechado la noche para desarrollar su estrategia evasiva. Con voz asordinada, urge al último tercio de los ubatashi:

—¡Rápido!... ¡Rápido!... Ya van a descubrir nuestra huida.

XIX

Desde su puesto de observación sobre las Lomas de Maroma, con visual al campamento de los ubatashi, Seoname-maku planea el asalto definitivo. Ha dispuesto sus fuerzas en forma de tenaza: una de las puntas de la pinza avanza sobre el estuario del río, la otra en dirección a kare-bulu-kuna, el lugar a donde llegan a desovar las tortugas de mar. Entre uno y otro de estos sitios estratégicos tiene tendido un cordón de guerreros, semejante a una colosal sai, culebra boa, desplegada sobre valles y laderas; en un punto de este largo cuerpo, comparte con Ulaban un lugar de avizoramiento.

Tiene a los ubatashi a vista de pájaro: sabe cuándo inician actividades en la mañana, cuáles son sus movimientos dentro del cercado, la disposición de los centinelas en la plataforma y los turnos de guardia. Y hasta puede distinguir por su figura, vestimenta, o por la forma de dirigirse a los otros ocupantes del campamento, quién de ellos es el líder. También ha podido ver a las mujeres taironas

raptadas y apreciar su proceder. Una cosa es notoria: no parecen prisioneras, así permanezcan siempre dentro del recinto; y algunas ya son madres.

Cuando por primera vez escudriñó el campamento, Seoname-maku sintió llamaradas de ira dentro del pecho y corriéndole por las venas: tales sus deseos inmediatos de venganza; y este sentimiento llegó a su clímax al reconocer entre las mujeres a su agraciada hermana. Sólo tuvo alguna compensación al comprobar que ella, así fuera obligada, era la compañera del jefe de los invasores.

Por largo tiempo cada día, Seoname-maku estudia sus hábitos: los espía para familiarizarse con su comportamiento y de ahí deducir con Ulaban la estrategia a seguir. A veces, casi con cruel fascinación, sorprende a Ubatashi-thor con la cara levantada hacia las montañas, oteando los alrededores, sin alcanzar a adivinar su condición de animalillos atalayados por siseke, el águila, o por nambo, el cóndor. En este oficio, sus compañeros en el observatorio son los caciques Nomaregüey, Gitamaku y Guregüey, venidos desde sus puestos de mando en la tenaza.

Después de varios días de espionaje, el cacique comenta a Ulaban:

—Es tiempo de atacar, pero antes quiero conocer tu opinión.

El kashingui sabe que este momento habría de llegar y está preparado. Mira el cercado de los ubatashi y según su curiosa manera de ser, compadece a los hombres de piel blanca y cabello rubio con quienes tiene en común ser invasores de los territorios de la Montaña Blanca. De tanto verlos y espiarlos ya se siente también familiarizado con ellos y no puede evitar la curiosidad por conocer su origen, costumbres y lenguaje, o de admirar esas armas de metal destellantes a los rayos del sol. Allá abajo, parecen hormigas indefensas ante el descomunal poderío desplegado por los taironas para aplastarlos. Y él, enemigo de la violencia, por siempre y por fuerza guerrero, va a contribuir a aniquilarlos.

—He recibido la Flecha de Heisei: ella ordena la guerra de exterminio y rechaza cualquier pacto. No admite capitulación, pero... —Seoname-maku se muestra dudoso—... quisiera salvar a las mujeres y a los niños. ¿Habrá alguna forma de cumplir nuestra misión y al tiempo respetarles la vida?

Ulaban piensa la respuesta:

—Desde acá hemos comprobado la actitud de las mujeres: son

amadas y aman a los ubatashi. Por eso creo que ellos buscarán salvarlas, así como comprenden su destino de guerreros en tierra enemiga. Dime, gran cacique: ¿Saben ellas el significado de la Flecha de Heisei?

—Lo conocen.

—Entonces. debes hacérselo entender: que ya transmitirán su significado a los ubatashi.

Seoname-maku aprieta con fiereza los labios, pero sus ojos chispean de optimismo.

A la mañana siguiente, tan pronto aclara, un arquero tairona lanza la Flecha de Heisei con precisión admirable al centro del cercado.

Con lentitud, como si quisiera desesperarlos, Surli hace su diario recorrido: ya se aproxima a Se, el Occidente, cuando ven a las mujeres de los ubatashi agrupadas, con los chicos en brazos, ante la puerta del recinto; ésta es abierta y de inmediato principian a salir, una a una, con lentitud, guardando una distancia convenida: así los taironas podrán comprobar que nadie más va con ellas. Seoname-maku da un salto de alegría, palmotea entusiasta al kashingui, toma las armas y se lanza montaña abajo, en donde lo esperan los caciques. La hora ha llegado, marcada por los mismos enemigos al permitir la salida de las mujeres y los niños. Ulaban permanece en el observatorio: contempla, en frágil contraluz, el lento desfile por la playa; con su rara sensibilidad, adivina los sentimientos de esas mujeres al abandonar a quienes se iniciaran con ellas como crueles raptores, y culminaron convertidos en apasionados amantes. También advierte con las últimas luces del día, los apresurados movimientos de los ubatashi, reunidos en tres grupos y con las armas prestas al combate. No cabe duda: entregarán sus vidas pero a un alto costo.

* * *

Munseishi, el Amanecer, está próximo.

El grito de ataque de Seoname-maku se repite en las gargantas de millares de guerreros taironas lanzados al asalto, en medio del llamear de las antorchas y de las flechas disparadas a lo alto: en certera y calculada curva, caen como lluvia, unas veces incendiarias,

otras silbantes, muchas envenenadas, dentro del recinto enmaderado de los invasores. Con precisión matemática e inexorable, la pinza se cierra. Al frente, semejantes a descomunales lanzas cargadas cada cual por una veintena de esforzados taironas, llevan largos postes con muescas talladas a lo largo: su oficio será servir de escaleras y hacer rápida y exitosa la acometida.

La toma de la fortaleza se cumple con exactitud y el desconcierto es por no encontrar resistencia: no hay enemigos a quiénes vencer: se han esfumado y la única ruta posible es el mar. Rabioso en mitad del campamento, Seoname-maku agita su lanza: su punta no ha probado sangre de los ubatashi. Desencantado, ordena prender fuego al cercado y a las viviendas. Simultáneamente con la gran llamarada, anuncio a la destrucción de la aldea ubatashi, resuenan toques de trompeta, señal esperada para iniciar la persecución, todo coreado con gritería horrísona; ante ella, el fragor de las olas parece callar.

Como un vendaval, las voces guerreras de los taironas pasan sobre las cabezas de los ubatashi, ahora empeñados en luchar con los oleajes. Vapuleados por la pleamar, metidos hasta el cuello entre el agua, se alejan de su antiguo campamento, unas veces lanzados contra las arenas de la playa, otras arrastrados y consumidos en las profundidades. Unos cuantos se sumergen para no volver a salir; los sobrevivientes bracean, se empinan, nadan en un avance desesperado... Siguen a Conoh, a Od, a Ubatashi-thor. A veces cerca, otras lejano, oyen el vocerío insultante del enemigo. En ocasiones están tan próximos que escuchan los chapoteos de sus pies al correr por la orilla. Las flechas llueven sobre sus cabezas, muchas de ellas con la punta convertida en cabeza de fuego para adelantar el día e intentar descubrirlos. Chasquean cuando hacen contacto con el agua: sisean. . sisean... Unas son certeras y la muerte es cruel: quemados y ahogados; otras son silbantes, semejan chillidos de pájaros.

La proximidad del nuevo día se anuncia cuando la noche se parte en dos sobre el horizonte montañoso, y un sector de ella se aclara. Conoh, al mando del primer grupo, mira a su izquierda, distingue la mole empinada de los acantilados y anuncia:

—¡Llegamos!... Ahora... ¡A la costa!

En sus oídos repercute el estallido de las olas contra los rompientes, en el sitio donde tiempo atrás rescataron las armas del naufragio. Para llegar hasta allí deberán cubrir un trayecto por aguas profundas,

violentas en su embate contra la base de los acantilados, única forma de evitar el encuentro inmediato con los taironas. Bracean bajo el agua; sumergidos como peces, sacando la cabeza apenas para respirar, recorren esta última distancia. Luego, como lagartos, como lapas, aferrados a las grietas y rugosidades de la roca, los sobrevivientes del primer grupo inician el ascenso a los acantilados. Algunos pierden pie, resbalan, caen y vuelven a sumergirse en las aguas traicioneras. Nadie puede ayudar a nadie. La vida está en la fuerza de los dedos de las manos, en la punta de los pies incrustados en los resquicios del paredón rocoso, en el azar de no perder la resistencia corporal aún restante. La locura de la mareta encontrada concluye y se inicia el reflujo. Para el segundo y tercer grupos de fugitivos ubatashi, el mar se torna menos peligroso, así sea más difícil vencer la fuerza regresiva del mismo.

Un poco más arriba los paredones pierden su verticalidad, se cubren de vegetación espinosa, por ellos cuelgan bejucos a manera de cables. Allí abundan los nidos de aves marinas y su presencia produce alarma y estampida de golondrinas, gaviotas y tijeretas. Sólo los alcatraces, con las alas abiertas como un escudo, permanecen en sus refugios: emiten raros sonidos con sus descomunales picos. Desde su lugar de vanguardia, Conoh vuelve la cara hacia abajo y atrás: la claridad aumenta: la complicidad de la noche se acaba: respira profundo, con algo de satisfacción, porque ve a Od al frente del segundo grupo iniciando la subida a los acantilados, y un poco atrás a Ubatashi-thor y el resto de la gente braceando en las aguas profundas y claras. Necesitan un poco de suerte, piensa el gigante, angustiado por la creciente luz del día.

Silenciosos, ágiles, decididos, siguen trepando agazapados como las fieras, la boca reseca por la fatiga y la ansiedad. Conoh deja de escalar y con señas indica a sus hombres tomar posiciones defensivas: deben esperar a los otros compañeros y ya reagrupados coronar el acantilado e internarse en la selva. Desde el sitio donde está divisa la playa, y en ella, alineados frente al mar, a los flecheros taironas arrojando sus saetas: las clavan en los cuerpos flotantes de algunos ubatashi para quienes la guerra terminó en ese angustioso recorrido por el agua. Los gritos de sus enemigos celebran su puntería, se hacen más delirantes cuando divisan las aletas triangulares de los

tiburones atraídos al festín de carne humana por la sangre que enturbia el mar.

El grupo de Od llega mermado, y en sus rostros asoma la alegría cuando descubren a Conoh esperándolos. Han sufrido serias bajas y muchos tienen flechas clavadas en las espaldas y los hombros; se prestan primeras ayudas a la espera de Ubatashi-thor y el tercer grupo. Este llega poco después, también diezmado: cerca de la mitad perecieron. De nuevo reunidos y con su líder al frente, emprenden la última trepada; el trayecto hasta el bosque, una franja de lajas inclinadas y espinos, se ve despejado de enemigos.

—¿Estarán esperándonos entre la selva? —pregunta Od desconfiado.

—Puede ser. En todo caso, no tenemos otro camino —responde Conoh ansioso por seguir.

—En cualquier sitio pueden estar ocultos —concluye Ubatashi-thor con acento firme, y añade—: Si están ahí… cargaremos contra ellos a muerte.

Escasa es la distancia para alcanzar la protección de la selva, cuando estallan los gritos de los taironas y su lluvia silbante de flechas envenenadas. Están ocultos entre los matorrales bajo la primera fila de árboles, con las cabezas emplumadas y los cuerpos pintarrajeados de rojo: semejan demonios pulsando los inmensos arcos de macana, las lanzas y las hachas. Con voz estentórea Ubatashi-thor ordena la carga: se levantan con sus cabelleras leonadas, rápidos, ágiles, en veloz carrera para salvar la distancia hasta la selva, ya no su amparo, sino mortal campo de combate. Algunos son asaeteados antes de llegar; otros, la mayoría, se zambullen entre las espesuras con los hachones en alto: se inicia la lucha, cuerpo a cuerpo, en medio de la maraña y de los gritos; nunca se han enfrentado los taironas a tan temibles contendores; tampoco los ubatashi han guerreado en tanta inferioridad numérica. Callan los gritos: se forcejea en silencio en la penumbra de la selva, entre una maleza a veces favorable, otras traicionera… como las fieras.

Cuando el sol patina de anaranjado las copas de los árboles, las lúgubres trompetas de calabazo de los taironas llaman a sus guerreros para reagruparse. El fragor del combate cesa bajo el dosel de la selva, lo reemplaza un silencio trágico. A ras de suelo todo es destrucción y muerte: cadáveres ensangrentados; heridos en los úl-

timos estertores, antes de ser rematados por odio o compasión. Se reúnen los caciques: Nomaregüey de Tayronaca ha muerto: se encontró frente a Conoh y éste lo partió en dos, de arriba abajo, con su descomunal hachón. La mayoría de los muertos son ubatashi. A la luz de las antorchas los guerreros de Keka-Bunkua recogen a los suyos: también son numerosos, pero pueden cantar victoria. Si algunos enemigos lograron escapar, ya habrá tiempo para perseguirlos y exterminarlos; o las fieras darán cuenta de ellos.

Heisei ha triunfado.

* * *

Por los caminos convergentes a los centros habitacionales de los taironas corren emisarios de Seoname-maku para llevar la buena nueva: ¡Los ubatashi han sido aniquilados!

Tan pronto se conoce la noticia las gentes se desbordan en ruidosas manifestaciones. Los naomas, encerrados por esos días en las nunhuañkalas, dedicados a vigilias, ayunos y adivinaciones, festejan con bailes y consumo de bebidas espirituosas. De Tayronaca, Ponkeica y Cincorona, como de Buritaca y otros poblados costeros, parten caravanas cargadas de urnas funerarias: son enormes tinajones de cerámica decorados con caras, brazos y prominentes sexos masculinos; se dirigen sin pérdida de tiempo al lugar donde ocurrió la batalla.

Sobre una de las cimas de Maroma-gaka, mirando al mar, se han dispuesto grandes piras fúnebres, la mayor de ellas destinada al cacique Nomaregüey; allí son quemados a fuego lento los cadáveres de los taironas para destilarles la grasa del cuerpo que, en ceremonia especial, será consumida por los guerreros victoriosos: así aspiran a adquirir propiedades de fortaleza, valor e inteligencia, distintivas en vida de los héroes caídos; sus restos depositados en las urnas, con las armas y adornos, retornarán a sus lugares de origen. Una gran humareda se levanta sobre la cima selvática, forma un hongo de bordes redondeados recortándose contra el cielo azul. Desde un promontorio, escoltado por Guregüey y Gitamaku, Seoname-maku contempla el espectáculo con rostro ceñudo: ya piensa en la campaña contra los caribes.

En otro promontorio, sentado sobre un peñasco, solitario, pensativo, de espaldas al ceremonial de fuego, está Ulaban: su mirada vaga sobre la lejanía esmeralda del mar: esconde un sentimiento de admiración al valor heroico de los ubatashi.

Selva adentro, en el fondo de un cañadón convertido en inhóspito refugio, se apretujan una docena de sobrevivientes ubatashi, con sangre y tierra apelmazada sobre sus heridas, en el fin de la resistencia física, hambrientos; han podido saciar la sed en un arroyuelo: al menos con el estómago lleno de agua logran algún alivio a sus tormentos. Sumidos en el silencio trágico, mastican hojas, muerden cogollos y raíces. Fresca en sus mentes está la bárbara lucha contra los taironas: han sido derrotados, pero la victoria fue muy costosa para el enemigo. El valiente y poderoso Conoh dio muerte a uno de los principales jefes; y quizás al triunfo del gigante sobre el cacique Nomaregüey, se deba el haber podido burlar el cerco y conservar todavía la vida...

Al ver desplomarse sin vida a su cacique, descuartizado por el tremendo golpe de hacha del ubatashi, los taironas cargaron sobre Conoh, se arremolinaron en torno, enardecidos, delirantes, dirigidos por el propio Seoname-maku y Gitamaku. La lucha fue titánica, desigual, salvaje: el ubatashi creció en estatura en la medida en que los muertos bajo sus golpes le sirvieron de pedestal. Cubierto de sangre propia y ajena, hizo girar su hacha como un molinete, cortó cabezas y brazos, la mortandad fue terrífica en medio del ensordecedor griterío. Ubatashi-thor y sus compañeros intentaron ayudarlo: al ver el épico denuedo quisieron morir con él. Inútil: el vórtice humano era impenetrable.. Cuando al fin se desplomó, la cabeza hendida por la maza de Gitamaku arrojada con certera puntería, atravesado por muchas lanzas, por paradoja, sus compañeros vieron llegada la oportunidad para abrir un boquete entre las líneas enemigas y escapar por la espesura enrojecida con la sangre.

En el pequeño grupo de los fugitivos están Ubatashi-thor y Od, únicos conocedores de la región; ellos condujeron a los otros a este lugar, donde no podrán permanecer mucho tiempo si quieren conservar la vida. Ya desde temprano, vienen escuchando las patrullas taironas en sus desplazamientos por la selva, en busca de ubatashis heridos, a quienes rematan sin contemplaciones.

Ninguno del grupo de sobrevivientes escapó ileso; la mayoría

presentan heridas con flechas y comienzan a padecer los efectos letales de las armas envenenadas: primero será la fiebre, luego las hinchazones, la infección progresiva, el extravío en la mirada y la dificultad para respirar, preámbulo a accesos de locura, cuando poseídos de rabia incontenible lanzarán rugidos de fiera, espumarajos por la boca, se morderán y tragarán la propia lengua y los labios, se atacarán entre ellos mismos, antes de morir en medio de convulsiones y agudos dolores. Sólo en contados casos, lo saben, los heridos por las saetas taironas escapan a tan terribles efectos.

Sumidos en silencio trágico, el pequeño grupo se observa... Nunca antes se sintieron tan asimilados a las fieras. Y tampoco, para quienes tienen la suerte de no presentar heridas de flecha, nunca antes fue tan doloroso sentirse racionales. La primera claridad del día permite a Ubatashi-thor distinguir las muecas y temblores de los enloquecidos. Ya Od y otros dos compañeros conocen las órdenes... y por conmiseración, desatan una carnicería final. Luego huyen... de sus compañeros sacrificados, de los taironas, de ellos mismos.

XX

Los festejos del triunfo revisten gran solemnidad en Tayronaca. Comienzan con el esperado regreso de las mujeres rescatadas: a su recibimiento acuden emocionadas las gentes de la ciudad y los pueblos vecinos: se apostan a lado y lado de la calzada principal, eje de la urbe de un extremo a otro.

—¡Hánchika!... ¡Hánchika!... ¡Hánchika! —truena el vocerío cuando el desfile recorre la ciudad. Todos quieren verlas, saludarlas, tocarlas con afecto; y está la curiosidad por conocer a los hijos de los ubatashi, con cabellos castaños, ojos grises, y esa piel satinada, canela clara, novedad en estas tierras. Tambores de madera de doble membrana, sonajeros de caracol y oro, flautas de carrizo y hueso, pitos y ocarinas de cerámica, orquestan el ruidoso recibimiento.

—¡Hánchika!... ¡Hánchika!... ¡Hánchika!

Los chicos hacen sonar gaugi de timbre agudo, pequeños y artísticos silbatos llevados dentro de la boca; las mujeres agitan los

brazos con cintas ornadas de shimunku, cascabeles de oro de argentina resonancia. Las recién llegadas, con los pequeños atónitos por tanto estruendo, parecen esconder las emociones bajo una máscara de estoicismo: encabezadas por Meli-ang, la mirada al frente, fija, sus movimientos parecen de sonámbulas; ausentes a la algarabía, nadie podría asegurar si esa actitud se debe al traumatismo ocasionado por su pasada condición de cautivas, o añoranza por sus hombres sacrificados.

Dos lunas después hace su entrada a Tayronaca el cuerpo mayor del ejército, precedido de bandas musicales: sus sones son escuchados a la distancia, llevan un ritmo rápido, marcial, casi alegre. Tras de estos conjuntos, mediado un espacio, vienen los portadores de las urnas funerarias, en primer lugar la de los restos del cacique Nomaregüey, destacada de las otras por su mayor volumen y la riqueza imaginativa de los decorados. Como escolta a cada urna van dos rabones llevando en alto las armas de los caídos. A su paso de marcha fúnebre se levanta una ola de lamentos y lloros. Luego, en contraste, se hace silencio y los espectadores ven desfilar a los portadores de los vasos donde se vertió la grasa extraída a los cuerpos de los héroes en la cremación a fuego lento. Estas pequeñas y artísticas urnas servirán en la ceremonia de transmisión de poderes y virtudes, cuando uno a uno todos los guerreros untarán la yema de los dedos con grasa humana, para luego lamer la porción de substancia y recibir las virtudes propias del difunto. Seoname-maku viene acompañado de Gitamaku y Guregüey, y un poco atrás, curioso con cuanto ve, Ulaban el kashingui. El desfile queda cerrado por otro escuadrón de rabones llevando como trofeos las armas de los ubatashi, para ser enterradas en un lugar secreto e inaccesible.

En su recorrido solemne y triunfal por la capital tairona, el desfile pasa al pie de la Nahua-xalda, la alta terraza de muros de piedra escalonados, donde se levanta la Nunhuañkala Mayor de Tayronaca. Allí preside la celebración de la victoria el Naoma-Kavi muru nakubi, rodeado de los principales sacerdotes del Valle de Tairona, y de los naumas, viejos y sabios consejeros. También junto a ellos, a su derecha y en lugar preferencial, de pie sobre un pedestal de roca tallada, se destaca la figura de Nyuba-Aluna, el Espíritu de Oro de los Taironas, con su esbelto cuerpo cubierto por alhajas resplandecientes y collares de pedrería: semeja una diosa, inmóvil, con su

bello y expresivo rostro, captando las emociones que sacuden a la multitud, así mantenga cerrados los ojos. Desde su lugar en el cortejo, al distinguirla, Ulaban se siente conmovido… y ella, así parezca no verlo, todo el tiempo tiene su rostro dirigido a él, con el esbozo de una sonrisa como saludo. A la izquierda del Naoma-Kavi está otra mujer ricamente ataviada: Ula-yang, radiante de orgullo ante el regreso triunfal de Seoname-maku. Se observan uno al otro, se devoran con miradas hambrientas de tanta ausencia. Bajo los atuendos de la muchacha se insinúa su gravidez, la cual no le impide esforzarse a permanecer en pie todo el tiempo del desfile. Tras ella, solícita, está Haba-nay.

Tan pronto entra a Tayronaca el último participante en el desfile, comienzan las ruidosas festividades en plazas y plazoletas, con abundantes libaciones, reparto de manjares y bailes; participan todos, moradores y guerreros, en un festejo doble: por el triunfo obtenido sobre los ubatashi y por el nombramiento de Seoname-maku como cacique de Tayronaca. A la noche, en la gran nunhuañkala ocurre una importante reunión: Naoma-Kavi escucha el relato de la batalla por boca del propio Seoname-maku, y luego adivina si es posible que algunos ubatashi hayan podido escapar. Concluida la narración del cacique, el sacerdote se concentra, analiza con atención las burbujas desprendidas de las piedras-kuitsi, se sume en profunda meditación. En seguida, sin hacer el menor movimiento con los músculos de la cara o de los labios, deja escapar unas palabras silbantes:

—Veo.. veo: a Kashindukua, hijo de La Madre, hijo de Sintana: él los guía… Makeüa kaxshigugulu: cuatro jaguares… Sólo cuatro ubatashi sobrevivieron. Ahora se han convertido en kaxshigugulu, jaguares rojos. El Padre de los Jaguares, Kashindukua, los guía. Están condenados a vagar por la selva, siempre… Sólo Seoname-maku, Jaguar Negro, podrá reconocerlos y exterminarlos. Sólo él.

* * *

Clarea Saxa-ti sobre los conos de palma de Tayronaca. Chirrean las cigarras y aletean los nyuiji en el sofoco de la noche.

Tomados de las manos, Seoname-maku y Ula-yang regresan de

un paseo por la gran plaza triangular. Hace varias lunas concluyeron las fiestas del triunfo y las ceremonias fúnebres por los caídos. Ahora gozan de un tiempo de reposo y procuran aprovecharlo al máximo. Ese atardecer decidieron visitar a Meli-ang, y la encuentran acurrucada frente al fuego, con Suku-thor en brazos, entregados a los retozos. Cuando los ve ingresar interrumpe el recreo y se queda mirando pensativa y expectante a su hermano el cacique. No hay agradecimiento en sus ojos, pero tampoco reproche... Entre ellos las palabras no tienen cabida. El abrazo afectuoso con su cuñada Ula-yang tiende un puente de ternura en esta situación tensa y dolorosa. Suku-thor mira a Seoname-maku absorto: no entiende la ausencia de su padre... la risa se le ha congelado en los labios.

Afuera brilla Saxa-ti. Transcurre el tiempo dentro de los nunhúes con la complacencia de los cuerpos solazándose en el amor. Y como viene sucediendo todas las noches, sólo un hombre permanece y discurre solitario por los camellones empedrados de la ciudad: Ulaban. en busca de Nyuba-Aluna.

XXI

Asegurado el control del litoral al Occidente del río Hukumeiji, gracias a la presencia de Kashín y su flota de piraguas, Seoname-maku parte de Tayronaca rumbo a Nui-Ashkuan, el Oriente, con destino a los territorios kogi, aldu-guiji y duanabuká, invadidos por gulamenas y sangaramenas en inmediaciones con el mar. De acuerdo con el encargo del Naoma-Kavi, su nueva misión es organizar la guerra de exterminio contra estos invasores. Son sus compañeros de viaje, además de la escolta de un centenar de escogidos guerreros, el kashingui Ulaban, y el viejo Chole, emisario de Avincuo, cacique mayor de los duanabuká.

A lo largo del Valle de Tairona, siempre avanzando hacia la salida de Surli, a través de campos cultivados y prósperas poblaciones comunicadas entre sí por un ancho camino, la comitiva cruza el río Sekaimaka y llega a orillas del caudaloso Hukumeiji. Por donde pasan, las gentes los reciben con muestras de alegría: quieren conocer

al vencedor de los ubatashi y expresarle agradecimiento; además, ya saben el encargo del joven cacique para liberar los territorios ocupados por los caribes. Seoname-maku apenas si interrumpe la marcha para tomar algún descanso, recuperar fuerzas y comer algunas de las muchas viandas ofrecidas por sus admiradores, tiempo aprovechado para interrogar a las gentes sobre la proximidad de sus futuros adversarios: teme que los arranca-brazos y los arranca-cabezas puedan descubrir el Valle Interior, de excepcionales condiciones, y lo invadan para hacerse fuertes en él y aprovechar sus recursos. Las noticias no son todavía apremiantes: las regiones invadidas están más allá del Hukumeiji, sobre la llanura costera; otra información sí lo pone en alerta: se relaciona con una manada de enormes kaxshigugulu, jaguares rojos, desde hace algunas noches merodeando por los poblados. Y Seoname-maku recuerda las revelaciones de Naoma-Kavi sobre los sobrevivientes ubatashi, convertidos en fieras de la selva. ¿Será ésta la pista de los últimos hombres de los ojos azules?

El recorrido por el Valle de Tairona permite a Ulaban entender el poderío y las posibilidades futuras de las gentes de Keka-Bunkua. Con anterioridad ha conocido el Valle Interior hacia el Occidente, desde la capital Tayronaca hasta más allá de Cincorona, otra gran ciudad en cercanías del río Nakulin, donde de paso visitó muchas poblaciones menores de las serranías y las orillas del mar, una de ellas Chairama. Estos viajes le han permitido profundizar el estudio sobre las costumbres y normas de los taironas, su estricta organización social sujeta a patrones religiosos muy complejos, donde es ilimitado el poder ejercido por los naomas. Aún no conoce las vertientes mayores de la Sierra Nevada, pero ya sabe de los caminos que bajan por sus laderas al Valle de Tairona, procedentes de importantes y populosas concentraciones habitacionales, donde laboran textileros, orfebres, ceramistas, talladores de piedras, una de ellas Teyuna, gran ciudad sagrada de las cabeceras del Mutaiji, con sus pueblos satélites donde moran los fabricantes de cuentas-kuitsi. En este viaje al Oriente de Tayronaca, el kashingui admira todavía más la belleza de los paisajes, la feracidad inagotable de las planadas y valles secundarios, donde se alternan campos destinados a las labranzas de yuca, maíz, algodón y frutales, con las extensiones cubiertas de selva, impresionantes por la majestuosidad de los árboles, la

florescencia multicolor de las plantas menores, la tejezón de los bejucos, y toda esa red de corrientes de agua aumentando el caudal de los ríos mayores, ámbito privilegiado de millares de seres al cuidado de Nabsusa, la Madre de los Animales; y sobre las vertientes y valles, o por entre los cañones, la vista temprana de los picos congelados de Citurna, la región de las nieves.

Así no sea éste su país, Ulaban, quien con seguridad no sabe de dónde viene ni cuáles son sus verdaderos orígenes, siente complacencia de sentirse viajero por Keka-Bunkua, el país de Nyuba-Aluna.

* * *

El nuevo día encuentra a Seoname-maku y a sus compañeros de viaje sobre la ribera occidental del Hukumeiji, en busca de la confluencia de la Jiwá-tukua. El Valle Interior ha quedado detrás de la Cuchilla Manijí, lomo inmenso cubierto de densa selva, donde se escuchan las voces de los monos de viento, los chillidos de las pavas y los rugidos de los jaguares. Se aproximan a Takbi-hagu-kare, lugar de la Culebra de Piedra, sitio sagrado para hacer ofrendas.

La noche transcurrió bajo torrencial diluvio, como si Sevukulyingaxa, Padre de las Nubes y la Lluvia, estuviera iracundo; y tal pareció por el espectáculo de nubes negras corriendo huracanadas por un cielo con relámpagos entrelazados unos tras de otros, para convertir la noche en rara claridad. Imposibilitados para cruzar el desbordado y fragoroso río, deben presenciar tres nacimientos de Surli sobre las montañas que guardan las Lagunas Sagradas. Ese tiempo es aprovechado por Seoname-maku para estrechar amistad con Ulaban y el viejo Chole, e indagar sobre sus vidas y sus conocimientos:

—Y más allá de los territorios duanabuká... ¿quiénes habitan a Keka-Bunkua? —pregunta el cacique estimulado por los relatos de Chole. El emisario responde entusiasta por tener tan aplicados escuchas:

—Están los wiwa, muy antiguos habitantes de la selva, sobre el lomo que divide en dos vertientes esta parte de la Montaña Blanca. Son cazadores, guerreros, y comercian con los uáhiuáhi, mora-

dores de zonas desérticas y bajas, en una gran lengua de arena que se interna en el mar Y más allá del lomo viven los yarineke y los umássi, tan numerosos como los taironas, asentados en las laderas y un fertilísimo valle llamado de las Auyamas. Y en cada uno de estos territorios se habla un idioma distinto.

Oyendo a Chole, por primera vez Ulaban se forma una idea completa sobre la inmensidad de las regiones en torno a los picos nevados, allá donde ya no hay mar, algo hasta ahora inconcebible para él.

Cuando el Hukumeiji vuelve a ser sosegado, Seoname-maku y su comitiva hacen la travesía y se internan en la zona sagrada de Takbi-hagu-kare, por entre colinas sembradas de mulda, algodón, de paso hacia una sabana donde aquí y allá, desperdigados entre pastizales y cultivos, resaltan negros pedruscos semejantes a lomos de dantas, o caparazones gigantes de tortugas; otros parecen tronos de caprichosos espaldares, mesones ovalados, o cuencos y metates. Dando rienda suelta a la imaginación para atribuir parecidos a estos piedrones, llegan al Centro Ceremonial, donde está esculpida la Serpiente Sagrada sobre la superficie de otro peñasco.

Los naomas del lugar, acompañados de mujeres Mitandu, del linaje de las culebras, salen a recibir al cacique-guerrero; esa noche hay adivinanzas y bailes en la nunhuañkala mayor, y a la mañana siguiente solemne desfile hasta un lugar profundo de la takbi-tukua, Quebrada de la Culebra, donde Aldu-kukue, Padre de las Culebras, esculpió una, en un paredón de granito blanco. Allí Seoname-maku hace ofrendas a Sai, la boa, para adquirir de ella su gran fortaleza, y a Tejaku, la serpiente cascabel, de la cual tomará el veneno mortal para la punta de sus lanzas y flechas. Terminado el rito, el cacique y sus acompañantes vuelven a buscar el Valle de Tairona en un lugar donde está la Piedra Jaguar, Kavi-Hagu, y hacen nuevas ofrendas, porque según el gran sacerdote muru nakubi, para vencer a los caribes necesitarán recibir los poderes de los animales míticos creados por Haba Séinekan.

A otra jornada de camino entran al Cañón de las Cascadas, donde se encuentra el poblado de Mamaice, gobernado por el cacique Lazama. Este lugar es la máxima prolongación hacia el Oriente del Valle de Tairona, ya en cercanías al río Guamoea. El sitio es espectacular con sus cascadas, precipitándose con reflejos de arco iris

desde las grandes alturas de la vertiente mayor, para llenar todos los ámbitos con un continuado y ensordecedor estruendo.

Acostumbrado a las panorámicas insulares, de horizontes ilimitados, Ulaban queda extasiado ante la belleza e imponencia del cañón: esto le parece inconcebible y no puede expresarlo en su vocabulario caribe; debe recurrir a las palabras de la lengua tairona para registrar cuanto está viendo.

Al pie de los trepidantes paredones de roca y rodeada de una selva húmeda, con frecuencia desdibujada por las neblinas surgidas de la base de las cascadas, está Mamaice, un gran poblado kogi con varios templos y muchas viviendas, donde se han dado cita los caciques de esta parte de Keka-Bunkua, para acordar con Seoname-maku lo relacionado con la guerra contra los caribes. Cumplidas las ceremonias presididas por los sacerdotes, Seoname-maku, Lazama —cacique mayor de los kogi—, Ulaban, Chole y algunos escoltas, trepan a los filos que separan el Cañón de las Cascadas con la llanura del litoral, ya ocupada por los caribes. Allí, al contemplar los territorios invadidos, deciden planear una exploración más completa, aprovechando los conocimientos de Chole de esa región, antiguo dominio de los duanabuká. Para cumplir el arriesgado cometido, se despojan de cuanta insignia pueda denunciarlos, y para la madrugada siguiente parten en pos del viejo emisario del cacique Avincuo. En Mamaice quedan los naomas encerrados dentro de los templos, haciendo ofrendas a la Madre Universal, para invocar el buen éxito de la misión.

XXII

A orillas del mar, al Oriente de la destruida población de Buya, tienen establecido su campamento los sangaramena. Frente a él, bornean las piraguas; ya forman una flota de más de un centenar de navíos: resaltan sus bordas acorazadas y los velámenes arriados, a manera de un enjambre de monstruosas langostas posadas en el agua. Mar afuera, a regular distancia, se divisan otras embarcaciones entregadas a labores pesqueras. En el campamento, retirado de la

orilla en donde ya no alcanza el flujo de las olas, la actividad es febril y ruidosa: los sangaramena dedican su tiempo a construcción de viviendas nuevas: son amplios bohíos, algunos sin paredes para dejar correr la brisa a través de los horcones. Del lindero del bosque, sin interrupción, salen filas de hombres cargando troncos de diferente grosor y longitud para las edificaciones, mientras de las zonas donde crecen las palmeras son traídas sus largas hojas para revestir entramados y formar las cubiertas. En lugares convenidos a la sombra de espaciosas ramadas se fabrican havas, cestos de carrizo, o arcos, flechas, lanzas, hachas y mazos de piedra; cerca de allí, otros se dedican a remendar velas, torcer y anudar cordeles, tallar anclas de piedra, labrar arpones y anzuelos en hueso o macana. Bajo los aleros de las chozas, o en su interior y cerca a las puertas, la actividad de las mujeres, caribes o prisioneras, se relaciona con oficios de telares o preparación de alimentos. En los linderos del bosque, lejos de los arenales de la playa, se ven las incipientes labranzas de yuca y maíz; cerca de ellas, armados con apretados estacones hincados en la tierra, están los corrales para engorde de las báquiras, cerdos de monte, complemento de la dieta alimenticia de los caribes. Otro corral grande, de altísima empalizada y regular espacio interior, levantado en sitio descombrado, tiene un destino que atribula a las mujeres de Keka-Bunkua: allí permanecen prisioneros sus hombres, bajo severa vigilancia, a la espera de ciertas festividades, cuando serán sacrificados y devorados en medio de bebezones y danzas. En otros espacios de los playones y la llanura, el trajín se relaciona con los guerreros: los manicatos, jefes de los escuadrones, organizan simulacros bélicos: para hacerlos más reales, de vez en cuando sacan un prisionero de los corrales y lo obligan a servir de blanco en persecuciones y prácticas de tiro con flechas y lanzas.

Los caribes lucen desnudos, musculosos, altos de cuerpo, algunos con grabados sobre la piel, y el sexo protegido con portapenes de oro, de caracol o fundas tejidas. En los hombres las cicatrices dan prestigio. Las mujeres llevan una faldilla apretada en torno a las caderas: agraciadas, sensuales, sus senos apenas si emergen entre la abundancia de las coconas, collares compuestos de conchas y piedrillas de colores.

Recorriendo el campamento seguido de su séquito, Sangama luce intimidante por su fuerte complexión. Bronceado, la piel cruzada

de tatuajes y cicatrices, con ademanes autoritarios, el jefe de los arranca-cabezas inspecciona con mirada severa los preparativos para la guerra: exige total disciplina y en estos días el genio se le mantiene descompuesto por la derrota de su hermano Gula a manos de los taironas y los traidores kashingui. Quienes pagan por este desastre bélico son los prisioneros: a cada mañana hace decapitar a uno de ellos y colocar su cabeza ensartada en una larga macana, a la orilla de los caminos, a manera de escarmiento para sus enemigos, mientra él cavila sobre la forma de enfrentarse a los nativos de la Montaña Blanca; sus sueños de organizar un gran país en estos territorios, a donde puedan seguir arribando las naves caribes, no va a ser tan fácil como en un principio lo imaginó.

Al Occidente del campamento sangaramena, en cercanía a la bocana del Guamoea, está el primer asentamiento de Gula sobre parajes robados a los kogi, ahora replegados en las serranías, en permanentes escaramuzas con los caribes en su intento por recuperar la salida al mar, a lo largo de los ríos Pira, Guamoea y Abaxse. Después de su derrota en Buritaca, los gulamena se han hecho fuertes en esta comarca, y como respuesta al descalabro preparan la invasión de los territorios al Oeste del río Hukumeiji, campaña que acometerán reforzados por las huestes de Sangama; para el efecto concentran una gran flota de piraguas y un numeroso y bien entrenado ejército: la experiencia les ha enseñado de la voluntad y poderío guerrero de los taironas, al parecer ahora aliados con los duanabuká, kogis, y aldu-guijis, cada vez más organizados y belicosos. En cumplimiento de estos aprestos, las partidas de Gula recorren a diario las sabanas litoraleñas, acosan a los kogi en las primeras estribaciones, asaltan e incendian sus aldeas, hacen prisioneros y ponen especial empeño en capturar mujeres para reponer las desaparecidas durante la batalla naval de Buritaca y Palanoa.

En el campamento de los arranca-cabezas se han levantado altas empalizadas para encerrar a los prisioneros en espera del momento de su sacrificio. El trato brindado a las mujeres y los niños, por el contrario, es excelente: las cuidan y los consienten, pues ven en ellas la forma de perpetuarse, y en los chicos futuros guerreros.

* * *

Nacido en vecindades de Buya, Chole, el emisario duanabuká, se conoce todos los caminos y vericuetos de su región. Esto permite a la comitiva de Seoname-maku internarse con relativa seguridad en los territorios invadidos por los gulamena. Y para hacer exitosa al máximo la travesía, y no queriendo despertar sospechas, Ulaban y la patrulla de rabones toman la exacta apariencia de los arranca-brazos: las partes descubiertas del cuerpo las decoran con tatuajes rojos y negros, visten taparrabos y usan armas tomadas a los enemigos. Con su porte y dominio de la lengua, el kashingui es ahora un manicato al mando del piquete encargado de conducir a Seoname-maku, Lazama y Chole, supuestos prisioneros. El riesgo de esta farsa se manifiesta en la tensión que embarga a todos cuando ocurre el primer encuentro con un grupo de caribes. Y como complicación adicional, un sorpresivo alarido desgarra sus oídos:

—¡Ayyyy!... ¡Ayayayyy!

Es el viejo Chole, quien rueda por el suelo presa de un repentino ataque de convulsiones; sus lamentos se convierten en rugidos y comienza a echar espumarajos sanguinolentos por la boca. Ulaban y los falsos guerreros no saben qué hacer; Seoname-maku y Lazama, consternados, atienden a su compañero; los caribes, ante los espasmos del enfermo y la expresión desorbitada de sus ojos, pasan de largo al temer sea un mal contagioso; en brazos de los caciques, el emisario sigue retorciéndose, mientras el enemigo se aleja. Cuando están distantes, se queda quieto, escupe un fruto rojo y jugoso, suelta una risita burlona y los mira con los ojos arrugados por la picardía: los engañó a todos: aquello fue una farsa más para atraer sobre sí toda la atención y sortear el peligro de ser descubiertos; la edad no le ha apagado el espíritu aventurero, y a partir de aquel momento sigue engañando a los gulamena y sorprendiendo a sus compañeros con sus inagotables recursos histriónicos, para permitir al manicato Ulaban, a sus escoltas y prisioneros, desplazarse a través de los territorios ocupados por los caribes. Cuando en las noches acampan en lugares apartados y seguros, tienen tiempo para reír y celebrar las personificaciones teatrales del emisario, convertido en actor imprescindible en esta misión de espionaje; así contribuye a mimetizar la personalidad de Seoname-maku y Lazama.

Al verse envuelto en estas disparatadas pero oportunas actuaciones del viejo Chole, el Jaguar Negro encuentra la forma para librarse

de tensiones propias de su cargo: ahora es un compañero más, aportando la alegría y la audacia de su juventud, así sea en medio de tantos peligros; aunque parezca paradójico, viviendo estas aventuras recuerda las travesuras de su despreocupada adolescencia en Ponkeica, cuando era un tairona más, sin obligaciones ni prerrogativas. De estos momentos de esparcimiento, y pese a su edad, participa con mucho entusiasmo el cacique Lazama, dada la propensión a la guasonería distintiva de los kogi; sólo Ulaban conserva la seriedad, apenas esboza ligeras sonrisas, y este contraste hace más hilarantes las situaciones.

¿Cuándo surge la idea?. ¿De quién fue? No lo saben con exactitud. Pero resultó ahí. en medio de las conversaciones, en el transcurso de los recorridos, al pasar una y otra vez frente a las empalizadas, donde los caribes mantienen a los prisioneros.

—¡Tenemos que liberarlos! —anuncia de pronto Seoname-maku, una noche en que miran en silencio la Avenida de la Luz chispeante en el firmamento. Ese día han presenciado el sacrificio de un prisionero, empalado en un alto estacón para servir de blanco a los arqueros, y la ira e intenso dolor no se aplacan con nada. Todos están de acuerdo. . no pueden dejar abandonados a sus compañeros en desgracia. Hasta ese momento, cuando el manicato Ulaban ha sido interrogado sobre el lugar de destino de los prisioneros, su respuesta es siempre la misma: —El campamento de Gula, en las riberas del río Abaxse, ya en inmediaciones con el mar—. En esta forma, siempre continúan la marcha sin verse obligados a más explicaciones, ni a entregar los cautivos. Pero esto de liberar los prisioneros de los cercados...

La audacia de Seoname-maku, la inteligencia de Ulaban, la decisión de Lazama, la picardía creativa de Chole, conforman el excelente equipo para tan arriesgado proyecto. Se valen de la costumbre caribe de hacer cambios de guardia al anochecer, cuando el "manicato" Ulaban se presenta con sus guerreros ante la empalizada de la primera aldea escogida, para poner en práctica el atrevido plan.

—¡Abran!.. ¡Cambio de guardia!.. ¡Traemos nuevos prisioneros! —anuncia Ulaban autoritario, ante los encargados de vigilar la empalizada, esforzándose por hacerse oír sobre los chillidos y las lamentaciones de Chole. El comandante de los carceleros, otro ma-

nicato de imponente aspecto por los tatuajes del cuerpo, mira fastidiado al viejo duanabuká, manda que lo callen y levanta la cara al sol.

—Vienen antes de lo acostumbrado.

—Sí... por estos prisioneros... —y Ulaban señala a Chole, ahora en forcejeos con la escolta, tirando patadas y lanzando lastimeros alaridos; para hacer más real la farsa, lo golpea en la espalda con la lanza de macana y extiende su rudeza a los otros dos cautivos. Su actuación es tan concluyente, que la puerta de la cárcel se abre y Seoname-maku, Lazama y Chole son introducidos a empellones en el recinto. La prisión, constituida por un doble cercado, uno dentro del otro para dejar un gran patio interior, tiene en torno de esta área ocupada por los condenados, un corredor por el cual se pasean y ejercen su oficio los vigilantes.

Tan pronto el viejo duanabuká escucha en el pasadizo el forcejeo de Ulaban y sus guerreros dominando a la guardia, levanta la voz y agita los brazos para convocar a los prisioneros. Seoname-maku y Lazama lo secundan, con ademanes característicos de quienes están acostumbrados al mando.

—¡Gaxa!... ¡Gaxa!... ¡Compañeros! —grita Chole. Muchos levantan el rostro para mirarlo y la sorpresa brilla en sus pupilas: el fragor del combate en el pasaje, aunado a las voces y manoteos de los recién llegados, los arrancan de su resignada desesperanza; algo inusitado está ocurriendo y al reconocer al emisario de Avincuo, se agolpan en torno a él. Seoname-maku y Lazama, debido a la sencillez de sus vestimentas, siguen de incógnitos y nada hacen todavía para identificarse.

—¡Hermanos!... ¡Atiéndanme!... ¡Hemos venido a rescatarlos!

La incredulidad se pinta en todos los rostros: nadie ha escapado de allí, y quienes han salido sólo es para ser sacrificados. Algunos empiezan a dar la espalda...

—¡Tienen que creerme!... ¡Prepárense! ¡Deben obedecernos!

La puerta del patio torna a abrirse y da paso a Ulaban y sus hombres: arrastran los cuerpos sin vida de los vigilantes. Los cautivos no acaban de salir de su desconcierto. ¿Acaso algunos de sus libertadores también son caribes? Y miran vacilantes, ya a Chole y sus dos compañeros, ya a Ulaban y su escolta. Seoname-maku y Lazama ven llegado el momento de darse a conocer, en pocas palabras explican la situación, organizan la salida y encabezan la huida hacia

las montañas. Para entonces ya cuentan con la noche como su cómplice. Ulaban se queda en espera de la llegada de nuevos vigilantes, les permite entrar al corredor, allí los sorprenden y eliminan, vuelven a cerrar la puerta de la empalizada y a su vez se pierden en la oscuridad de la noche. Sólo hasta la mañana siguiente, al repetirse el otro cambio de guardia, se descubre lo sucedido; para entonces los fugitivos están lejos de ser alcanzados.

Entusiastas con este primer resultado, Seoname-maku y sus compañeros repiten la estratagema cuando las circunstancias son favorables en otras aldeas, libertando a gran número de prisioneros. La noticia de las fugas masivas no tarda en llegar al campamento de Gula, y éste, alarmado y presa de ira por la repetición de los hechos, ordena llevar a su presencia a cuantos puedan suministrarle información veraz. Una particularidad repetitiva en todos los testimonios le despierta sospechas: la descripción del manicato, la escolta y los cautivos, siempre vistos donde después ocurren las evasiones.

—¡El kashingui! —piensa de pronto sobresaltado. Y ordena la pena de muerte para quienes en adelante se dejen engañar por la patrulla de farsantes y sus prisioneros.

A Mamaice y las otras poblaciones de las montañas, en grupos, unos tras de otros, van llegando los escapados de las empalizadas. Lazama ha regresado para organizar el ataque contra los caribes, y de inmediato los somete a entrenamientos bélicos. En tanto Seoname-maku, Ulaban y Chole, actuando de común acuerdo, se han propuesto una misión de alto riesgo para humillar al jefe de los arranca-brazos, dentro de sus propios dominios: liberar a los cautivos y condenados a muerte del propio campamento de Gula.

Informados de los desplazamientos del líder arranca-brazos, ahora en rabiosa persecución del kashingui, Seoname-maku aprovecha los conocimientos del viejo Chole sobre la región y bajan en forma subrepticia por el curso del río Pira; ya dentro de la llanura litoraleña, al amparo de la noche e iluminados por Saxa-ti, van metidos en el agua, acallado con su fragor el poco ruido que puedan hacer. Cuando a sus oídos llega el rumor espaciado de las olas y la brisa salobre, hacen una pausa en la marcha y el Jaguar Negro pregunta al duanabuká:

—¿Estás seguro de poder guiarnos a través de los pantanos?...

He sabido de las trampas mortales de las arenas movedizas, y el peligro de los feroces matúa.

Chole achica los ojos con picardía y sonríe burlón: que sepa, aparte de él nadie se ha atrevido a internarse en las marismas, donde acechan insaciables los caimanes, o las tembladeras aprisionan a los incautos. Su respuesta refleja la astucia del plan concebido:

—Los gulamena acampan en las riberas del Abaxse-tukue, al borde mismo de los pantanos, confiados en su protección. Por eso no van a esperar nunca un ataque por ese lado.

El viejo levanta la cara a Saxa-ti, se asegura de que ésta no deje de brillar en el resto de la noche y comenta dando tranquilidad a sus compañeros:

—Ella será nuestra aliada —y la señala satisfecho—. Me permitirá reconocer el único camino posible por la marisma. —Y con una carcajada—: Ya imagino la sorpresa de nuestros enemigos.

Seoname-maku da la orden de partida, en fila detrás del emisario de Avincuo. Unos tras otros repiten las pisadas, para no resbalar y ser aprisionados en las arenas movedizas, alertas con los matúa, semisumergidos y a la espera con sus enormes mandíbulas. La larga hilera de expedicionarios penetra la región pantanosa, donde las miasmas enrarecen el aire húmedo y sofocante; los acompaña el concierto de los grandes sapos, el zumbido lacerante de los zancudos, y otras voces de animales desconocidos, apremiantes, de acentos intimidatorios, que les encogen el ánimo y hacen más terrorífica la travesía. Nadie pronuncia una palabra, despiertos los cinco sentidos para no sucumbir en un paraje donde hasta ahora, con excepción del viejo Chole, ninguno lo ha cruzado con éxito.

Dentro de lo planeado, cuentan con aprovechar la ausencia de Gula y el grueso de sus guerreros, empeñados en buscarlos por toda la llanura, menos en inmediaciones de su campo principal. Al amanecer emergen de las marismas, sorprenden a los vigilantes del campamento y las empalizadas, liberan a los prisioneros y antes que los caribes se repongan de la sorpresa y organicen el contraataque, cruzan en forma fulminante y mortal por el asentamiento, atraviesan el Abaxse-tukue y a marchas forzadas se encaminan al río Guamoea, por cuyo curso, aguas arriba, escapan con el apoyo y refuerzo de una avanzada de Lazama. En tanto Gula no ha tenido suerte en su expedición punitiva: libra escaramuzas sin resultados definitivos con

las avanzadas del cacique kogi, quien empeñado en azuzarlo, ataca y se repliega una y otra vez; tampoco puede conquistar las primeras laderas de la serranía, donde se han hecho fuertes los nativos para desatar sus sorpresivas emboscadas. Allí la resistencia es cerrada y necesitará contar con mejores fuerzas si quiere enfrentar con fortuna la alianza de las gentes de Keka-Bunkua. De regreso a su campamento, recibe la noticia del temerario ataque comandado por el propio Seoname-maku y el kashingui Ulaban. Otra vez ha sido burlado, y esta vez en sus propios dominios. Sin dudarlo, dispuesto a cobrar caro este atrevimiento, parte en su persecución, sólo para ser rechazado en la entrada al Valle de Tairona, donde poco le falta para ser exterminado. Para entonces, Gula ya no duda del poderío de sus adversarios.

La noticia de la liberación de los prisioneros es festejada por todas las gentes de la Montaña Blanca, en especial a donde regresan los libertados de las empalizadas. En Takina, centro ceremonial de las cabeceras del río Guamoea, para ese tiempo sitio de habitación del Naoma-Kavi, éste recibe complacido las nuevas sobre los logros de Seoname-maku, acciones intrépidas que consolidan el prestigio del Jaguar Negro y facilitan la concertación de alianzas entre los pueblos de la Sierra Nevada, para enfrentarse con buenas posibilidades ante los caribes.

Acordado con Lazama cuanto se relaciona con la futura campaña guerrera, Seoname-maku parte con Ulaban, Chole y su escolta de rabones, a cumplir cita con Avincuo, cacique principal de los duanabuká.

Dejan atrás el Valle de Tairona en su salida final al río Guamoea, y en travesía sobre las laderas de la vertiente mayor penetran a los territorios aldu-guiji, donde manda el cacique Malabú. Acompañados de los prisioneros rescatados, reciben triunfal acogida.

Desde la región de Bongá, como también se denominan los territorios aldu-guiji, la panorámica hacia la llanura del litoral es completa. Cruzan el Buhía-tukue, trepan a la Cuchilla Nukui y desde allí divisan otra gran zona pantanosa inmediata al mar, y las ruinas de la población de Buya. De allí es Chole, quien a la vista de su destruido pueblo, relata que allá perecieron todos los suyos, incluidos los nietos: los ojos se le achican, se le transforman en rajaduras brillantes, no puede ocultar su odio y deseos de venganza; en con-

traste, sus labios permanecen sonrientes, en una mueca contradictoria y feroz. Oyéndolo, Seoname-maku y Ulaban lo comprenden mejor, respetan su dolor, se explican y justifican el entusiasmo temerario de sus actos.

El descenso por la Cuchilla Nukui los lleva hasta las orillas del Nyuba-Nyna, el Río del Oro, de riberas pobladas por gentes encargadas de extraer el precioso metal de sus arenas auríferas, para fundirlo con destino a los talleres de los orfebres de la Montaña Blanca. Dada la importancia de la región por estas riquezas naturales, y por asentarse en sus cabeceras el gran centro ceremonial de Moraca, la garganta que comunica el cañón del Nyuba-Nyna con la sabana del litoral se mantiene custodiada, y las intentonas caribes de introducirse por allí han sido rechazadas. Esta región sagrada, hábitat antiguo de los hijos de la Madre Séinekan, no puede ser profanada por los invasores.

El dominio ejercido por los caribes en la llanura obliga a Seoname-maku y su comitiva a penetrar a los territorios duanabuká siguiendo la Cuchilla Vainillal, para encaminarse al centro habitacional donde tiene su sede el cacique Avincuo. Desde estas montañas divisan los asentamientos sangaramena, levantados sobre las ruinas de los poblados duanabuká; y de nuevo, en arriesgadas incursiones, el Jaguar Negro y sus acompañantes se aproximan al mar para contabilizar las piraguas y de ahí deducir el poderío real de los arranca-cabezas. A una conclusión llegan: deben actuar unidos y en forma rápida, o los caribes infiltrarán todos sus territorios, igual a como lo hacen los vientos Ñuyashkue del Nordeste. Comparada con la lucha contra los ubatashi, ésta será de gran magnitud: ya no de cien a uno... y deberán concentrar todo el poderío tairona, kogi, aldu-guiji y duanabuká, porque del mar siguen llegando unas tras otras las piraguas cargadas de guerreros caribes.

Avincuo, cacique mayor de los duanabuká, recibe a Seoname-maku con todos los honores a su alto rango, y la deferencia hacia quien será su principal aliado en la guerra. Con severa dignidad, enseña al Jaguar Negro los preparativos bélicos, le expresa que en el corazón de la gente del pelícano bulle el deseo ardiente de la venganza. De inmediato planean el desarrollo de la futura campaña, dentro de la estrategia concertada por los pueblos de la vertiente

norte de Keka-Bunkua, y el cacique tairona y su comitiva parten de regreso a Tayronaca.

En el camino de retorno echan de menos la compañía del viejo Chole: extrañan su figura delgada, ágil, escurridiza en la maraña de la selva o en el laberinto traicionero de las marismas; nunca, pese a su edad, lo vieron fatigado o presa del desánimo; y su rostro afilado, vivaz, siempre dispuesto a la risa, así sus ojos se encendieran de odio cuando el tema de conversación eran los caribes. Ahora marchan largos trayectos en silencio, a falta de la comunicativa presencia del emisario duanabuká anticipando con sus descripciones los sitios por recorrer enseñándoles la variedad de las plantas, sus nombres y sus propiedades, o la historia de los animales, no la mítica de los taironas, sino la natural de los duanabuká; porque el viejo Chole, de tanto recorrer la Sierra Nevada y visitar sus gentes y parajes, ha adquirido excepcionales y completos conocimientos.

Para el regreso a Tayronaca escogen ahora la ruta de las tierras altas de los páramos, a la vista deslumbrante de los nevados, bajo el vuelo silencioso y avizor de los cóndores; por entre la infinidad dorada de los pajonales, bordean la sagrada quietud de las lagunas, origen de las arterias fluviales de la Sierra Nevada. Así pasan por los centros rituales de Mamarongo, Takina y Makotama, donde Seoname-maku presenta ofrendas y participa en reuniones con los naomas; a Moraca, el gran centro ceremonial de las cabeceras del Nyuba-Nyna, lo divisan desde los filos de la Cuchilla Sapapangüega; allí no pueden entrar porque en la comitiva va Ulaban, un jaldji, forastero, y la tierra sagrada donde está la Haggi-Koktuma, Piedra-Asiento de la Madre Universal, no puede ser hollada por ningún extranjero. Llegan luego a Taminaka, pueblo de las montañas a orillas del río Hukumeiji, y a Ulueiji, sobre las riberas del río del mismo nombre, desde cuyas cumbres divisan a Tayronaca, abajo, en un rincón del Valle de Tairona.

Este recorrido permite a Ulaban admirar desde los lomos de Sapapangüega, la inmensidad de los territorios al Sur de Keka-Bunkua: para él, acostumbrado a los horizontes marinos, es difícil entender la sucesión de cordilleras tras cordilleras, valles tras valles, ríos tras ríos, que todo lo entrecruzan... En tan vastos territorios, como un profeta, imagina habrán de vivir las gentes de su raza, los inconte-

nibles guerreros caribes, a quienes por una circunstancia imposible de cambiar, está combatiendo.

La ruta de los páramos tiene para el Jaguar Negro otros objetivos: hacer ofrendas y presentarse ante los naomas de los centros ceremoniales de las montañas; con ellos hacen adivinaciones sobre el futuro de la guerra; y, también, porque por estos senderos se puede regresar a Tayronaca en forma rápida, sin los rigores del clima y de la selva, dominantes en las tierras bajas.

XXIII

—Construiremos una flota de piraguas para reforzar la ya comandada por Kashín. Así nos opondremos a un nuevo intento de invasión.

A su regreso a Tayronaca, Seoname-maku habla con propiedad y entusiasmo al exponer sus planes ante Naoma-Kavi; lo acompaña Ulaban, su principal consejero. Con él, durante el viaje por tierras de los kogi, aldu-guiji y duanabuká, han discutido las alternativas para enfrentar con éxito a los poderosos caribes; parte importante de la estrategia son los acuerdos pactados con Lazama, Malabú y Avincuo, para mantener una extensa y fuerte línea defensiva a todo lo largo de la vertiente de Keka-Bunkua, en su cara hacia Noana-Mashika, el Norte.

Con su habitual severidad y rostro hierático, Naoma-Kavi escucha la vehemente exposición del Jaguar Negro. Sólo el brillo hipnótico y taladrante de sus ojos deja entrever la admiración, contagiada por la impetuosidad verbal del cacique-guerrero. Semeja el naoma un ídolo de piel arrugada, petrificado, cubierto de pectorales de oro, aderezos y cuentas de collar. El sacerdote siente íntima satisfacción: sus predicciones, una a una, se están cumpliendo con la exactitud adivinada en la Constelación de los Jaguares.

La presencia aplomada de Ulaban al lado de Seoname-maku, no deja de avivar su interés: lo conoció en Buritaca, cuando la danza y violación de las mujeres de palo, sabe por el naoma Cotocique de su ánimo pacífico pero firme, de su ingenio y ecuanimidad, de su inventiva y habilidad artística; lo ha visto en Tayronaca cumpliendo

entregas de las máscaras y bancos ceremoniales, y no puede evitar admirarlo ahora, cuando escucha sus razonamientos sobre el porvenir de sus pueblos, inspirado en un sistema de gobierno justo y progresista, respaldado con el poderío de los ejércitos. Según el kashingui, y el Naoma-Kavi también lo cree, ésta será la única forma para que las gentes de Keka-Bunkua se respeten unos a otros y puedan vivir en paz.

La figura cenceña del kashingui, su mirada frontal, inspiran confianza y seguridad; y ahora que lo conoce más, aprueba la determinación del Jaguar Nagro de hacerlo su compañero y consejero, así en la guerra de consolidación del País de los Taironas, los enemigos sean gente de su misma raza.

Con un gesto, Naoma-Kavi indica su voluntad de quedarse a solas con Ulaban. En copas iguales sirve bebida mágica, coloca las manos descarnadas sobre los hombros del kashingui, lo mira fijo, con sus pupilas ardientes, y pronuncia como en un susurro:

—A-kinga ma-a-a: así hablaron los Antiguos: conoceré tu pasado y tu presente..

* * *

Como de hermanos, efusivo, es otra vez el encuentro de Kashín y Ulaban.

A la noche, sentados en butacas de madera frente al mar y a la puerta de su casa, Kashín escucha el relato de Ulaban sobre cuanto sucediera en la guerra con los ubatashi, su viaje por la región de los kogi, los aldu-guiji y los duanabuká, y la realidad sobre la creciente migración caribe a estas tierras de la Montaña Blanca, atraídos por la inmensidad de sus territorios y la prometedora fertilidad de las llanuras; y esa noche, entusiasmado y visionario, Ulaban cuenta a Kashín de las comarcas inconmensurables vistas desde las alturas de los páramos, extendiéndose como otro mar, en el cual las olas eran las montañas y los valles. También entera a su compañero de la estrategia de guerra para expulsar a las gentes de Gula y Sangama, acciones donde él, Kashín, tendrá importantes tareas por ejecutar: y le expone la idea de construir en poco tiempo una flota de piraguas, refuerzo de la actual, para presentar a los caribes una fuerza disuasiva. La armada de las naves la acometerá en persona,

ayudado por kashinguis expertos en esta clase de trabajo, mientras Kashín, al utilizar las embarcaciones existentes, entrenará desde ahora a los taironas en el arte de tripular esta clase de navíos y las tácticas guerreras, para estar prestos a otra confrontación.

El análisis de su situación de caribes, aliados a los taironas, vuelve a ser tema de conversación:

—El hecho de preparar la guerra contra los de mi propia raza, no deja de mortificarme —comenta Ulaban pensativo, la mirada atrapada en el espejeo de las olas con el sol del atardecer—. No hay duda de que entendemos el derecho de los taironas y sus aliados a defender sus territorios, pero también sabemos de la necesidad de los nuestros a desplazarse en busca de un porvenir más estable al de las piraguas y las islas, insuficientes para una población en crecimiento. Y aquí… sobran tierras, así tengan dueños dispuestos a defenderlas; o compartirlas, como sucedió con nosotros. Por desgracia la ley que impera es la de tomar o conservar por la fuerza, hasta entre los de una misma raza: esto lo hemos vivido en el pasado; lo nuestro, aquí en Palanoa y Buritaca, ni yo mismo lo comprendo del todo.

Correteando en busca de su padre, llega la hija de Kashín; éste la estrecha con ternura entre sus poderosos brazos de guerrero, se embelesa con sus inocentes facciones mestizas, de caribe y de tairona, y a su vez expresa también dubitativo:

—Igual me sucede: y sólo la vida próspera, alegre y pacífica de la gente de Palanoa, justifica cuanto hemos hecho. Con frecuencia, debo reconocerlo, mi pasión por las aventuras me hace añorar el pasado; pero recapacito y acabo por concluir: hicimos lo correcto, Ulaban, y ojalá nuestra feliz experiencia pudiéramos hacerla extensiva a nuestros hermanos.

A Ulaban se le iluminan los ojos, emocionado con esta comunión de pensamientos y deseos entre él y Kashín. La voz le suena profética cuando concluye:

—El porvenir de las expediciones caribes será una realidad positiva, cuando consigan la aquiescencia de los taironas y los otros habitantes de la Montaña Blanca para compartir los territorios. Ahora, quizás esto parezca imposible. . la violencia desatada sólo se ultimará, cuando en los campos de batalla haya vencedores y vencidos.

Las postas de pescado, el exquisito sabor de los crustáceos y la bebida servida por Nemi-yang, interrumpen sus razonamientos y tornan más placentera la reunión de Ulaban y Kashín.

En los días siguientes, ante la mirada del Naoma Cotocique, inician los entrenamientos de los taironas a bordo de las piraguas de Kashín: con velas desplegadas las naves saltan sobre las olas, hacen virajes, se inclinan a babor y estribor, se levantan en arriesgadas maniobras, drapean y se hinchan de viento las velas al coger corrientes de aire, se lanzan unas contra otras, se aparejan y simulan abordajes. En tanto en Palanoa y bajo la dirección de Ulaban, se emprende el armado de nuevos barcos: se trabaja contra el tiempo. Es preciso estar dispuestos para la fecha acordada con Naoma-Kavi: sus observaciones estelares así lo recomiendan.

En el Valle de Tairona, en los territorios kogi, aldu-guiji y duanabuká, tampoco se pierde tiempo: los caciques someten a sus guerreros a prácticas y simulacros. Se sabe la capacidad bélica de los caribes y no pueden correr riesgos. En Tayronaca, en todas las ciudades y pueblos de la vertiente norte, se vive el ambiente de la guerra: en patios, plazoletas, caminos y campo de labranzas, sólo se ven ancianos, mujeres y niños, a cargo de las actividades civiles; las relacionadas con asuntos militares, ocupan a quienes por su edad y posibilidades de combatir están bajo el mando del Jaguar Negro o alguno de los caciques.

Las conversaciones, las reuniones públicas convocadas en las plazoletas, se relacionan con las futuras acciones guerreras: es el tema del día y en el pensamiento general hay una idea fija: triunfar. En tanto, de la región de Betoma en la vertiente occidental de Keka-Bunkua, llegan noticias halagadoras: el poderoso Toronomala, cacique de Posigüeyca, después de sangrientas campañas ha sometido a los invasores papali. A las buenas nuevas llegadas de los campamentos donde se prepara la guerra, se contrapone un hecho que comienza a intranquilizar a las gentes, en especial cuando llega la noche: el primer rumor vino de algunas pequeñas aldeas asentadas a orillas del Sekaimaka-tukue, arriba de la confluencia con el Ulueiji, donde en las noches y cuando los habitantes se recogen en sus nunhúes, se escucha el desplazamiento de extraños y enormes jaguares, a veces alzados sobre los cuartos traseros.

—¡Los kaxshigugulu!... ¡Los jaguares rojos! —exclaman las gen-

tes entre supersticiosas y aterrorizadas, al recordar la predicción del Naoma-Kavi sobre los ubatashi sobrevivientes. A la mañana siguiente, en las aldeas donde esto ocurre, encuentran huellas de felinos de gran tamaño y signos de saqueo en huertas y corrales. Algunos, al escucharlos, se han atrevido a mirar a través de los estantillos y su relato confirma la espantable verdad: son enormes jaguares rojos, como nunca se vieran de corpulentos, que recorren las aldeas, husmean, asaltan los corrales, arrancan las plantas de los huertos, en ocasiones hasta entran a las viviendas y si encuentran mujeres a solas, se las comen... las violan. Otras veces los han visto alzarse, corretear y saltar sobre sus patas traseras, como si tuvieran todavía algo de humanos:

—¡Los kaxshigugulu!... ¡Los jaguares rojos!

Sus apariciones y depredaciones ocurren ahora en las Lomas de Tairona, cada vez más cerca a Tayronaca; y nadie intenta cazarlos, porque según la predicción del Naoma-Kavi, sólo el Jaguar Negro podrá destruirlos, y el cacique-guerrero está consagrado por lo pronto a combatir a los caribes.

* * *

En su nunhúe, solitaria, apenas acompañada por Suku-thor, permanece Meli-ang en vela: igual a todas las noches, desde cuando llegaron los rumores a Tayronaca sobre la aparición de los jaguares rojos, espera a ser la única despierta en la ciudad: entonces deja su pequeño hijo protegido en la mochila colgante del techo, sale como un fantasma a recorrer la ciudad, embargada por una esperanza quizás imposible...

XXIV

Como lo hace con frecuencia, Ulaban visita el poblado de Buritaca para tratar asuntos de interés a las dos comunidades; las gentes, sin excepción, le expresan simpatía y estos sentimientos también son

compartidos por los chicos: el kashingui, en actitud a la cual no se habitúan los mayores, no tiene inconveniente en interrumpir sus quehaceres para participar en los juegos infantiles. Una de las distracciones preferidas de los muchachos es oír sus relatos sobre aventuras en el mar, y ahora, por razón de las circunstancias, éstas se convierten en realidad al presenciar las maniobras de los barcos al mando de Kashín; la otra distracción son los trabajos en el astillero, donde Ulaban les permite acercarse, ver y tocar con sus manos los largos y pulidos mástiles, los costillares, la curva esbelta de las quillas, los remos, las anclas talladas en piedra, los voluminosos troncos sacados de la profundidad de la selva con rodillos y palancas, operación que requiere ingentes y sincronizados esfuerzos humanos. A menudo el kashingui, único adulto a quien los jovencitos consideran un verdadero amigo, les permite contribuir en la empresa naviera, limpiando y puliendo los caparazones de tortuga marina, corazas córneas de recubrimiento a los costados de las piraguas.

Ulaban también hace repetidas visitas a Buritaca, como disculpa para buscar a Nyuba-Aluna, a quien no ve desde su partida como acompañante de Seoname-maku. Debido al carácter jerárquico y religioso de la muchacha, por razones desconocidas para él, se ha quedado a vivir en Buritaca y no en Tayronaca, o en alguno de esos lejanos y escondidos centros ceremoniales, destinados a los personajes de su categoría.

En su condición de forastero, Ulaban no puede ni debe preguntar por ella; ni siquiera le es permitido pronunciar su nombre; hasta con Naoma Cotocique es un tema vedado. Nyuba-Aluna, el Espíritu de Oro de los Taironas, es un ser prohibido para él. Pese a ello, unas veces con apariencia distraída, otras como espía a la sombra de la noche, merodea en torno a la Nahua, casa ceremonial de las mujeres, donde en el pasado solía permanecer Nyuba-Aluna; o visita el siempre alegre y ruidoso bohío de las tejedoras de mochilas: allí, la vio realizar proezas con sus manos pequeñas y finas, al hacer girar el sugi, huso de piedra pulida, para torcer sin pausa el shi, blanco hilo de algodón, así su mayor habilidad fuera ante el armazón de los telares, cruzando en un sentido y otro la aguja de oro, creando artísticos dibujos sin levantar los párpados, siempre con su aire distante y hermoso. Cuántas veces Ulaban la admiró en silencio, y cuántas, ahora, la extraña al notar su ausencia.

A su vez, poseedor del secreto de la desaparición del Espíritu de Oro, el viejo Cotocique espía a Ulaban, adivina sus movimientos por el pueblo, lo observa a través de las rendijas de la Nunhuañkala con el ceño fruncido, los ojos chispeantes, en los labios una sonrisa enigmática que transforma su rostro serio y poco expresivo.

* * *

Cuando Mukulda-Mu, Viento del Oriente, está por calmarse, se acerca el fin de las maniobras de Kashín en el mar, y para el trabajo de armada de las piraguas. Ulaban, convencido de la ausencia definitiva de Nyuba-Aluna, ha dejado de buscarla en el poblado y en el bosque de trupillos y mereyes donde en forma secreta se encontraran.

Desde hace algún tiempo, cuando sudoroso y cansado da por concluida la jornada diaria, toma rumbo al mar, se lanza a las aguas y con sincronizadas y vigorosas brazadas se aleja nadando en dirección al horizonte, hasta perderse a la vista de quienes lo observan desde la orilla y no se explican su renuencia a compartir la vida con una mujer

Cuando perdido en medio del mar comienza a resentir en los músculos el esfuerzo a que somete su cuerpo en este reto con las olas, Ulaban hace una pausa, queda flotando, suspendido entre la caricia tibia del agua, en un vaivén de sube y baja, donde unas veces se encuentra sin horizonte al sumergirse en la profundidad de la sima líquida, y otras levantado sobre las crestas azules para divisar según gire el cuerpo, o la línea ilimitada del océano, o esa franja ya verde oscura de la Tierra Firme, donde sólo son un destello opalino las cumbres nevadas de la Sierra, vistas a través del boquerón del Mutaiji-tukue. Y por una asociación, explicable tal vez en el concepto de lejanía, los distantes picos iluminados le traen el recuerdo de Nyuba-Aluna, a quien teme haber perdido.

El mar se torna gris... superficie movible... con vida propia. En el cielo, diminutos y solitarios diamantes, se prenden las estrellas. Ulaban, desolado, poseído de una rabia apenas posible de desfogar tirando brazadas, retorna otra vez a la orilla en dirección a una punta de playa, ya en cercanías a la desembocadura del río, donde en los atardeceres Surli alumbra los arenales.

Cuando sus pies vuelven a tocar fondo, bajo el agua clara ve semienterrados y casi sensuales las superficies pulidas de los caracoles; la hermosa Saxa-ti, la amante veleidosa, está escondida para todos, para dioses y hombres. Abrumado por el abandono, Ulaban se derrumba sobre la arena en el colmo del agotamiento físico. Por ello cree estar alucinado cuando se oye llamar por la voz inconfundible de Nyuba-Aluna:

—¡Ulaban!

Hunde la cara en la arena, aprieta los párpados, los labios y los dientes. No puede ser. ¡No!

—¡Ulaban!

Debe estar loco. Esa no es la voz de Nyuba-Aluna, sino el viento jugando entre las concavidades de un enorme tronco de caracolí, arrojado en ese lugar de la playa por las maretas. El kashingui se arrastra por la arena como lo hace bulu-kuna, la tortuga blanca.

—¡Ulaban!

Ella no está en Buritaca: la ha buscado por todas partes… la ha esperado sin resultado en el bosque seco de los trupillos y mereyes. Es su imaginación… ¡No puede ser!

—¡Ulaban!

Se queda rígido, ahogado por una combinación de congoja e ira, dudando de su cordura. Extiende los brazos al frente y sus manos, sus dedos, se enredan… sí, entre los cascabeles prendidos a un atado de delgadas ajorcas. Reconoce aquellas joyas y los pies que las llevan…

—¡Nyuba-yang!

—Sí… ¡Ulaban!

Todavía mantiene la cara entre la arena… hundida.

—Te he buscado tanto. Te he esperado. Temí perderte para siempre.

Las manos de ella le acarician la espalda, el cuello; enreda sus dedos entre el cabello apelmazado por la sal del mar.

—Estaba en Tayronaca: llamada por el Naoma-Kavi. Allá he sabido de ti: toda mi gente te admira y aprecia. Has sido un valioso y fiel aliado de los taironas.

Ulaban, de rodillas, levanta el rostro incrédulo; alcanza a distinguir en la incipiente noche, contra un fondo lejano de estrellas, la hermosa figura de su amada con los atavíos de oro cubriéndole la piel de

bronce. Y se extasía en admirarla, con los párpados cerrados, no distante y ceremoniosa, sino con un aire placentero, transformado por la determinación que la ha llevado hasta allí.

—¡Nyuba-yang!… ¡Nagluñi!… ¡Nagluñi! ¡Te amo!… ¡Te amo!

Y las manos incontroladas del kashingui van subiendo por sus torneadas pantorrillas en una caricia ininterrumpida; y se deleitan en la suavidad provocativa de los muslos en la medida en que la muchacha, anhelante, se entrega, se abandona a ellas, al descansar también sus rodillas en la arena.

Los labios se buscan y se sellan… Torrentadas de fuego les corren por las venas. Se beben el aliento. Sus manos descubren y se adueñan de todos los secretos de su piel. Con el peso de los cuerpos y al ritmo de las caricias, van formando un nido en la arena…

—¡Ulaban!… hoy sí… ¡poséeme!

—¡Nyuba-yang!… ¡Nagluñi!… ¡Te quiero!

Cuando el éxtasis parece soldarlos y diluirlos a un tiempo… cuando los lleva por vertiginosos ríos de amor, Nyuba-Aluna levanta los párpados y por primera vez mira de frente a Ulaban…

—Tienes… ¡Tienes las pupilas doradas! —exclama el kashingui maravillado ante esos ojos color tumbaga, donde parecieran chispear estrellas en lagos circulares de oro. En ese momento entiende por qué ella es el Espíritu de Oro… Y se estremece una vez más al contacto ardiente y telúrico de la joven: y de su sexo, volcán de pasiones refrenadas: y se hipnotiza con sus ojos, donde parece brillar un universo de luceros, crisol incandescente de los antiguos y míticos orfebres de Keka-Bunkua.

—¡Nyuba-yang!

—¡Ulaban!

Y les responde el tintineo argentino de los shimunku de oro, anudados a las ajorcas de sus pantorrillas.

* * *

Munseishi, el Amanecer, apaga una a una las estrellas y pinta de arreboles el cielo por los lados de Mu, anuncio a la aparición de Surli.

De las aguas del mar, murmujeantes, emerge Nyuba-Aluna y camina con lentitud por la playa, hacia el lugar donde todavía duerme

Ulaban, tendido de espaldas sobre la arena. La muchacha tiene el rostro grave, los párpados cerrados, refleja un sentimiento de preocupación.

Sin que la abandone esa actitud propicia a convertirse en congoja, se queda contemplando a su hombre... ¡El único! Ella, como Espíritu de Oro, no debía ser desflorada, hasta tanto las estrellas se lo revelaran al Naoma-Kavi; su destino, y cualquier acto de su vida, está determinado por las grandes fuerzas de la creación: la Madre Séinekan, los Padres de los primeros linajes, Taiku —el Señor del Oro—, de quien ella desciende; de ahí el color de sus ojos, prohibidos de mirar; de ahí la veneración y reconocimiento a su persona; de ahí esos poderes misteriosos, de los cuales hace gala y a ella misma la sorprenden. A sabiendas de su destino, de la misión por cumplir entre los taironas, ha violado las normas por amor a un extranjero. Luchó contra ello y perdió: pudieron más el mandato de su corazón y las caricias apasionadas de Ulaban.

Se arrodilla al lado del dormido kashingui, a través de los párpados semicerrados lo contempla con deleite, amorosa, feliz y triste a la vez. Cotocique, naoma de Buritaca, la espió y descubrió su amor; el Naoma-Kavi con sus grandes poderes mentales lo adivinó a la distancia, la llamó, se encerraron en la Nunhuañkala para hacer trabajo, de noche consultaron las estrellas y el veredicto fue inapelable: como Espíritu de Oro nunca podría conceder la gracia de su cuerpo a un extranjero. De ahí el temor y la turbación de los sacerdotes cuando supieron de su pasión por Ulaban: una y otra vez adivinaron en Aluna, en Espíritu; y descubrieron en kachivitukua, con el golpe y sonido de las uñas y la posición de los dedos; también auguraron en yutukua, con cuentas-kuitsi dentro de recipientes ceremoniales con agua; y en kuina, por medio de contracciones musculares.. y el resultado fue el mismo: sólo podría ser mujer de un gran jefe tairona.

Ahora, por su desobediencia, ¿qué pasará?.. ¿Su falta acarreará adversidad a los taironas, en momentos cuando se necesita la voluntad favorable de Haba Séinekan, y de los Padres y Madres del Mundo, en la guerra contra los caribes? ¿Será ella castigada cuando se descubra su culpa?... ¿Y Ulaban?

—¡Oh... Ulaban! —y las lágrimas ruedan por sus mejillas.

Permanece silenciosa, sentada a su lado, velando su sueño, mirán-

dolo, como si él fuera su mundo. Nada más le importa. Pero cuando lo ve a punto de despertar, controla sus sentimientos, vuelve a ser el Espíritu de Oro.

—Ulaban, levántate: ya es de día.

El kashingui abre los ojos y la mira risueño, sin levantar la espalda de la arena; le tiende los brazos y la invita hacia él; Nyuba-Aluna vacila, en lucha con ella misma. Su rostro pierde por instantes la serenidad. Cuando por fin logra sobreponerse, responde con acento firme:

—Levántate: es hora de marchar a Tayronaca... allá te esperan.

—Pero yo desearía... ¡Te quiero, Nyuba-yang!... ¡Nagluñi!

La muchacha se incorpora y le da la espalda.

—Cuando termine la guerra... cuando hayas cumplido tu deber con mi pueblo, quizás... —y se le quiebra la voz. De un salto Ulaban se le pone en frente, la toma por los hombros y advierte las lágrimas rodando por las mejillas.

—¡Estás llorando!

Ella extiende los brazos al frente para contenerlo, apresurada le entrega un shimunku, uno de los cascabelitos de oro.

—Llévalo contigo: su sonido te hará recordar. Será mi protección para ti. Haré ofrendas a Heisei para que en las batallas se mantenga lejos.

De nuevo es el Espíritu de Oro, distante, ceremoniosa. Ulaban se contiene, de su cuello a la vez arranca la piedra nube-cielo, su amuleto desde pequeño y único recuerdo de su madre, lo deja en manos de la muchacha.

—Sabes cuánto representa para mí... Desde hoy es tuya: en tu cuello es donde ahora debe estar. Y se separan.

XXV

Con la espantable máscara belfa de Heisei sobre el rostro, Naoma-Kavi ejecuta el baile en la Nahua-Xalda, loma de la plazoleta ceremonial de Tayronaca. En su mano derecha agita el bastón-maraca, acrecentada su sonoridad con racimos de cascabeles, y en la izquierda

la flecha de Heisei ornada de plumas azules, ahora símbolo de muerte para los gulamena. Con todos sus arreos, poseído de agilidad impropia para su edad, el viejo sacerdote salta sobre el círculo de fuego, imagen del cerco, en el cual se verán encerrados los invasores caribes. Las fintas con la saeta, los brincos adelante y atrás, los gritos triunfales, anticipan a los espectadores el ardor mortal de la próxima batalla; son ellos Seoname-maku, Ulaban, los naomas y caciques del Valle de Tairona, los rabones, los guerreros, y los habitantes de la urbe. Unos y otros esperan el momento cuando el muru nakubi entregará al Jaguar Negro la flecha de la guerra, y éste, de nuevo, comande la marcha bélica hacia el litoral.

Cumplido el acto, el rugido de la multitud agita el aire y sacude las ramazones de los árboles en torno a los nunhúes. A la luz de las antorchas parte el desfile a través de las ondulaciones del Valle, esta vez en dirección a Nui-Ashkuan, el lugar donde nace Surli, para buscar el río Hukumeiji, cruzarlo y en rápida travesía llegar a las tierras de los kogi y los aldu-guiji. Precediéndolos, desalados, ya han partido los emisarios para poner sobre aviso a Lazama, Malabú y Avincuo; se espera, para cuando los guerreros taironas coronen las cumbres dominantes sobre el campamento de los arranca-brazos, contar con sus aliados ocupando posiciones de combate a lado y lado del Guamoea-tukue. El círculo de fuego simbólico, en cuyo contorno bailó Naoma-Kavi, se cerrará por mar con la flota al mando de Kashín. Para este efecto, un cuarto emisario ha marchado de Tayronaca hacia el poblado costero de Buritaca, donde Cotocique y Kashín esperan la orden para hacerse a la mar con todas las piraguas.

* * *

Frente a la Nunhuañkala y ante un público compuesto en su mayoría de nuevos marinos-guerreros, Cotocique hace ofrendas a Jalyintana, Señor del Mar, y a Teiku, Padre de las Embarcaciones; al mismo tiempo, frente a la Nahua, Nyuba-Aluna con su traje de alhajas cubriéndole la piel, danza y presenta dádivas a Karldikukui, Madre de las Aguas del Mundo, y a Eibildyue, Dueña de las Canoas; presencian su actuación mujeres de los taironas y los kashingui,

acompañadas de sus chicos. Naoma y sacerdotisa se rodean en sus ceremonias de la música de flautas, trompetas, tambores y cascabeles, para hacer más solemnes estas invocaciones al éxito de la flota de Kashín.

Es la madrugada. Sopla fuerte brisa y se tiñe el cielo de arreboles: manchan por instantes el firmamento y enrojecen las pupilas de quienes ven en ellos la premonición inevitable de la guerra. Frente al poblado de Buritaca y a pocas brazas de la orilla, aparejadas bornean las piraguas con sus corazas, conjunto enmarañado de mástiles, velas, cordeles y proas de erguida curvatura. Aproximándose a ellas por la playa y en pos de los sacerdotes, la multitud se dispone a presenciar la última ceremonia, conjunta entre Cotocique y Nyuba-Aluna: en un mortero redondo de piedra, sostenido por el naoma, la sacerdotisa deposita las cuentas negras de shivaldu-kuitsi, sewá femenino para ofrendar al agua del mar, y con su delgado golpeador de basalto las pulveriza; cuando de ellas no queda sino un montoncito de polvo blancuzco, Cotocique va soplándolo a pocos, frente a cada una de las piraguas, invoca con grandes voces el poder de Monsauí, Dueño del Viento, encargado de hinchar las velas y llevar las embarcaciones lejos del traicionero peligro de las tormentas.

El rito termina cuando el naoma entrega a Kashín una pequeña flecha de oro, traída por el emisario desde Tayronaca. El kashingui después de colocársela al pecho como un pendiente, ordena a tripulantes y guerreros abordar las naves, levar anclas y partir siguiendo la costa, hacia las bocas de Guamoea.

* * *

Clarea Saxa-ti sobre los conos de palma de Tayronaca. En la distancia se han apagado los sones de las trompetas, acompañamiento a las huestes guerreras del Jaguar Negro. Pese al chillido de las cigarras y al grito del guácao, pájaro negro de la noche, la urbe parece silenciosa.

En la gran Nunhuañkala, instalado en medio de los cuatro fuegos sagrados, Naoma-Kavi se entrega a vigilias, ayunos y adivinaciones: también él quiere conocer de antemano el resultado de la campaña

contra los gulamena, pero el cielo cubierto de nubes le ha impedido consultar las estrellas.

* * *

Tan pronto entra a su nunhúe, Meli-ang tiene la sensación de no estar sola, así ella, igual a las otras mujeres de los ubatashi, deban permanecer por un tiempo sin otra compañía que la de sus hijos, hasta tanto los sacerdotes hagan ofrendas a Takán-kukui, Padre del Semen, y a Naboba, Madre de la Vagina, y practiquen con ellas los coitos purificadores. Sólo cumplido este ceremonial, podrán volver a gozar el contacto carnal con hombres taironas.

Una rara sensación le avisa de la presencia de un intruso en su vivienda, y lo confirma al percibir un olor combinado a selva y fiera salvaje. ¿Será un animal refugiado por equivocación dentro de su morada, como a veces suele suceder? En ese caso, ella y el pequeño Suku-thor pueden correr peligro. ¿O acaso?… Y evoca con desesperación y esperanza a los kaxshigugulu, los jaguares rojos. ¿Será alguno de ellos?

Dominada por una mezcla de sentimientos encontrados, de temor y confianza, de pánico y expectativa, y dejando libre la entrada por precaución, avanza con pasos menudos, pegada a las paredes, en dirección al lugar donde sabe están el fogón y su rescoldo. Viene fatigada, con los brazos adormecidos de sostener en alto a Suku-thor: el chico quería ver el desfile de los guerreros de Seoname-maku en su nueva marcha hacia el litoral.

Ya frente al fogón, Meli-ang siente con más fuerza la presencia del intruso, humano o animal: su olor fuerte… hasta su respiración. Sin dejar a Suku-thor, a quien sostiene y protege con sus brazos, se acuclilla, busca el soplador de esparto, aviva las brasas. El recinto se llena de una claridad rojiza, surgen a la vista los objetos guardados dentro de la choza: muksu, ollas; morteros de piedra y manos de moler; platos y vasijas de cerámica roja; recipientes y cucharas de munku, calabazo, al lado de banquitas de madera, formando conjuntos cerca a las piedras del hogar y a los montones secos de ge, leña; y más retiradas, ya contra las paredes, las muji, hamacas de pita, una grande y otra pequeña, y la troja cubierta con piel de danta.

Colgadas de perchas o garabatos dentados, hay mochilas, ropas y adornos. Y allí, semioculto con las mantas, agazapado y en tensión, como una fiera acosada y hambrienta, Meli-ang reconoce a Ubatashi-thor, más jaguar que hombre, cubierto con pieles de felino, con la mirada desconfiada y urgida.

—¡Ubatashi-thor! —musita, y con el pequeño se lanza en sus brazos.

A la luz mortecina de la fogata, con Suku-thor jugueteando entre ellos, atraídas sus miradas por irresistible fuerza, pasión contenida y resucitada, cambian en cuchicheos las primeras y emocionadas palabras:

—¡Has vuelto... por fin!... No quería aceptar tu muerte. Dijeron que sólo unos pocos sobrevivieron.

—Es cierto: apenas nos salvamos cuatro: Od me acompaña: y Tori y Walla. Pero dime: ¿Sa-ang está contigo? No la hemos visto y ya conoces a Od: se desespera por encontrarla.

—La volvieron a su pueblo: a Savijaka; allá donde comenzó todo.

Con este comentario la mirada de Ubatashi-thor se torna airada; su rostro adquiere otra vez la expresión de fiera acosada. Suku-thor interviene con su inocencia, apoya la cabeza en el hombro de su padre, lo obliga a mostrar ternura.

—Y .. ¿cómo llegaste aquí?

—Ahora tenemos ojos y oídos de animales de la selva... y garras —sonríe con ferocidad—. Espiando hemos aprendido mucho: por eso imaginé que estarías acá.

Por primera vez Ubatashi-thor sonríe.

Y .. ¿qué piensas hacer? —la voz de Meli-ang refleja angustia; sus pupilas están húmedas al fijarse atribulada en el aspecto miserable de Ubatashi-thor Ya no es el hermoso hijo del Padre Sintana. Consternada le acaricia el rostro, los hombros y los brazos; en la piel sucia y lacerada nota la rudeza de su vida; y a la vista de las pieles de jaguar, sus vestidos, le relata la versión de los kaxshigugulu, sólo posible de ser cazados por Seoname-maku. Por suerte ahora está ocupado en la guerra contra los caribes, y ellos tendrán tiempo de escapar

—Ah... ya comprendo por qué hemos llegado hasta aquí sin mayores contratiempos —comenta el ubatashi; se levanta, evita despertar a Suku-thor dormido en sus brazos, lo lleva hasta su pequeña

hamaca. Meli-ang lo sigue prendida de su espalda, le besa los hombros velludos, lo abraza tierna y desesperada.

—Quiero irme contigo… a donde sea —balbucea.

Ubatashi-thor siente correr las lágrimas de su mujer sobre los omoplatos. Se voltea, la abraza, la consuela.

—Esta no es vida, Meli-ang: huyendo siempre, escondidos, perseguidos. Eso que ya comprendo la razón de estar aún con vida. Pero cuando concluya la guerra, la persecución será peor. Lo presiento… lo sé —y ante las súplicas de su mujer—: Bueno, bueno, sí: buscaré un sitio seguro, debe haberlo, así sea cerca de las nieves. Y volveré por ti. . lo prometo.

—No podemos esperar: el tiempo se agota: me entregarán a otro hombre: es la costumbre y no podré oponerme. ¡Llévame ya!

—¿Y Suku-thor?.. Se nos morirá en la selva.

—Lo protegeré. Llévanos ahora que nos encontraste… Mi hermano acaba de partir para la guerra y demorará en volver. ¡Es nuestra oportunidad! Iremos a donde no pueda hallarnos.

Se abrazan conmovidos; se acarician, se aman con ternura y pasión desenfrenada. Luego, ya reposando sobre las pieles de danta, confundidos en un solo ser…

—Debes conseguir provisiones y ropas.

Meli-ang llora de alegría. Su voz es un susurro esperanzado y alegre.

—Sí… sí.

—Dime otra cosa: ¿Qué sabes de las tierras altas? ¿Allá también hay gente de tu raza?

—Ese lugar lo llaman Citurna, la región de las nieves. En verdad sé muy poco: nadie sabe mucho: sólo los naomas suben a llevar ofrendas a Haba Séinekan, y para bañarse en las lagunas, porque eso los hace rejuvenecer; también dicen que viajan al pasado y al futuro atravesando los nevados por entre unas cuevas de hielo. En todo caso, cerca de los picos blancos habita nuestra Madre, y será bueno estar próximos a Ella. Tal vez te respeten la vida allá..

Poco a poco se contagian el entusiasmo, se llenan de esperanzas. Se abrazan de nuevo, se besan, se incendian en caricias, luego..

—Dentro de cinco noches Saxa-ti mirará de frente. Para entonces volveré. Prepara cuanto puedas sin despertar sospechas. La claridad

de Saxa-ti nos permitirá caminar; no descansaremos: ni de día ni de noche…

… Y se volvieron a amar, a poseerse, como allá, en el campamento de las orillas del mar.

* * *

En su escondite de las afueras de Tayronaca, entre las copas de un frondoso mitabvi, el corpulento y alto caracolí, Ubatashi-thor relata esa madrugada a sus compañeros el resultado de sus aventuras: la joven a quien viera deambular durante las noches por la urbe, sí resultó ser Meli-ang. Los pone al tanto de la información recibida por ella, de los jaguares rojos, y de los proyectos para escapar a las partes altas de la Sierra, único lugar donde podrán vivir seguros por un tiempo. A Od le revela cuanto sabe de Sa-ang y el destino que le espera de no rescatarla pronto. El joven no disimula la desilusión por saberla tan lejos, pero siente relativa alegría, alimentada por la esperanza:

—Bajaré a Savijaka y buscaré la manera de llevármela —comenta decidido, con un brillo ardiente en las pupilas.

Tori y Walla escuchan estos planes con aire escéptico: ellos, ahora, no condicionan los actos de su vida a circunstancias sentimentales; tienen perdidas a sus mujeres, pero su meta no es buscarlas: quieren sobrevivir.

Escondidos como monos entre las ramas del mitabvi, los sobrevivientes ubatashi tienen prolongadas discusiones. La prudencia, el instinto de conservación, sus precarias condiciones recomiendan aprovechar la ausencia de Seoname-maku y sus guerreros para emprender cuanto antes el ascenso a las montañas y alejarse de los taironas. Las diferencias se acentúan cuando tratan lo relacionado con las mujeres.

—Ellas serán un estorbo. Si queremos seguir con vida el imperativo es olvidarlas —afirman a una Tori y Walla. Ubatashi-thor expresa firme voluntad de huir hacia las partes altas de la Sierra, pero en compañía de Meli-ang y su hijo; y Od está resuelto a jugarse la vida, a cambio de recuperar a Sa-ang.

Pese a las difíciles circunstancias, triunfa la solidaridad y surge

un acuerdo: Tori se ofrece para ayudar a Od en su osada empresa; Walla, por su parte, acompañará a Ubatashi-thor. Y como punto de encuentro, si tienen suerte en sus respectivos intentos, fijan para un futuro impredecible un lugar desconocido para todos, pero a donde esperan llegar: las cabeceras del río Hukumeiji, cerca de Citurna, que ahora tiene para ellos un atractivo apremiante.

Es el amanecer. Od y Tori se descuelgan por las lianas y se pierden entre la maraña verde. Ubatashi-thor y Walla aguardarán para cumplir la cita a Meli-ang.

* * *

La desaparición de Meli-ang y su hijo conmociona a las gentes de la capital, en especial a Ula-yang.

—¡Los kaxshigugulu!... ¡Los jaguares rojos! —se oye exclamar.

—¡Los oímos!

Y hay quienes afirman haberlos visto.

—¡Grandes!... ¡Grandes como hombres! ¡Corriendo en las patas traseras!

—¡Pero eran jaguares!...

—Sí... ¡Los kaxshigugulu!... ¡Los jaguares rojos!

La noticia no sorprende al Naoma-Kavi. Sentado en la kalauka, mira la Constelación de los Jaguares, se muerde los labios y el movimiento de su cabeza parece decir:

—Uá, uá, narldada-a-a... Bien, bien, así es, así lo vi.

XXVI

Para no desproteger el Valle de Tairona, Seoname-maku deja una fuerza de aschiua-ujasen, cinco cientos de guerreros concentrados en el gran campamento militar de Surli-tukua, la Quebrada del Sol; y en las bocanas de los ríos dispone otros cuerpos armados, cada cual de adzua-ujasen, cien hombres, en estrategia defensiva encomendada a Gitamaku, cacique de Buritaca; y como complemento y

enlace, patrullas de rabones en permanente movimiento por el Valle, que deben ser evitadas por Od y Tori en su ruta a Savijaka, población situada sobre la ribera oriental del Hukumeiji-tukue, al final de un pintoresco vallecito por donde fluye la Sisi-tukua, Quebrada del Caimán. Allí, después de su rescate, han regresado a vivir Sa-ang y otras mujeres de los ubatashi, la mayoría con hijos mestizos.

Como el naoma de Savijaka está ocupado en trabajos de adivinación, con el fin de procurar éxito a los taironas en su lucha contra los caribes, los coitos ceremoniales de descontaminación no han podido realizarse. Por ello las mujeres siguen aisladas, viviendo en un grupo de nunhúes a las afueras del pueblo, contra el lindero de la selva. Debido a la emergencia, las labores de los campos están a cargo de ancianos, mujeres y jovencitos; y a ellas se les ha destinado una zona especial, donde trabajar las labranzas y solventar su sustento; por su pasado contacto con los ubatashi no son rechazadas: por el contrario, las otras mujeres de Savijaka las admiran en secreto. Y cuando haya lugar para los coitos ceremoniales con el sacerdote, o los naumas, mayores designados por él, volverán a integrarse a la comunidad, sin rastro alguno de mancha para ellas o sus hijos.

* * *

Al remontarse en sus recuerdos más lejanos, los habitantes de Savijaka incluyen en ellos a Kankui-maku, Jefe Antiguo, persona mayor del pueblo, quien además de respeto, inspira especial simpatía: locuaz por excelencia, todos sin excepción suelen escucharlo con placentero interés, debido a sus relatos sobre emocionantes aventuras por mares, islas y tierras lejanas, de los cuales nadie puede asegurar si son verdad o creaciones imaginativas del centenario Kankui-maku. Por ello, cuando como botín de guerra algunos rabones suben por el río una piragua pequeña capturada a los caribes, nadie extraña el interés mostrado por el viejo del pueblo.

Tan pronto la atracan en los playones, lejos del agua para evitar sea arrastrada por una creciente, el antiguo jefe se aproxima a la embarcación, brillándole de entusiasmo los ojillos casi ocultos por cortinas de arrugas. Con aire de quien conoce de naves, da varias vueltas en torno a ella, entusiasmado con la esbeltez de la proa; el

segundo paso es correr los dedos sarmentosos de punta a popa, mientras murmura palabras aprobatorias hacia el barco. Su actitud atrae a los muchachos del pueblo, quienes nunca han visto de cerca uno de estos navíos, y como Kankui-maku sí da pruebas de conocerlos, lo acosan a preguntas y él expone sus conocimientos al contestárselas. Las mujeres, al oírlo, también se detienen a escuchar, llenas de curiosidad. Para ese momento el anciano explica a los chicos, enseñándoselas, las partes principales, réplica exacta de esas otras de gran capacidad, que sirven a los caribes al sortear los mares del trópico.

Para la tarde, Kankui-maku tiene más auditorio, incluidas las patrullas que hacen recorridos por las riberas del Hukumeiji. Y sentado en el puente de mando de la piragua, relata sus aventuras marinas con inusitada propiedad. A la noche, al sentirse tan a gusto en la embarcación, resuelve quedarse a dormir en su vientre, para así volver a mirar las estrellas y hacerse la ilusión de saltar las olas y enrumbar la proa con las constelaciones. Como entusiasta acompañante tiene a su biznieto Nivemacu, inseparable de él desde pequeño.

A la mañana siguiente, Kankui-maku tampoco abandona la nave y deben llevarle los alimentos a ella.

—No me moveré de aquí —contesta resuelto cuando su nieta, y madre de Nivemacu, intenta convencerlo de regresar al nunhúe. Y para la noche ya planea con el chico la forma de mover sobre rodillos el barco, echarlo a las aguas del río y emprender la travesía

—Ya te enseñaré lo que aquí nadie sabe… ¡A viajar por el mar! —promete a su biznieto con renacido espíritu aventurero.

* * *

Desde una de las cumbres dominantes sobre Tayronaca, Od y Tori tienen una visual del Valle de Tairona en el lugar donde los ríos Ulueiji y Sekaimaka aproximan sus cursos antes de separarse, abrazar las Lomas de Tairona, y ahí sí, unirse y desembocar en el mar.

Contemplando estas montañas de la Serranía, Od reconoce los lugares por donde pasaron en su primera expedición con Ubatashithor y Conoh; le muestra a Tori el curso del Hukumeiji, y la probable ubicación de Savijaka, a donde deben llegar.

—¿Crees que mi mujer también esté allá? —inquiere Tori y deja adivinar un sentimiento de esperanza, contrapuesto a sus razonamientos cuando hizo causa con Walla. Od, un tanto sorprendido, le comenta:

—Creí que Segi-yang ya no te importaba.

Tori menea la cabeza, se la rasca, acaba por reconocer:

—También yo deseo encontrar a mi mujer; y si está en alguna parte, debe ser en Savijaka, de donde la robé.

Los dos ubatashi se miran satisfechos por esta comunión de intereses: así las probabilidades de éxito son mayores.

Vestidos con las pieles de kaxshigugulu, en cierta forma su escudo protector, descienden al Valle de Tairona por entre las plantaciones de maíz y algodón, o bajo la sombra de los bosques; dirigen sus pasos al Oriente y a Savijaka, cuidándose de las patrullas que recorren el Valle. Para el atardecer del segundo día cruzan a nado el Hukumeiji-tukue, evitan varias partidas enemigas y llegan a vecindades de Savijaka, rodeada de grandes arboledas, descombrada por el lado del río, donde los nunhúes se divisan sobre una eminencia a poca distancia de los playones. Como ya tienen por costumbre, se encaraman a las ramas de una seijua, y tendidos sobre sus gruesos brazos espían los movimientos en el pueblo.

La última claridad les permite advertir a los ancianos, mujeres y jovencitos, llegando de los campos con las coas y hachas de piedra al hombro, o las mochilas repletas de productos para el consumo diario: mazorcas, tubérculos, frutas. Atisban sus desplazamientos por los camellones y en la plazoleta: a ésta se dirigen, unos tras de otros, con un aire austero, los ancianos de Savijaka; y a falta de hombres adultos, los acompañan los jovencitos; entran a la casa ceremonial, donde como todas las noches, se poporeará, el naoma hará adivinaciones, se participará en debates relacionados con asuntos cotidianos, o se conocerán noticias de la guerra. Las mujeres, en tanto, rondan por sus viviendas ayudadas de los chiquillos en los menesteres caseros.

Desde su escondite, Od y Tori concentran su atención en las mujeres: tienen la esperanza de reconocer a Sa-ang y a Segi-yang. Al no verlas se preguntan angustiados: ¿No estarán en Savijaka? En cambio descubren en un lugar de los playones, sobre un montículo, la pequeña piragua, y dentro de ella a un hombre de edad muy

avanzada, acompañado por un chiquillo. Comparada con las embarcaciones ubatashi, de hasta cuarenta remeros cada una, ésta es una cuarta parte en tamaño y capacidad, pero tiene alguna semejanza en la esbeltez de las líneas, así la forma constructiva sea diferente.

Observando la nave, a Od y Tori les surge una misma idea:

—¿Piensas lo que yo? —pregunta Od y se cruzan miradas comprensivas.

—¡Hummm!

—Si hallamos a nuestras mujeres, con ellas podríamos... ¿Qué opinas?

—Lo mismo... podríamos intentarlo. El barco es maniobrable.

E hipnotizados con la visión de la piragua, acarician la posibilidad de apoderarse de ella y escapar por el río hasta el mar. La oscuridad la hace desaparecer de su vista, pero no de sus pensamientos. ¿Será que lograrán huir de Keka-Bunkua?... Para la medianoche, con excepción de los reunidos en la nunhuañkala, todos duermen en Savijaka. Od y Tori vuelven a ser jaguares rojos, descienden de la ceiba, merodean por el pueblo sin acercarse a la casa ceremonial, obtienen alimentos dejados fuera de las viviendas y, cuando se internan en un bosquecillo de frutales, descubren el conjunto de nunhúes destinado a sus antiguas mujeres.

—Tori, esos no los habíamos visto. ¡Vamos allá! —cuchichea Od.

Se acercan, atisban a través de los estantillos, y a la luz parpadeante de las fogatas ven los cuerpos yacentes de las mujeres dormidas sobre cueros tendidos en el piso, o sobre las trojas; los niños más pequeños permanecen colgados de las estructuras del techo dentro de mochilas, mientras los mayorcitos descansan al lado de sus madres. Por la penumbra no reconocen a ninguna de ellas, pero tienen la certeza de no haberlas visto al atardecer.

* * *

—¡Los kaxshigugulu! —se oye a la mañana siguiente gritar por todo Savijaka. Fueron vistos durante la noche y ahora, ancianos, mujeres y niños, congregados ante la nunhuañkala, repiten histéricos:

—¡Los kaxshigugulu!... ¡Los jaguares rojos!

El naoma y los ancianos discuten, manotean, no pueden ocultar su temor. El sacerdote se encierra en el templo para adivinar. Las mujeres hablan todas a un tiempo, a veces a gritos, otras en murmullos, señalan hacia los nunhúes donde viven las mujeres contaminadas.

—¡Han venido por ellas!

Al final todos parten a sus labores diarias, tensionados, miran a un lado y otro, temen ser sorprendidos por los felinos.

—¡Sólo el Jaguar Negro podrá exterminarlos! —murmuran entre sí—. Lo dijo el Naoma-Kavi muru nakubi.

* * *

Detrás de los matorrales, en el lindero del campo de cultivo, Od y Tori dan una ojeada sobre las mujeres ocupadas en las labranzas; las acompañan chiquillos de inconfundible aspecto.

—¡Son ellas, Tori!… ¡Son ellas!… ¡Las encontramos! —exclama Od y le es difícil controlar la emoción.

—¡Cuidado!… Puede haber vigilantes —advierte Tori, menos emotivo; y debe agarrar a Od para evitar se descubra su presencia.

Tensos por la emoción, agazapados detrás de los ramajes, escrutan todo el campo y sus alrededores. Para no caer en una trampa rodean el área, poco a poco; cuando descubren a Sa-ang y Segi-yang inclinadas sobre los surcos, apenas pueden contener los deseos de correr hacia ellas. Se dominan, son cautelosos: sería imperdonable cuando al fin las han localizado, dar un paso en falso. Silentes, cubiertos con las pieles de jaguar, observan la actividad y actitud de sus mujeres: se ven tranquilas, no se les advierte preocupación; por el contrario, en este pintoresco paraje de la Sisi-tukua, las antiguas cautivas de los ubatashi laboran en calma, conversan entre sí o con los chiquillos, demuestran vivacidad, alegría, sólo interrumpen su oficio para atender los reclamos de algunos de los pequeños.

Cuando los ubatashi se aseguran de no correr peligro, se despojan de las pieles y se presentan ante las sorprendidas mujeres. De inmediato éstas los reconocen: todas comprenden… y en actitud solidaria y protectora los rodean para que puedan saludarse sin ser descubiertos; así permanecen, curiosas, emocionadas, y escuchan los dramáticos relatos y el motivo de su presencia.

* * *

Primera noche con Saxa-ti mirando de frente.

La complicidad entusiasta y generosa de las otras mujeres permite a Od y Tori volver a amarse con Sa-ang y Segi-yang. Las demás perdieron sus hombres en la guerra. Sienten nostalgia mas no resentimiento: la dimensión de su dolor, aparte de ellas, nadie puede entenderla; y pasados los coitos ceremoniales de descontaminación, volverán a organizar sus vidas y todo transcurrirá como antes de la llegada de los ubatashi. En cuanto a Sa-ang y Segi-yang, y sus planes para escapar con Od y Tori, sus compañeras están dispuestas a ayudarlas sin importar los riesgos.

Los fugitivos revelan su intención de robar la piragua para huir de Keka-Bunkua, si Sa-ang y Segi-yang les ayudan a tripularla río abajo, hasta salir al mar; de inmediato ellas aceptan: los acompañarán y a su lado correrán todos los peligros. Por su parte, las otras mujeres prometen aprovisionarlos y ayudarles a empujar la nave hasta el agua, labor imposible de realizar por Od y Tori solos. Pero hay un inconveniente y Od lo expresa:

—En la embarcación siempre están un viejo y un muchacho..

—.. y a ellos no quisiéramos hacerles daño —añade Tori.

—Déjenme eso a mí —interrumpe Sa-ang—. El anciano es bamabu, mi abuelo mayor, y el chico es due, mi hermano.

Comienza a aclarar. Los ubatashi vuelven a su escondite en las ramas altas de la ceiba; allí esperarán hasta la noche siguiente, cuando pondrán en práctica el plan de fuga.

* * *

En su descenso a Mamashkaxa, Surli pinta de anaranjado los playones del Hukumeiji, las copas de los árboles, y los agrupados conos de palma de los nunhúe. Termina otro día en el pueblo ribereño de Savijaka. Los hombres y los jovencitos, según la costumbre, se congregan en la nunhuañkala a poporear y escuchar al naoma; las mujeres conversan y se solazan de los trajines caseros; los chiquillos corretean y hacen bulla, así el recuerdo de los jaguares rojos mantenga el suspenso en todos los habitantes del pueblo tairona.

Las sombras comienzan a desdibujar los contornos. Sa-ang se encamina al barco y procura no ser reconocida. Como Kankui-maku persiste en permanecer en él, ella deberá convencerlo de abandonarlo, a fin de no entorpecer los planes para la huida. Aprovechando las manchas de oscuridad entre los bohíos, la joven llega hasta el navío, se asoma por encima de la borda y ve al anciano recostado en la banca de proa, el rostro levantado al cielo, embelesado con la aparición de las primeras estrellas. Nivemacu está en el otro extremo, entretenido en hacer nudos y vueltas a la cordelería.

—Bama-bu… necesito hablarte —cuchichea Sa-ang y sus pupilas brillan húmedas. Al reconocerle la voz, el viejo se sorprende: ella no debe salir de los terrenos demarcados por el naoma para las mujeres contaminadas por los ubatashi.

—¿Qué haces aquí? . ¡Tú!

—Lo sé, bama-bu, lo sé… pero necesito tu ayuda.

El anciano deja de mirar las estrellas, se yergue y fija sus ojillos en la cara de su nieta, asomada por encima de la borda en medio de dos caparazones de tortuga.

—¿Has venido sola?

—Sí…

—¿Nadie te ha seguido?

—No… creo que no.

—Bien: sube rápido y agáchate —y dirigiéndose a Nivemacu—: Tú nada has visto.

El chico es astuto, sonríe a Kankui-maku y a su hermana, baja la cabeza y se concentra en su trabajo con los nudos. El viejo vuelve a su posición original, mira al cielo y su voz es un susurro:

—Habla, Sa-ang. Te escucho. Algo grave debe suceder para atreverte a venir hasta acá, violando la prohibición del naoma.

La muchacha se acurruca a su lado y lo mira suplicante:

—Bama-bu, tú eres sabio: más que ninguno: sabes todo de la vida… ¡todo!

El viejo deja entrever una sonrisa y acaricia la cabeza de Sa-ang, convertida a su lado en un montoncito de ropa y cabello largo. El cuchicheo de la muchacha al oído de Kankui-maku se prolonga por largo rato, sin que las facciones del anciano se alteren por cuanto escucha: la acumulación de arrugas a manera de pesados cortinajes

le han vuelto inexpresivo el rostro. Cuando ella termina se limita a responder:

—Uá, uá,... bien, bien.

* * *

En Savijaka todos duermen: la oscuridad es impenetrable: todavía no ha salido Saxa-ti. Desde el lugar reservado a las mujeres de los ubatashi se moviliza una hilera de sombras hacia el sitio donde está atracada la piragua. Van cargadas con mochilas y calabazos: son provisiones que Nivemacu recibe y acomoda dentro del vientre de la embarcación. Una vez cumplida esta operación, las mujeres aúnan esfuerzos para empujar y deslizar la nave por la arena hacia las aguas del río. Od y Tori las ayudan. Nadie pronuncia una palabra. El único y apagado ruido es el de los pies enterrados, empujando...

Murmujea el agua. El barco penetra en ella, se mece, se oye el chapoteo de los pies. Los ubatashi alzan a sus mujeres y las pasan sobre la borda. Luego, después de darle un último impulso, se trepan y reciben de Nivemacu las palancas para apartarse de la orilla. En la ribera, las otras mujeres, más que ver, escuchan cómo se aleja el navío. Son un grupo humano generoso, nostálgico: prolongan en la suerte de sus dos compañeras, la felicidad que a ellas se les escapó para siempre.

De pie en la proa, Kankui-maku es otra vez un hombre nuevo. Conocedor del río hasta en la oscuridad, puede dirigir la operación sin vacilar. Da órdenes a media voz: Od, Tori y sus mujeres obedecen, unos a babor, otros a estribor, empuñan los remos; y en la popa Nivemacu pone por primera vez en práctica las enseñanzas del anciano, con el ancho canalete del timón apretado entre los brazos. Por Nui-Ashkuan, el Oriente, apunta un resplandor tenue, anuncio a la aparición de la hermosa Saxa-ti. Según los cálculos de Kankui-maku, convertido en cómplice y partícipe de la fuga de los ubatashi y sus mujeres taironas, espera llegar a la propia bocana del Hukumeiji cuando sobre el horizonte haga su aparición la amante de Surli, con su rostro manchado a causa de los celos de Seldabauku. Para entonces habrán dejado atrás a las patrullas y podrán hacerse a la mar.

Todo sucede según lo planeado por el viejo. Y cuando el nuevo día aclara las aguas marinas con su tono esmeralda, destacan sobre ellas la silueta de la piragua caribe navegando a toda vela hacia el Noroeste. Se aleja para siempre de Keka-Bunkua, con los resplandecientes picos despidiendo a los atareados tripulantes.

Empotrado como una estatua de bronce en la banca de proa, Kankui-maku tiene el rostro levantado y recibe placentero la brisa marina. Corre su última aventura… de eso está seguro: por ello sonríe y le chispean los ojos al ver saltar la proa del barco cortando las olas. Abrazada a su cintura como una chiquilla, va Sa-ang: mira a la costa y a las cumbres nevadas, o se embelesa con cuanto hace Od, ahora al mando de la nave; Tori y Nivemacu ayudan con eficiencia, obedecen sus rápidas instrucciones, en tanto Segi-yang se encarga de distribuir la primera ración de alimento. En todos los rostros, sin excepción, a la alegría se unen sentimientos de ansiedad: para Od y Tori renace la esperanza de encontrar la ruta de retorno a su distante país, y al ver sobre el horizonte los picos de la Sierra Nevada, les viene a la mente el recuerdo de Ubatashi-thor, condenado con Walla a la cárcel inmensa de la Montaña Blanca. Para Sa-ang y Segi-yang las emociones son diferentes: felicidad y nostalgia combinadas, según posen los ojos en los hombres a quienes aman, o en las costas de Keka-Bunkua, cada vez más lejanas.

En Nivemacu todo es novedad, ímpetu por conocer otros mundos: le ha heredado a Kankui-maku el amor por las aventuras, así todavía no tenga edad para medir el trascendental paso que está dando. ¿A qué lejanos horizontes lo llevará la vida? Mira al bisabuelo como a su héroe, agradecido, le sonríe con toda la cara, le demuestra con su comportamiento haber aprendido a la perfección sus enseñanzas.

Kankui-maku advierte cómo se hunden las montañas de su país detrás del horizonte. Tiene la certeza de ser la última vez que las contempla. Esto no lo entristece: por sobre todo es aventurero, marino, andariego… y quiere morir en su ley. Cuando de la Montaña Blanca no queda ningún rastro en la lejanía, se recrea con la presencia de su biznieto: es como si parte de su espíritu se estuviera trasladando a ese cuerpo joven para seguir viviendo y viviendo… Y otra cosa lo embarga de felicidad: le ha permitido a Sa-ang reunirse con el hombre a quien ama.

* * *

En estos tiempos de guerra los caminos de las partes altas de Keka-Bunkua permanecen solitarios, apenas transitados por algún emisario de los caciques o los naomas. Por eso Ubatashi-thor, Meli-ang, su hijo y Walla, no tienen mayores problemas en subir de Tayronaca a Ulueiji, previniendo con el orden en la marcha una sorpresa desagradable: a la cabeza va Meli-ang, con encargo de avisar la presencia de algún caminante y dar tiempo a los ubatashi de ocultarse. El camino es tortuoso, bordea abismos sobre el caudaloso río, bajo una selva exuberante. Marchan sin pausa, les urge alejarse de la capital tairona donde deben ser buscados. Próximos a Ulueiji evitan la población dando un gran rodeo y parten de travesía hacia Taminaka, otro centro habitacional de las montañas y a orillas del Hukumeiji, por una ruta fácil de seguir: Meli-ang la ha frecuentado con anterioridad, y su intención es bordear por los páramos las grandes cumbres de la Sierra Nevada, en dirección a la salida de Surli, hasta un lugar donde puedan sobrepasar el gran lomo para internarse en territorios fuera del dominio tairona.

Para el atardecer del tercer día divisan desde unas cumbres los nunhúes de Taminaka, y como están escasos de provisiones, esa noche los kaxshigugulu merodean por los alrededores de las viviendas y los huertos.

El nuevo día encuentra a los habitantes de Taminaka consternados por la visita de los jaguares rojos, mientras los fugitivos ya se alejan y trepan por el curso de la quebrada Mamarongo, que habrá de conducirlos a las tierras frías. La gran selva quedó atrás, o está circunscrita a la profundidad de los cañones. Avanzan bordeando cerros cubiertos de Pajonal dorado, en contraste con el color del cielo de un azul intenso, limpio de nubes. En aquellos parajes solitarios donde el peligro parece lejano, sienten la tentación de tenderse en el suelo, a descansar las fatigas, y contemplar sin prevenciones la inmensidad de los contornos. Desde allí, con los picos nevados a sus espaldas, y sobre sus cabezas el vuelo avizor de los cóndores y las águilas, Ubatashi-thor tiene una panorámica espectacular, que incluye desde las tierras medias y bajas hasta el litoral marino. Meli-ang, recostada en su hombro, le señala la lejana y plateada bocana de un río.

—¡El Hukumeiji-tukue!. De donde hemos venido —dice con añoranza.

XXVII

Cuando por tercera vez consecutiva las patrullas no regresan de sus reconocimientos a lado y lado de la desembocadura del Guamoea, Gula ya no duda: los taironas le han tendido un gran cerco.

—Estamos en peligro de ser rodeados —comenta a sus principales manicatos; y mirando rabioso la inmensidad de las montañas, donde imagina concentrados a los enemigos, añade con tono decidido—: Deben haber concertado una alianza, ¡todos!... pero actuaremos de inmediato: no volverá a ocurrir como en Buritaca. Esta vez la derrota será para ellos.

Curadas sus heridas y repuesto de la derrota, desde su regreso al campamento Gula no ha cesado en preparar la nueva expedición: su propósito es tomar venganza contra taironas y kashinguis aliados; pero no contó con la colaboración de los kogis y los aldu-guiji, y menos que sus enemigos, ahora amos de la iniciativa, principiaran a rodearlo; su mortificación se acrecienta cuando por el mar divisa la nutrida flota de Kashín, dispuesta a cerrarle cualquier posibilidad de escape.

—¡Ah! ¿Otra vez los traidores kashinguis?

Desde el inicio de los preparativos, en el día Gula dirige y toma parte en prácticas de arco y flechas, lanzamiento de jáculos y simulacros de combate cuerpo a cuerpo con mazas y cuchillos. Las noches, por el contrario, son tranquilas, destinadas al descanso; y en ocasiones hasta alegres, cuando organizan bailes colectivos, seguidos de comelonas y bebezones, que los caribes aprovechan para desplegar toda su gentileza con las mujeres de su raza y las cautivas. Estas fiestas pueden permitírselas, confiados en la costumbre tairona de dedicar las horas nocturnas a similares actividades, o sus ceremonias religiosas, dejando el día para la guerra.

* * *

Las razones de Ulaban para proponer el ataque contra los caribes durante la noche, a la luz de Saxa-ti, las apoya en la práctica tairona de destinar este tiempo a la adivinación en las nunhuañkalas, hábito conocido y a veces aprovechado por el enemigo. Al cambiar del día a la noche el curso para la guerra, el factor sorpresa estará de su parte y las posibilidades de triunfo aumentarán.

Original y acertada parece al cacique-guerrero la idea del kashingui; el único impedimento son las normas dispuestas desde la antigüedad por los naomas, y violarlas puede acarrear el disgusto de los Padres y Dueños del Mundo. Ulaban recurre a varios argumentos para sustentar sus reflexiones, y recuerda al Jaguar Negro el extraño y sugestivo sentido de las palabras del Naoma-Kavi: ". . Seiname… la estrella que no se ve, pero ahí está…"

—Es preciso actuar como lo hace el jaguar negro de la selva: ¡de noche! Cuando acecha y ataca —insiste el kashingui con vehemencia. Seoname-maku responde pensativo:

—Sí, muldyigaba: sí, así dijo.

—El jaguar se mueve de noche… el jaguar ataca a su presa en la oscuridad.. Seoname-maku debe combatir a sus enemigos desde el comienzo de la noche, y no al final de ésta —reitera Ulaban con vivos ademanes.

—Na-arldunye, na-arldunye: me gusta, me gusta; es una buena idea —afirma a su vez el cacique, ya convencido; y agrega: —Nas seinjarlae na peibu: te lo agradezco, mi amigo. Pediré al Naoma-Kavi su palabra y entonces atacaremos de noche.

De inmediato parte el emisario desde las posiciones de avanzada hacia Tayronaca, donde todavía está el naoma muru nakubi. En tanto, desde una colina utilizada como observatorio, el cacique-guerrero y su consejero tienden la vista hacia la extensa llanura del litoral, donde un espeso cordón de árboles marca el curso del río Guamoea y la ubicación del campamento principal de los gulamena.

Mientras llega la aprobación del naoma a la nueva estrategia guerrera, Seoname-maku adelanta los preparativos: quiere, además de obtener una victoria contundente, encontrarse cara a cara con Gula y vengar la muerte afrentosa de su padre. Para Ulaban, en cambio, los aprestos bélicos contra los gulamena no le provocan esa exaltación.

Yo nací en el vientre de una nave caribe, en medio de actos

violentos: eso creo. Y ya mayor, participé en muchas batallas y llegué a destacarme como un atrevido combatiente al lado de Kashín, así no estuviera de acuerdo con estos métodos sangrientos de conquista y saqueo. ¿Acaso me marcó el rapto de mi madre?... Pero no fui menos que mis compañeros en los momentos de decisión y peligro.. Más tarde, ya en Palanoa y Buritaca, por fin pude poner en práctica mis teorías de las relaciones humanas amistosas, esas que nadie entendió en un principio, o no se atrevían a escuchar por miedo a ser tildados de poco valientes. Inclusive Kashín guardó silencio cuando expresé mis argumentos pacíficos, así en sus ojos brillara una chispa de simpatía, de curiosidad, de esa inclinación ahogada por todos en el fondo de sus almas, porque sólo debían ser guerreros. Por suerte di con la forma de vivir de las gentes de Keka-Bunkua, y puesta en realidad mi manera de pensar... Eso lo presentí cuando llegamos por primera vez a las costas de Buritaca y tuve el acierto de hacer valer mi influencia con Kashín; y él, de contener el ataque y dejarme obrar... Y ensayamos a vivir en paz con los taironas, así, a cambio de seguridad y progreso, debiéramos dejar de lado algunas de nuestras costumbres de navegantes y conquistadores. Pero... esto de enfrentar en guerra a muerte a los mismos de mi raza, me mortifica; me duele no poder cambiar el curso de los acontecimientos y estar impedido para acabar la pugna con los gulamena, debido a circunstancias inmodificables y pertenecientes al pasado. Y tampoco podré cambiar la determinación de Seoname-maku de vengar a su padre, porque las flechas azules de Heisei, sacadas de la aljaba mítica por el Naoma-Kavi, jamás volverán a ser guardadas. Aún así, no debo perder las esperanzas... Mi gente, los caribes, seguirán llegando de más allá del mar, donde quizá yo nací; por ello intentaré detener la guerra en sus próximos episodios: tal vez, cuando esté cercana la contienda con los sangaramena.

Seoname-maku ha estado mirando con fijeza a Ulaban, y se pregunta:

¿Qué pensamientos inquietarán a mi consejero?... Quisiera adivinarlo.

* * *

—¡En marcha!

La voz de Seoname-maku, su mirada implacable, sus ademanes autoritarios, ponen en movimiento a los emisarios: parten desalados para llevar los mensajes de guerra a los caciques taironas, kogi y aldu-guiji, comprometidos en este ataque contra los gulamena. A la luz suave de Saxa-ti se movilizan los cuerpos armados de Keka-Bunkua: forman un gran semicírculo y rodearán el campamento caribe. Esa tarde los vigías del Jaguar Negro apostados en los filos de la Loma Maktu, el Cerro de la Zarigüeya, identificaron la flota de Kashín por los gallardetes azules en lo alto de los mástiles: pasaba frente a las bocas del Hukumeiji y según los cálculos, para la noche estarían cerrando el cerco por el mar, ante el mismo estuario del Guamoea. Para ese momento, los arranca-brazos quedarían rodeados.

Las teas empotradas a proa y popa, al ser encendidas en forma simultánea, llenan la noche con reflejos de oro líquido espejeando en los oleajes; es un espectáculo impresionante, grandioso, llama la atención de Gula y lo pone sobre aviso. La presencia de tantas naves frente a su campamento no es usual y se siente inquieto; calcula las que puede tener Kashín y llega a una deducción errónea:

—Debe tratarse de mi hermano Sangama; sólo él puede tener una flota tan poderosa… En buena hora.

También Seoname-maku y sus comandantes divisan la línea de fuego meciéndose en el mar. Es la señal esperada para iniciar el ataque: los guerreros ya ocupan posiciones de combate, apostados en las afueras del campo caribe, y como un solo y organizado conjunto se lanzan al asalto. La sorpresa entre los gulamena es total: esperan encuentros con los taironas al comienzo del amanecer, pero nunca al inicio de la noche. Cuando lo advierten, ya tienen al enemigo dentro de sus propias líneas, invadiéndolo todo, incendiando las construcciones, persiguiendo a sus gentes hasta en las moradas. Chillan las mujeres y los niños, huyen despavoridos de un lado para otro, hacen coro, con sus lastimeros gritos, a las ululantes y enardecidas voces de los agresores. Con dificultad, Gula y sus manicatos organizan la resistencia y se congregan cerca de la playa: intentan ofrecer una oposición compacta, con posibilidades de pasar de la defensa al ataque. Taironas, kogis y aldu-guiji no les dan oportunidad: arremeten sedientos de venganza, una y otra vez

destruyen sus intenciones, los rabones se multiplican y los acosan, a la luz de los incendios semejan jaguares con las colas pretinadas de oro, de movimientos rápidos y certeros para causar la muerte; sus disciplinadas escuadras de guerreros, embadurnados de bija y sangre, son llamaradas humanas, bestiales, intrépidas, ejercen retaliación por las acciones cometidas en el pasado por los arranca-brazos.

—¡Heisei!... ¡Heisei! —gritan Seoname-maku, Lazama y Malabú, voces en la primera línea.

—¡Heisei!... ¡Heisei! —responden en coro rabones y guerreros, enardecidos hasta la locura.

Se batalla sin pausa toda la noche. Amanece y el nuevo día se ensombrece con las columnas de humo de los incendios. Entre los escombros y las cenizas prosigue la lucha a muerte, cuerpo a cuerpo, de fieras con deseos de exterminio. Por el suelo, inmenso reguero de sangre, se mezclan en grotesca confusión los cadáveres y los heridos. Las mujeres y los niños forman una isla de angustia hacia las afueras del campamento, cerca del mar, donde por instinto se han congregado; desde allí, aterrorizados, mudos, son llorosos espectadores de la tragedia.

—¡Heisei!.. ¡Heisei! —sigue siendo el grito que excita a los taironas y sus aliados. Gula y el grueso de sus guerreros forman otra isla, también en los playones, cada vez menos compacta ante la mortandad y el continuo asedio de los guerreros del Jaguar Negro, incansable y temerario en su arrojo, estímulo contagioso de sus hombres. La batalla comienza a definirse a su favor: luchan de igual a igual: no los amedrenta la cantidad de bajas: muestran irrevocable voluntad de exterminar a los invasores, así pierdan la vida en esta empresa.

—¡Heisei!.. ¡Heisei!

Seoname-maku con su sed de venganza hirviéndole por todo el cuerpo, busca con insistencia a Gula, se abre paso, derriba una y otra vez a los adversarios, ¡los mata!, se acerca al sitio donde el jefe gulamena pelea como otra fiera.

Transcurre todo el día y no cesa la intensidad de la batalla. Para el atardecer, con Surli pintando de rojo los contornos, con el aire impregnado por el olor asfixiante y repulsivo de la sangre, Gula ya ve comprometida su situación: del millar de caribes ya no le quedan

sino trescientos; y de no cambiar la estrategia, la derrota puede ser total. Le mortifica aceptarlo, pero los guerreros de la Montaña Blanca lo han sorprendido otra vez con su capacidad combativa. En medio del incansable fragor de la contienda, no se cansa de maldecir a Ulaban. A él, de eso está convencido, se debe mucho el éxito de sus enemigos. La única oportunidad de escapar ahora es por el mar, abordando los barcos y, tratar de romper el cerco de Kashín. Con agilidad mental estudia las posiciones en la batalla: Sí: para lograrlo debe lanzar un sorpresivo contraataque, romper el cerco, alcanzar la ribera del río, subir a las piraguas y hacerse a la mar... Allá, la lucha es en un medio que conoce muy bien y puede darle ventajas.

Con voz potente, casi un rugido, ordena el cambio de táctica: el círculo defensivo de los arranca-brazos, a su vez envuelto por el ofensivo de los guerreros del Jaguar Negro, cobra diferente dinámica: en medio de titánicos forcejeos Gula vuelve a su favor la contienda, se torna en punta de lanza, con su gente desconcierta de momento a los oponentes y rompe el asedio. Ante sus ojos, despejada, ve una porción de playa y más allá el cordón verde de la orilla del Guamoea, con la salvación representada en sus navíos. Por unos instantes el grito ¡Heisei!... ¡Heisei! deja de escucharse y lo reemplazan los alaridos escalofriantes de los gulamena. Crece la mortandad: crujen huesos astillados y cráneos hundidos con golpes secos de mazas caribes. Entre el fragor de los cuerpos en lucha, los gritos y las órdenes, se apagan los quejidos y barbotean las heridas expulsando la vida de los caídos. Todo es confusión en torno al arrollador empuje de los arranca-brazos, buscando la última oportunidad para escapar; llegan los primeros a la ribera, perseguidos con saña, algunos alcanzan a saltar por encima de las bordas acorazadas y desde allí presentan una encarnizada resistencia. Rodeado de sus escoltas, Gula está por coronar su intento. En una mano la maza, en la otra la lanza, con los poderosos brazos tintos en sangre propia y de sus víctimas, ya cree conseguido el propósito; de pronto, como caído del cielo, se le interpone Seoname-maku, representación de la vindicta, emplumado, ágil, amenazante, con adornos de oro recogiendo los últimos rayos del atardecer, llamaradas y canto de color a la muerte. Gula lo reconoce: lo ha visto durante toda la pelea avanzar siempre hacia él, con mirada taladrante de odio que hiere como su lanza.

La visión del navío se desdibuja ante esta figura emplumada con arreos destellantes y sangrientos. Los movimientos de Gula parecen lentos ante la veloz arremetida del Jaguar Negro: el caribe cae de espaldas atravesado de parte a parte: queda clavado en la arena; allí mismo, con un rugido bestial, el cacique cumple su venganza: de certeros y violentos hachazos, ante su propia vista ya impotente y vidriosa, el líder gulamena se ve y se siente desmembrado, en la misma forma como él lo hiciera con los rivales vencidos. Su último recuerdo consciente es la carcajada triunfal de Seoname-maku, más que risa pavoroso bramido de fiera.

—¡Heisei!... ¡Heisei!

El Jaguar Negro ha cumplido su venganza. Con fugacidad, mientras mira a su enemigo en los postreros estertores, por su mente desfilan cuadros de poblados taironas, kogi y aldu-guiji, transformados en cenizas... y los cuerpos desmembrados, suspendidos cabeza abajo de las ramas de los árboles, entre ellos su padre, el cacique de Ponkeica. Y vuelve a lanzar su carcajada-rugido al meterse de nuevo en el corazón del combate, más decidido que nunca.

La muerte de Gula pone fin a la resistencia caribe. Allí mismo, en torno a su jefe, uno a uno, los arranca-brazos son rematados en forma implacable. La Flecha de Heisei así lo determina: el exterminio debe ser total.

Los tripulantes de las embarcaciones, y los guerreros gulamena que alcanzaron a abordarlas, tampoco logran escapar: encuentran la salida al mar taponada por las piraguas de Kashín y su único recurso es morir con honor en una batalla suicida, acorde con la costumbre caribe de afrontar las circunstancias. Sólo un centenar de arranca-brazos pueden huir: rompieron el cerco al comienzo de la lucha, ahora se alejan por la llanura en dirección a los campamentos de sus hermanos los arranca-cabezas.

Cae la noche. Cesa el fragor de la guerra. Se hacen cada vez más débiles los quejidos de los moribundos. A la luz de las antorchas, los vencedores recogen los cadáveres de casi un millar de gulamenas para arrojarlos a la desembocadura del Guamoea, donde sirven de descomunal festín a los tiburones. Los taironas, kogis y aldu-guijis muertos, en similar cantidad, son colocados en enormes piras funerarias: sus llamaradas hacen retroceder la noche e impregnan la brisa con su olor a carne humana; por días y días arden y se levantan las

humaradas de los montículos fúnebres donde se consumen los cuerpos de los héroes; centenares de vasos rituales, previamente dispuestos, se van llenando de grasa destilada.

En torno a Seoname-maku y su Estado General de caciques, hay grandes demostraciones de alegría; pese a la inmensa cantidad de bajas, se celebra el triunfo con desbordante entusiasmo. Por los caminos, los emisarios corren a llevar la buena noticia de la victoria a todos los rincones de la Montaña Blanca.

En las naves ancladas en el calmado estuario del Guamoea, el festejo de los kashingui es discreto. Sus líderes, Kashín y Ulaban, instalados en el puente de mando, mantienen una conversación trascendental.

—Con los barcos capturados a Gula, nuestra flota puede ser tan fuerte como la de Sangama. Y esa, no lo dudo, es una razón disuasiva —insiste Ulaban optimista. Kashín menea la cabeza desconfiado.

—Es un disparate. Siempre he acogido tus argumentos, pero esta vez dudo mucho: Sangama, así se sienta rodeado por tierra y por mar, no cambiará su forma de actuar. Luchará hasta morir. Recuérdalo: la ley caribe es la guerra y no la paz.

Ulaban está conturbado: entiende los raciocinios de su compañero, pero no quiere desistir en su idea; el hecho de haber participado en la batalla y contribuido al triunfo lo refuerza en sus intenciones, así reconozca la posibilidad del fracaso.

—Lo haré de todas maneras. Esta noche partiré en una canoa hacia el campamento de los sangaramena. Explícale todo a Seoname-maku: él comprenderá. La misión de paz que intentaré no debe alterar sus planes. Si para el momento de iniciar el ataque nada saben de mí, todo debe seguir como ya se previó. ¡Que nada los detenga!

* * *

A la madrugada parte el navío al mando de Ulaban: lleva los tripulantes indispensables, voluntarios kashingui dispuestos a arriesgar la vida en una misión de resultados impredecibles. Cuando Kashín pierde de vista la embarcación, con aire pensativo se encamina al sitio donde tiene levantado su campamento el Jaguar Negro, quien

lo recibe sin demora. Yace encima de unas pieles de jaguar muestra en distintas partes del cuerpo emplastos de hojas y zumos preparados por un curandero, para sanarle heridas y golpes recibidos en la batalla. A su lado están sus arreos de oro de gran cacique.

No obstante el maltrato y el impedimento causados por las heridas, luce satisfecho. En muestra de deferencia atiende a Kashín y le expresa su estimación hacia él y Ulaban; atento, escucha y no muestra extrañeza por sus palabras; se limita a contestar reflexivo, como para sí mismo, la mirada perdida en el horizonte marino cada vez más claro:

—Lo imaginaba. . así es Ulaban: busca la paz pero su mente se inventa estrategias para vencer en la guerra —y ya mirando de frente a Kashín—: Debemos apresurarnos. Mañana partiremos para ocupar posiciones por tierra y mar lo antes posible. Algunos gulamena escaparon y pronto darán noticia de nuestra victoria a Sangama. Es importante reforzar las líneas de los duanabuká.

El Jaguar Negro olvida heridas y dolores. La mirada le centellea, sus ademanes se vuelven enérgicos. Ordena a uno de sus servidores llenar dos copas con licor, su mirada se fija otra vez en el horizonte marino cuando levanta el brazo en un brindis simbólico, quizás dirigido al kashingui, bebe el contenido de un jalón. Kashín le capta los pensamientos y lo imita.

XXVIII

En la punta de arena próxima a la desembocadura del Mutaiji, Nyuba-Aluna se extasía con el diario y fastuoso espectáculo del ocaso de Surli, el amante loco y apasionado de Saxa-ti y todas las estrellas. Sentada en la playa, es la representación de la soledad:

¡Ulaban! El Naoma-Kavi descubrió nuestro secreto cuando te hizo beber el licor mágico en la Nunhuañkala de Tayronaca: allí, sin que pudieras evitarlo, sin que te dieras cuenta, te leyó la mente y el corazón. ¡Lo supo todo! ¡De ti y de mí! Por eso me llamó después a confesión y nada pude ocultar Si lo supieras: el muru nakubi me permitió complacerme en tu amor, pero sin dejarme poseer; porque

al ser yo el Espíritu de Oro, sólo podré entregar mi cuerpo a un naoma o un cacique descendiente de los primeros linajes de Haba Séinekan... Así lo vio señalado en el manto de las estrellas; así lo descubrió en yatukua, en las burbujas desprendidas de las cuentas-kuitsi; así lo oyó en kachivitukua, el sonido de las uñas y los dedos; así lo percibió en Aluna, la voz del Gran Espíritu.. Con esta licencia regresé a Buritaca y me encontré de nuevo contigo, llena de felicidad, sin imaginar las intenciones de Madre Naboba y Madre Seatakan, quienes se adueñaron de mi cuerpo y de tus manos: nos enloquecieron: nos llenaron las entrañas de guanga, el fuego sexual: y por eso te pedí me poseyeras... y tú lo hiciste y ahora no dejo de recordarlo, de evocar con deleite cada uno de los instantes de tu pasión; y aunque debiera, no me reprocho la debilidad: al contrario: ¡me complazco! Pero. . a veces, también siento angustia. ¡Remordimiento no! ¡Eso nunca! En cambio sí temo por ti y por la suerte de mi pueblo en esta guerra. ¿Pagarás tú por mis debilidades?... ¿Se inclinará la balanza de la guerra en favor del enemigo, por haber faltado a mis deberes de Espíritu de Oro? .

Sentimientos de congoja y felicidad se suceden en el bello rostro de Nyuba-Aluna. Fija los ojos en los oleajes incandescentes del atardecer, sus pupilas semejan crisoles llameantes que dan a su rostro la expresión de los dioses. Su mente viaja.. cruza el tiempo y la distancia.. navega guiada por Jalyintana, Dueño del Mar, quien la lleva hacia Mu, el lugar donde nace Surli: deja atrás la desembocadura del Mutaiji, pasa frente a las bocanas del Ulueiji, el Hukumeiji y el Guamoea, es levantada por los brazos blancos de Misevalyue, Madre de las Nubes, flota en vertiginoso recorrido como hakkaxe, el ave marina, y abajo ve una canoa solitaria en medio del océano. En su mente, con fuerza de viento, Nyuba-Aluna abraza a Ulaban, con soplo tibio de brisa le acaricia el rostro, lo besa, le promete amarlo así les sea prohibido... y su corazón es una llamarada.

* * *

Recostado contra la borda de su nave, Ulaban contempla el desfile lento de la costa: cintas blancas de arena y sobre ellas el dibujo aéreo de alcatraces, gaviotas y tijeretas; y detrás, en planos sucesivos,

siluetas despeluzadas de coqueras, franjas de bosques, levantamiento de primeras colinas con su tono verde claro, y, ya como un alto horizonte, la inmensidad de las montañas con sus coronas de nieve. Las aldeas costeras lucen solitarias, abandonadas, muchas con las marcas violentas de los incendios y saqueos; es el cuadro desolador provocado por los invasores caribes; de sus habitantes, unos murieron en combates, otros fueron aprisionados, los restantes escaparon al interior de la Montaña Blanca.

Este día, como nunca, el kashingui está convencido de sus teorías pacifistas, así se sienta molesto por la incertidumbre. Refuerza su voluntad el pensamiento de la cantidad de vidas que podrán salvarse si corona sus propósitos: ello abriría grandes posibilidades a las gentes de su raza y a las de Keka-Bunkua, con el intercambio de culturas y conocimientos. Sin embargo, inexorable peso en la balanza, conoce por experiencia cuán difícil es apagar el fuego de la guerra. Debido a ello su rostro no refleja el optimismo de otras veces: luce taciturno: con esfuerzo aleja la desesperanza cuando recuerda los comentarios de Kashín; ¿tendrá acaso razón, y Sangama nunca oirá sus propuestas?... Pero, como se tiran al mar los desperdicios, arroja las dudas y temores por la borda: es en esta ocasión cuando más necesita ser positivo: no dejará triunfar los recelos: hacerlo, sería inconsecuente con sus creencias. Nunca, eso le satisface, ha empuñado el hacha de la guerra, sin antes intentar una solución racional. Ahora, en su viaje al campamento de los arrancacabezas, sólo lo reconforta soñar despierto con su prohibida mujer tairona de párpados dormidos, de amor ardiente como el fuego de sus pupilas doradas...

¡Nyuba-yang!... ¡Tú! Que con la pureza de las primeras caricias rescataste mis recuerdos de la infancia: cuando encontraba la ternura y la seguridad en los brazos de mi madre en medio del fragor horrísono de las contiendas; mimos añorados el resto de la vida, porque primó el trajín apremiante en las piraguas manteniéndome siempre hambriento de ellos, para, al final, arrebatármelos en medio de la crueldad de una batalla. Nostalgias y urgencias compensadas y transformadas por ti, en la medida en que creció nuestro amor y descubrió la felicidad en otra dimensión. No nos importó vernos obligados a mantener oculta y espaciada nuestra pasión. ¡No! Bastaba su existencia palpitándonos bajo la piel o hirviendo en las venas:

en algún lugar, bajo el cielo de la Montaña Blanca, unidos o separados, tú entre mis manos acaloradas por las caricias, o apenas imaginándote. Y por ti, Nyuba-yang, como nunca antes me pareció hermoso el mar, ya lo mirara a la luz del sol o bajo el chispeo inconmensurable de las estrellas. Y amé, como a tu piel, la tibieza de la arena en las playas. Y me recreé en el murmullo de las olas o en el canto de los manantiales, porque recordaban tu voz cálida. Y exaltado, imaginando fueran tus brazos y la sensualidad ardiente de tus axilas, me sumergí entre los rincones frondosos y húmedos de la selva. Y como a tu serenidad distante y misteriosa de Espíritu de Oro, miré y veneré las cumbres lejanas y níveas de Citurna. ¡Nyuba-yang! ¡Nyuba-Aluna!... He pensado en ti al contemplar el trabajo fino de los talladores de cuentas-kuitsi, puliendo y perforando las piedras con amor y dedicación... o al percibir la voluptuosidad de los alfareros al resbalar sus manos por las caderas o los vientres de los cántaros y las vasijas... o al sentir los ojos atrapados en el chispeo de las joyas de los orfebres, porque detrás de ellas, invisible, siempre estabas tú, llamándome. Y así como los naomas entran a las nunhuañkalas, para simbólicamente llegar hasta el vientre-santuario de Haba Séinekan, así yo, en un delirio placentero, he buscado tu sexo y me he acunado en él.

* * *

Desde cuando fue poseída por el kashingui, la urgencia primordial de Nyuba-Aluna es desear estar otra vez en sus brazos para volver a entregarse y amarlo con locura desenfrenada. Sabe que debería experimentar angustia por el incumplimiento de las órdenes del Naoma-Kavi, y en cambio sólo siente complacencia, alegría, pasión. Raciocina en forma confusa, sin imparcialidad: ha perdido el sosiego: su cuerpo ya no quiere obedecer los mandatos de la razón: el deseo por Ulaban es avasallador, lo domina todo. Esta es su verdadera felicidad, así, de cuando en cuando, la asalte un apagado remordimiento.

Con la noticia del triunfo sobre los gulamena llega a Buritaca una razón de Naoma-Kavi para Nyuba-Aluna: la convoca de inmediato a una peregrinación por las partes altas de la Sierra Nevada: es preciso llevar ofrendas a la Madre Universal, a las Madres, Padres

y Dueños, en solicitud de beneplácito para la nueva campaña guerrera, ahora contra los arranca-cabezas. Este recorrido deberá iniciarlo por Teyuna, ciudad de los talladores de cuentas en las cabeceras del Mutaiji-tukue, y de allí, en viaje hacia Nui-Ashkuan, el Oriente, y pasando por otros centros ceremoniales, llegar a la gran ciudad sagrada de Moraca, donde está la Haggi-Koktuma, la Piedra-Asiento, trono de Haba Séinekan. En dicho lugar la esperará el muru nakubi.

Nyuba-Aluna no se espera a las celebraciones de la victoria en Buritaca y Palanoa: acompañada de una pequeña escolta de rabones y dos mujeres a su servicio, parte de inmediato hacia Teyuna. Allí, en la plazoleta de la Piedra del Sapo a donde convergen los principales caminos de la urbe amurallada, el anciano Mama-Teyuna comparte con ella la ceremonia de Surli-Nyuba, el Sol de Oro, cuando al mediodía éste brilla en reflejos sobre el lomo del gran sapo de piedra, y desde allí, dispara su rayo de luz hacia el rostro de Nyuba-Aluna, de pie, desnuda sobre una de las escalinatas que acceden al sitio ceremonial. En ese instante el sacerdote coloca alrededor del cuello de la muchacha una gargantilla de sapitos de oro, y al hacerlo tiene una vacilación: sus ojos tropiezan con la piedra nube-cielo, obsequio de Ulaban, engarzada por ella a uno de sus collares. Terminada la ceremonia, y ya solos el sacerdote y la joven, éste pregunta perturbado al señalar la piedra del kashingui:

—Es Hagu-Maui-Nauiendi, la Piedra Nube-Cielo. ¡Piedra sagrada! ¿Cómo la conseguiste?

Nyuba-Aluna se conturba: se siente desconcertada. Sin poder evitarlo, con las manos se cubre el cuello, al ver los sentimientos sucesivos de intriga, curiosidad y exaltación reflejados en el rostro de Mama-Teyuna.

—¿Sabes lo que significa esa cuenta? —inquiere el sacerdote, sin que ella pueda responderle.

XXIX

Para Avincuo no es sorpresa ver esa mañana a Chole con atuendos de guerrero. En su oficio de emisario, el viejo aprendió además de

conocer todos los caminos de Keka-Bunkua, sus atajos y rincones, a hablar diferentes lenguas y adoptar variadas caracterizaciones, como una forma de cumplir las misiones encomendadas por el cacique duanabuká. —Su edad no es la apropiada para representar ahora papeles de combatiente —piensa Avincuo intrigado: y que lo recuerde, no le hizo ningún encargo, ocupado como está en organizar sus escuadrones para el asalto final contra los caribes. Según lo acordado con Seoname-maku, sólo espera recibir el aviso a fin de ponerse en marcha con sus ya bien entrenados ejércitos.

—¿De qué se trata esto? Yo no.. —y el cacique señala la indumentaria de Chole, tratando de reprimir una sonrisa burlona—. ¿Se estará volviendo loco mi emisario preferido? —y voltea la cabeza para otro lado.

Chole adivina sus pensamientos pero no se ofende: por el contrario, con gesto decidido expresa a Avincuo su voluntad:

—Pido licencia, y un grupo de guerreros, para hostigar a los sangaramena desde los pantanos de Buya.

Al oír esta singular propuesta, el cacique cambia de actitud y mira interesado a su leal súbdito, la única persona capaz de atravesar las marismas y salir de ellas ileso.

—¿Qué tienes en mente, Chole? Entonces... esto de presentarte así vestido, ¿va en serio?

—Usted lo sabe: en Buya los arranca-cabezas asesinaron a los míos: mi mujer, mis hijos, mis nietos. ¡Quiero vengarlos! Y en los pantanos ninguno podrá vencerme.

Con atención y sorpresa, Avincuo escucha los planes de su subalterno, posibles de ser llevados a cabo sin interferir para nada la estrategia bélica acordada con el Jaguar Negro; por el contrario, contribuirán a favorecerla. Y los ojos le brillan entusiastas cuando contesta:

—Te concedo cuanto pides... ¿Cuándo partes?

—De inmediato: deseo interceptar a los gulamena escapados de la batalla del Guamoea. Según informes, ya vienen por la costa hacia el campamento de Sangama, y están por cruzar el Buhía-tukue.

Los ojos de Chole chispean con una dureza desconocida por Avincuo. Siempre fue un hombre tranquilo, alegre, ecuánime, virtudes propicias a su trabajo diplomático. Este de ahora, vestido de guerrero pese a su edad avanzada, es irreconocible y puede volverse

en un factor de triunfo muy importante. Del Chole feliz, habitante con su familia a orillas del mar, cerca de los pantanos, que sólo dejaba su hogar para cumplir sus tareas de emisario y consejero, no queda sino el recuerdo. Ahora, todo su ingenio se enfilará a destruir al enemigo en las marismas.

Al frente de sus guerreros, el antiguo emisario impone un ritmo a sus desplazamientos que sorprende a sus subalternos, en principio escépticos de recibir por jefe a este anciano disfrazado. Se descuelgan de la Cuchilla Nukui, a través de un retorcido cañón: el kare nabbelulda nuani, el lugar a donde salen a bañarse las dantas; por allí, cautelosos, desembocan a las tierras bajas del litoral y avistan en la distancia los primeros campamentos de los sangaramena, ocupando posiciones equidistantes y paralelas con la costa marina. Sus cercados, levantados al pie de las primeras colinas, forman un cordón para proteger las labranzas y el asentamiento principal de Sangama, entre los cursos del Nyuba-Nyna y el Tapiraguana-tukue, ya muy próximos del mar

Gran conocedor del terreno donde se han hecho fuertes los caribes, Chole y su gente cruzan subrepticiamente las líneas enemigas y, ocultos entre malezas y espinos, se sitúan sobre una eminencia alargada, paralela al camellón de tierra firme que sirve de confín a los pantanos. Según los cálculos del duanabuká, los gulamena sobrevivientes deben estar avanzando por esa franja ahora controlada por sus hombres. Al poco tiempo de estar allí apostados y ocultos entre los matorrales, divisan la vanguardia de los arranca-brazos, maltrechos y desconfiados con las traicioneras marismas. El peligro de las arenas movedizas o el ataque de los caimanes, les impide por ahora sospechar en una emboscada.

—¡Heisei!... ¡Heisei! —grita el emisario con toda la fuerza de sus pulmones, a manera de orden para atacar

La sorpresa es terrífica y mortal: a una primera descarga con flechas envenenadas, los duanabuká, transformados en horda de demonios pintarrajeados de achiote, caen sobre los caribes, quienes al intentar reaccionar son empujados a los pantanos, donde las arenas movedizas los aprisionan, primero por los tobillos y luego, en medio de sus gritos e impotentes esfuerzos, los van succionando con una lentitud desesperante e inexorable. Nada les vale aferrarse a las cañas de los juncos, o entre ellos mismos para formar cadenas: el

pantano es una trampa letal… entre eructos intermitentes, los sepulta, uno a uno, a la vista empavorecida de sus otros compañeros, sin más suerte que la muerte por los flechazos, o entre las fauces de los sisi. El exterminio es total. Y los guerreros del viejo, admirados con la estrategia empleada, empiezan a respetar a su jefe.

Recostado en el tronco de un árbol, satisfecho por el triunfo, Chole aprovecha el descanso para instruir a sus hombres sobre el comportamiento a seguir en las marismas si se quiere sobrevivir en ellas.

—Somos una alianza de guerreros, arenas y caimanes —comenta risueño; toda la cara se le arruga en una mueca, y sus ojos son dos rajaduras brillantes solazándose con la venganza.

* * *

En el campamento de Sangama se quedan esperando la anunciada llegada de los gulamena sobrevivientes. Ante su demora, el jefe arranca-cabezas envía una comisión para brindarles ayuda si la necesitan; ésta desaparece en forma inexplicable, igual a todas las patrullas encargadas en los días siguientes de aventurarse por los lados de las marismas.

—¡Se los tragó el pantano! —se escucha murmurar en voz baja.

Cuando los desaparecidos llegan al medio millar, Sangama resuelve actuar en persona, organiza una poderosa escuadra y al frente de ella se dirige a las marismas: va a desentrañar el misterio de las desapariciones.

Por la franja de tierra firme, cautelosos, vigilantes, van bordeando los pantanos. Pese a ello, de entre la enmarañada vegetación lacustre, emergen y los sorprenden los duanabuká: atacan su retaguardia con una primera andanada de flechas, y rematan con una escandalosa y feroz carga cuerpo a cuerpo, armados de lanzas y mazas de piedra. Se trenzan en violenta y corta lucha; los sangaramena de la vanguardia y la parte intermedia, superiores en número, acuden en ayuda de los atacados; las gentes del pelícano dejan de combatir, dan media vuelta y huyen en dirección a las marismas; Sangama comprende tarde la táctica del enemigo, comandado por un ridículo viejo disfrazado de guerrero: sus arranca-cabezas, en persecución

de los duanabuká, se internan sin prudencia entre los juncos y caen atrapados en las arenas movedizas; algunos logran asirse de las ramas de los arbustos y son asaeteados por los demonios rojos de Chole; otros escapan hacia las charcas y allí son devorados por los caimanes.

Desde el camellón de tierra firme Sangama observa impotente y rabioso el exterminio de su gente, víctimas de la ingeniosa estrategia y en medio de la trampa mortal del pantano. Los gritos burlones y triunfales del enemigo aumentan el escarnio de su primera derrota en tierras de la Montaña Blanca. Ahora el jefe caribe reconoce estar enfrentado a temibles adversarios: deberá desarrollar todos sus conocimientos guerreros para no ser despojado de sus conquistas, o exterminado. De regreso a su campamento recibe otras noticias alarmantes: sus avanzadas han detectado el movimiento de una gran fuerza adversaria en torno a los territorios dominados entre los ríos Nyuba-Nyna y el Tapiraguana.

* * *

Noche de tinieblas. Sin estrellas. Sin Saxa-ti.

Murmujean los últimos impulsos de los oleajes entre los zancos de las marismas. Sopla fresca la brisa.

Maromero como un mico sobre las raíces aéreas, seguido de sus guerreros, el duanabuká sale a orilla del mar y se sumerge en las aguas: necesita con el baño librarse del tormento de moscos y zancudos del pantano, siempre ávidos de sangre. Luego, mientras sus demonios rojos se lavan y comentan entusiastas las acciones victoriosas, Chole se queda quieto, de pie, con el agua a la cintura, oyendo sus voces sin poner en verdad atención a cuanto dicen de él: el falso rabón... Mira la noche: todo es oscuro en derredor y él se siente como ella, pero en la eternidad, porque como hombre ya no tiene amanecer. El nuevo día, la luz, la felicidad, se marcharon con su mujer, sus hijos y sus nietos sacrificados por los arrancacabezas. Y él los está vengando: sí, ciento por uno; así, de cada matanza entre los sangaramena quede con más deseos de vindicta, y menos paz. Acongojado, de pronto recuerda los razonamientos de Ulaban, el kashingui: a él.. no le gusta matar.

* * *

En el campamento de los caribes cobra dimensión una leyenda: la de los demonios rojos del pantano, que obedecen órdenes y siguen a un viejo brujo con apariencia de rabón tairona.

XXX

Esa noche en Teyuna, mientras el naoma hace adivinaciones, Nyuba-Aluna desciende solitaria por la prolongada gradería, eje central de la inmensa y fortificada urbe de las montañas. Los habitantes de la ciudad duermen en sus nunhúes, y con excepción de la sacerdotisa, sólo transitan por caminos y graderías los ágiles y esbeltos segi, venados, llegados de lo profundo de la selva a calmar la sed en las pocetas de piedra de la tukua, abajo de la sonora y alta cascada. Seguida de ellos, la muchacha baja hasta la Piedra de los Símbolos, empotrada en la eminencia de una pequeña plazoleta. En esta roca, dicen los naomas, los Antiguos trazaron un jeroglífico cuyo significado todavía no han interpretado los sabios.

Con la luz de Saxa-ti sacando destellos pálidos a sus cabellos, a sus hombros de bronce y a los adornos de oro que cubren su desnudez, Nyuba-Aluna se hinca reverente ante el mensaje de la piedra, aprieta entre los dedos la Hagu-Maui-Nauiendi, Piedra Nube-Cielo, e inquieta se pregunta: ¿Qué misterio guarda esta cuenta arrancada por el kashingui del cuello de su madre en el momento del rapto? Y con la vista fija en la Piedra de los Símbolos, invoca todos sus poderes mentales en la urgencia por desentrañar la verdad. ¿Por qué Ulaban, siendo un caribe, tenía en su poder una piedra sagrada para las gentes de su raza?

Amanece en la ciudad de los sewá y las cuentas-kuitsi.

Las mujeres acompañantes de Nyuba-Aluna la encuentran extenuada frente a la Piedra de los Símbolos. La despiertan, le dan bebidas para reanimarla, le recuerdan la necesidad de continuar el viaje. En la Plazoleta de la Piedra del Sapo, de pie sobre el más alto peldaño de la escalera triangular, Mama-Teyuna observa al

Espíritu de Oro de los Taironas, sin poder apartar los ojos de la Piedra Nube-Cielo que tanto lo intriga.

—En Moraca encontrarás respuesta a esa pregunta que no me has formulado y es el secreto de la Hagu-Maui-Nauiendi —le dice con aire severo y misterioso, a manera de despedida.

Apremiada por descubrir la verdad sobre la cuenta de Ulaban, a Nyuba-Aluna le parece interminable ese viaje por las montañas. El primer día de caminata en travesía hacia Nui-Ashkuan, el Oriente, dejan atrás a Suguingacha y Alabatageha, dos de los muchos poblados satélites de Teyuna; para la segunda jornada llegan a Seratavinka, centro ceremonial a orillas del Ulueiji-tukue, y dos días después hacen su entrada a Cherrúa, en las riberas del Hukumeiji-tukue, donde encuentran a los sacerdotes haciendo adivinaciones relacionadas con la aparición de unos kaxshigugulu, cuya presencia inquieta a las poblaciones de las montañas; estos jaguares rojos han capturado a dos mujeres, una de ellas la hermana del cacique Seoname-maku, y otra desaparecida en Taminaka.

Durante cuatro días con sus noches, hay bailes, adivinaciones, se ingieren comidas y bebidas ceremoniales dentro de las nunhuañkalas; de todos estos ritos, los más espectaculares son los realizados en las noches, a cielo abierto, con Saxa-ti alumbrando las majestuosas cumbres congeladas de Citurna; allí se siente cerca, como en ninguna otra parte, la presencia de Haba Séinekan, la Madre Universal. En todos los actos participa Nyuba-Aluna, abrumada por una inquietud creciente en razón del secreto escondido en la Hagu-Maui-Nauiendi, engarzada a uno de sus collares.

La peregrinación continúa por la región de los páramos, siempre en dirección al lugar donde aparece Surli en las mañanas. Llegan así, a través de riscos y pajonales, hasta la cabecera del Guamoea-tukue, próxima a los centros ceremoniales de Takina y Makotama, donde tienen noticias cada vez más alarmantes sobre los jaguares rojos. Ello hace que las ceremonias nocturnas estén acompañadas de tensión: los kaxshigugulu pueden estar rondando fuera de los templos y las viviendas. También reciben informes de la guerra: los taironas y los aliados han iniciado la batalla contra los arranca-cabezas.

Cuando al fin parten para Moraca, escalando la Cuchilla Sapapangüega, marchan con la rara sensación de no ser los únicos viajeros

del páramo: sus ojos van de un lugar a otro, desconfiados y alertas entre las altas lomas y los valles escondidos, a veces salpicados con los espejos azules de la Lagunas Sagradas. Temen descubrir la presencia de los jaguares rojos, agazapados entre los pajonales dorados, o acechando detrás de los pedruscos. La escolta de rabones forma ahora un apretado círculo de protección a las mujeres. Dejada atrás la Laguna Chirigua, donde depositan ofrendas a Naboba, Madre de las Lagunas, buscan un sitio para pasar la noche bajo los abrigos rocosos del Cerro Angimaloa, de altas cumbres que se congelan en las madrugadas. Encontrado el refugio, con las últimas luces del día los rabones recolectan nebelda, afelpadas hojas de frailejón, y con ellas cubren el piso en un rincón del cubil: quieren formar un colchón para Nyuba-Aluna y sus acompañantes.

En torno a una fogata se entregan al descanso, comen bollos de eibi, maíz, frutillas picantes de mugua, ají, para reactivar la circulación de la sangre, caracoles, uvas silvestres recolectadas durante la marcha, y como bebida chibil-djía, chicha de maíz, o vino de inchi, yuca, de la provisión de los calabazos transportados dentro de mochilas de pita. Comienza a soplar un viento fuerte, helado, proveniente de las alturas, y con él llegan neblinas y ramalazos de ventiscas que todo lo invaden, se cuelan dentro del abrigo rocoso, transforman la noche en un tormento frío, y de tensión por la temida presencia de los kaxshigugulu. Las mujeres, apretadas unas contra otras, se protegen bajo un montón de hojas de hukungaka; las provisiones son colocadas en otro rincón, y los rabones, en misión protectora, se apostan a la entrada con las armas dispuestas. Mastican hojas de coca, poporean, confiados en mantenerse despiertos y alertas, sin dejarse aprisionar por las ataduras del hielo. A la madrugada, el frío y el sueño se apoderan de sus cuerpos, y pese a sus esfuerzos, poco a poco, van cayendo en incontrolado sopor.

Con el amanecer, y los primeros rayos de Surli sacando destellos anaranjados a los picos gélidos del Angimaloa, los centinelas despiertan, recobran sus movimientos, la consternación cunde entre todos: dos de ellos han sido golpeados y, arrastrados fuera del abrigo rocoso, permanecen inconscientes; parte de las provisiones y los calabazos con bebida desaparecieron; y lo que es peor, una de las servidoras de Nyuba-Aluna tampoco está dentro del refugio. La prueba es inequívoca: grandes huellas de jaguares en los alrededores.

—¡Los kaxshigugulu!. ¡Los jaguares rojos! — prorrumpen en coro mujeres y rabones, aterrorizados con la visita y saqueo de los ya legendarios felinos.

La búsqueda exhaustiva por los contornos no produce ningún resultado. Consternados, deciden continuar la marcha hacia Moraca, en travesía por las lomas cubiertas de pajonal y bosquecillos de altos hukungaka florecidos de amarillo. Nyuba-Aluna, impactada por la pérdida de su servidora y la cercanía de los jaguares, parece desprovista de sus raros poderes: camina ahora con los ojos abiertos, temerosa y desconfiada. Para el mediodía hacen su entrada a la ciudad sagrada, en medio de un ruidoso recibimiento de sacerdotes y aprendices de naomas, hombres y mujeres, encabezados por Naoma-Kavi muru nakubi, y Mamanosensio, maestro de maestros en el gran centro de aprendizaje.

El relato de los peligros vividos en el páramo llena de preocupación a los habitantes de Moraca: sin pérdida de tiempo los naomas se encierran en las nunhuañkalas masculinas y femeninas para adivinar El centro ceremonial, edificado sobre una sucesión de terrazas encinturadas con murallas de piedra, comunicadas con escalinatas, se convierte en una gran kama, fuerza espiritual, para interpretar lo sucedido en el abrigo rocoso del Cerro Angimaloa: ¿Se atreverán los jaguares rojos a incursionar en la propia ciudad sagrada? . El solitario trabajo del Naoma-Kavi en el templo mayor permite a Nyuba-Aluna disponer de tiempo para reencontrarse con Mamanosensio, su maestro en el pasado. De aquella época de niña le quedó un recuerdo grato y bello; y cuando vuelve a estar frente al viejo preceptor, comprende la intensidad de su cariño hacia él. Ya a solas, Nyuba-Aluna le confiesa su amor y entrega al kashingui, y le muestra la Haga-Maui-Nauiendi, esperanzada porque conozca su origen. Al ver el pendiente, el sacerdote se queda pensativo: las revelaciones de su antigua discípula lo tienen conturbado: a ella no le era permitido ceder a las pasiones, ni doblegarse ante la fragilidad humana. Con la cabeza inclinada y la barbilla enterrada en el pecho, Mamanosensio busca una explicación que pueda justificar la caída del Espíritu de Oro. Su condición de maestro le facilita medir la sensibilidad humana y descubrir los secretos del alma, con sólo posar sus ojos en los rostros de sus alumnos. Su larga vida, dedicada al sacerdocio, le permite ser la expresión perfecta de Aluna, el Espíritu. Ahora, al

ver a la muchacha doblegada a sus pies, la evoca cuando de pequeña fuera traída a Moraca: debido al color de sus ojos, el entonces naoma de Buritaca la separó de sus padres y la trajo al centro ceremonial para ser educada como sacerdotisa, y él debió hacer las veces de padre y maestro, amándola con especial predilección. Al revivir aquellos días ya lejanos, la toma de las manos, le sonríe, la estrecha entre sus brazos y le murmura al oído:

—Na abuldu Nyuba: no necesitas estar afligida. Ven… te enseñaré algo que alejará tu tristeza.

Con dificultad Nyuba-Aluna esconde su desconcierto: esperaba de su maestro un reproche y éste, en cambio, le prodiga más afecto y la llena de esperanza.

—¡Mamanosensio!

Por el camino-gradería que cruza la ciudad ceremonial y pasa frente al gran trono de la Madre Universal, ascienden hasta el lindero superior de Moraca, donde la calzada se vuelve un estrecho sendero, accediendo en zigzag hasta los paredones de roca del Tukumena, el Cerro de los Manantiales, sonoro con el tintineo cristalino de sus cien cascadas. Empapados bajo ellas, Mamanosensio conduce a la sorprendida Nyuba-Aluna hasta la boca de una gruta disimulada por matorrales y musgos prendidos de las paredes. Se introducen en ella y, por un angosto laberinto, desembocan a una cámara iluminada a medias por la luz filtrada a través de una grieta del techo. Permanecen unos instantes quietos, acomodan la vista a la penumbra, la muchacha descubre amontonamientos de vasijas y copas de cerámica, donde alumbran figuritas de oro o espejean las superficies pulidas de arrumes de cuentas-kuitsi, collares de ágata y cuarzos de colores.

—Aquí —explica el maestro— se guardan las ofrendas a Haba Séinekan, traídas desde todos los rincones de Keka-Bunkua.

Y sin perder un instante busca entre ellas algo definido. Cuando lo encuentra, se incorpora y lo pone en manos de Nyuba-Aluna, con una satisfacción muy especial reflejada en su rostro.

—¿Qué es esto?… ¿Cómo puede ser? —balbucea la joven al ver entre sus manos un gran pectoral de cuentas Hagu-Maui-Nauiendi.

—Y mira esto —Mamanosensio extiende el precioso adorno ante sus ojos y le resalta el lugar donde falta un pendiente—. ¡Y tú lo tienes!

* * *

Sobre la superficie lisa de la Haggi-Koktuma, Mamanosensio ha colocado el pectoral de piedras nube-cielo: lo componen cerca de un centenar de cuentas tubulares, redondas o en forma de lágrimas, blancas y azules, de un brillo y acabado perfectos, intercaladas con sapitos, jaguares y pequeñísimos cascabeles de oro. Es uno de esos magníficos adornos de los taironas, producido por la maestría de los mejores talladores y orfebres, destinado sólo a grandes personajes. Nyuba-Aluna, de pie ante el gran trono de la Madre Universal, mira hipnotizada el pectoral y no atina todavía a comprender. Con voz susurrante el sacerdote la insta:

—Haz tu ofrenda.

La muchacha desprende de su gargantilla de oro la cuenta de Ulaban y la coloca en el lugar donde existe el vacío. Luego se vuelve al maestro interrogándolo con sus pupilas doradas:

—Mamanosensio… ¿Entonces él?…

El maestro de Moraca asiente con una sonrisa, abre los brazos, la recibe y la estrecha contra su pecho.

—… Es una historia larga… muy larga: de una cacica yarineke y su hijo, del otro lado de estas montañas, mujer de un gran jefe wiwa, Hermano Mayor nuestro. Ulaban también es tairona… Será tu hombre y ya nadie lo impedirá.

XXXI

Las lúgubres voces de la nung-subalda tocadas a un mismo tiempo en muchos lugares de la Sierra Nevada, sirven de orden de ataque a Seoname-maku para lanzar sus fuerzas contra los sangaramena. Es un enorme y mortal abrazo, que comienza a apretarse sobre el campamento caribe. Al Oriente, lo conforman los escuadrones duanabuká al mando del cacique Avincuo, bajando enardecidos por el Tapiraguana-tukue; en el medio, al descolgarse como una avalancha de la Cuchilla Nukui, o saliendo por el cañón del Nyuba-Nyna a manera de embravecida creciente, atacan los kogi y los aldu-guiji

comandados por Lazama y Malabú; y completando el cerco por el Occidente, el asalto lo realizan los ejércitos taironas, reforzados por Chole y sus demonios rojos de la marisma. Estratega y jefe de todos es el cacique Jaguar Negro, al frente del más bravo grupo de rabones.

Según lo convenido, estas fuerzas tomaron posiciones en las montañas y la llanura del litoral, esperando antes de lanzarse al combate las noticias sobre Ulaban. Desalados, los emisarios corrieron una y otra vez desde el cuartel general de Seoname-maku hasta los campamentos de Avincuo, Lazama, Malabú, Toconcique y Buihona, a fin de aplazar el ataque. Quería el cacique-guerrero, previendo demoras o contratiempos en la misión del kashingui, darle otra oportunidad. En nyi, el mar, también Kashín tenía la flota en posición de ataque: encerraría a Sangama si intentaba retirarse por esta vía.

Cumplido el plazo pedido por Ulaban, Seoname-maku lo alarga todavía más: los límites de tiempo se prolongan en forma indefinida: tensión, impaciencia, deseos por lanzarse al combate, se apoderan de todos. La espera, los sucesivos aplazamientos, se tornan en irresistible tormento: ya es imposible contenerlos más; y seguir continuando el asedio, sólo da ventajas y oportunidades a Sangama. Con el ceño fruncido, torvo, impaciente ante la falta de noticias de Ulaban, el Jaguar Negro no tiene otra alternativa que entregar a los emisarios las Flechas de Heisei, ornadas de plumas azules. Cuando según sus cálculos cada jefe ha recibido la propia, él hace sonar a un tiempo las nung-subalda, voz de marcha de los ejércitos.

* * *

Es el anochecer.

Saxa-ti mira de frente y muestra su salpicada cara sobre el horizonte montañoso de la Sierra. Desde antes de llegar la oscuridad, ya estaba allí, como a la espera, observando las posiciones defensivas de los sangaramena, erizado abanico de lanzas en toda la extensión de la llanura; y en torno a él, en rápido avance, las huestes al mando del Jaguar Negro.

Desde las alturas montañosas, y por los cursos de los ríos Tapiraguana y Buhía, como un vendaval, llega la voz ronca y profunda

de las nung-subalda, canto de vida y muerte... de victoria y derrota. Y simultáneo con ellas, el estallido de una tormenta:

—¡Heisei!... ¡Heisei!

Es de nuevo el grito que incita al ataque. La tenaza se cierra. Y por respuesta, se escuchan las voces belicosas y altisonantes de los caribes. Se suceden las primeras escaramuzas: los combates cuerpo a cuerpo revisten inusitada ferocidad. Silban en el aire mortales lluvias de saetas envenenadas; las incendiarias destellan como pinceladas de fuego, arcos luminosos elevándose de las formaciones atacantes hacia los emplazamientos de los arranca-cabezas. Por primera vez las gentes de Sangama encuentran adversarios tan aguerridos como ellos mismos. ¡Los guerreros de Keka-Bunkua!

Así estuvieran esperando el asalto, el primer choque es tan arrollador que los sangaramena ven comprometida su solidez: cada duanabuká, cada aldu-guiji, cada kogi, cada tairona, parecen cumplir venganzas personales por mucho tiempo esperadas. Esa noche y muchas siguientes, durante las veleidosas manifestaciones de Saxa-ti mirando de frente, de lado, ocultándose, otra vez de lado, de nuevo de frente, y también al paso de los días y a la vista ardiente de Surli, la llanura del litoral se transforma en un infierno: la posición de las líneas de combate cambia de continuo, avanzan, se repliegan, se retuercen, se entremezclan, se confunden: semejan nudos de serpientes humanas, girando sobre sí mismas en un proceso sangriento de exterminio: son oleajes multitudinarios acosándose, destruyéndose, partiéndose, aniquilándose.

—¡Heisei!. ¡Heisei!

El fragor continuado de los combates, los gritos coléricos de los guerreros, los cantos de triunfo, el sonar de las trompetas y los tambores, los lamentos de los heridos, el crujir de huesos partidos o cráneos aplastados, se elevan sobre las copas de los árboles, se arrastran por la sabana, hacen vibrar la tierra, a la manera de manegungu, el rugido subterráneo, lanzado por Kamansa, el Terremoto. Un olor nauseabundo, proveniente de los cuerpos insepultos, viaja con los vientos marinos hacia el interior de la Sierra, es el mensaje luctuoso para los habitantes de la Montaña Blanca, de cuántos y cuántos seres humanos ya han perecido en la conquista y defensa del territorio. Para entonces, Sangama ve diezmada sus fuerzas y considera la posibilidad de escapar por el mar

Acostumbrado a la victoria, el líder de los caribes no se resigna: intenta raudos e incisivos contraataques, una y otra vez rompe el cerco, penetra las líneas, causa mortandades y desconcierto, pero de inmediato, como si brotaran de la tierra, las huestes del Jaguar Negro cierran las brechas y obstruyen a sus guerreros.

—¡Heisei!. ¡Heisei! —es el grito de respuesta de los taironas a sus esforzados intentos por cambiar el curso de la batalla, voz de muerte que comienza a serle un suplicio insoportable.

Cuando las fuerzas de Sangama comienzan a replegarse hacia su campamento principal de la orilla del mar Seoname-maku presiente la victoria: ha llegado el momento de enviar emisarios a Moraca para pedir a Naoma-Kavi su presencia durante las últimas escenas de la batalla. Cuatro relevos corren hasta reventar subiendo por el cañón del Nyuba-Nyna, y para la noche entregan a muru nakubi la importante noticia. De inmediato, el gran sacerdote da instrucciones: a la mañana siguiente partirán, y Nyuba-Aluna formará parte de la comitiva. Luego, con los sacerdotes y aprendices de Moraca, se inicia una solemne ceremonia en torno a la Haggi-Koktuma, al son de trompetas, flautas de carrizo y tambores. Es el anticipo a la celebración por el triunfo sobre los invasores de Keka-Bunkua.

Emocionada y feliz, Nyuba-Aluna baila como nunca: volverá a encontrarse con Ulaban, lo sorprenderá con el descubrimiento sobre su origen gracias a la Piedra Nube-Cielo, y lo amará y amará...

* * *

Desde su puesto de mando en el frente de batalla, al tomar un reposo en la extenuante y larga lucha, Seoname-maku recibe los partes de batalla enviados por los caciques-comandantes. Como fuera planeado, Avincuo, Lazama, Malabú, Toconcique y Buihona, cumplidas sus metas, ocupan posiciones consolidadas alrededor del campamento de los arranca-cabezas. A una nueva orden del Jaguar Negro, empieza el asedio final contra las huestes de Sangama. Ahora se mezclan fuerzas de taironas, kogis, aldu-guijis y duanabukás, vencedores y sobrevivientes de los cruentos combates librados en los días pasados: son un apretado, vengativo y enardecido círculo dispuesto para el último y definitivo asalto. En Keka-Bunkua, en el

pasado, nunca se libró una guerra de tal magnitud, ni la mortandad de unos y otros fue tan elevada. Por igual, han caído caribes y guerreros de la Montaña Blanca: diezmados están los ejércitos, pero el destino de los sangaramena parece más incierto, condenados al sitio por hambre, o al exterminio de no escapar por el mar.

De Ulaban no se tienen noticias y Seoname-maku y Kashín temen por el resultado de su misión. Apremiado por esta circunstancia, el cacique-guerrero ordenó tomar prisioneros y someterlos a interrogatorios antes de ejecutarlos: ni el tormento despega los labios de los arranca-cabezas: mueren desafiantes, en actitud heroica, sin dejar escapar un lamento: hacen honor a su fama de valientes. Un arrogante manicato capturado por el viejo Chole y sus demonios rojos, acepta dar información al Jaguar Negro: ... Sangama supo de la derrota y muerte de los gulamena por el único sobreviviente que logró burlar las trampas mortales en las marismas. Al comprender el jefe caribe la gravedad de los hechos, sin pérdida de tiempo inició preparativos para enfrentarse a los taironas y sus aliados. Sus planes de constituir una gran nación para su gente ya se desdibujaban: pero no serían los habitantes de la Montaña Blanca quienes lo vencieran... Estaba entregado a los aprestos bélicos, rumiando venganza por la muerte de su hermano, cuando le anunciaron la llegada a puerto de una solitaria canoa, y el mensaje de Ulaban pidiendo ser escuchado. Ya tenía referencias del caribe por boca del propio Gula; y en su bohío, rodeado de sus principales manicatos, lo recibió: la aparición del kashingui, tranquilo, seguro de sí mismo, desprovisto de armas, con sus razonamientos sobre la convivencia y el progreso, le produjeron estupor y curiosidad, así su talante lo impulsara a desoírlo. Oyó hablar de los duanabuká, la gente del pelícano, caribes como ellos, llegados con anterioridad a Keka-Bunkua, a quienes gulamenas y sangaramenas atacaron destruyéndoles los pueblos costeros, usurpándoles los territorios y robando a sus mujeres, en injustificada respuesta a un recibimiento amistoso. En un pasado ya remoto, ellos habían arribado a estas costas en forma pacífica, y tuvieron oportunidad de cambiar sus costumbres de navegantes y guerreros por una vida tranquila y próspera, en las llanuras y laderas al Oriente del río Guamoea. Y también informó Ulaban a Sangama sobre el poderío y la grandeza cultural de los taironas y sus aliados los kogi y los aldu-guiji, organizados bajo la autoridad del Naoma-Kavi, ofrecién-

dole, si lo quería y aún era posible, servir de mediador con Seoname-maku y los otros caciques, para detener esta guerra y buscar en cambio un lugar dónde establecerse en forma pacífica. El jefe caribe no se apresuró a responder, y hubo desconcierto entre los manicatos acostumbrados a verlo actuar sin dilaciones. Parecía pensativo y dudoso, cuando escuchó a sus capitanes expresar con vehemencia la condena a muerte contra el kashingui. Al final, después del suspenso de su silencio, aplazó su determinación hasta el próximo cambio de luna. En tanto, atado de pies y manos, ordenó encerrar en un bohío vecino al suyo a quien se convertía en importante prisionero; y volvió a dedicar la atención a los preparativos de la guerra.

El relato del arrogante manicato sume al Jaguar Negro en la preocupación: ahora, más que antes, está indeciso sobre el momento oportuno para desatar la ofensiva final. Discute con sus consejeros, envía un emisario a Kashín para enterarlo sobre las noticias de Ulaban, y la ocasión es aprovechada por el prisionero caribe para arrebatar la lanza de manos de uno de sus vigilantes e intentar agredir a Seoname-maku. Sólo la rápida reacción del cacique-guerrero lo salva de perecer en el atentado: el temerario arranca-cabezas es dominado y sacrificado sin contemplaciones. A la vista del ensangrentado cuerpo del manicato, en sus últimos estertores, el Jaguar Negro no muestra odio por su enemigo, sino un curioso y agradecido sentimiento.

—¿Cuánto falta para el próximo cambio de Saxa-ti? —pregunta a su consejero de asuntos astrales, un sabio nauma de su comitiva. La respuesta es inmediata:

—Un día y una noche.

Los ojos del cacique despiden destellos cuando comenta decidido:

—Con ese tiempo contamos para salvar a Ulaban. —Y señalando al manicato muerto—. Si es que éste nos dijo la verdad…

* * *

Desde su prisión, a través de los estantillos, Ulaban observa la actividad en el campamento de los arranca-cabezas, y en especial la de Sangama dando instrucciones, yendo de un lugar a otro, par-

ticipando con frecuencia en los simulacros de combate. El cercado de contorno ha sido reforzado y en los espacios libres se hincan puntudos estacones, inclinados hacia afuera, para que en ellos se claven los atacantes en sus arrolladoras embestidas; en sitios estratégicos se amontonan flechas, lanzas, hachas y proyectiles de piedra, y en otros, provisiones y bebidas para satisfacer el hambre y la sed de los combatientes. El líder caribe es de una vitalidad inagotable, ejerce la autoridad con un dominio total, donde no se admite la réplica sino la ciega obediencia. Con frecuencia, para ejercitar la puntería de sus arqueros y mantener enardecidos los espíritus, ordena amarrar prisioneros a los postes del patio central, para hacerlos asaetear en medio de los gritos delirantes de sus guerreros. Así se desfoga la tensión acumulada por una realidad inobjetable: el cerco tendido por los taironas y sus aliados, cada vez más estrecho y amenazador.

Al atardecer, también Ulaban presencia los momentos de descanso y de placer de Sangama, en su bohío sin paredes, donde los arcones de sostén al techo cónico de palma, permiten pasar la brisa y la vista de un lado a otro, sin ningún impedimento. Para entonces, el gran guerrero sangaramena se cambia por un ser infantil, alegre y tierno con sus mujeres: desnudo, luciendo su musculatura, sus cicatrices y su virilidad, retoza entre ellas, las acaricia, las incita sin medida, se entrega al placer de la comida y la bebida, comparte con ellas estos deleites sin egoísmo; luego, ya a la luz de la fogata, elige a una y la conduce a la hamaca para ser su compañera por otra noche.

Otras veces, a la madrugada, Ulaban despierta con la sensación de tener compañía en su bohío-prisión. Con el cuerpo entrabado y dolorido, debido a la quietud forzada por las ataduras, encuentra a Sangama observándolo, de pie ante la puerta, inmóvil como una estatua. Cuando se siente descubierto, el jefe arranca-cabezas da media vuelta y sale silencioso como un espectro. Para entonces el kashingui ha adivinado la lucha interior en la cual se debate: de lo contrario ya hubiera ordenado matarlo y la venganza por la muerte de Gula estuviera saldada, dentro de un juego simple de una vida por otra. También lo sorprende otra madrugada, de cuclillas, atizando las brasas para iluminar y calentar el recinto, confundido y rabioso a la vez, con deseos de hablar, pero sin lograr vencer su

desproporcionado orgullo de jefe y guerrero. En la mirada, rehuyendo mortificado la suya, el kashingui adivina la duda, y esa soledad abrumadora y a veces atormentada de los caudillos, quienes a fin de cuentas no pueden, o no quieren, confiar en nadie; y aprovecha la oportunidad para acosarlo con sus razonamientos, enrostrarle las equivocaciones cometidas en Keka-Bunkua, primero contra sus hermanos duanabuká, y luego con las demás gentes, aldu-guijis, kogis y taironas, e inclusive contra ellos, los kashingui. —No has aprendido —le grita— otra cosa distinta a violar, saquear, incendiar y matar; en consecuencia, como retribución, recibirás lo mismo.

Y le añade con tono profético:

—Actuando así, nuestra gente nunca va a encontrar un espacio acogedor bajo el cielo de la Montaña Blanca. Estos territorios ya tienen dueño: son de gentes organizadas, poderosas, de cultura superior; dispuestas a defenderse; y quizás a compartir, si se desiste de la guerra, igual a como en el pasado lo hicieron las gentes del pelícano. así como lo hicimos los kashingui en época reciente; de lo contrario, la suerte de los sangaramena será igual a la de los arranca-brazos, y ello no implica que a los duanabuká y a los kashingui se nos pueda tachar de traidores.

Sangama aprieta los labios: se los muerde y toda su cara se transforma en un rictus bestial. Ulaban no necesita escuchar sus palabras para adivinarle los pensamientos, cuando se pone en pie y sale del bohío, acosado por sus argumentos.

La siguiente visita de Sangama al bohío-prisión ocurre esta vez al atardecer, cuando terminadas las prácticas del día, pasa de largo ante su vivienda y, sin mirar a las mujeres que lo esperan, se cuela en forma intempestiva y resuelta a la choza del prisionero. Esa noche comienza el cambio de luna.

—¡Cuénteme más de los taironas! —ordena autoritario, porque no tiene otro acento, así su mirada no concuerde con el tono de voz. En sus ademanes, en una sombra velándole los ojos, se hace notorio cuánto le ha costado vencer su orgullo para hacer esta pregunta.

El kashingui lo mira amistoso: comprende: presintió el cambio en el pensamiento del jefe arranca-cabezas desde cuando lo vio ese día en sus trajines marciales sin su habitual dinamismo; reemplazada su concentración por un aire ausente, de quien tiene otras preocupa-

ciones. Ahora, sentado en la banquita frente a él, Sangama se dispone a dialogar de igual a igual, con un chispeo amistoso en los ojos, y lo que en él es un inicio de sonrisa. Para entonces, en la lejanía, como un sordo rumor en aumento, vendaval que se acerca y retumba, se escuchan los trompetazos de las nung-subalda del Jaguar Negro. El líder y el prisionero se miran sin poder ocultar la ansiedad… ¿Se les habrá acabado el tiempo? Y Sangama se incorpora con gesto rabioso:

—¡Nos atacan! —vocifera; y sin cruzar más palabras, sale como una tromba del bohío para enfrentarse a los manicatos que corren hacia él para recibir instrucciones. Todos, sin excepción, saben llegada la última oportunidad: lo rodean, vociferan, hacen exigencias en coro, discuten, forman un curioso tumulto en torno a él. Las nung-subalda resuenan cada vez más próximas, son fondo musical, lúgubre, al grito de guerra enardecido de los taironas… ¡Heisei!.. ¡Heisei!

* * *

La orden de ataque, aplazada con intenciones de favorecer a Ulaban y sus planes pacíficos, y también para dar tiempo al Naoma-Kavi para llegar y presenciar el último y definitivo combate, es adelantada para antes del cambio de faz de Saxa-ti. Ni Seoname-maku, ni Kashín, ni ninguno de los caciques y comandantes quieren esperar. Todos arden en deseos de exterminar hasta al último de los arranca-cabezas, y concluir esta guerra ya tan larga y sangrienta. Y para el Jaguar Negro y Kashín, es quizás la única forma de rescatar con vida a Ulaban.

Suenan trompetas de caracol y nung-subalda tocadas al unísono; retumban con especial vigor los tambores de dos membranas. Arriesgando la vida como nunca, Seoname-maku encabeza el asalto final contra los caribes, en medio del griterío atronador de sus guerreros…

—¡Heisei!… ¡Heisei!

La embestida reviste características desusadas: ahora son los taironas y sus aliados los más violentos: todo lo arrasan… todo lo incendian… todo lo destruyen. Bajo sus armas caen los sangaramena, descuartizados, vueltos piltrafas: ahora los combatientes del Jaguar

Negro son demonios rojos y cuentan a su favor con la superioridad numérica. Nunca antes Sangama se enfrentó a enemigo tan violento y arrollador, y recuerda las palabras proféticas de Ulaban, el kashingui... El quiso creerle, pero ya era tarde. En medio del ulular, de los gritos de cólera, de los ayes, sus esforzados arranca-cabezas ceden terreno al verse encerrados, al ser aplastados y aniquilados. Sólo las mujeres y los niños refugiados en un lugar del campamento, ya controlado por los taironas, escapan a la espantable carnicería.

—¡Heisei!... ¡Heisei!

En medio de la batalla, Chole y un grupo de demonios rojos tienen por encargo buscar a Ulaban y rescatarlo de las manos de sus captores; no lo hallan por ningún lado, ni dentro de los bohíos, ni entre las ruinas de los incendios, y tampoco entre los heridos o los muertos regados por un lado y otro. Su suerte es un misterio, así el viejo duanabuká guarde la esperanza de su salvación, aprovechando la confusión de la batalla.

La pérdida de la mayoría de sus guerreros obliga a Sangama a cambiar de táctica y decidirse por la vía del mar, última oportunidad de escapar con vida. Da la orden de retirada y se enfrenta a la proeza de abordar las piraguas, hostigado por Seoname-maku, quien adivinó sus intenciones. Pese a la oposición, culmina con éxito el intento, desprende a mazazos a los guerreros del Jaguar Negro, aferrados a las bordas acorazadas de sus naves. Algunos logran saltar dentro y la lucha cuerpo a cuerpo se torna encarnizada, brutal, en tanto las embarcaciones se alejan de la orilla y buscan la salida por el estuario. Aquí ocurre lo inesperado para el jefe de los sangaramena: la flota de Kashín es tanto o más numerosa que la suya, y le tiene taponada la bocana.

En tierra firme la batalla se reduce a la persecución de los arranca-cabezas para rematarlos. No vale rendición: ¡sólo la muerte! La incertidumbre por la suerte de Ulaban abruma y enfurece a Seoname-maku y a Chole; como no aparece por parte alguna, apenas queda una esperanza: puede estar prisionero en una de las piraguas que ahora intentan la salida al mar. Kashín es puesto sobre aviso y frente a la desembocadura del Nyuba-Nyna ocurre el último episodio bélico, al entablarse combate naval entre la flota de Kashín, airosa con sus gallardetes azules ondeando en la punta de los mástiles, y

la de Sangama, con sus racimos de cabezas humanas entrechocando con macabro sonido al vaivén de las olas.

Con las velas henchidas de viento, las quillas al cortar y saltar los oleajes, arremetiéndose de proa con violencia para abrirse boquetes en los costados, los navíos forman una rara maraña bajo el cielo: semejan un enjambre de inmensos insectos devorándose en forma implacable. Kashín, poseído de furia tan grande como si fuese una montaña de Keka-Bunkua, teme por su compañero Ulaban. Corta el paso a los barcos de Sangama, con atrevidas maniobras náuticas los neutraliza, descubre el del jefe sangaramena, lo apareja y se lanza de primero al abordaje. El duelo es de titanes, prolongado, enfrenta la decisión del kashingui contra la desesperación suicida del arranca-cabezas; al final lo doblega y herido lo toma prisionero.

—¡Ulaban!.. ¿Qué ha sido de Ulaban? —interroga Kashín, la maza en alto dispuesto a hundirle el cráneo. Sangama tiene una mirada extraña; no aparta sus ojos del vencedor, no hay odio ni ira en ellos, tampoco miedo; están fijos en el kashingui pero no lo ven.. lo traspasan: es una mirada perdida, que trasciende en el tiempo, e introspectiva a la vez: el sangaramena dejó de ser el feroz arranca-cabezas.. ahora recuerda las palabras de Ulaban y su tardía decisión para escucharlo. Le llegó el momento de recibir la cruel violencia que siempre prodigó. .

Enardecido por el silencio de Sangama y su actitud impenetrable, Kashín lo hace descender de la piragua, lo empuja, lo arrastra por la playa y ya en mitad del patio central del destruido campamento, lo obliga a hincarse y a morder el polvo, como acto de humillación. Allí, reunidos, a la espera, están el Naoma-Kavi, Nyuba-Aluna, Seoname-maku, Chole, los caciques-comandantes, varios naomas y muchos de los triunfantes guerreros.

—¿Qué se sabe de Ulaban? —inquiere el Jaguar Negro. A su lado, temblándole los labios, interroga con los ojos el Espíritu de Oro.

—¡Nada!... Pero éste debe saber... —Y Kashín señala a Sangama, ahora incorporándose en actitud orgullosa, pese a sus heridas.

Todas las miradas se concentran en él: es el último sobreviviente de los temidos arranca-cabezas; y pese a su condición de vencido, desarmado, con la piel cubierta de heridas, apelmazadas sobre ella la sangre y la arena, se ve imponente, inspira respeto con su corpa-

chón marcado por las cicatrices y los tatuajes. Altivo, con un rictus trágico en las facciones, levanta la barbilla, mira retador a sus triunfantes enemigos formando círculo a su alrededor: Naoma-Kavi, el gran sacerdote dueño del poder en Keka-Bunkua; Seoname-maku, el Jaguar Negro, su principal y valeroso rival; Kashín, causante de su derrota final; Avincuo, cacique de la gente del pelícano, antiguo hermano de raza, quien se le adelantó en esa concepción de un territorio propio para los caribes en estas comarcas de la Montaña Blanca; Chole, el viejo duanabuká, que marcó su primera derrota en los pantanos; y esos otros caciques y guerreros, cada cual dispuesto a acabar con él y poner fin a la guerra... A todos los mira, inconmovible, con heroica dignidad. Sólo cambia la fiera expresión de su rostro cuando descubre a Nyuba-Aluna, hermosa, cubierta de alhajas, la única de cuantos lo rodean, quien, en vez de mostrar agresividad, lo contempla con la angustia asomada a sus pupilas doradas, ojos como antes nunca viera, y en su actitud interrogante parece esperar algo de él... Entonces recuerda a Ulaban, el kashingui: Sí —piensa—, el tiempo también se acabó para mí... Y levanta la vista y la clava en la parte alta de un poste, donde luce la cabeza de un decapitado. Nyuba-Aluna sigue la mirada del arranca-cabezas, reconoce en ella la de Ulaban, de sus labios escapa un grito desgarrador, prolongado, lacerante, que penetra al cerebro de sus acompañantes y los estremece. Todos se vuelven hacia ella... la ven con los brazos tendidos a lo alto, temblorosos, las manos crispadas, el llanto bañándole el rostro. A tan desusada actitud del Espíritu de Oro, imagen dramática del dolor, sin excepción siguen la dirección de sus ademanes y descubren al descabezado... ¡Lo reconocen!... Y a su vista se les reviven todas las tragedias, las crueldades y los sufrimientos de la guerra. Petrificados, hipnotizados, se ven mirados por Ulaban, el único entre ellos verdadero preconizador de la paz y la convivencia.. y quien no merecía morir...

Un rugido, conjunción de ira y dolor, los obliga a bajar la vista del último y pálido despojo del kashingui, con los ojos abiertos, ensartado en la punta afilada del poste, para encontrarse ante otro cuadro espantable. Es Sangama: aprovechó la distracción de sus captores, echó a correr hacia uno de los estacones dispuestos como mortales trampas contra los taironas, y se lanzó sobre la afilada punta para morir en medio de estertores y convulsiones sangrientas.

* * *

Los festejos de la victoria no tienen precedentes en Keka-Bunkua: son multitudinarios y duran muchos días con sus noches. En todas las aldeas, pueblos y en las grandes ciudades como Tayronaca, Posigüeyca, Cincorona, Bonda, Ponkeica, se festeja el triunfo con bailes, banquetes y bebezones. Diferentes son las conmemoraciones en las ciudades sagradas de las montañas, donde todo se realiza dentro de las nunhuañkalas, con adivinaciones, vigilias y ayunos. En la escala de la jerarquía social y religiosa, el poder de los naomas una vez más quedó confirmado: al intenso y efectivo trabajo en las casas ceremoniales, se debió el respaldo sobrenatural de las Madres, Padres y Dueños, para el éxito en las campañas bélicas. Las predicciones al futuro revisten desbordante optimismo; el País de los Taironas consolidó sus fronteras, su estructura social y política lo convierte en la nación más poderosa y estable de Keka-Bunkua. Según lo predice el Naoma-Kavi, el futuro será promisorio; así lo ha visto en las estrellas.

Los relatos sobre las acciones guerreras contra ubatashis, gulamenas y sangaramenas, ya se adornan con el apasionante halo de las leyendas, erigen en héroes casi míticos a quienes perecieron en la guerra: Ulaban, el kashingui-tairona... Nomaregüey, cacique de Tayronaca, muerto en lucha contra la gente de los ojos azules. Los vivos, en tanto, reciben el reconocimiento de las gentes a donde quiera que vayan: Seoname-maku el Jaguar Negro, Kashín, Avincuo, Lazama, Malabu, Gitamaku, Toronomala, Buihona, y hasta el viejo Chole y sus demonios rojos de las marismas, admirados por todos. Son nombres consagrados para la historia.

En Tayronaca, el recibimiento brindado a Seoname-maku y sus ejércitos es apoteósico. A él se añade otro hecho de orden familiar, inusual y sorprendente en estas tierras de Keka-Bunkua: durante los últimos días de la guerra, Ula-yang tuvo un feliz alumbramiento triple, de una niña y dos varones; y ahora, a la llegada triunfal del Jaguar Negro, la nueva madre lo espera emocionada, con los chiquillos en sus brazos. A su lado, Haba-nay muestra su radiante orgullo.

El cacique-guerrero luego de saludar y abrazar a Ula-yang a la vista alegre de la multitud, sorprendido se queda mirando a los

pequeñines. Uno por uno los levanta para que sean vistos; luego, con su voz potente de comandante, pronuncia sus nombres:

—¡Muyubi!... ¡Donde nació el Espíritu! —exclama al tener entre sus brazos a la niñita—; y la multitud repite entusiasta:

—¡Muyubi!... ¡Muyubi!... ¡Muyubi!

Toma al primer varoncito, lo alza y grita con todas sus fuerzas:

—¡Ulaban!

El público recuerda al kashingui y en forma emocionada corea:

—¡Ulaban!... ¡Ulaban!... ¡Ulaban!

Por último alza al segundo niño:

—¡Seiname!... ¡Jaguar Negro!

Y el gentío responde enloquecido:

—¡Seiname!... ¡Seiname!... ¡Seiname!

De inmediato comienzan las danzas, se hacen sonar los shimunku y los gaugi, pequeños cascabeles de oro y los pitos llevados dentro de la boca.

* * *

A la noche, en la intimidad del hogar, al dejar en un rincón las armas y los arreos de cacique-guerrero, Seoname-maku también se despoja de esa responsabilidad que le implicó llevar sobre sus hombros el peso de la guerra y la vida de tantas gentes. Mira incrédulo y maravillado a sus hijos y luego, con profundo agradecimiento, a Ula-yang. De nuevo la paz y la alegría están en su rostro. Sin embargo, en su voz queda un dejo de tristeza, mientras recrea la vista en los pequeñuelos.

—Son los hijos de la victoria —comenta pensativo, envuelto en emociones encontradas. Ula-yang lo abraza, lo besa con la suavidad de la brisa, lo interroga con los ojos. El continúa con acento nostálgico:

—Ojalá nunca vuelva la guerra... He quedado asqueado con ella. Las alegrías de las victorias nunca compensan todo el dolor y el sufrimiento desatados para conseguirlas.

Y al rechazar todo pensamiento sobre el pasado bélico, intenta ser con Ula-yang el amante tierno y apasionado de los primeros días.

* * *

Durante tres fases de mirar la veleidosa Saxa-ti, y uno de esconderse a la vista de todos, permite el Naoma-Kavi descansar a Seoname-maku de sus obligaciones como cacique de Tayronaca. Pasado este período, de nuevo es llamado a reunión en la nunhuañkala, donde lo espera el muru nakubi acompañado de los principales naomas y caciques del Valle de Tairona, de las ciudades de las montañas, y de los centros poblados del litoral. Concluida la guerra, es imperioso dar a la nación un gobierno apropiado para los tiempos de paz, donde el cuidado de las fronteras será una de las prioridades; Kashín, al mando de su flota, recorrerá las costas de Keka-Bunkua para no volver a ser sorprendidos por los caribes, y extenderá los patrullajes al Occidente, frente a las regiones de Chairama, Taganga, Bonda, Betoma y Posigüeyca, algunas de ellas más allá de la esquina nor-occidental de la Montaña Blanca.

Las migraciones caribes, eso ya lo saben, no se detendrán: estos audaces aventureros del mar seguirán llegando en sus veloces, esbeltas y acorazadas piraguas; para controlar sus arribos, se les mostrará el poderío de Kashín frente a las costas, y la organización en tierra de los taironas y sus aliados, motivos suficientes para disuadirlos de sus intentos de conquistas violentas. Los padecimientos de la guerra y la sangre derramada no serán en vano. Por largo tiempo, así lo han adivinado los naomas en las ceremonias nocturnas de las nunhuañkalas, habrá paz y prosperidad para las gentes del País de los Taironas y sus aliados.

Convenidos los asuntos del futuro gobierno, naomas y caciques parten a sus diferentes lugares de origen: deben cumplir con sus responsabilidades, en las cuales son autónomos, así exista un orden económico interdependiente, resultado de la práctica común de sistemas, según las condiciones propias de cada región, y de sus productos especializados con destino al comercio. En lo militar, cada cacique mantendrá cuerpos armados dispuestos en un momento de emergencia a conformar un poderoso ejército, así como acaban de hacerlo con resultados tan efectivos. Sólo en lo religioso habrá sujeción permanente a una autoridad: la del Naoma-Kavi muru nakubi, con poder sobre todos los territorios y todas las gentes de Keka-Bunkua.

Un asunto queda por resolver: el de los kaxshigugulu merodeando por los alrededores de la Cuchilla Sapapangüega, arriba de Moraca, desde donde bajan a saquear los poblados y atemorizar a las gentes. Y el Naoma-Kavi, con su aspecto severo, recuerda al Jaguar Negro su misión de cazarlos y darles muerte.

XXXII

—¿Por qué tienes que sacrificarlos?

—El Naoma-Kavi lo ordena… así lo adivinó en la Nunhuañkala.

—Pero.. ¿no son suficientes todas esas muertes ocurridas durante la guerra? Decías que estabas hastiado por tanta sangre derramada.

—Yo sí. mas no el muru nakubi.

Ula-yang insiste: quiere convencer a Seoname-maku para encontrar razones valederas y desistir de esa nueva empresa de violencia y muerte. No desea sufrir otra vez la incertidumbre por su ausencia; además, de un tiempo para acá, sueña con su cuñada Meli-ang, a quien ve feliz con el ubatashi y su hijo.

—¿Acaso no lo has pensado? .. Uno de los jaguares rojos debe ser Ubatashi-thor: por eso vino a Tayronaca.. a llevársela junto con Suku-thor.

—También lo creo. Pero no debo oponerme: el destino de los ubatashi quedó trazado en las estrellas cuando pasó el Gran Jaguar, y nada podré hacer para cambiarlo.

A la puerta de su nunhúe, ante la vista melancólica de Ula-yang, Seoname-maku apresta otra vez las armas. No lo hace con entusiasmo, mas sí con especial cuidado: en ello puede irle la vida. Para esta expedición no portará ninguna de las insignias de cacique: vestirá apenas el manto de los taironas corrientes. Cuando todo queda listo, da una última mirada a sus hijos y abraza a la acongojada Ula-yang.

—No te aflijas.. quisiera no hacerlo, pero es mi obligación de Jaguar Negro.

Para entonces se presenta el viejo Chole, a quien mandó llamar desde el reconstruido poblado de Buya, donde ahora es importante

personaje. Conocedor de todos los caminos de Keka-Bunkua, el duanabuká y un rabón de nombre Cutame, serán sus acompañantes en esta nueva misión. Con ellos parte por el camino que tiempo atrás recorrieran los fugitivos hombres-felinos, para subir a las montañas.

* * *

Antes de ascender al páramo y a la Cuchilla Sapapangüega, hace escala en Moraca, donde presenta ofrendas a la Madre Universal en la Haggi-Koktuma. Allí vuelve a encontrarse con Nyuba-Aluna: solitaria, vive en uno de los templos femeninos del centro de enseñanza religiosa; ya su rostro no es el del Espíritu de Oro de los Taironas, ese ser dotado de especiales poderes; ni cubre su hermosa desnudez con alhajas de oro y pedrería; y tampoco permanece con los párpados cerrados y el aire dormido y distante, que a todos admiraba e infundía respeto. Nyuba-Aluna viste ahora una saya blanca, como cualquier mujer tairona de las montañas, y su aspecto es el de una joven más, golpeada como muchas de Keka-Bunkua por la tragedia de la guerra. Ni Mamanosensio con sus consejos, pudo cambiar su actitud inconforme, rebelde, de impugnación hacia su malhadado destino; lo manifiesta con el gesto permanente de las comisuras de sus labios hacia abajo, el aire nostálgico, en los pómulos los surcos de muchas lágrimas derramadas, y en la bella pero triste expresión de sus ojos dorados, el reflejo del profundo drama de su vida.

Con Seoname-maku sostiene prolongadas entrevistas; a ellas, a veces asiste el maestro de maestros Mamanosensio. Nyuba-Aluna, igual que Ula-yang, tampoco reconoce válida la razón para perseguir y dar cacería a Ubatashi-thor, y poner en peligro la vida de Meli-ang y su hijo; y pide al naoma de Moraca use de sus poderes como sacerdote para liberar al Jaguar Negro del cruel encargo. En Moraca, la realidad de los kaxshigugulu es muy diferente a como se ve en la capital tairona: la cercanía a la Cuchilla Sapapangüega ciñe más a la verdad los relatos sobre los jaguares rojos; éstos no atacan a los viajeros del páramo, y ninguna otra mujer ha sido raptada; se limitan a deambular en las noches por los pueblos cercanos, para

buscar alimentos en los huertos y campos de cultivos; y las gentes, ya acostumbradas a ellos, evitan los daños al dejarles comestibles a las puertas cerradas de los nunhúes. De Meli-ang, de la compañera de Nyuba-Aluna, y de la mujer robada en Taminaka, sólo se sabe por haberlas visto a lo lejos, al cruzar las inmensas planicies de los pajonales en pos de los jaguares rojos, una de ellas con un chiquillo a las espaldas..

Mamanosensio lleva varios días con sus noches adivinando en la Nunhuañkala; Nyuba-Aluna lo asiste, le prepara y le lleva los alimentos y bebidas rituales, mientras Seoname-maku espera impaciente: Saxa-ti ya va a mirar de frente y según la experiencia, es el tiempo oportuno para cazar felinos en el páramo. Esta circunstancia lo decide y a la madrugada parte de Moraca, sin más compañía que Chole. Los habitantes del pueblo ceremonial, como es costumbre en las horas de oscuridad, permanecen dentro de los templos en sus trabajos de adivinación y aprendizaje. Cuando hacia Noa-Nashika, el Sur, se recortan contra el cielo gris los filos dentados de los cerros, tocantes sus sugestivos nombres con el significado mítico de las cabeceras del Nyuba-Nyna, aparecen blancas y diminutas en la distancia las siluetas del Jaguar Negro y el viejo Chole: portan largas lanzas de macana, saltan ágiles sobre los peñascones al borde mismo de los abismos. Su destino no tiene otra interpretación que el cumplimiento de las órdenes del Naoma-Kavi, así sus sentimientos aborrezcan esa misión. En esta oportunidad, Seoname-maku no aspira a ninguna ventaja. Oyó hablar de dos kaxshigugulu y en consecuencia sólo lleva de acompañante al duanabuká. El enfrentamiento, si llega a ocurrir, será de igual a igual; la edad de Chole no es desventaja: eso ya fue probado por muchos caribes muertos durante la guerra.

* * *

Situados en lugares escondidos y casi inaccesibles, están los abrigos rocosos donde se guarecen Ubatashi-thor y Walla, el primero con Meli-ang y su hijo, el segundo con las otras dos mujeres. Viven en cuevas independientes pero vecinas, para prestarse oportuna y solidaria ayuda en caso de requerirlo.

Su territorio es el lomo de Keka-Bunkua, frecuentado por apresurados viajeros en su paso de una vertiente a otra, o por contemplativos sacerdotes que vienen a presentar ofrendas a Naboba, la Madre de las Lagunas, en los solitarios y bellos espejos de agua de Chirigua, Machuin, Surivaca y Motihua, localizados entre las altas cumbres labradas por los vientos; allí tienen los ubatashi sus escondites, entre grietas y cavernas, cachuleras disputadas a los osos, y hasta a los mismos pumas; con las pieles de unos y otros, se visten y protegen del intenso frío de las alturas. De estas grutas salen en las noches de luna, cuando bajan a merodear por las aldeas en busca de provisiones; o en las horas tibias del sol, cuando el páramo se despeja y pueden gozar de amplísimos panoramas, con la seguridad de no ser descubiertos por algún viajero.

En un principio, cuando escalaron el alto lomo de la Sierra Nevada al Oriente de los picos blancos, Ubatashi-thor y Walla creyeron escapar a la persecución de los taironas: tal la lejanía del mar y de las tierras bajas de donde venían. La extensión de las panorámicas no se comparaba en nada a lo hasta ahora conocido; y en algún lugar de estas montañas y valles, pensaron, podrían encontrar un paraje dónde establecerse sin sobresaltos, así se alejaran del mar y de la esperanza de retornar algún día a su país natal. La realidad no fue así: los lomos de Keka-Bunkua, a partir de la Cuchilla Sapapangüega, y al otro lado, bajaban hacia vertientes densamente pobladas por grupos humanos relacionados con los taironas. Para orientarse, Ubatashi-thor estudió en las noches despejadas el manto de las estrellas, igual a como lo hiciera en el pasado, desde el puente de mando de su navío. Dedujo así su ubicación exacta, dentro de la inmensidad terrestre posible de divisar temprano en las mañanas, antes de la formación de espesas nubes originadas en los húmedos cañones de los ríos: aquellos valles y montañas se extendían detrás de la Montaña Blanca, hacia el Sur, y el mar sólo podía verlo si miraba al Norte. Para no alejarse tanto de él y sus ilusiones, decidieron escoger la Cuchilla Sapapangüega y sus alrededores como sitio de habitación. Esto fue posible por la calidad pacífica de sus pocos moradores, dados a una vida de ritmo lento, con pueblos donde se podía incursionar en las noches sin el peligro de ser atacados. Una verdad era indudable: el ambiente frío de las alturas, su aire ligero, atemperaba el ánimo de los taironas.

La inusual presencia de Seoname-maku y Chole entre los pajonales, en plan de búsqueda y armados de largas lanzas de macana, constituye para los ubatashi un motivo de recelo:

—¿Qué piensas de ellos? —pregunta prevenido Ubatashi-thor—. Su actitud no es la de otros visitantes del páramo, interesados sólo en superar los filos para bajar a la otra vertiente. Estos…

—Están buscando algo: pueden ser cazadores: aquí abundan los venados, las dantas, los osos y los pumas: ya nos hemos enfrentado a ellos —complementa Walla, todavía sin preocuparse mucho.

—Tampoco podemos confiarnos —remata Ubatashi-thor, y propone no perderlos en ningún momento de vista, por turnos, para no dejar indefensas a las mujeres y al niño.

Desde ese momento los siguen en todos sus recorridos, unas veces a campo traviesa por las lomas cubiertas de pajonal, escondidos entre los hukungaka, frailejones de llamativa florescencia amarilla, o por las inclinadas laderas y depresiones en derredor de las Lagunas Sagradas; y también, internados en los laberintos rocosos, donde el viento silba como si pasara por la caña de una flauta gigante, o ruge entre los recovecos de una trompeta de caracol. Espiándolos, los ubatashi llegan a una conclusión:

—¡Han venido a cazarnos! —afirma Ubatashi-thor y el rostro se le transforma, otra vez se le vuelve agresivo. Walla deja correr la mirada por los lomos ondulados, con su piel dorada de pajonal. De nuevo el peligro es su sombra.

Confirmada la sospecha, Ubatashi-thor y Walla la comunican a sus compañeras, proceden de inmediato a borrar todo rastro de su presencia en los refugios rocosos, donde con piedras y hojas de hukungaka habían acondicionado abrigadas estancias. En estas cuevas es donde con frecuencia han visto introducirse a Seoname-maku y a Chole con la esperanza de sorprenderlos. Hasta las provisiones deben ser escondidas en lugares estratégicos, cerca de los picos del Tukumena, el Cerro de los Manantiales, donde existe una gruta que brinda mejor seguridad por tener entrada y salida a diferentes sitios, labrada en la antigüedad por la fuerza erosiva de los glaciares. Desde sus inmediaciones, y disimulados tras las escarpas, los ubatashi avizoran los movimientos en círculo de sus perseguidores. Para entonces, al amanecer y al atardecer, el máximo desplazamiento de Surli hacia Ñuibaje y Iagakenka, el Sureste y el Suroeste, marca el

solsticio invernal, y es sobre la Cuchilla Sapapangüega cuando al inicio del día, sus rayos penetran como un potente chorro de luz por entre la depresión de los cerros Nukasa y Sekuigaka, para en conjunción estelar y terráquea convertir los picos congelados del Tukumena en una explosión de llamaradas. Visto este fenómeno natural desde ciertos lugares del cañón del Nyuba-Nyna, semeja el de gigantescas fogatas prendidas al borde de los abismos por los seres míticos a quienes están consagradas las montañas de esa comarca sagrada.

Para cazadores y perseguidos, estos espejos de hielo del Tukumena, reproduciendo magnificentes la cara de fuego de Surli, despiertan sentimientos encontrados: el enigma sobre su futuro pareciera estar anunciado en esas llamaradas del Cerro de los Manantiales; y en su interior, cada cual se siente empujado al encuentro de unos hechos cuyo desenlace viene siguiéndolos como sus sombras...

Quisiera que, cuando los picos del Tukumena dejen de reflejar la cara de Surli, y se apaguen, y su hielo se derrita, así mismo los jaguares rojos desaparecieran... ¡Ya vengué a mi padre! ¡Y a todos mis hermanos muertos a manos de los invasores! ¡He cumplido con mi pueblo! ¡He satisfecho al Naoma-Kavi! Haba Séinekan lo sabe: quiero ser un tairona más, para ser feliz con Ula-yang y mis hijos: ¡Quiero vivir!... y que Meli-ang también pueda hacerlo.

Ya Seoname-maku no es el mismo, y yo tampoco: vencimos en la guerra pero ésta nos dejó un sabor amargo, y dolorida el alma. Quienes celebraron felices la victoria, y bailaron, y bebieron, y se hartaron, fueron aquellos que nunca combatieron; los guerreros sólo festejamos el fin de la pesadilla, y quedamos cansados y tristes. Por ello, ni el Jaguar Negro ni yo, somos los de antes.

Pienso en mi tierra lejana: ¿La volveré a ver acaso?... Y ahora recuerdo a Conoh y Od, quienes de pronto se han vuelto a encontrar. Y a Tori... y a tantos otros que murieron por seguirnos. Amo a Meli-ang, sí, pero su hermano el cacique nunca dejará de interponerse... Por eso nos han seguido hasta acá, para cazarnos y exterminarnos como a fieras. Me duele por Suku-thor... hubiera querido encontrarle bajo este cielo, un lugar apacible... para él y su madre.

Morir hoy, morir mañana, es nuestro destino. Para otros fue ayer... y de pronto, quienes resulten cazados, van a ser ellos.

Concluido el espectáculo luminoso del amanecer, las mañanas del

páramo son despejadas, con aire quieto y reconfortante; Surli resalta los colores de los contornos, pica con rigor desusado; el cielo azul, limpio de nubes, contrasta con el dorado de los pajonales cubriendo vastas extensiones onduladas, de donde emergen, blancos y grises, monumentales peñones licuando el hielo de la madrugada; y aquí y allá, en medio de suaves depresiones, o en grandes concavidades, a manera de goterones caídos del cielo, los espejos inmóviles de las lagunas.

Para el mediodía este cuadro despejado de las altas montañas sufre total transformación: de las vertientes cálidas y bajas, por la estrechez de los cañones, suben frentes impetuosos de nubes que luego se posan y se aquietan sobre los filos y las planadas de los páramos. La policromía desaparece, todo se desdibuja, se torna blanquecino, la niebla impide la visión. El frío penetra en los cuerpos, entraba los movimientos, se vuelve un tormento cuando, procedentes de los ya invisibles nevados, soplan ululantes ventiscas, alfileretazos de hielo sobre la piel, lacerantes en los oídos con su aullido quejumbroso.

En el abrigo rocoso, con la incertidumbre asomada a los rostros, las mujeres de los kaxshigugulu y el chiquillo se amontonan debajo de los cueros, abrazados se dan mutuo calor; así tengan abundante provisión de nebelda, no han prendido fogata por temor a ser descubiertos; apenas usan las afelpadas hojas a manera de grueso colchón. Ubatashi-thor y Walla cuidan cada una de las entradas, atentos a cualquier ruido del exterior. De nuevo viven la angustia por el temor al ataque. Sólo una cosa no comprenden: ¿Por qué los persiguen dos taironas, cuando podían ser muchos?

Afuera, el sufrimiento es mayor para Seoname-maku y Chole. El cumplimiento de su misión no les ha permitido acondicionar un abrigo para los momentos de descanso; mantienen la resistencia masticando hojas de coca y poporeando. Si la cacería no da pronto resultados favorables, deberán suspenderla y bajar a alguno de los poblados a reaprovisionarse. Ahora cambian de táctica en la búsqueda: se desplazan de un lugar a otro en las horas del atardecer, en las noches a la luz de Saxa-ti, o muy temprano en las mañanas; en los intermedios, buscan algún sitio apropiado dónde permanecer oteando... acechan como si también fueran jaguares. La estrategia da resultado: una de esas noches de vigilia, apostados entre peñascos,

advierten movimientos sigilosos sobre una de las laderas contiguas a la Laguna Chirigua. Concentran la atención, afinan el oído y la vista, distinguen a un corpulento jaguar rojo erguido sobre sus cuartos traseros. camina a la manera de los seres humanos.

—¿Ves lo que yo? —pregunta en un susurro el Jaguar Negro. El viejo Chole achica los ojos, sonríe nervioso y asiente con la cabeza. Su voz suena ronca, apagada:

—¡Los descubrimos!. ¡Vamos tras él!

Lo siguen, silentes como sombras, sobre el lomo de la Cuchilla Sapapangüega. Lo ven luego tomar la dirección del Cerro Angimaloa y perderse de vista en cercanías del Tukumena, entre un amontonamiento de peñascos.

—Ahí debe estar el escondite... ¡Vamos!

Chole, acostumbrado a sus estratagemas en las marismas, contiene a Seoname-maku y comenta receloso:

—Pueden haber notado nuestra presencia y querer tendernos una trampa. Así lo hacía con los demonios rojos en los pantanos.

Los razonamientos del duanabuká hacen desistir del seguimiento inmediato al Jaguar Negro; y acuerdan esperar al próximo día para hacer un reconocimiento completo. Están excitados: por primera vez desde cuando llegaron a los páramos, consiguen ver a uno de los kaxshigugulu. A partir de allí, e imitándolos, acecharán pacientes la presa para descubrir el lugar exacto de la madriguera.

Escondidos entre unas rocas, los persecutores se dedican a descansar por turnos para estar siempre alertas. Tampoco quieren ser sorprendidos y atacados por los ya legendarios jaguares rojos, tan conocidos por sus audaces incursiones a los poblados taironas. Tan pronto comienza a aclarar se ponen en movimiento y registran uno por uno los abrigos rocosos del Angimaloa: en varios de ellos advierten su utilización en el pasado, tanto por animales como por seres humanos, pero en ninguno las huellas parecen ser recientes, y esto los desconcierta. Cuando vienen las ventiscas, el frío y las neblinas, se refugian en una de estas grutas y se dedican a recuperar fuerzas comiendo algo de sus ya escasas provisiones, o a poporear. Esperan el atardecer, para cuando tienen previsto subir a otro risco, dominante sobre el lugar donde perdieron de vista al kaxshigugulu. La suerte está de su parte: anochece, sale Saxa-ti, todo lo llena de claroscuros, divisan otra vez al jaguar rojo, ahora rondando en los bordes de los

sobrecogedores abismos del Tukumena, de verticales flancos descendentes hasta la cabecera de la quebrada Moraca, donde saben se levanta el centro ceremonial. Seoname-maku y Chole se miran con aire de triunfo: el escondite de los kaxshigugulu debe de estar cerca a los paredones del Cerro de los Manantiales, los que a diario se congelan en las madrugadas y luego, con el calor del sol, se derriten y forman las cascadas de las cuales deriva su nombre la montaña.

Convencidos de estar al fin de su misión, se entregan satisfechos al sueño por el tiempo que resta para amanecer No necesitan expresar con palabras su exaltación, pero saben la importancia de contar para el día siguiente con la vitalidad de sus cuerpos si quieren salir con vida en el encuentro con los ubatashi.

* * *

La movilidad de los jaguares rojos, sus ausencias y apariciones en los lugares menos esperados, confunden a Seoname-maku y a Chole: se han apostado por donde creyeron iban a pasar, les han tendido trampas, y ellos siempre resultan burlándolas y surgen en otros parajes; no hay duda: tienen a su favor la irregular topografía del terreno en inmediaciones al Cerro de los Manantiales, con sus bosquecillos de arbustos achaparrados, las ramificaciones de los frailejones, y los laberintos y amontonamientos rocosos, restos de antiguos desplazamientos telúricos.

—Conocen el terreno mejor que nosotros. . ¡Eso es! —comenta defraudado el Jaguar Negro; señala las mochilas ya fláccidas a falta de provisiones y hojas de coca, y añade mortificado—: ¿Será que nos obligarán a desistir?

Chole tiene los ojos como rajaduras brillantes en el rostro surcado de arrugas; en los tajos profundos partiéndole los pómulos, ya se notan las privaciones y los rigores vividos en estas alturas; se muerde los labios partidos y ensangrentados por el frío, señala con el brazo descarnado al Tukumena, y expresa convencido:

—Vamos a tener que hacerlo…

Seoname-maku también clava los ojos en el Cerro de los Manantiales y sus escarpados paredones congelados al amanecer: esta alternativa, sugerida por el duanabuká, la han discutido muchas veces,

y la desechan siempre por su excesivo riesgo. Mira a Chole con preocupación: teme por él: su cuerpo, gastado por la edad, de pronto no resiste la prueba de trepar esa montaña mítica.

—Yo lo escalaré... No es necesario arriesgarnos los dos.

El viejo adivina los sentimientos del cacique, sonríe burlón y le contesta:

—También subiré: no me lo perdería por nada... —Y levanta el puño, en gesto de orgullo y poder, optimista, temerario como cuando combatió a los caribes en los pantanos.

Los reflejos ígneos de Surli los sorprenden escalando las primeras escarpas del Tukumena: cada cual ha escogido un flanco y ascienden con lentitud, tensos, pegados los cuerpos a la roca helada; el pronunciado declive de algunas partes, la verticalidad total en otras, el hielo acumulado en delgadas y resbaladizas láminas, vuelven mortal cualquier descuido. No pronuncian palabra para evitar la menor distracción, o ser descubiertos por los ubatashi, pero se siguen con las miradas, se dan aliento con ellas, y también, cuando alguno se ve en inminente peligro, se comunican la angustia y la subsiguiente alegría una vez sorteado el mal paso. Algunos lados de la montaña presentan sus caras pulidas, a manera de gigantescos espejos orientados al Sureste, y por ello reflectan todo el magnífico esplendor del amanecer en el solsticio invernal.

Aferrados a los riscos en forma precaria, pendiente su vida en la fuerza y resistencia de los dedos de pies y manos incrustados en los resquicios, se ven envueltos por el prodigioso espejismo de la montaña llameante; deben cerrar los ojos para no enceguecer: es como estar de pronto sumergidos dentro del crisol de Taiku, Señor del Oro, donde se funde el precioso metal. El Jaguar Negro, pese a su fortaleza, siente doloridos los músculos, temblorosos piernas y brazos, entumecidos los dedos. Su vida, lo comprende, está en la voluntad de Haba Séinekan; también invoca a Seijankua, el poderoso sostén del Mundo; él, sólo él, puede darle suficiente fuerza y resistencia para seguir ascendiendo por la roca y llegar a la repisa desde donde podrá divisar los contornos, y descubrir el escondrijo de los kaxshigugulu. ¿Y Chole?... Teme por él. Entierra los dedos en una grieta: en el esfuerzo por sostenerse, las aristas le rasgan la piel: no acaba de brotar la sangre y ya se le congela: está agarrotado: en el límite de la resistencia física: ¡No debe desfallecer! Fugaz le llega

el recuerdo de Ula-yang y sus hijos: ¡debe vivir por ellos... ¿Y Chole?... Se afirma: se pega como una lapa a la roca helada: le duele todo el cuerpo... Sí: ahora podrá darse un respiro: ahora podrá volver la cabeza y mirar hacia donde vio a su compañero por última vez. ¡Chole!... ¡El valiente y viejo Chole! Allá está todavía: prendido como un mono de la roca: diluido entre los resplandores dorados. Ve sus ojos... urgidos... elocuentes. ¿Acaso quiere despedirse? ¿Sometió su viejo cuerpo a un esfuerzo excesivo?... Lo envuelve el oro de Surli, se suelta, resbala, con un alarido se desprende.. cae, cae, rebota una y otra vez contra las salientes, se precipita al profundo abismo de los manantiales...

Cesa el fenómeno luminoso. Seoname-maku dirige la vista al lugar donde vio al duanabuká por última vez: sólo aprecia la soledad monumental de los farallones.

—¡Surli!... ¡Surli se lo llevó! —murmura y rechina los dientes.

Próximo a desfallecer por el cansancio, hace un último esfuerzo y trepa a la repisa que habrá de servirle de mirador. Se echa desfallecido en ella, mira por sobre el borde hacia abajo, y no tarda en descubrirlos: en medio de un apretado laberinto de rocas y matorrales, frente a la entrada de una cueva, están dos ubatashi con sus vestidos de pieles, acompañados de tres mujeres y el chiquillo; levantan por igual los rostros inquisitivos hacia las escarpas; sus expresiones son variadas, de recelo, extrañeza, desconcierto, temor; dudan si los gritos escuchados correspondieron a una voz humana, al chillido de nambo, uno de esos enormes pájaros que anidan en los peñascos y vuelan sobre las nieves, o se trata de la voz del viento al silbar entre las crestas del Tukumena.

Para no ser descubierto, el Jaguar Negro se agazapa en la repisa y observa cuidadoso: reconoce a Meli-ang y al pequeño Suku-thor; a las otras mujeres nunca las ha visto, pero deduce son las raptadas por los kaxshigugulu; y éstos, con sus gruesos ropajes de piel de jaguar rojo, el rostro tostado por el sol, y con sendas lanzas de macana, lucen agresivos, intimidantes, dispuestos a todo. Sus ojos impresionan a Seoname-maku: brillan igual que las Lagunas Sagradas, en medio de los pajonales dorados; es como si fueran representación de Hagtami, el padre maléfico de los pantanos.

El cacique permanece inmóvil; no puede dejarse ver; los ubatashi no deben enterarse todavía de su descubrimiento; continúan allí,

otean las alturas, hacen comentarios entre sí y con sus mujeres, vuelven después a guarecerse en la profundidad de la caverna. Desde su sitio de observación, el Jaguar Negro espera paciente cualquier nueva actividad de sus presas… Nada. No salen más. Para el mediodía, con la llegada de la niebla, de las ventiscas, y derretido el hielo en los peñones, desciende sigiloso, sin perder de vista la cueva; ya en tierra se aposta cerca de ella: esperará allí hasta la salida de Saxa-ti, momento cuando los jaguares rojos suelen hacer sus correrías nocturnas.

* * *

Como lo previera: cuando Saxa-ti levanta su rostro salpicado de ceniza sobre el horizonte, Seoname-maku sorprende a uno de los jaguares rojos alejándose por los lomos de la Cuchilla Sapapangüega, en dirección a la Laguna Chirigua. Además de la lanza, lleva sobre su espalda dos grandes calabazos.

—Va por agua —deduce—. Pero… ¿Por qué no la recoge de los manantiales del Tukumena?

En su intriga, el Jaguar Negro sólo encuentra la explicación en sus propias creencias:

—El agua que chorrea del Cerro de los Manantiales es fuego… fuego líquido, agua del Señor de la Máscara de Oro; y sus flancos, así lo enseñan los naomas, son esta máscara entregada a ellos por Surli, para permanecer en la montaña… Por ello el agua del Tukumena sólo puede ser bebida y usada por los sacerdotes y aprendices de Moraca.

Tan silente y ágil como el kaxshigugulu, lo sigue, lo espía en su viaje a la laguna y vuelta al escondite. Ya entre los laberintos de roca y matorrales decide actuar: dentro de sus reglas de combate cuerpo a cuerpo, nunca ha atacado a un contrincante en forma de no darle oportunidad de defenderse; el equilibrio y la igualdad de ocasiones deben ser las primeras instancias en una lucha a muerte. Pero dadas las presentes circunstancias, agravadas por la pérdida de Chole, no puede tener contemplación.

Walla nunca llega a saber qué sucedió: cae atravesado por mortal lanzada, cuando le falta muy poco para entrar al refugio subterráneo.

Seoname-maku no intenta recuperar su lanza. Toma la del ubatashi agonizante, deja la suya enterrada en el cuerpo del herido; como mensaje para Meli-ang prende de su extremo un jaguarcito de oro, símbolo de su jerarquía.

La tardanza de Walla en regresar despierta preocupación en sus compañeros. Con el amanecer, Ubatashi-thor seguido de las mujeres sale a inspeccionar los contornos, hasta donde puede atreverse sin arriesgar la momentánea seguridad. La consternación no tiene límites: lo hallan muerto, traspasado de costado por la enorme lanza del cacique. Meli-ang cree reconocer el arma y confirma su sospecha cuando el ubatashi le entrega el felinito de oro.

—¿Ma due?... ¿Tu hermano?

Consternada ella asiente y comparte el dolor de las dos mujeres.

Desde su observatorio en la repisa de roca, el Jaguar Negro lo ve todo, atormentado por la contradicción interior: no hay duda: su hermana y Ubatashi-thor se aman, y él quisiera..

—No puedo.. no puedo cambiar lo interpretado por Naoma-Kavi en las estrellas. También mi destino ha sido determinado.

* * *

Con la muerte de Walla la cohesión del grupo liderado por Ubatashi-thor se desintegra. Las dos mujeres dejan de sentirse obligadas a seguir compartiendo los riesgos, y manifiestan intenciones de retornar a sus lugares de origen. Acurrucadas ante la entrada en penumbra de la gruta, calladas, permanecen con los ojos fijos en la claridad exterior, símbolo de su próxima libertad. Si conservan recuerdos afectivos por el ubatashi sacrificado, se guardan de expresarlos. A sus primeras reacciones de dolor siguió una actitud estoica, que les endurece el rostro y la mirada. En otro sitio de la gruta, presionados por las nuevas circunstancias, Ubatashi-thor y Meli-ang consideran la situación.

—Ellas —y señala a las dos mujeres— deben abandonar cuanto antes este lugar. Saldrán por la otra boca de la cueva. Es una ruta que tu hermano no debe conocer. Cuando las descubra, ya estarán lejos y no correrán el peligro de ser confundidas y atacadas. Y tú debes acompañarlas, con Suku-thor Tu responsabilidad es salvarlo.

Angustiada, Meli-ang estrecha al pequeño entre sus brazos. Sus ojos fijos en el ubatashi empiezan a humedecerse. También ella comprende: mientras vivan, Ubatashi-thor y Seoname-maku no tendrán un instante de paz porque sus destinos no les pertenecen: están condenados a perseguirse y atacarse hasta que uno de los dos obtenga la victoria. Y si lo es su hombre, otros taironas recibirán el encargo de perseguirlo por orden del Naoma-Kavi.

Esa tarde, confiados en no ser atacados por el cacique debido a las espesas neblinas, y a las ventiscas que rugen con inusitada y premonitoria violencia, Ubatashi-thor y Meli-ang comparten los últimos momentos; retozan, conversan con el pequeño Suku-thor, quien ya capta las situaciones; quiere el padre grabar en la mente del chico unos recuerdos para el resto de su vida; y en acto de ternura, emocionado, le hace recomendaciones, como si él pudiera entender la dimensión de sus palabras:

—Cuida de tu madre… para que ella te pueda contar de mí…

Cuando el niño se adormece, el ubatashi y la tairona se entregan a otra ardiente despedida. Ya lo hicieron con anterioridad a la orilla del mar, junto a la boca del Hukumeiji: las suerte les fue benévola, les permitió reunirse de nuevo, y por eso esta vez conservan el optimismo y la esperanza. Meli-ang invoca a la Madre Universal… Ella ha sido complaciente con su amor, y le pide la vida para el ubatashi, en secreto, sin quererlo concientizar mucho, porque ello implica desear la muerte para su hermano; además, tiene fe en las capacidades de su hombre… ¡Su kaxshigugulu.. ! ¡Su jaguar rojo!

En las miradas de Meli-ang, Ubatashi-thor adivina sus esperanzas y se siente reconfortado. Sin mayores palabras, la alienta con actitud animosa y un desbordado derroche de caricias y ternura.

La claridad en la boca de la gruta anuncia la llegada del nuevo día. Ubatashi-thor guía al grupo de mujeres y el chiquillo por los laberintos subterráneos en dirección a la otra salida. Se iluminan con hachones confeccionados con atados de nebelda, las secas hojas del frailejón. La ligera claridad resalta los costados de la caverna, revela el fin del recorrido bajo tierra. Sin dar tiempo a las despedidas, Ubatashi-thor las urge a salir y les señala los senderos a seguir para llegar sin tropiezo a la Cuchilla Sapapangüega; luego, con una postrera mirada a su mujer y al chico, quien no entiende por qué su

padre no los acompaña, vuelve a sepultarse en los laberintos de la cueva.

Cuando el resplandor ígneo se apaga en los picos del Tukumena, Seoname-maku, desde su observatorio en las rocas, advierte la presencia del kaxshigugulu ambulando solitario por entre los matorrales y vericuetos, como si en forma intencional lo invitara a perseguirlo. Agazapado en las escarpas, pensativo, sin adivinar las verdaderas intenciones del jaguar rojo, lo ve alejarse a paso rápido, a saltos, con la lanza en alto, blandiéndola como en un reto en dirección a Iagakenka, el Suroeste, y hacia el alto Cerro Gonawindúa, pico grandioso sobre el lomo máximo de Keka-Bunkua. Desconcertado con el comportamiento del ubatashi, sólo le impide lanzarse tras él la ausencia de las mujeres. Así sean taironas, y una de ellas su hermana, su confianza no es total. Según cree, Meli-ang no fue raptada sino la primera vez; la posterior desaparición de Tayronaca tuvo su completo consentimiento. Otra consideración lo mantiene en su puesto de observación: los jaguares rojos, según Naoma-Kavi, son cuatro; y aquel, ya muy distante, puede no ser Ubatashi-thor, su objetivo primordial, sino otro con intención de atraerlo para permitir la huida de los restantes con las mujeres.

Desconfiado, Seoname-maku otea los contornos y tiende la mirada hacia los lomos de la Cuchilla Sapapangüega. La visión de tres mujeres, una con un chiquillo a la espalda, recortadas sus siluetas contra el azul del cielo, lo saca de dudas: deja escapar un suspiro de alivio, los ojos le chispean, una mueca decidida y violenta le transforma el rostro. Vuelve la cara hacia el Cerro Gonawindúa, detrás de cuyo alto pico se elevan majestuosos los nevados: Ubatashi-thor apenas es un puntico lejano y rojizo sobre los filos del páramo de Surivaca.

Y emprende la persecución...

* * *

Nambo, el gran cóndor, dueño de los picos del Gonawindúa, presencia en las alturas de la Montaña Blanca el duelo de los dos jaguares: el rojo y el negro... Kaxshigugulu y Seiname... del ubatashi y el tairona.

En ese aire ligero y puro, posible de dominar con sus enormes alas punteadas de blanco, Nambo describe círculos, trazos invisibles contra la inmensidad azul. Primero ve al jaguar rojo: avanza a saltos sobre los pajonales del páramo de Surivaca, salpicado con el cristal de las lagunas; la intención es manifiesta: alejarse apresurado de los filos del Sapapangüega. Su presencia es desusada en un lugar donde los únicos visitantes de los parajes sagrados son los viejos naomas de cabello albo, de andar lento, venidos a dejar ofrendas en las lagunas, y a veces a bañarse en ellas para salir rejuvenecidos, otra vez con la cabeza alta, los pasos firmes, las pupilas centelleantes... Más atrás divisa al jaguar negro, rabioso por acortar distancias: refleja en sus movimientos una decisión inaplazable de alcanzar al kaxshigugulu; agresivo, le chispean coléricos los ojos, al serle imposible superar de un salto el trecho que lo separa de su presa.

Por días y días Nambo los ve acosarse, tenderse celadas, improvisar atajos sobre los pajonales o entre las rocas, estrechar espacios para apresurar el encuentro. En su conducta, en la expresión resuelta de su rostro, en la fuerza de los ademanes, Seoname-maku refleja el deseo imperioso por llegar al enfrentamiento; Ubatashi-thor actúa de manera distinta: su estrategia es de desplazamiento para ganar tiempo y quizás debilitar a su hostigador; a veces, cuando mira hacia el frente y los picos nevados de Keka-Bunkua, ya muy cercanos, sus facciones, con inocultables muestras de fatiga, se tornan sonrientes y los ojos le brillan entre alegres y nostálgicos, porque la cercanía de la nieve es una forma de retornar en forma imaginaria a su lejano país.

Avizor, paciente, a su vez calculador, Nambo observa desde las alturas el juego mortal de los jaguares: él será quien gane la batalla final. En ocasiones vuela muy bajo, casi a ras de sus cabezas, para observarlos mejor y determinar cuánto habrá de esperar todavía; y remonta a continuación el vuelo, con fuertes golpeteos de las alas que sorprenden e inquietan a sus futuras presas; el ubatashi y el tairona aún se mueven con celeridad y energía; los ve vigilarse el uno al otro, descansar tan próximos que pueden lanzarse insultos y retos, adivinarse con anticipación los movimientos siguientes y así hacer fracasar las estratagemas... Y las cumbres congeladas están cada vez más cerca.

Nambo los ve bordear su montaña, el Gonawindúa, donde por

todos los tiempos, desde cuando lo creó Haba Séinekan, ha construido los nidos. Ese cerro emergente sobre el propio lomo de Keka-Bunkua, sagrado, colocado allí por el prodigioso Seijankua, hijo de la Madre Universal, para depositar su primer semen, dar origen a las razas, y dividir en dos las vertientes de la Montaña Blanca, la una descendente a Noana-Mashika, el Norte, y al mar de agua... la otra hacia Noa-Nashika, el Sur, y al mar de tierra. Y Nambo los ve ascender, ya con esfuerzo, por la Cuchilla Nuncumalúe, en inminente proximidad a los nevados.

Para entonces las ventiscas se desatan con inusitado rigor y principian a arrastrar escarchas en ululantes torbellinos. El pajonal queda atrás: ahora se abren unos parajes de apariencia grisosa, desprovistos de vegetación, convulsión de rocas amontonadas y labradas por los glaciares, sucesión de concavidades en cuyos nichos se apoza el agua. La Laguna Carigua también queda atrás, enconchada entre peñones. Ya sólo tienen al frente la imponente majestad de las nieves, manto de los gigantes de roca que aparecen y desaparecen, según los vientos traigan y lleven las nubes en desbocados remolinos. Nambo a su vez los sigue y acecha. Los ve diminutos entre aquellas comarcas inhóspitas, sobreponiéndose a los castigos inclementes de la naturaleza. Los dos hombres-jaguares siguen uno en pos del otro, inmediatos o distantes, enemigos familiarizados: deben verse para estimular su empecinado acoso. Es una necesidad apremiante: les alimenta la voluntad, les impide desfallecer, les evita quedar aprisionados entre las alturas mortales del hielo.

Arrojaron ya vacías las mochilas donde portaban las provisiones; tampoco ahora el Jaguar Negro tiene coca y se emparejan las condiciones con el ubatashi. Sus movimientos se tornan lentos, como si les doliera desplazarse; el cabello, las pestañas, la piel de los vestidos, les blanquea de escarcha; tienen las manos enrojecidas, agarrotadas, soldadas a las lanzas; ya no requieren apretar los dedos para sostenerlas.

El primero en llegar a la gruta con carámbanos es Ubatashi-thor. Con un supremo esfuerzo acelera los movimientos, se introduce en ella, avanza tambaleante unos pasos, se vuelve, levanta la lanza de macana, apunta hacia la entrada, espera... Piensa: ... Cuando Seoname-maku pase frente a la boca de la cueva, lo traspasará de lado a lado, igual que él hizo con Walla; y será su última venganza en

estas tierras. También —sigue pensando— el Jaguar Negro pudo haberlo visto en el momento de introducirse a este escondrijo del nevado, y querrá entrar de un salto para a su vez sorprenderlo... pero él estará esperando y sólo el más rápido y certero obtendrá la victoria. Se prepara...

Nambo hace otro círculo en el cielo y desciende hacia la gruta de cristal de hielo a donde vio entrar al kaxshigugulu... Seoname-maku, en el intervalo entre dos ramalazos de viento y nieve, alcanzó a observar a Ubatashi-thor en el instante de arribar a la boca de la cueva. Le exige a sus piernas un supremo esfuerzo, acelera la marcha, entrabado por el dolor y la rigidez de sus miembros. Ha llegado el fin de la persecución... no puede fallar ahora, así ya no desee hacerlo: será como matarse a sí mismo. La imagen del Naoma-Kavi le viene a la mente: debe cumplir sus mandatos... Y se abalanza al interior de la caverna.

...Como una saeta negra, Nambo se precipita sobre sus víctimas.

XXXIII

Frente a la Haggi-Koktuma, rodeado de la inmensidad de las montañas, a la vista el profundo y sonoro cañón del Nyuba-Nyna, Mamanosensio, maestro de maestros, mantiene con el suspenso de sus palabras la maravillada atención de los Kuivi, aprendices de sacerdotes, en el gran centro ceremonial de Moraca.

Entre ellos están Muyubi, Ulaban y Seiname, la niña y los dos varoncitos hijos del Jaguar Negro, el cacique guerrero libertador de los territorios invadidos por los ubatashi, los arranca-brazos y los arranca-cabezas. De hermoso rostro, piel clara y raros ojos grises, también se ve a Suku-thor, aprendiz y escucha. El relato de Mamanosensio es apasionante: igual a cuantos se refieren a la historia de Keka-Bunkua. Ese día, la narración atañe a lo ocurrido durante las guerras de consolidación de las fronteras, sus cruentas y heroicas batallas contra la gente de los ojos azules y los caribes. El desenlace final, el destino último del Jaguar Rojo y Seoname-maku, sólo él lo conoce; y mantiene en secreto por orden del Naoma-Kavi, a quien se lo reveló hace tiempo:

Subí al páramo a presentar ofrendas en las Lagunas Sagradas, mucho tiempo después: avanzaba por los lomos ondulados del Nuncumalúe, esquivando los peñascos desperdigados entre los pajonales, azotado sin clemencia por las ventiscas ululantes: la gran montaña mítica de Gonawindúa había quedado atrás; en torno a su alto pico revoloteaban los nambos, pájaros de las nieves; pese a la fatiga, me interné en las regiones adyacentes a las cumbres blancas de Citurna, donde está Noabi-Due, la región del Más Allá. Algo, una fuerza misteriosa, extraña a mí, me inducía a seguir... el aire era ligero; de los nevados soplaban ventiscas acompañadas de espesas neblinas; quedé envuelto en torbellinos de frío. Ya sentía temor, cuando al frente, entre uno y otro ramalazos de nieve, divisé la boca de una gruta de cristal de hielo, con el arqueado dintel cuajado de carámbanos resplandecientes. Allí estaba mi refugio. Venciendo el fuerte viento, me aproximé y tuve una gran sorpresa: la entrada la obstaculizaba un enorme cóndor congelado, de espaldas al exterior, en actitud de cruzar la portada, aún con sus potentes alas desplegadas. Bajo la piel de hielo que lo cubría, parecía conservar la vida... como si apenas estuviera atrapado en forma temporal.

Casi temeroso con el gran pájaro, fatigado, pasé a su lado y penetré al interior de la cueva, laberinto estrecho de columnas de hielo, prendidas del techo a manera de lanzas: carámbanos gigantes... estalactitas de hermoso y refulgente cristal gélido, donde me vi reflejado como si fueran espejos. Ya en el fondo, en un espacio abierto en forma parcial, la escena era prodigiosa y épica: de pie en mitad de la gruta, a donde todavía llegaba la claridad del exterior, también congelados, uno frente al otro, estaban Seoname-maku y Ubatashi-thor con las lanzas de macana en alto, apuntándose; en la mirada, la última expresión con la cual se midieron antes que Monsaui, Dueño de la Nieve, se apoderara de ellos...

* * *

Naoma-Kavi levanta el rostro hacia allünáuba, el firmamento: con lentitud, intrigado, sus ojos distinguen y analizan las posiciones de los cuerpos celestes en la Avenida de la Luz, esa noche esplendorosa como nunca... Quiere confirmar en las estrellas lo adivinado poco

antes en Yatukua, con las burbujas desprendidas de las cuentas-kuitsi, en ceremonia acabada de realizar en la gran Nunhuañkala de las altas montañas, emergente con su Kama, en medio de la plazoleta con gárgolas faunísticas apuntando a las cuatro direcciones celestiales.

La satisfacción reflejada en su rostro, una constante desde las victorias logradas sobre los invasores de Keka-Bunkua, esa noche, de pronto, se desdibujó cuando depositó las cuentas de cristal de roca en el recipiente de cerámica. . ¡No podía ser! De nuevo, en la interpretación de las burbujas, vio hombres rubios amenazando el futuro de las gentes de la Montaña Blanca. ¡Si ya los destruimos!... ¡Si el último de los kaxshigugulu quedó aprisionado por Monsaui entre los hielos de una cueva en Citurna.

Perturbado, con pasos atropellados por la angustia, Naoma-Kavi va de un lado a otro de la plazoleta, los brazos en alto señalan constelaciones, el rostro pálido, desencajado: ¡No puede ser!.. Fija posiciones, abanica las manos, hace medidas en el manto de las estrellas, forma figuras sólo entendibles para él. Tiene los ojos desorbitados y las pupilas afiebradas; se muerde los labios hasta sangrar. ¡No puede ser!.. Pero ahí están: ¡Otra vez marcados en el firmamento!: son un tropel... un ejército de estrellas que marchan por medio de la Avenida de la Luz. Vendrán de más allá del horizonte, procedentes de Mulkuaba, país al otro lado del mar, en enormes navíos de muchas velas: y ya ante nuestras costas, bajarán de ellos al son de trompetas y tambores, con vestidos y armas relumbrantes, donde se mirará Surli igual que en los picos del Tukumena; algunos serán monstruos veloces de cuatro patas... en otros, su brazo tronará, despedirá fuego, y nuestros pueblos y ciudades serán incendiados; y arrasados los campos de cultivos; y derribados los bosques; y perseguidos y exterminados los animales; y secados los arroyos. y muchos, muchos de los Hermanos Mayores de las tres vertientes de la Sierra Nevada, perecerán en una guerra larga y cruel como ninguna otra; y la sangre restañada volverá a brotar, bajará confundida con el agua de los ríos, teñirá el mar así como en los ocasos, Mamashkaxa, la Boca de Fuego, pinta de rojo el horizonte... y a la vista de las riquezas de los habitantes de Keka-Bunkua, los nuevos invasores enloquecerán de codicia, torturarán a naomas y caciques, les darán muerte, porque querrán apoderarse de

todo el oro de las ofrendas. y derribarán las nunhuañkalas para ahuyentar su Kama, prohibir nuestros ritos, y así borrar de la memoria, y arrancar del corazón, la creencia y el amor por Haba Séinekan, la Madre Universal, la Gran Creadora.

Tambaleante, como herido de muerte por tan pavorosas predicciones, el muru nakubi se dirige a la kalauka, se sienta, se integra a ella como una estatua. Su rostro, levantado al cielo, con la piel apergaminada, tiene un rictus trágico. En su pectoral de oro también chispean las estrellas.

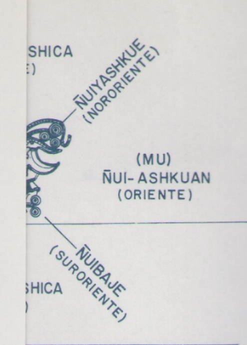
Sierra Nevada de Santa Marta
Teyuna (Ciudad Perdida) —Valle de Tairona—
Cañón del Nyuba-Nyna (Río Jerez) 1976-1989.



Bernardo Valderrama Andrade es un escritor-arquitecto, quien al formar parte de la Comisión Oficial del Instituto Colombiano de Antropología, que en 1976 realizó el hallazgo de la Ciudad Perdida (Teyuna), en la parte alta del río Buritaca (Sierra Nevada de Santa Marta), se sintió atraído por cuanto representa el Mundo Tairona, considerado por los historiadores y científicos como una de las culturas clásicas de la América Precolombina.

De nacionalidad colombiana, pero nacido en Bremen (Alemania) en 1928, es autor, además, de las siguientes publicaciones: *Ciudad Perdida Buritaca 200* (Testimonio), 1981, *Exploraciones en la vertiente norte de la Sierra Nevada,* 1981, *Oro precolombino,* 1982; *Taironaca* (Testimonio), 1984; *Sierra Nevada de Santa Marta,* 1984 (en idiomas español, inglés, francés y alemán), coautor; *Ciudad Perdida Sierra Nevada de Santa Marta,* 1984 (en idiomas español e inglés), coautor; y la novela *Torbellino del tiempo,* una de las obras finalistas del V Concurso Nacional de Novela Plaza & Janés (1987), publicada en 1991

Por publicar: *El Valle de Tairona* (Urbanismo precolombino en la Sierra Nevada); y *Los ojos del cielo,* correspondiente al ciclo de novelas con temas relacionados con la historia de la Sierra Nevada de Santa Marta.

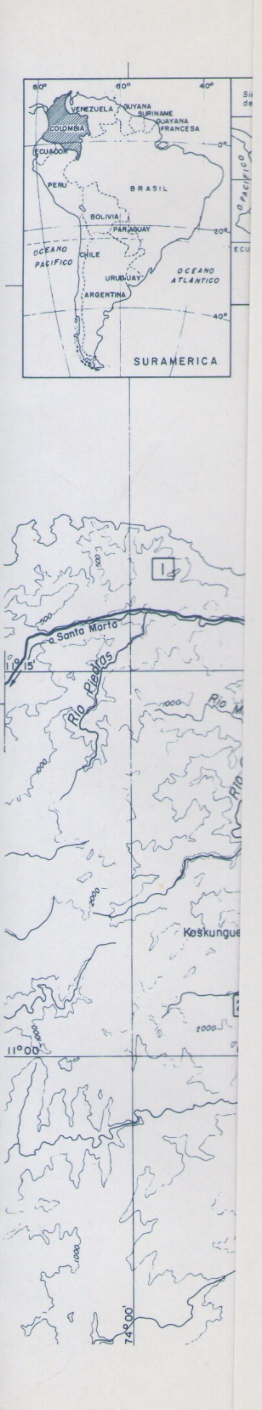


CONVENCIONES

cidentes Topográficos
Cerro Haggi-Ateima
Cerro Buritaca-Gaka
Cerro Guachaca-Gaka
Cerro Tairona-Gaka
Cerro Maroma-Gaka
Cerro Maktú
Cuchilla Nasukua
Cuchilla Nukui
Cuchilla Vainillal
Cuchilla Manijí
Valle de Las Cascadas
Cuchilla Sapapangüega
Cuchilla Nuncumalae
Cerro Gonawindúa-Gaka
Picos Nevados

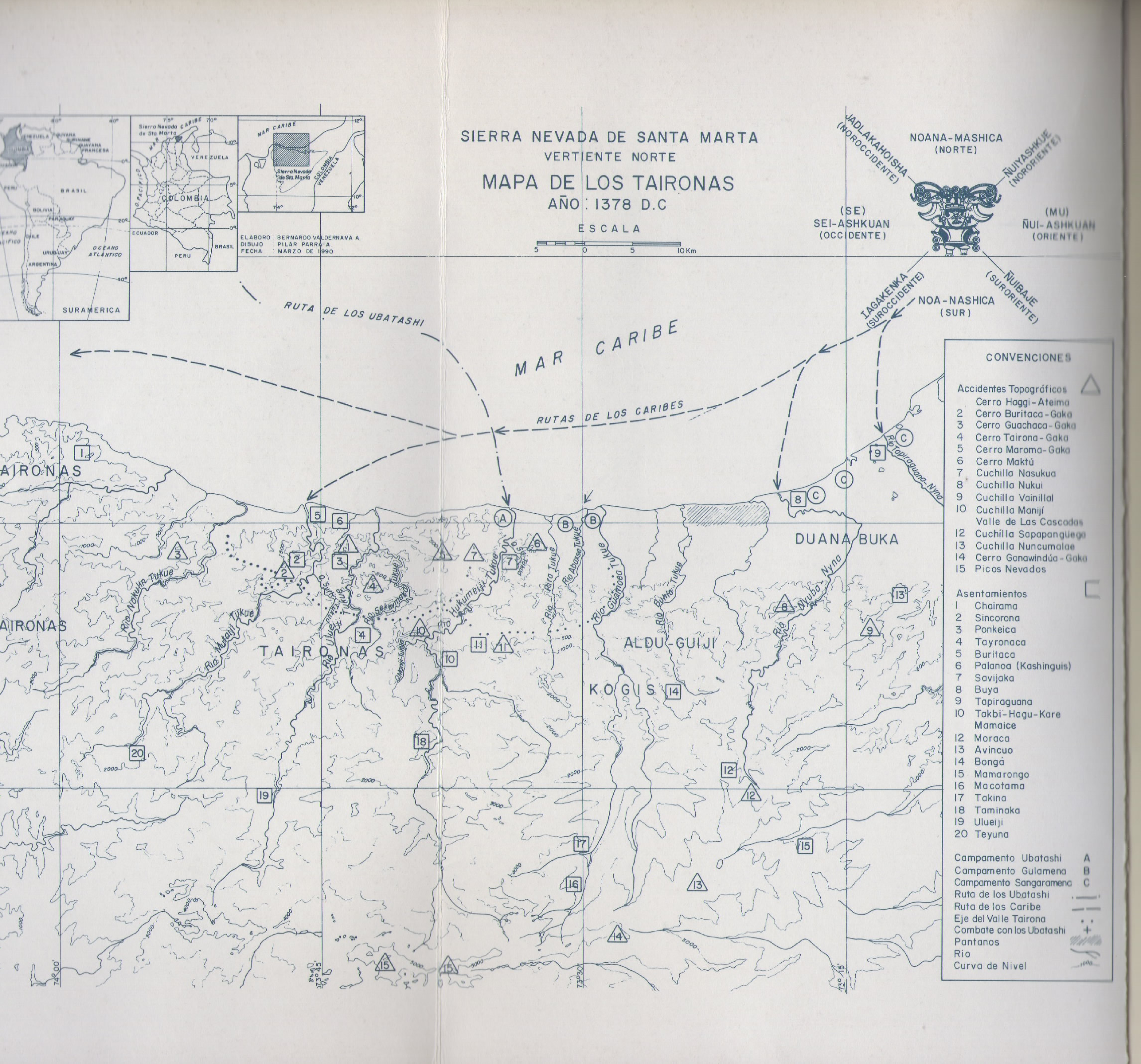
sentamientos
Chairama
Sincorona
Ponkeica
Tayronaca
Buritaca
Palanoa (Kashinguis)
Savijaka
Buya
Tapiraguana
Takbi-Hagu-Kare
Mamaice
Moraca
Avincuo
Bongá
Mamarongo
Macotama
Takina
Taminaka
Ulueiji
Teyuna

ampamento Ubatashi A
ampamento Gulamena B
ampamento Sangaramena C
uta de los Ubatashi
uta de los Caribe
e del Valle Tairona
ombate con los Ubatashi
antanos
io
urva de Nivel

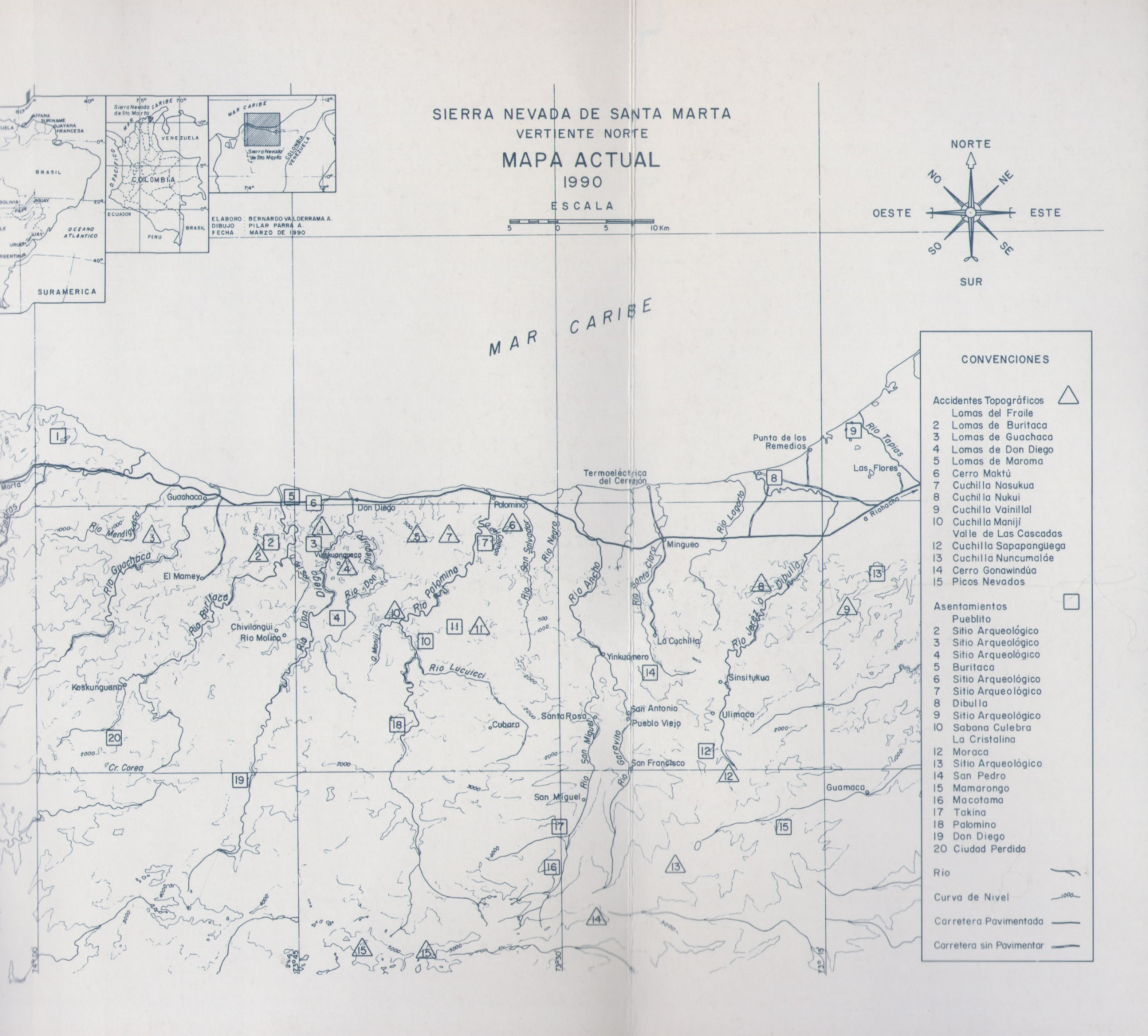


El gran jaguar es una verdadera novela indigenista, genuinamente regional, desarrollada en un período real, más o menos situada alrededor de la centuria catorce de la era cristiana, o sea antes de la conquista española. Su fundamental tema viene a ser un minucioso estudio del país tairona, territorio de la Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia); y se analiza la grandeza de su habitante al abarcarlo en su mitología, religión, gobierno, régimen matrimonial, costumbres, usos, oficios, adiestramiento militar, alimentación y demás modos de vivir. Dentro de una acción a veces apacible en torno a las actividades de sus dirigentes, como astrólogos y urbanistas, en otras alternando la mayoría al recrearse en simples reuniones hogareñas, en diversas festividades comunes, en rigurosas ceremonias solemnes, o en aquellas completamente activas, plenas de riesgos, inherentes al furor de contiendas bélicas. Está formada por un esplendoroso paisaje, compuesto de serranías, mesetas, mar, ríos, floresta, sembradíos, fauna, sol, luna, poblados; y de un escenario interior, integrado por exclusivos recintos para la oración y la reflexión de sus sabios sacerdotes, de cabañas en donde las mujeres se dedican a la crianza de sus hijos y a las labores manuales, y de campamentos en los cuales los hombres se ejercitan en maniobras guerreras. Sus personajes se encuentran bien caracterizados, distribuidos de acuerdo con el grado de su jerarquía y de las obligaciones ordenadas, diferenciadas por su estricta disciplina y el mérito alcanzado debido a su valentía en las batallas, por sus sentimientos en el amor y la amistad, por el innegable respeto a sus superiores, por el fiel cumplimiento a sus legendarias creencias y en fin, por las varias reacciones en sus posiciones emotivas. Todo a través de un narrador-autor omnisciente, en tercera persona del singular, mediante una técnica narrativa tradicional, similar a la acostumbrada en la sobresaliente y clásica novela del siglo diecinueve, con la sola variante de determinados monólogos directos de algunos protagonistas principales, con la especial finalidad de interpretar sus complejos estados de ánimo y sus respectivas preocupaciones cotidianas. Esta obra, sin duda ni hipérbole, a causa de su cimentada estructura, originalidad, ardua investigación, conocimiento histórico, detenida lectura de la novelística continental por su autor y la convivencia de éste por unos lustros entre los descendientes de los primitivos moradores de la región y de oírles sus fabulosos relatos basados en la tradición oral, se convierte ya en un gran aporte dentro de la nueva narrativa hispanoamericana, surgida después de la década cincuenta del presente siglo.

EDUARDO PACHÓN PADILLA



SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA
VERTIENTE NORTE
MAPA DE LOS TAIRONAS
AÑO: 1378 D.C
ESCALA
5 0 5 10 Km
ELABORO : BERNARDO VALDERRAMA A.
DIBUJO : PILAR PARRA A.
FECHA : MARZO DE 1990
SURAMERICA
BRASIL
OCEANO ATLANTICO
COLOMBIA
VENEZUELA
ECUADOR
PERU
MAR CARIBE
Sierra Nevada de Sta. Marta
NOANA-MASHICA
(NORTE)
JADLAKAHOISHA
(NOROCCIDENTE)
ÑUIYASHKUE
(NORORIENTE)
(SE)
SEI-ASHKUAN
(OCCIDENTE)
(MU)
ÑUI-ASHKUAN
(ORIENTE)
IAGAKENKA
(SUROCCIDENTE)
NOA-NASHICA
(SUR)
ÑUIBAJE
(SURORIENTE)
RUTA DE LOS UBATASHI
MAR CARIBE
RUTAS DE LOS CARIBES
TAIRONAS
TAIRONAS
TAIRONAS
ALDU-GUIJI
KOGIS
DUANA BUKA
Rio Nakulla Tukue
Rio Mataiji Tukue
Rio Sekimaka
Rio Hukumeiji Tukue
Rio Bira Tukue
Rio Abonsé Tukue
Rio Guamoea Tukue
Rio Buriho Tukue
Rio Nyuba Nyna
Rio Tapiraguana-Nyna
74° 00'
73° 45'
73° 30'
73° 15'
CONVENCIONES
Accidentes Topográficos
Cerro Haggi-Ateima
2 Cerro Buritaca-Gaka
3 Cerro Guachaca-Gaka
4 Cerro Tairona-Gaka
5 Cerro Maroma-Gaka
6 Cerro Maktú
7 Cuchilla Nasukua
8 Cuchilla Nukui
9 Cuchilla Vainillal
10 Cuchilla Manijí
Valle de Las Cascadas
12 Cuchílla Sapapangüega
13 Cuchilla Nuncumalae
14 Cerro Gonawindúa-Gaka
15 Picos Nevados
Asentamientos
1 Chairama
2 Sincorona
3 Ponkeica
4 Tayronaca
5 Buritaca
6 Palanoa (Kashinguis)
7 Savijaka
8 Buya
9 Tapiraguana
10 Takbi-Hagu-Kare
Mamaice
12 Moraca
13 Avincuo
14 Bongá
15 Mamarongo
16 Macotama
17 Takina
18 Taminaka
19 Ulueiji
20 Teyuna
Campamento Ubatashi A
Campamento Gulamena B
Campamento Sangaramena C
Ruta de los Ubatashi
Ruta de los Caribe
Eje del Valle Tairona
Combate con los Ubatashi
Pantanos
Rio
Curva de Nivel


SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA
VERTIENTE NORTE
MAPA ACTUAL
1990
ESCALA
5 0 5 10 Km
ELABORO : BERNARDO VALDERRAMA A.
DIBUJO : PILAR PARRA A.
FECHA : MARZO DE 1990
NORTE
SUR
OESTE
ESTE
NO
NE
SO
SE
MAR CARIBE
SURAMERICA
BRASIL
OCEANO ATLANTICO
COLOMBIA
VENEZUELA
ECUADOR
PERU
Sierra Nevada de Sta Marta
CONVENCIONES
Accidentes Topográficos
Lomas del Fraile
2 Lomas de Buritaca
3 Lomas de Guachaca
4 Lomas de Don Diego
5 Lomas de Maroma
6 Cerro Maktú
7 Cuchilla Nasukua
8 Cuchilla Nukui
9 Cuchilla Vainillal
10 Cuchilla Manijí
Valle de Las Cascadas
12 Cuchilla Sapapangüega
13 Cuchilla Nuncumaláe
14 Cerro Gonawindúa
15 Picos Nevados
Asentamientos
Pueblito
2 Sitio Arqueológico
3 Sitio Arqueológico
4 Sitio Arqueológico
5 Buritaca
6 Sitio Arqueológico
7 Sitio Arqueológico
8 Dibulla
9 Sitio Arqueológico
10 Sabana Culebra
La Cristalina
12 Moraca
13 Sitio Arqueológico
14 San Pedro
15 Mamarongo
16 Macotama
17 Takina
18 Palomino
19 Don Diego
20 Ciudad Perdida
Rio
Curva de Nivel
Carretera Pavimentada
Carretera sin Pavimentar
Punta de los Remedios
Rio Tapias
Las Flores
Termoeléctrica del Cerrejón
Riohacha
Guachaca
Don Diego
Palomino
Mingueo
Rio Lagarto
Rio Mendiguaca
Rio Guachaca
El Mamey
Rio Buritaca
Chivilongui
Rio Molino
Keskunguena
Cr. Corea
Rio Don Diego
Rio Palomino
Rio San Salvador
Rio Negro
Rio Ancho
Rio Santa Clara
La Cuchilla
Rio Jerez
Dibulla
Yinkuámero
Rio Lucuicci
Santa Rosa
Cubara
San Antonio
Pueblo Viejo
Sinsitukua
Ulimaca
San Francisco
San Miguel
Rio San Miguel
Rio Garavito
Guamaca

El gran jaguar —según el jurado— es una especie de Ilíada precolombina, que muestra no solo un amplio conocimiento de las culturas taironas y caribes, de sus mitologías y costumbres, sino también la voluntad de rescatar una parte muy rica del pasado aborigen de América Latina. Sin caer en el ya fatigado realismo mágico, el autor logra transmitir el mundo mítico primitivo, con sus ceremonias, episodios bélicos, amores y luchas, en un tiempo y un lenguaje contemporáneos, y esto la convierte en una obra única dentro de la novelística colombiana. En la época en que se conmemora el V Centenario del encuentro de dos Mundos, esta novela recrea los valores de nuestra verdad indígena, lo cual la destaca como un trabajo literario sin antecedentes en la narrativa latinoamericana actual, y la señala como una obra llamada a permanecer.